

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU



CUENTOS COMPLETOS

Edición: Emilio Hernández Valdés
Diseño y cubierta: Héctor Villaverde
Composición y Emplante computadorizado:
Vani Pedraza García

© Sobre la presente edición:
Ediciones Memoria
Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 1998

ISBN: 959-7135-03-5

Ediciones Memoria
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla No. 63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
Apartado 17012, Habana 17 C.P. 11700, Ciudad de La Habana
Correo electrónico: vcasaus@colombus.cu vcasaus@artsoft.cult.cu

CENTRO CULTURAL



P A B L O
de la Torriente Brau

CUENTOS COMPLETOS



CUENTOS COMPLETOS

**PABLO DE LA
TORRIENTE BRAU**



pablos de pablo

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana, 1998



Palabras de Pablo

Con la preparación de estos Cuentos completos, las Ediciones Memoria comienzan la publicación de las obras completas de Pablo de la Torriente Brau. La Serie Palabras de Pablo irá reuniendo, tomo a tomo, sus papeles conocidos e inéditos para entregarlos agrupados en los libros que el propio Pablo preparó y tituló o en zonas temáticas que permitan el mayor disfrute de los lectores y la mejor labor de críticos y especialistas.

Este proyecto editorial, una de las más importantes líneas de trabajo del Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, se desarrolla paralelamente a la organización del Fondo Documental que reúne papeles e imágenes del cronista de Majadahonda. Se trata de poner en manos de los lectores, en el plazo más breve posible, según lo permitan las capacidades financieras del Centro, toda la papelería de Pablo, donde conviven los reportajes y las cartas, las narraciones de ficción y los artículos periodísticos.

Cada volumen estará precedido de un estudio introductorio que ofrecerá información y análisis sobre el libro y sobre su autor. En la medida en que los títulos de esta Serie Palabras de Pablo aparezcan, dispondremos de ediciones revisadas, con sus respectivos enfoques críticos, que contribuirán a los futuros estudios sobre Pablo, su literatura y su época.

Nuestro Centro se siente satisfecho de que estas Palabras de Pablo comiencen con sus cuentos, territorio de la imaginación y de la búsqueda, en el que tienen cabida la reflexión y los sueños. Así fue la vida de su autor. Y así queremos que sean nuestros proyectos —es decir, nuestras vidas.

Víctor Casaus

Prólogo

Pablo de la Torriente Brau
y el inicio de la narrativa vanguardista cubana

Aunque la crítica ha reconocido determinadas innovaciones en la novela y el cuento cubanos de las décadas del 20 y el 30, generalmente se ha mostrado reacia, o al menos indiferente, a considerar la emergencia de una narrativa que compartiera con la poesía, la pintura y aun el ensayo y la crítica la denominación de vanguardista. Ello no es del todo ilógico, sobre todo porque los cambios que se producían en la narrativa en ese período eran, en general, menos espectaculares que en otros géneros o manifestaciones; sus novedades se impondrían más lentamente, luchando —a veces dentro de un mismo texto— con el naturalismo o el costumbrismo imperantes hasta entonces. Por otra parte, los aires de vanguardia europeos se manifestaron con mayor fuerza en los textos de divulgación y valoración de la poesía y la pintura, y los muy conocidos «ismos» fueron más rápidamente adoptados como códigos para establecer comparaciones a partir de los cambios en esas dos manifestaciones. La comunicación, por tanto, con «el canon occidental», fue mucho más directa en los poetas y pintores que en los narradores, cuya mayoría sólo empezaba a darse a conocer en esos momentos.

Por estas y otras razones, muchos críticos cubanos reconocen —todavía hoy— el inicio del cambio de signo estético en la novela y el cuento ya en la década de los años 40, como ha sucedido también en buena parte de América Latina.

Es indudable, sin embargo, que ese cambio se inicia y tiene su primer desarrollo en las décadas precedentes, y que la narrativa comparte con la poesía (para limitarme al plano literario) varios de los aspectos que le han ganado a esta la consideración de vanguardista. Ello, si consideramos el término vanguardia como definidor de aquellas manifestaciones que resquebrajaron valores establecidos y sentaron las bases de la modernización cultural en este siglo, es decir, como ha dicho Klaus Müller-Bergh, si se aplica al denominador común de manifestaciones diversas y varias, pero que «promueven el cambio estético, artístico, ideológico en las letras...»¹ independientemente, digo yo, de la mayor o menor cercanía a determinados «ismos» más o menos canonizados.

En su ensayo «Indagación del vanguardismo en las Antillas», el conocido profesor, refiriéndose más bien a la poesía, relaciona una serie de características para la vanguardia en las Antillas que me servirán de primer punto de comparación para lo que ocurre en la narrativa. Él habla del afán reflexivo y de análisis de lo autóctono, de la idiosincrasia nacional en sus relaciones con lo latinoamericano y universal; de la valoración y el tratamiento de las culturas y el folklore populares, «predominantemente en su modalidad afroantillana»; la búsqueda del aggiornamento o afán de ponerse al día a través de la inmersión en la contemporaneidad, y algunas otras características que toma de Guillermo de Torre, como el antitradicionalismo, «el cuestionamiento del status quo, mediante la ironía, irreverencia, humor mordaz desestabilizador y el terrorismo verbal». Y termina diciendo: «Todo ello en función de conciencia de una identidad cultural independiente frente a España y Europa. En suma,

¹ Klaus Müller-Bergh, «Indagación del vanguardismo en las Antillas», en *Prosa de vanguardia*, Madrid, Editorial Orígenes, 1987.

reflexión y autoanálisis, unida al anhelo de renovación artística, lingüística y formal, nacionalismo e internacionalismo, afirmación de independencia cultural [...].»²

*La narrativa cubana de la época exhibe —quizás en mayor número que cualquier otro país hispanoamericano— un grupo de textos que, con diferentes tendencias y procedimientos, se separan en aspectos relevantes del discurso narrativo tradicional y que en más de un aspecto cumplen las características que apunta Klaus Müller-Bergh. Así, por ejemplo, Félix Pita Rodríguez experimenta, desde 1926 —antes de su encuentro con la estética surrealista— nuevas formas de abordaje narrativo a partir de su admiración por autores como Edgar Allan Poe y Horacio Quiroga, pero sin mimetismo limitador; Alejo Carpentier logra con *Écue-Yamba-O* (1932) el mejor exponente, dentro de la ficción narrativa, del tema negro, y vela, con determinados recursos expresivos, las armas de lo que sería su definitivo método de configuración artística; Enrique Labrador Ruiz inaugura en 1933, con *El laberinto de sí mismo*, sus novelas gaseiformes, con las que quiebra tajantemente la noción tradicional de realismo como reproducción inmediata del referente externo; Lino Novás Calvo, con técnicas de montaje cercanas a lo cinematográfico, crea situaciones que, sin ser inverosímiles, provocan una atmósfera de angustiosa irrealidad.*

Aun en autores todavía influidos por la ideoestética naturalista, como Carlos Montenegro o Enrique Serpa, lo novedoso, en términos generales, de sus temas y su tratamiento literario —que en Montenegro llega en ocasiones al expresionismo y en Serpa, mediante el tratamiento de los mecanismos psicológicos del individuo ante el medio social, se acerca a una visión

² *Ibidem.*

subjetiva de los asuntos que trata—, permiten incluirlos entre los que, de una u otra forma, renovaron el discurso narrativo cubano; mientras que otros, como Rubén Martínez Villena y Aristides Fernández, desbrozaron el camino para el posterior auge de la literatura fantástica; y un Luis Felipe Rodríguez, atado a los procedimientos compositivos de finales del XIX y a la tendencia a desarrollar tesis en sus narraciones, no obstante, aportaba al conjunto el tratamiento de personajes populares tomados del mundo del trabajo rural.

Influidos por la situación histórica nacional y mundial y por los cambios que desde principios de siglo, pero sobre todo después de la primera posguerra, se están produciendo en el ámbito cultural occidental, la mayoría de los narradores de las décadas del 20 y especialmente del 30, están motivados por un interés —explícito o subyacente en sus textos— en la recuperación y redefinición de la identidad nacional y por el tratamiento de la problemática social contemporánea a ellos. Aunque esa proyección informa buena parte de su producción artística, esta se ha liberado, en sentido general, del discurso sociologizante que limitó la prosa de ficción en las primeras décadas del siglo veinte cubano. Sus autores procuran encontrar nuevas formas artísticas para los nuevos temas y preocupaciones, a fin de superar igualmente la visión costumbrista superficial de los ya gastados modelos literarios, y penetrar, por distintas vías, en las reacciones humanas ante las diversas y a veces demoledoras circunstancias.

Ese interés y esos procedimientos se manifiestan de varias maneras y por diferentes caminos. Entre los aspectos ideotemáticos más representativos de lo que queremos demostrar está el tratamiento diferenciado de la historia; por ejemplo, la revisión actualizada de los fenómenos relacionados con la esclavitud, —como

es el caso de Pedro Blanco, el negrero, de Lino Novás Calvo, donde se pierde el halo romántico en el abordaje artístico de la trata negrera y se someten a una nueva valoración, cercana al expresionismo, algunos de los temas que fueron caros a la novelística décimonónica, entre ellos el incesto, que pierde su inocencia romántica y se carga de complejidad, culpa y angustia—, o la construcción simbólica de la culpa blanca por el pecado de la esclavitud, como en Caniquí, de José Antonio Ramos.

La temática de las guerras de independencia, con distintos puntos de vista y resultados estéticos, está presente en varios autores, sobre todo en el cuento (Pablo de la Torriente, Montenegro, Serpa, por sólo citar a algunos).

A esta misma línea histórica, corresponden los textos que pretenden parodiar los sucesos históricos, con voluntad desacralizadora de mitos socio-políticos dominantes; línea que representa de manera sobresaliente Pablo de la Torriente Brau con Aventuras del soldado desconocido cubano, una de las novelas más originales de la literatura cubana. En ella, no solamente se establece una ruptura genérica al combinar lo periodístico con lo ficcional, lo histórico con lo fantástico, sino que se ensayan procedimientos nada comunes en su momento, como la intertextualidad, el tratamiento paródico, lo apócrifo, la doble narración, la utilización de personajes y léxico tomados de la marginalidad social, el humor negro, el lenguaje mordaz y otros, que la crítica contemporánea está, ¡al fin! reconociendo como precursores de la más actual literatura cubana.

La ruptura de fronteras genéricas a que hice alusión antes no sólo se produce en Aventuras... ni sólo en Pablo de la Torriente, aunque es él su mejor representante en la etapa. Otro tanto hacen Carlos

Montenegro, en algunos de sus cuentos —sobre todo los que incluye en la primera parte («Cuentos de hombres libres») de El renuevo y otros cuentos y en su única novela Hombres sin mujer—; y Enrique Serpa en algunos relatos de Felisa y yo.

Hay también otras transgresiones. Tal es la exploración de zonas temáticas poco o nada abordadas anteriormente por la narrativa cubana, como los sectores marginales, según el discurso social hegemónico (cárcel, prostíbulos, zonas portuarias, barrios suburbanos, solares, etc.); el tratamiento de problemáticas obreras, el homosexualismo, etc.

En estos temas se destacan los autores mencionados, además de Enrique Labrador Ruiz, sobre todo en sus novelas gaseiformes, en las que partiendo de un referente real —casi siempre marginal— lo convierte, mediante el lenguaje sublimado y el tratamiento fantástico, en un espacio supra-real, pero que finalmente remite a la atmósfera asfixiante de la sociedad que describe; y Alejo Carpentier con su Écuela-Yamba-O, cuyo protagonista va de una marginalidad a otra: de lo marginal rural a lo marginal urbano, de una religiosidad marginada a otra, de una vida marginada que muere, a otra que nace.

De la misma forma que la narrativa de la época toma como fuente de su sistema de personajes a individuos y sectores marginados de la estructura social dominante, igualmente practica modalidades genéricas o temáticas consideradas marginales, como el tratamiento de lo negro, que se integra de ese modo a la llamada tendencia afrocubana, que se manifestaba en la poesía, el ensayo, la etnología, la música, la pintura. Dos variables se pueden encontrar en ello: la recuperación escrita de la literatura oral popular, ya sea ritual o cuentera. En ambas líneas se destaca Lidia Cabrera, pero otros autores-investigadores se dedicaron a esa labor de

rescate escrito de la oralidad popular negra, entre ellos Rómulo Lachatañeré y Gerardo del Valle, y las obras de ficción a partir de la realidad y las creencias del negro cubano, como es el caso de Écue...

Los cambios de signo de la narrativa en la etapa se manifiestan igualmente en el relieve narrativo de novelas y cuentos en los que, salvo excepciones, se disminuye la distancia entre el plano del narrador y el mundo de los personajes, que en ocasiones asumen la función de narrar la historia. Hay una voluntad de jerarquización de rasgos de personalidad que individualizan a cada actor, sin negar su pertenencia a determinado sector social. Se ensayan, por otra parte procedimientos estructurales novedosos y todo ello mediante un tratamiento lingüístico en el que el habla popular cubana ocupa lugar destacado.

De esos recursos y procedimientos sólo voy a mencionar unos pocos. Uno especialmente interesante es la jerarquización del espacio urbano. Aunque no se abandonan totalmente la temática y la espacialidad ruralistas, aparece con mayor frecuencia la ciudad, casi siempre no como cosmos globalizador, sino en pequeños escorzos (barrios, zonas portuarias, fábricas). La ciudad no se presenta, por otra parte, como un espacio en sí mismo contaminador, agresivo y ajeno, tal como se pintaba en algunas novelas de Luis Felipe Rodríguez o de Jesús Castellanos, sino simplemente como escenario donde ocurren las acciones. No hay, por tanto, oposición ciudad-campo como un tema jerarquizado en la mayoría de las obras.

Se procura un discurso cercano a la oralidad, al decir cotidiano, y expresado de una manera natural. Esto lo diferencia de la narrativa anterior, en la que se forzaba el habla coloquial con supuestas transcripciones «textuales», y se deslizaban innumerables cultismos y casticismos. Al haber menor distancia entre

el plano del narrador y el de los personajes, el lenguaje gana en naturalidad. Ya el narrador no «viene de fuera», ni se coloca por encima de los que participan en la historia. Es cierto que este proceso, como ha explicado Luis Álvarez,³ tiene su culminación en la década de los 40; pero es innegable que el paso dado por la narrativa vanguardista fue imprescindible para lograrlo.

No se trata, por otra parte, de que en todos los casos hubiera una voluntad de «coloquizar» el lenguaje. En Labrador Ruiz, por ejemplo, la intención estética jerarquiza el valor del lenguaje en la novela. En su caso hay una estilización muy personal del lenguaje narrativo, mediante un vínculo artístico entre lo culto y lo popular, sin pretender ser lo uno ni lo otro, sino un lenguaje literario propio. Otros autores (como Carlos Enríquez, quien también en la narrativa estaba influido por el surrealismo) intentaban garantizar la autonomía de la palabra por lo menos en su valor fónico, mientras que un Pablo de la Torriente la utilizaba, en algunos de sus cuentos, para, mediante procedimientos expresivos, entre ellos la hipérbole, la alusión, la perífrasis, ampliar o variar su espectro de significaciones, casi siempre con propósitos humorísticos.

Aunque con algunos antecedentes, en el sentido de reflexiones sobre el hecho de la escritura desde la diégesis de una novela o cuento, es en este periodo, y especialmente en la obra narrativa de Labrador Ruiz, cuando esto se hace a partir de una evidente voluntad estética. En Labrador ya hay una intención de hacer novela de lenguaje, de ahí que la referencialidad social en sus textos es bastante mediata. En varias de sus obras llama la atención hacia la propia escritura,

³ Véase Luis Álvarez Álvarez, «El relieve narrativo en la obra de Onelio Jorge Cardoso», en Onelio Jorge Cardoso. Valoración múltiple, La Habana, Casa de las Américas, 1988, pp. 207-19.

aunque no se podría hablar todavía de evidencias de un sentido de autorreferencialidad en sus novelas.

Existen otros rasgos que justificarían la inclusión de la narrativa de los años 20 y 30 dentro de una categorización vanguardista. No he querido detenerme en las directas asimilaciones de recursos puntuales de algunas de las corrientes europeas, como los elementos cubistas y surrealistas de Écue-Yamba-O, o los rasgos futuristas en los cuentos de Pablo, porque no son esos préstamos los que, según creo, definen y caracterizan la vanguardia narrativa cubana, sino precisamente su poder de cambio, su voluntad —y en algunos casos capacidad— de hacer partícipe a la literatura de los dinámicos acontecimientos de la época tanto nacional como internacionalmente hablando, y el propósito de poner al día la narrativa cubana en relación con el desarrollo de la literatura universal.

Si bien la década de los años 40 fue una época de oro de la narrativa cubana —comparable hasta ahora sólo con la del 60—, ello fue posible porque el proceso de cambio de signo estético comenzó antes: precisamente con la vanguardia narrativa cubana, que reflejó, si hacemos una mirada de conjunto, la atmósfera social y cultural de la Cuba de entonces; que recogió y asimiló creativamente las nuevas corrientes del arte y el pensamiento universal; que incorporó, desde los presupuestos de la creación artística, los resultados de las investigaciones antropológicas y etnológicas que se realizaban en Cuba; que estuvo inmersa en los acontecimientos sociales con sentido de participación, y en algunos casos de compromiso; que no fue ajena al estudio de nuestras raíces ni de nuestra historia, pero sin perder su condición de producción artística, y que trató —y en varios casos logró— desasirse de lo gastado sin caer en mimetismos de modas y modos.

Los cuentos de Pablo

Entre los narradores que inician la vanguardia en Cuba, tiene un lugar especial Pablo de la Torriente Brau (1901-1936), quien a pesar de su escasa obra narrativa constituye, según mi criterio, uno de los más audaces y con mayor potencialidad de escritor de todo el grupo de narradores de los años 30. Aunque no pudo desarrollarla en toda su magnitud, por su temprana muerte en defensa de la República española, lo que dejó escrito lo revela como un innovador de la narrativa cubana. Su ideal estético tiene como base el propósito de poner la literatura al nivel del dinamismo de la época que le tocó vivir; que fuera a la vez crónica e instrumento de transformación, sin traicionar su específica función estética. El rigor ideológico de Pablo de la Torriente y su confianza en las potencialidades de la literatura, le permiten realizar una obra cuya significación primera radica, precisamente, en la fusión de la acción vital y la práctica artística, con una marcada voluntad humanista. El acto de creación, aunque vehículo de satisfacción personal, no sería para él refugio ni realización sustitutiva, sino parte entrañable de la actuación social.

El primer cuento conocido de Pablo —no publicado hasta ahora— data de 1923. Se trata de «La única hazaña del médico rural», el cual, si bien se debe considerar dentro de la necesaria etapa de aprendizaje de un narrador, exhibe ya algunos elementos que anuncian las preferencias temáticas y de recursos literarios de su autor. Una de ellas es el trabajo intertextual con el cine, quizás la mayor influencia, tanto temática como compositiva, en la narrativa de Pablo.

En este caso escogió como modelo de escenario un pequeño pueblo de los fundados por colonos norteamericanos, en los inicios del siglo xx, al norte de las antiguas provincias de Camagüey y Oriente. Ese

espacio le sirve al autor implícito para organizar la historia como un típico western y justificar las acciones de los personajes principales.

El cuento tiene una estructura tradicional: descripción del espacio, presentación y retrato de los personajes y narración de distintos episodios que informan sobre el principal atributo del protagonista —su patológica cobardía— y preparan el sorpresivo desenlace. Sin embargo, ya se aprecia el estilo desenfadado, el gusto por lo humorístico y la crítica satírica a la situación nacional, que serían características de algunos de los mejores cuentos de Pablo.

Otro de sus cuentos tempranos —«Diálogo en el mesón»— es un divertimento a partir de la sátira, basada en las polémicas acerca del origen nacional de Cristóbal Colón y el estereotipo de avaros adjudicado a los judíos.

Por su parte, «Casi una novelita. Cuento-película», escrito en 1925 y como los anteriores inédito hasta la presente edición, es mucho más informal que aquellos y, por lo mismo, más novedoso. Dentro de una historia-marco —presentada explícitamente como un guión cinematográfico— en la que los personajes coinciden caracterológicamente y aun nominativamente con miembros del círculo de amigos del autor (procedimiento utilizado por Torriente Brau en varios de sus cuentos posteriores), se inserta un episodio que, en sí mismo, tiene una nueva complejidad: la imbricación argumental de las acciones de la protagonista y las escenas de una película que se está filmando, ambas estructuradas como una parodia del melodrama, en la que no falta el desenlace feliz.

El final del cuento es igualmente anticonvencional. No sólo el narrador informa a posteriori el verdadero título del relato (que resulta así una inversión de lo establecido), sino que hace aparecer al autor como

personaje, en una especie de firma implícita en el cuerpo del relato: «He aquí por qué esta historia que debió titularse “La novela de Victoria”, se titula simplemente “Por qué se casa una protagonista de película”, y he aquí también por qué la protagonista, para el día de su boda, ha invitado al Sr. Pablo de la Torriente Brau en el 30 de agosto de 1925».

Cuentos de Batey y otros cuentos

Si descontamos estos ensayos narrativos de su etapa de aprendizaje, sus primeros cuentos son los incluidos en Batey,⁴ libro escrito en colaboración con su amigo Gonzalo Mazas, y publicado en 1930. En conjunto, los cuentos de Pablo aparecidos en esa colección, muestran ya una actitud nueva ante el hecho literario, en relación con la narrativa cubana tradicional. Ello se manifiesta en cambios en la base ideotemática y en los procedimientos compositivos, que lo acercan a las audacias que propugnaban los «ismos» europeos. Lo vanguardista en su obra, sin embargo, no está tanto en la utilización de determinadas imágenes futuristas o el tratamiento de temas mediante recursos que remedan el surrealismo, como en la concepción autoral de la literatura en tanto acto vital, dinámico y polifacético, de lo que resulta una obra de gran fuerza expresiva, desasida ya de modelos gastados y por lo mismo de indudable carácter fundador.

Aun en «El héroe», escrito en 1925 —el más tradicional de sus cuentos de Batey—, el desenlace sorpresivo ofrece una nota inédita al sugerir una doble lectura de un mismo enunciado: una humorística al convertir, mediante una ruptura de sistema, una aparente tragedia en un hecho intrascendente, y otra que ratifica la condición heroica del protagonista.

⁴Pablo de la Torriente Brau y Gonzalo Mazas Garbayo, *Batey*, La Habana, Cultural, 1930.

Los demás cuentos presentan una estructura más heterodoxa, en la que destacan la intertextualidad y la inclusión de elementos novedosos en la composición como la notación de una partida de ajedrez o un fragmento de partitura musical, párrafos conformados sólo con onomatopeyas, doble narración, interpolación de poemas, canciones, cheers y, sobre todo, dos aspectos del relieve narrativo que individualizan al autor dentro del contexto epocal.

El primero es la presencia del autor implícito, representado en tanto individuo creador del relato y participante en los sucesos, sin disfraz de personaje fictivo y sin la ajenidad que caracterizó la narración personal de un Jesús Castellanos o un Luis Felipe Rodríguez. Tal técnica tiende, entre otros procedimientos, a la supresión de las fronteras genéricas entre el testimonio y la ficción narrativa, en los que Torriente Brau es más audaz que otros contemporáneos que utilizaron el recurso, como Enrique Serpa o Carlos Montenegro. Textos como «Una aventura de Salgari», «Nosotros solos», «Fiebre», «Páginas de la alegre juventud», entre otras, se encuentran en una zona intermedia entre el relato autobiográfico y lo estrictamente literario, no siempre a partir de la inclusión de aspectos ficcionales, sino mediante una efectiva composición narrativa.

La presencia del autor como narrador-personaje se muestra también en «A fojas 72», en el que recurre al procedimiento del «documento encontrado» para presentar la historia, y en «El viento sobre las tumbas», donde se desarrollan dos historias: la que sirve de marco, con sus propias situaciones y conflictos; y la enmarcada, relatada por un segundo narrador. En ambos cuentos se apela a lo misterioso y lo macabro, sin llegar a una verdadera transgresión del orden racional.

Otro de los elementos casi constantes en Batey —y en buena parte de la obra narrativa de Pablo de la Torriente— es la utilización del humor que, más que un recurso literario es la expresión de su personalidad, por lo que se manifiesta en su prosa de una manera natural y sincera. No se limita, por tanto, a ciertos giros lexicales o la introducción de personajes cuya actuación provoque lo cómico; sino que está presente en la totalidad del texto, desde la perspectiva autoral, casi siempre satírica o francamente desenfadada, hasta los elementos del plano compositivo y el sistema lingüístico. Dentro de esa integralidad, sin embargo, se pueden aislar recursos como la ironía, el absurdo, la ruptura de sistema, la técnica antitética, el equívoco y aun el uso ingenioso de la burla y el choteo criollos, rasgos de la personalidad nacional que Pablo compartía y manejaba eficazmente.

Siempre con intención humorística, cuentos como «Caballo dos dama», «Una tragedia en el mar», «Asesinato en una casa de huéspedes», en los que se conjugan lo lúdico, lo macabro, lo onírico, lo misterioso, permiten inscribir a Pablo de la Torriente Brau, junto con Aristides Fernández, Rubén Martínez Villena, Carlos Montenegro, Félix Pita Rodríguez y otros, en el grupo precursor del cuento fantástico moderno en Cuba,⁵ que tendría su mayor desarrollo después de 1940.

La flexibilidad de sus formas narrativas propicia, por otra parte, el tratamiento de los más diversos asuntos y preocupaciones a partir de argumentos fantásticos o humorísticos. De este modo expone y critica aspectos de la situación sociopolítica de la Cuba de entonces, incluida la penetración imperialista; satiriza determinadas actitudes morales y aun propone, mediante la visión irónica de la literatura y la crítica al uso, una suerte de poética de la espontaneidad y la

frescura en la expresión. No se trata, en estos y otros cuentos de PTB, que haya un sentido denotativo evidente, pero la experiencia receptiva puede percibir un sentido alegórico subyacente en la estructura profunda de los relatos.

El propio autor define irónicamente las características de su método narrativo en la autopresentación que incluye en Batey:

Y acaso no sea lo de menos importancia destacar su desparpajo —íbamos a decir su libertinaje— al mezclar cosas perfectamente del vivir cotidiano con las propias de la fantasía; personajes reales con otros de vida ficticia; con lo que a veces sólo logra conseguir el que los sucesos de la realidad aparezcan como momentos que nunca existieron, y que panoramas imaginativos y acaso morbosos, tomen relieve vívido en temperamentos sensibles.⁶

Después de la publicación de Batey, Pablo de la Torriente sigue escribiendo cuentos —algunos de ellos mientras guardaba prisión. «¡Muchachos!», escrito en 1930 y publicado en la revista Social al año siguiente, es uno de los pocos que —exceptuando los de Batey— fueron publicados en vida del autor. Ubicado, como «Casi una novelita...», en un ambiente juvenil y despreocupado, y teniendo igualmente como motivación ideotemática episodios reales de la vida del autor, resulta finalmente —al contrario de aquel— una tragedia. Su modelo genérico, por otra parte, también se distancia del cuento aludido: en lugar de los recursos del melodrama, es la «novela de

⁵ Acepto la conceptualización ofrecida por Roger Callois acerca de lo fantástico como «una ruptura del orden reconocido, una irrupción de lo inadmisibles en el seno de la inalterable legalidad cotidiana». Véase Roger Callois, *Imágenes, imágenes*, Barcelona, Edhasa, 1970, pp. 10-11.

⁶ «N2. Pablo de la Torriente Brau» [prólogo], en *Batey*, ob. cit., p. 9.

aventuras» la que —como en varios cuentos de Batey— la que parece servir de pre-texto compositiva.

Algunos de los cuentos escritos en los años 30 se emparentan con la llamada «literatura ruralista» iniciada al principio de siglo por Jesús Castellanos y continuada por otros autores a partir de la década de los 20. En el período en que Pablo da a conocer algunos de sus relatos, se identifican dos posiciones polares en cuanto a los procedimientos artísticos del cuento. Una se resume en la obra de Luis Felipe Rodríguez, quien lleva a un punto de máximo compromiso el propósito enjuiciador de la realidad rural cubana, pero con una actitud narrativa lastrada aún por los modelos nonocentistas. La otra puede ejemplificarse en algunos cuentos de Carlos Montenegro, cuya forma expresiva —generalmente cruda y descarnada— inaugura una perspectiva hasta entonces inédita en la cuentística cubana.

Los cuentos rurales de Pablo se ubicarían en una tercera posición, más cercana a algunos asuntos desarrollados posteriormente en la tendencia conocida como «criollista». Relatos como «Último acto» y «En la sombra», adelantan temas relacionados con el adulterio, la venganza, los celos, que se reiterarían en el criollismo cubano de la década de los años 40. Como muchos de esos cuentos, los de Pablo tienen un desenlace no sólo sorpresivo, sino de gran dramatismo. «En la sombra» fue escrito en presidio, según consta en el original, y muestra una situación narrativa novedosa y de mucha fuerza expresiva.⁷

⁷ Todo parece indicar que Pablo de la Torriente escribió dos versiones de este cuento, ya que en el publicado en *Lunes de Revolución* (no. 42, 11 de enero, 1960, p. 13) aparecen variantes sustanciales en relación con el original que posee el Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau y que es el que se publica en esta edición.

«El buey de oro», por su parte, además de hacer evidente la intención de denuncia social, anuncia un procedimiento también usado por algunos narradores ruralistas posteriores —especialmente Onelio Jorge Cardoso— y que el propio Pablo utilizó en Batey y Presidio Modelo. Se trata de dejar contar la historia a un personaje, que se convierte así en un segundo narrador. En este caso no se trata del desarrollo de un conflicto puntual, sino del relato de las experiencias de un peón agrícola con un terrateniente avaro y desalmado. El desenlace se traduce en la esperanza de que la futura revolución social hará cambiar la relación dominador-dominado que implicaba el relato del segundo narrador. La historia y el desenlace están dados no desde una perspectiva dramática ni esquemáticamente politizada, sino como una amena y casi divertida conversación entre los dos narradores.

También de tendencia social, pero no ya ruralista, «El sermón de la montaña» —que parece ser uno de los últimos cuentos de Pablo— aún armónicamente el tratamiento revolucionario de lo social con un fino humorismo, referencias intertextuales y un desenfadado sentido antidogmático, en el que no faltan palabras non gratas a la pacatería de derechas y de izquierdas.

Centrado en dos personajes, el cuento va directamente al tema —la reivindicación de Jesucristo como luchador revolucionario de su tiempo—, pero, al contrario de muchos relatos de la llamada «tendencia proletaria» que se desarrolla en parte de América Latina en el período de entreguerras, la personalidad vehemente y popular del protagonista y el final nada panfletario, lo separan —sin afectar el mensaje— de la literatura sociologizante que lastró buena parte de la narrativa revolucionaria latinoamericana.

Cuentos del presidio

La experiencia del presidio, en donde estuvo entre los años 1931 y 1933,⁸ motiva nuevos cuentos, que se recogieron póstumamente en diversas publicaciones.⁹ En ellos, los presupuestos ideoestéticos de Pablo se mantendrían, sólo que enriquecidos y mostrando una mayor madurez en la configuración artística de los relatos. Si en Batey, por ejemplo, es su experiencia juvenil y su personalidad aventurera y regocijada las que informan la mayor parte de los argumentos, en sus relatos posteriores será su experiencia participativa en los acontecimientos sociales la que le permita expresar, desde dentro, su aprehensión de los hechos. Y si en aquel generalmente envuelve «en el ropaje de su frondosidad, las ideas políticas, morales y sociales que sustenta»,¹⁰ en los textos siguientes la denuncia y el compromiso personal se jerarquizan y hacen explícitos.

Ello no supone, sin embargo, una subordinación sociologizante de la literatura a lo político-social; en ellos no sólo se mantienen procedimientos narrativos practicados en los cuentos anteriores, sino que incluso ganan en organicidad expresiva, presentan un mayor grado de interiorización de los sucesos, y el lenguaje gana en plasticidad y cubanía.

No es de extrañar que esa nueva etapa de la cuentística de Pablo, esté marcada por su estancia en

⁸ Pablo de la Torriente sufrió presidio durante 27 meses, entre 1931 y 1933 en las prisiones del Castillo del Príncipe y La Cabaña, en La Habana, y en la cárcel de Nueva Gerona y el Presidio Modelo, en Isla de Pinos. Véase «Carta a José Antonio Fernández de Castro», en *Cartas cruzadas* (selección, prólogo y notas de Víctor Casaus), La Habana, Letras Cubanas, 1981, p. 35.

⁹ Véase Diana Abad, «Pablo de la Torriente Brau: bibliografía activa», en *Universidad de La Habana*, no. 206, abril-diciembre, 1977, pp. 157-94.

¹⁰ Pablo de la Torriente Brau, prólogo a *Batey*, ob. cit.

presidio. Entre los cuentos con temas de prisión destacan «La noche de los muertos» y «El cofre de granadillo», en los que la influencia de Edgar Allan Poe, ya presente en algunos relatos anteriores, se manifiesta con mayor fuerza, propiciada por la misma situación que narra. Ambos se pueden inscribir en la literatura fantástica, no porque aparezcan seres sobrenaturales o sucesos fuera de la comprensión objetiva, sino por la tensión e incluso misterio que llegan a producir, gracias a la eficacia de la estructuración artística. Esa condición no evita el registro de la cruda realidad del presidio, sino que lo destaca mediante la literatura.

En «La noche de los muertos», de clara filiación vanguardista, Pablo desarrolla un tema más universal y de mayor reflexión que los anteriores: la relación sueño-muerte, integrada con la oposición apariencia-realidad. El trabajo del narrador-personaje es uno de los mayores méritos del cuento. A través de un monólogo, este describe su intromisión, mediante la observación, en la conciencia de sus compañeros dormidos; sueño que, en la cárcel, es una forma de muerte. El desenlace descubre que el único que, a juicio del narrador, fingía estar muerto, es el que ha fallecido durante la noche, con lo que sus anteriores reflexiones deben ser valoradas nuevamente por el lector.

«El cofre de granadillo», por su parte, lleva a un punto climático la técnica de Torriente Brau en cuanto a la coexistencia, en el mundo presentado, de lo real cotidiano —con hechos a todas luces verosímiles y hasta documentados— con situaciones inexplicables que producen una atmósfera fantástica, y llega, como en este caso, a lo macabro.

«Luna de presidio» se separa de los anteriores en varios aspectos. No apela a lo extraordinario dentro de la cotidianidad del presidio, sino más bien a una

reflexión poética, que toma la luna como leit motif. A pesar de lo sencillo de su argumento, el cuento exhibe algunas novedades, entre ellas la inclusión de un poema que ayuda a la definición de la atmósfera melancólica y opresiva de la historia, y el recurso del relato dentro del relato, además de determinados giros lingüísticos vanguardistas.

Sin desconocer su inmediata función periodística, muchos de los reportajes de Pablo de la Torriente presentan los recursos expresivos propios de su particular estilo narrativo. Ello se aprecia, entre otros trabajos, en las series 105 días presos, La isla de los 500 asesinatos¹¹ y Tierra o sangre, también conocida como Realengo 18, todos publicados en vida del autor.¹² Será, sin embargo, Presidio Modelo, obra que no pudo ver impresa,¹³ la paradigmática en este sentido. En ella la asociación intergenérica ofrece un caso inclasificable según las teorías tradicionales. En sus cincuentitrés capítulos, organizados en diez partes, aparecen desde evocaciones de la infancia del escritor hasta reflexiones de diversa índole, pasando por episodios del presidio y retratos de presos y carceleros. Entre estos últimos sobresale el realizado al jefe de la prisión, el capitán Pedro Castell, de quien hace un análisis psico-

¹¹ Posteriormente integrado en *Presidio Modelo*.

¹² *105 días presos* fue publicado en *El Mundo* desde el 26 de abril hasta el 8 de mayo de 1931. *La isla de los 500 asesinatos*, en *Ahora*, del 8 al 24 de enero de 1934. *Tierra o sangre* apareció en el mismo periódico entre el 16 y el 24 de noviembre del propio año. Fueron recogidos en *Pluma en ristre* (selección de Raúl Roa), La Habana, Publicaciones del Ministerio de Educación, 1949, el último con el título de *Realengo 18*. Posteriormente han aparecido en forma de libros o formando parte de volúmenes con selecciones de la obra del autor. Véase Diana Abad, ob. cit.

¹³ *Presidio Modelo* sólo pudo ser publicado en 1969 (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales). Existe otra edición, por la misma casa editora, en 1975.

sociológico a partir de diversas fuentes testimoniales. El resultado es un relato biográfico del genocida director del presidio de Isla de Pinos que, por sí sólo, puede ocupar un lugar en la narrativa cubana.

Aunque en casi todo el libro se aprecia la capacidad literaria de Pablo de la Torriente, y la madurez que ha ganado en la conformación de un nuevo lenguaje artístico, en el que el habla popular nacional ha ganado mayor espacio, es posible aislar algunas composiciones que integran, por derecho propio, su bibliografía cuentística, si se analizan desde una perspectiva no reduccionista y teniendo en cuenta los conceptos contemporáneos del género.

La conceptualización del cuento como género literario ha evolucionado al ritmo de la de su creación. Muchos de los aspectos tomados por inviolables en la configuración cuentística, han sido negados posteriormente. Incluso Horacio Quiroga, considerado durante un buen tiempo el preceptista por excelencia de esa zona de la narrativa —a partir de su «Decálogo del perfecto cuentista» (1927)¹⁴—; declaró al año siguiente:

[C]on la historia breve, enérgica y aguda de un simple estado de ánimo, los grandes maestros han creado relatos inmortales.

En la extensión sin límites del tema y del procedimiento en el cuento, dos calidades se han exigido siempre: en el autor, el poder de transmitir vivamente y sin demoras sus impresiones; y en la obra la soltura, la energía y la brevedad del relato, que la definen.¹⁵

¹⁴ Horacio Quiroga, «Decálogo del perfecto cuentista» (*Babel*, julio de 1927), en Catharina V. de Vallejo (comp.), *Teoría cuentística del siglo XX. (Aproximaciones hispánicas)*, Miami, Ediciones Universal, 1989, pp. 69-71.

¹⁵ Horacio Quiroga, «La retórica del cuento», en Catharina V. de Vallejo, ob. cit., p. 72.

Tales aspectos están presentes en los textos de Presidio Modelo que hemos seleccionado como cuentos, aunque carezcan de elementos ficcionales, como exige Enrique Anderson-Imbert,¹⁶ y no siempre muestren una estructura argumental típica.

El autor —Pablo— no sólo puede transmitir vivamente sus impresiones, sino que quiere (lo considera un deber ineludible) hacerlo. En carta enviada a José María Chacón y Calvo, explica sus razones:

Yo estoy completamente seguro de que no he sido capaz de reproducir con la suficiente fuerza la bárbara, la monstruosa realidad. Pero estoy también seguro, después de haber estado dos años en Presidio Modelo, de que nadie ha sabido describir nunca la profundidad insondable y lóbrega de la vida de los prisioneros. En el propio presidio leí algunos libros de presos: Dostoievski y Víctor Serge. Todo pura literatura al lado de lo tangible, al lado de las 24 horas infinitamente iguales; de los años iguales; al lado del olvido de los hombres que viene a ser como el aprendizaje de la muerte, para que se vayan acostumbrando a ella; al lado de la tragedia, la barbarie, el crimen, tan repetidos que llegan a ser monótonos, al lado de los hombres tan inverosímiles, que ninguna imaginación honrada puede hacer otra cosa que ponerse a la observación con la intención más fiel.¹⁷

Tal impresión autoral del fragmento de la realidad que le sirve de asunto, unida al innegable talento narrativo de Pablo, informan la «soltura, energía y brevedad» de sus relatos de Presidio Modelo y su condición de cuentos.

También se cumplen en ellos los requerimientos que apunta Julio Cortázar en «Algunos aspectos del cuento»:

¹⁶ Véase Enrique Anderson-Imbert, *Teoría y técnica del cuento*, Buenos Aires, 1979.

¹⁷ Pablo de la Torriente Brau, *Cartas cruzadas*, ob. cit., pp. 204-6.

Un cuento, en última instancia, se mueve en ese plano del hombre donde la vida y la expresión escrita de esa vida libran una batalla fraternal, si se me permite el término; y el resultado de esa batalla es el cuento mismo, una síntesis viviente a la vez de una vida sintetizada, algo así como un temblor de agua dentro de un cristal, una fugacidad en una permanencia.¹⁸

Aunque el propósito explícito de Pablo de la Torriente fue denunciar los horrores del presidio, a partir, sobre todo, de testimonios y documentos, es innegable su voluntad estética en buena parte del texto. En él se fusionan las dos fuerzas de que hablaba Cortázar como indispensables para el escritor revolucionario: «la del hombre plenamente comprometido con su realidad nacional y mundial, y la del escritor lúcidamente seguro de su oficio».¹⁹ Esto se demuestra fehacientemente en los relatos implícitos en Presidio Modelo. Hay un eficaz equilibrio entre el asunto (tomado de la más inmediata realidad) y la creación estética. Ello garantiza la recepción artística de esos textos, aun cuando las circunstancias contextuales (temporales y espaciales) hayan variado; sin que por ello deje de funcionar la reacción de rechazo a aquella terrible realidad.

Si se realiza una simple comparación analítica entre esos relatos —sobre todo algunos como «El tiempo», «Las pupilas» y «La mordaza»— con los cuentos de presidio que aparecieron en diversas publicaciones sin dudar de su ubicación genérica, se comprobará sus similitudes en cuanto a características temáticas, morfológicas y estructurales; o sea, a los atributos del cuento considerado desde un ángulo no reduccionista.

Aunque cualquiera de los relatos seleccionados pudiera servir para esa demostración, los tres mencionados antes

¹⁸ Julio Cortázar, «Algunos aspectos del cuento», en Catharina V. de Vallejo, ob. cit., p. 97.

¹⁹ Ibidem, p. 105.

—quizás los mejores cuentos de Pablo— son idóneos para ello. En «El tiempo», por ejemplo, no se produce explícitamente una sucesión de acciones que pudieran conformar un tradicional discurso narrativo; sin embargo —dentro de la traslación metafórica que realiza el autor implícito— se narran sucesos, sólo que habituales, durativos, para dar el alienante devenir de la vida de los prisioneros.

Pablo de la Torriente, quien siempre demostró un interés especial por el tiempo,²⁰ en este relato lo hace su tema mismo. El narrador organiza la historia a partir de la animación de elementos temporales y la personificación de objetos y animales, a los que ubica implícitamente en un espacio siniestro que recuerda las narraciones de horror del romanticismo.

El tiempo —en las específicas circunstancias del presidio— se concreta en un implacable monarca absoluto, con una cohorte de tétricos colaboradores: el almanaque y el reloj. Este último se sirve de otros que el narrador identifica como ayudantes de campo (la Corneta), agentes secretos (el Hambre, el Cansancio y el Sueño) y atormentadores (el Insecto y el Espanto), así como un «auxiliar máximo»: la Esperanza. Con estos personajes organiza un relato reflexivo que, apoyado por el lenguaje utilizado, lleva al lector la sensación de opresión y estatismo del tiempo en el presidio.

«Las pupilas» inicia el conjunto de relatos que el autor tituló «Escenas para el cinematógrafo». La innegable influencia del cine en la obra de Pablo cobra en esta parte de Presidio Modelo una función explícita: las imágenes son más eficaces que las palabras para presentar los horrores de la vida en prisión. El propio Pablo introduce esta sección explicando su intención de «narrar con imágenes» más

²⁰ Véase en este mismo volumen su cuento inconcluso «Vida del Caballero de Monte Cuervo».

que los hechos, las sensaciones, las angustias de un testigo-participante de las tétricas escenas.

Mi palabra no sirve para transcribir, con la fuerza con que las siento vibrar en mi imaginación, las bárbaras escenas del Presidio.

[...]

Por eso yo quiero que el lector venga ahora conmigo al cine; que me lea con los ojos cerrados...con la imaginación dispuesta a esta tiniebla roja, propia para el salón de proyecciones...¡La función va a comenzar!...²¹

En ese primer relato, las escenas se proyectan a través de los ojos agigantados de un presidiario, convertidos, para el narrador, en pantalla cinematográfica. Hasta que no se rompe —al final del cuento— la impresionante ilusión de tinte surrealista, la narración se puede definir como un guión de cine, perfectamente filmable.

El desenlace enfatiza la degradación moral que producen en el individuo los diabólicos métodos carcelarios del Presidio de Castell.

«La mordaza», por su parte, se apoya en lo onírico y lo macabro para presentar uno de los instrumentos de tortura del presidio. Desde el punto de vista compositivo es el mejor de los relatos integrados en Presidio Modelo. El narrador-personaje se separa de su identidad para asumir la de un testigo excepcional de un espectáculo macabro, digno de la mejor literatura fantástica. Como «Las pupilas», este cuento recurre a la imagen móvil del cine para ilustrar el horror de los prisioneros torturados.

En estos tres cuentos, el autor implícito no deforma la realidad para hacerla fantástica, sino que resalta, mediante recursos expresivos, lo sórdido y horrorífico del mundo carcelario, conformando un discurso en

²¹ Pablo de la Torriente Brau, *Presidio Modelo*, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. 491-2.

ocasiones expresionista y en otras —sobre todo por la plasmación de la asfixiante atmósfera del presidio, en lo que todo aparece como irracional y alienado— se acerca a las visualizaciones de algunos surrealistas.

Sin variar, en lo esencial, su estilo narrativo, estos relatos proyectan un tono diferente al de sus cuentos anteriores. El humor ha cedido terreno a la expresión grave y angustiada, con matices exclamativos que refuerzan la actitud del narrador ante los hechos. Si en Batey los «panoramas imaginativos y acaso morbosos» se trataban como casos reales, con fines eminentemente humorísticos; en estos relatos es el testimonio de la «increíble» realidad del presidio lo que parece pertenecer a la literatura de horror.

El objetivo denunciador se desprende de la propia situación presentada en cada cuento, lo que avala lo dicho por el propio autor: «Yo escribí el libro con el propósito de denuncia, para que se conociera ese antro, y debo sacrificar cualquier cosa a ese propósito».²²

Lo literario, sin embargo, no se resiente en los relatos citados. El autor ha logrado un relieve narrativo extraordinariamente eficaz. El ritmo compositivo se adecua a las distintas tramas: ya vertiginoso, ya lento y agobiante, según lo tratado. La personificación de objetos, sentimientos, estados físicos, que muchas veces resultan símbolos; y el lenguaje, en el que imperan metáforas y símiles de corte futurista, contribuyen a dar a esos textos un carácter vanguardista, y colocan a Pablo de la Torriente —con una obra que demuestra ya una madurez expresiva— en el grupo fundador de la moderna narrativa cubana.

Denia García Ronda

Agosto, 1998

²² Pablo de la Torriente Brau, *Cartas cruzadas*, ob. cit., p. 128.

N²

Pablo de la Torriente Brau

Fundador y Presidente Perpetuo de la Sociedad Geográfica Internacional de Excursiones Marítimo Terrestres, de la que también forman parte el Filipino Nogales, el Polaco García, el Gallego Martínez, etc. Fundador y Presidente de Honor de la Sociedad de Críticos Internacionales de Paraíso, en los teatros habaneros, a la que también prestigian Chaikowski Reguera, Pilín Pro, Radiero Kellmann, etc. Miembro de Línea de la Real Academia de Fútbol Intercolegial del Club Atlético de Cuba, en la que figuran el Loco Mañach, el Pollo y Titina Álvarez, Florimón La Villa, el Espiritista Suárez, Mike Mazas, Doctor Mazas, la Foca Rodríguez, Mario Pelota, el Chino Puig, etc. Caballero Gran Medalla de Oro, con distintivo negro-anaranjado, de la Orden de la Unión Atlética de Amateurs de Cuba. Decano de la Sociedad de Empleados del Bufete Giménez, Ortiz y Barceló en comisión al servicio del doctor Fernando Ortiz. Mecnógrafo de Mérito. Taquígrafo Graduado. Alumno de Dibujo de la Escuela Libre dirigida por el pintor Víctor Manuel y domiciliada en cualquier café de La Habana. Ex Redactor anónimo de periódicos desconocidos. Socio de Pro Arte Musical. De la Hispano Cubana de Cultura. Del Centro de Dependientes y de Gonzalo Mazas, etc., etc.

Confieso que después de ver cuanto título tengo, yo mismo me asombro de ser tan perfectamente desconocido. ¿Cómo es posible que un *académico* de tanto relieve, permanezca

ignorado en su país? He ahí, sin duda, otro de los muchos misterios de la naturaleza... Y como al doctor Mazas, pese a sus magníficos *Poemas del hospital*, le ocurre casi lo mismo, un día, en la ducha del Club Atlético, acordamos, despojándonos de nuestro ropaje académico, *tomar una resolución*... «Chico —me dijo él—, para salir de *la falange del anonimato* (es su estilo, ¡qué se le va a hacer!), no nos queda otro recurso que cometer unos cuantos crímenes... Yo lo puedo hacer impunemente, pues para eso soy médico, ahora tú, mira a ver cómo te las arreglas.» Yo, desde luego, estuve de acuerdo en que el asesinato es una escuela del éxito y que está pasando por su fase más próspera... (Léase «Asesinato en una casa de huéspedes».) Y he ahí explicada, con palabras sencillas y tranquilas, la génesis de *Batey*. Excluyendo toda falsa modestia, nos parece que hemos obtenido un triunfo en nuestro primer ensayo, pues a lo largo del libro ocurren unas quinientas veinte defunciones anormales... Hemos intentado hacer una estadística escrupulosa, pero el hecho de no haber aparecido muchos de los cadáveres que sin duda motivó la explosión de «El Valle», nos obliga a hacer este cálculo prudente. Creemos, pues, que ya tenemos derecho a ocupar un lugar prominente en la sociedad actual...

Otro hecho a explicar, con respecto a la ignorancia en que he permanecido, es el de mis relaciones con el mundo de los famosos.

A Rubén Martínez Villena, ex versificador y actual poeta activo, lo conocí jugando a la pelota en la azotea del bufete. (Una vez entre él y yo les dimos los nueve ceros a otra novena, creo que formada por el doctor Carreras, Gener y Jerónimo Blanco). Por entonces, Rubén decía, junto con Julio Antonio Mella, que murió de asesinato en México, cosas furibundas contra Alfredo Zayas... ¡Quién les iba a decir que, a través de la Historia que aquel nunca escribió, iba a aparecer más tarde como un espíritu seráfico... angélico... perfecto... perfecto... perfecto...! Y, desde luego,

Rubén sólo sabía de mí que tenía unas cuantas cosas locas detrás de las pupilas, un tumulto físico metido por entre los músculos jóvenes y una docena de *dos* de pecho que se negaban a salir por la garganta en otra forma que no fuera la de insoportables gritos de vendedor de periódicos... Y es claro, con tales datos, cuando un día, que llegó acabando de hacer «El héroe» y se lo presenté, le pareció, como a mí, muy bueno y atrevido... se lo dio a Fernández de Castro y este, con ilustración y todo, lo hizo publicar, lo mismo que unos versos a los que suprimieron lo mejor que tenían, la dedicatoria, que era así: *A Teté Casuso, muchacha*. Y este es todo el *affaire* literario que ha habido entre Rubén Martínez Villena, ex versificador, aunque maravilloso, y actual poeta activo, y yo.

A Herminio Portell Vilá, el hombre que sabe más en Cuba y fuera de Cuba de Narciso López; joven de voluntad espléndida y firme, periodista y profesor, le he hecho varios capítulos de su obra. Y esta labor de mecanógrafo es todo lo de literatura que conoce de mí el doctor Herminio Portell Vilá. Lo demás ha sido hablar de cosas de *sports*, de las que todavía él presume un poco. Sobre todo de su *punch*, que ha tenido siempre en vigilia a ciertos académicos airados...

El doctor José María Chacón y Calvo, amigo íntimo del sol y del mar, ha elogiado siempre mi aspecto de pelotari en cancha y ha criticado, cada vez que se le presentó ocasión, la fea costumbre que tengo de afeitarme solamente tres veces por semana. Además, me ha pronosticado que seré humorista, y como crítico al fin, aunque inteligente, me ha encontrado ciertas influencias de señores a los que jamás he leído... (Señores, yo he leído mucho a Alejandro Dumas, Emilio Salgari, Víctor Hugo, José Martí, y Edgar Poe...) Sea dicho todo, por honradez y agradecimiento.

Finalmente, con el doctor Fernando Ortiz yo estoy aprendiendo muchísimas cosas que en lo absoluto me interesan, pero que a veces me hacen gracia, como por

ejemplo, averiguar en una misma semana, y como él dice, «todos los *chismes*» de la Virgen de la Caridad del Cobre y del Barón de Humboldt. Por lo demás, y para que nunca se encuentren deficiencias en mi perfecta labor mecanográfica, yo tendré buen cuidado en evitar que él sepa cómo yo a veces me distraigo pensando alguna truculencia...

Como se ve, mis relaciones con el mundo de los famosos son bien limitadas, y por eso es que tengo que presentarme yo mismo y con todos los detalles, aun los físicos, como me exige Mazas, que presume justamente de los suyos. Yo creo que tendremos alguna suerte y que habremos de salir en las revistas, con la mano en el mentón, o en la sien, pensando algo, pero de todas maneras conviene que diga aquí que tengo dos pulgadas menos de estatura que mi *ecobio*, dos años más y dos docenas de libras menos. (Como él da tantos detalles en su biografía, usted podrá informarse detenidamente de mí, por comparación.)

Como bien dice Mazas, los dos escasos meses en que hemos hecho a saltos casi todo el material de la zafra de este *Batey* de nosotros, nos han «permitido» intercalar algunos «pequeños» defectos en nuestra obra, lo que desde luego facilitará mucho la labor de los críticos... Pero Mazas es más optimista que yo, y temeroso de pasar por el bochorno de no merecer tan altos honores, voy a hacerme yo mismo una crítica de más o menos importancia trascendental...

En primer lugar me declaro maestro en onomatopeya. Me parece que esto es un asunto indiscutible.

En segundo lugar... aunque no, así no se redacta una crítica seria... Diremos: «Hay que reconocer también que el joven escritor señor Torriente se ha permitido, lo que no parece recomendado por muchas autoridades, envolver con el ropaje de su frondosidad imaginativa las ideas políticas, morales y sociales que sustenta, lo que únicamente queda disculpado por el hecho de ser sus cuentos, como él dice, “sus periódicos”, y por tanto, la tribuna desde donde puede exponer en forma bien moderada muchas de las cosas coléricas que a veces lo exaltan...

»Bien. Y acaso no sea lo de menos importancia el destacar su desparpajo —íbamos a decir su libertinaje— al mezclar cosas perfectamente del vivir cotidiano con las propias de la fantasía; personajes reales, con otros de vida ficticia; con lo que a veces sólo logra conseguir el que los sucesos de la realidad aparezcan como momentos que nunca existieron, y que panoramas imaginativos y acaso morbosos tomen relieve vívido en temperamentos sensibles...»

Bueno, yo voy a seguir en mi estilo, porque este me aburre, y voy a tratar otro asunto.

Mi nacionalidad es otro lío. Tuve la desgracia de nacer frente a una de esas estatuas de Colón, en que aparece siempre encaramado en un palo de mármol, con la mano sobre los ojos, como si el Almirante hubiera sido un infeliz grumete, y comprendo que esto me va a traer mala suerte cuando sea famoso. Los cubanos, porque he vivido siempre en Cuba, porque aprendí a leer en *La Edad de Oro* de Martí, y por buena parte de mi ascendencia, por la línea de mi padre, van a querer que yo sea cubano; los portorriqueños, porque nací en San Juan y soy nieto —y estoy muy orgulloso de serlo— de Salvador Brau, el hombre echado hoy al olvido por sus paisanos, que cuando se vio entre el estómago y la dignidad supo ajustar su vida a esta regla que debiera servir de guía a todos los hombres del mundo: «A los hijos se les debe dar antes que pan, vergüenza», también van a querer que yo sea de allá; los montañeses, los vizcaínos, los catalanes, y hasta los mismos venezolanos van a encontrar la raíz de mi origen en ellos, y va a ser una cosa tremenda el desasosiego con que voy a vivir en la inmortalidad. ¡Igual que mi fatídico padrino el Almirante!

Pero, en fin, todos los riesgos son pocos para que los corra un hombre por la alegría de una muchacha.

Y para que esa muchacha esté contenta y alegre de mí es que yo he hecho la mitad de *Batey*. Para que con su

puerilidad de niña les presente el libro a sus compañeras y les diga: «¡Mira, esto lo hizo Torriente...!» Y sólo por decirlo ya crea ella que todo está maravilloso...

Por eso en todo lo que yo he hecho no hay un cuento dedicado a los pocos familiares míos, a los que yo quiero de veras, a los que se merecen también el libro entero; ni hay un cuento tampoco para ninguno de mis amigos. ¡Ni siquiera para Rubén!

Y aunque en mi parte hay tanto cuento raro y poco amable, todos son para ponerles delante la misma sencilla dedicatoria que tanto le gusta al doctor Chacón y Calvo:

¡Para Teté Casuso, muchacha!

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

Febrero de 1930

El héroe

El panorama

Desde la tarde anterior habíamos llegado al ingenio y, ahora, almorzábamos con apetito de guajiros debutantes, en el portal del *bungalow* que tenían los ingenieros. Cien metros al frente, paralelas a la línea de casas del batey, se extendían las vías del ferrocarril en una longitud aproximada de cuatrocientos metros, perdiéndose por un extremo en una gruta de árboles, y por el otro, en la traición de una curva.

Eran las doce.

El viento, como un perro jíbaro, había huido hacia el monte. En el cielo, página fulgurante, el sol semejaba la palabra de fuego de una maldición de luz. Los carriles eran como de plata y fulguraban como relámpagos cautivos.

Eran las doce en el campo, en Cuba.

El personaje

El paradero, que nos quedaba casi enfrente, un tanto a nuestra izquierda, estaba, contra la costumbre de todos los pueblecitos, solitario.

El viejo telegrafista, sentado en un taburete que se recostaba a la criolla en la puerta de entrada, fumaba tranquilamente. De pronto se levantó y fue hacia la mesa de los puntos y rayas (¡Una tan sólo de las muchas estatuas a Morse!)

Un muchacho fue a cambiar el chucho de un desviadero de grúa.

A lo lejos, intermitentes e imperiosos, sonaron varios pitazos. «Un tren con vía libre» —dijo alguien.

El telegrafista, con esa calma peculiar en los viejos empleados de ferrocarriles, que nos desespera a los que hemos leído en las novelas y visto en las cintas, toda la veloz ceremonia que requiere el paso vertiginoso de un tren por los paraderos intermedios, apareció en el andén con una banderola roja en la mano cuando ya la máquina atacaba velozmente la curva, envuelta en humo y como salpicando chispas.

La tragedia

El viejo empleado se acercó al borde del andén para coger los papeles que le tirarían al pasar, pero su mala suerte le hizo dar un traspié y cayó violentamente a la línea.

La locomotora, con un rugido de conquista, avanzaba incontenible y a los veinte metros era una montaña que rodaba...

Nos sentimos oprimidos y angustiados igual que en una pesadilla insoportable. Yo, que casi lo era, me sentí niño y hubiera llorado por evitar aquello... Como en algo posible, pensé en que el tiempo y el espacio debían acabar en aquel segundo interminable y que todo quedara como en el vacío, con la locomotora perpetuamente a igual distancia del pobre viejecito, antes que permitir a mis ojos el tormento de verlo aplastado por la máquina.

Pero... ¡todo inútil!... El hombre, que se había dado un serio golpe al caer, no pudo sacar una pierna de entre los polines, y a pesar de los esfuerzos titánicos del maquinista, la locomotora llegó hasta él patinando rabiosamente sobre los raíles llenos de centellas.

El héroe

Llegamos en silencio, como ante los muertos tendidos. El maquinista tenía la enorme mano soldada en la palanca del freno, y con los ojos muy grandes, miraba como por primera vez el mecanismo inexplicable de la caldera o la insoportable angustia del paisaje. Y mientras, de sus ojos caían lágrimas, como campanadas de reloj...

Dimos la vuelta con temor. Allí estaba el viejo con las manos apoyadas en la tierra, y el busto erguido ¡y con cara tranquila!... «Que den para atrás» —nos dijo— y, luego, al ver nuestro asombro, una risita nerviosa y espeluznante hirió nuestros oídos y quedó en ellos para siempre.

Pensé, ante aquella muestra de valor espontáneo y tranquilo, cuán despreciables eran las hazañas famosas de todos los héroes fanfarrones de la historia.

Y como si empezara a aburrirse, dijo luego, con una voz llena de urgencia: «Vamos, den marcha atrás, que no voy a estar aquí toda la vida...»

El maquinista por fin hizo retroceder la máquina, y los crujidos de los huesos rotos se oían en medio del fragor del coloso, lastimeramente, como el llanto de un niño que despierta durante una ovación en el teatro.

¡Qué profunda pena y qué profunda admiración sentí entonces hacia aquel viejecito valeroso!...

Cuando el monstruo negro dejó libre el espacio entre el andén y las vías, ¿nos acercamos o fuimos atraídos? No lo sé... Ya el telegrafista estaba en pie, pálido pero tranquilo, recostado al muro de cemento, con su pierna rota en la vía, y nos dijo con calma: «Vaya, vaya, ¡por Dios!, dejen esa cara. No ha sido nada. La pierna era de palo; la original está enterrada en el campo de batalla de Ceja del Negro...»

Una aventura de Salgari

Yo tenía dieciséis años perfectos.

Tenía dieciséis años admirablemente representados por un poco menos de seis pies de estatura, ciento cincuenta libras de músculos ágiles y una loca imaginación de muchacho loco, de muchacho, muchacho.

Pero no se vaya a creer por esto que yo era uno de esos mataperros incorregibles que dan escape al tumulto exuberante de su vida con una ininterrumpida fiesta de pillerías. Nada de eso. ¡Yo me daba cada atracón de lectura!... Indiscutiblemente, era un «hombre culto» que no dejaba de tener cierto prestigio tocado de respeto entre mis compañeros. Realmente, no es inmodestia ninguna declarar con entereza que a esa edad ya yo era un «erudito» de las obras de Mayne Reid, Julio Verne y, sobre todo, de Emilio Salgari. ¿Y quién podía recordar con más facilidad que yo un lance de Stoerte Becker, un duelo del Corsario Negro, una hazaña de Wenonga, el jefe incomparable de los mohicanos heroicos, o de Tecumpset, Mano Sangrienta, Satanta, Nube Roja, o Búfalo Bill? Yo sabía hablar, con asombrosa seguridad, de los espantosos efectos del curare. Las cervatanas, los arcos, las flechas, las hachas de abordaje, los bumerangs australianos, los kriss malayos, los alfanjes turcos, los yataganes persas, las bolas de los gauchos y los lazos del *cow-boy* eran para mí instrumentos familiares... Un día que hubo necesidad de abrir un cajón, yo entré en la cocina de mi casa y en vez del hachuela doméstica y mellada, como la dentadura de una vieja, pedí distraídamente el *tomahawk*...

—¿Toma qué? —vociferó la cocinera...

—¡El *tomahawk*! ¡Oh, Wenonga, Wenonga, mi invencible indio silencioso!

Así era yo a los dieciséis años ¿No se me ve claramente a lo largo de estas líneas? ¿No se adivina mi sueño profundo de organismo joven y sano? ¿No se ven las paredes de mi cuarto llenas de cabezas de indios, imponentes y mudas tras el misterio de sus ojos enigmáticos? ¿No se comprende la fuga descabellada y frenética de mi fantasía a galope sobre los arenales de Arabia, perseguido por los beduinos del desierto; escondido en la jungla, recogido de pavor, sintiendo cerca el olor del tigre sanguinario y tremendo; amarrado al poste de tortura mientras alrededor danzan y aúllan los comanches; náufrago sobre una balsa en el Pacífico y rodeado al instante por las piraguas de los piratas malayos? ¿No ve usted nada de esto? ¿Nada, señor? ¡Entonces qué pobre cosa es su imaginación, señor! No siga leyendo. Usted no es digno de saber cómo es un bolido en la vida, llegar a los dieciséis años... ¡Llegar, pasar y apagarse! ¡Qué pena!...

El hombre siempre quiere trazar un paralelismo de acción con la vida de sus héroes, y yo, naturalmente, me aburría de veras en La Habana. Esta ciudad es desesperante. ¡Tanta sirena de barco que se va!... Fuera de los ras de mar aquí nada se parece al *Far West*... (Bueno, oiga, no se vaya a figurar por lo que acabo de decir que yo no sé geografía. Yo quiero que usted sepa que al fin y al cabo la aprobé en el Instituto, y hasta saqué sobresaliente, y hasta me lo merecía. Es que yo he querido hacer una figura retórica o algo así, señor. Una metáfora, creo).

Pero en los jóvenes la esperanza se inaugura todos los días al abrir los ojos tras el sueño hondo, y si por las noches muchas veces regresaba a casa decepcionado, con cara de hombre fracasado en la vida, por las mañanas yo siempre me levantaba con este pensamiento clarísimo: «De hoy no pasa.»

Pero bueno, esto hay que explicarlo, porque desde luego no está tan claro lo que está clarísimo. «De hoy no pasa» quería

decir que ese día era sin duda el destinado por la suerte para que yo tuviese alguna aventura tremenda. Porque yo hablaba con desprecio de aquella pedrada que me rompió la ceja; y de la que escondió su cicatriz entre el pelo de la sien; y del estacazo rotundo y preciso que me dobló una costilla... Todo esto no era para mí más que un flojo aprendizaje por más que mucho alarmase a mi familia.

Yo le preguntaba a mi padre y él me contestaba, pensando con vistas a los exámenes del Instituto: «Mira, muchacho. Ya en Alaska no hay buscadores de oro; en el África ya no se comen a los cazadores blancos; los *sioux* estudian ahora en las universidades americanas y ya terminó la guerra europea. Estudia, muchacho, estudia...» Pero, contra lo correcto, yo creía mucho más a Salgari que a mi padre, y alguna noche que me quedaba solo en casa, en un despoblado de la Víbora, tomaba inolvidables lecciones de espanto, cuando al colarse el viento nocturno por las rendijas de la puerta, yo creía sorprender la marcha sigilosa de un indio cortador de cabelleras...

Un día ¡un gran día! el señor Carbonell llegó a casa temprano. (El señor Carbonell era un ingeniero que había sido profesor mío de matemáticas, de versos, de ajedrez, de inventos y de cuentos de ladrones. Era un gran diplomático y podía convencer a cualquiera de que el Sol era quien reflejaba la luz de la Luna y no la Luna la del Sol. Esto no es exageración. Una vez convenció por completo a otro ingeniero de que la tabla de logaritmos de Vázquez Queipo estaba llena de errores. Todo lo demostraba; y, además, siempre tenía la razón.) Bien, el caso es que pudo convencer a papá acerca de la conveniencia de que yo empezara a trabajar en un ingenio que se estaba fomentando en Oriente por una poderosa compañía. A mí, sencillamente me dijo en silencio esta palabra tembladora: «¡Cocodrilos!»

¡Cuánto tardaba en irse el tren! Yo había paseado por el andén con aire de viajero profesional... Le había echado un

vistazo a la locomotora y, al verla tan brillante, tan por entero de hierro y respirando tan fuertemente con su penacho de humo y su «actitud» retadora, me llenó la sensación de su parecido con un guerrero antiguo de aquellos de la Edad Media que estaban siempre forrados de acero, y tuve mis dudas acerca de la velocidad que pudiera desarrollar «aquello». Honradamente, me dije: «“Esto” no me alcanza a mí.» Pero, no. Corría, corría mucho, y hacía un ruido tremendo y delicioso. Yo me dormí a pesar de mis deseos de «hacer la guardia» y el Sol tenía una cara burlona y encendida de señor gordo y borrachín cuando me desperté por allá, por Santa Clara.

Ya aquello iba siendo otra cosa bien distinta a la calle de Obispo y a la bodega de la esquina de casa. Todavía no había visto cocodrilos ni majaes, pero ya se sentía un aire crudo y fresco; ya empezaba a ver potros encabritados, toros inmóviles en la llanura vasta (a lo lejos parecían estatuitas de una inmensa mesa de sala), sombreros anchos, figuras de *cow-boys*, espuelas, polainas, látigos... Uno pasó en un caballito nervioso arrastrando un toro inmenso... En una curva el tren frenó violentamente y pitaba, pitaba... Cuatro o cinco reses, sin mucha prisa, corrían delante de la máquina al parecer sin encontrar manera de apartarse de la vía, casi igual a como hacían los búfalos cuando, en manadas interminables, lograban paralizar los trenes en el Oeste del Norte. Ya aquello iba siendo otra cosa...

Al atardecer el tren dejó la llanura interminable y se metió de pronto por un monte de árboles enormes, apretados, juntos, amigos, y pegados a la vía, tanto, que apenas si se veía el cielo. Un rayo de sol que se coló intrépido, muriendo enseguida, estrangulado por el follaje, hizo aparecer como un diamante el hacha enarbolada de un hombre. El tren,

con miedo entre los árboles gigantes, parecía un ratoncito que huyera entre las piernas de unos señores grandes. Igual.

De anochecido llegamos. Bajo la débil claridad de una luna acabada de estrenar, aquella fila de casas uniformadas y en orden, como soldaditos de revista, capitaneadas por otra de dos pisos, realmente no ofrecía nada de particular. Yo miré con cierta reserva al señor Carbonell y él, con su habilidad de Lloyd George, por toda respuesta me señaló el lejano horizonte incendiado por tres o cuatro puntos... ¡Y yo comprendí con toda mi imaginación!

Pero hubo otra cosa mejor. Aquella noche robaron, o trataron de robar, en una de las casitas. Una repetición de tiros nos despertó y el ladrón pasó, como en una película, escondido de un lado del caballo huracanado y haciendo fuego. Yo no pude dormir más... Y al día siguiente, un encuentro personal mucho más serio que el de las pedradas. Con cuchillo y todo. Como llegaban el señor Casuso, su señora y su hijita, fuimos a esperarlos. (Yo no conocía a esta familia, pero luego fueron un señor un poco gordo, ayudante del ingeniero, que cada dos meses repetía los cuentos y cada dos horas armaba una perrera; una señora joven y rubia, que hacía versos y natillas con la misma facilidad, y que cada dos horas no hacía caso ninguno a los entrometimientos del señor Casuso; y una chiquita fea, malcriada y antipática que se llamaba Teté y que ahora es una linda y graciosa muchacha a quien yo llamo cariñosamente Nené. ¿Usted comprende, señor?) El tren llegó retrasado, en plena noche. Yo fui a los equipajes y el de esta familia era un solo cajón, pero tan grande como la séptima parte de un carro de ferrocarril, y porque le dije a otro muchacho como yo alguna cosa se tiró al andén y vino parriba e mí con un cuchillo brillante. Lo agarraron por detrás y mientras tanto me separaron de él y

nos decíamos insultos tremendos que hacían reír muchísimo a unos hombres mentecatos. Cuando el tren se iba le grité algo formidable, definitivo...

Como se ve, si se añade que ya un caballito me había tirado por delante y luego por detrás, se comprenderá que aquel pedazo de Cuba cobró para mí, instantáneamente, un prestigio de rancho de Arizona. Y le estaba agradecido de veras al señor Carbonell.

Aquello en realidad era un simulacro de batey. Frente a unas colonias cuidadas, se habían colocado para una revista militar las casitas, y, a sus espaldas, un reciente desmonte de varios kilómetros de profundidad, humeante todavía en muchos puntos, en algunos aún alimentando fogaradas débiles, daba la sensación del destrozo de un fuego de artillería. Al fondo de la casa del «hotel» de Charles, varios venados nerviosos conservaban en los hermosos ojos asustados el espanto del incendio, y la misma noche que llegué comí por vez primera de esa carne sabrosísima.

Sabanazo no era más que un punto de apoyo en la línea del ferrocarril para poner en comunicación el gran central que se iba a fomentar allá adentro, al otro lado del muro impenetrable de bosque que cerraba el horizonte. La expedición era esta: meterse hasta allá, con el fango a las rodillas, abrir trochas y picados, establecer campamentos que se escalonaran para tener donde abastecerse cada mes, e ir haciendo el estudio del ferrocarril, bajo un sol casi invisible pero agobiador, oyendo la perpetua sinfonía de unos mosquitos y jejenes despiadados, crueles, voraces; innumerables además. Allí era donde estaba la verdadera aventura. Allí, entre el monte tupido, obstinado, habría de ver los majaes gigantescos al acecho perverso del pájaro hipnotizado de pavor. Allí, tras el rudo bregar de muchos días, llegaríamos hasta las márgenes anchurosas del Cauto, que, a la distancia, bramaba como un toro en celo por la

crecida imponente; y vería la marcha entre dos aguas, silenciosa, disimulada, escondida, de los grandes caimanes merodeando por las orillas, a la espera del paso imprudente de alguna bestia o del buey que se acerca a abrevar por última vez. Y bajando la corriente, en el estuario impreciso, el volteo de luchador joven y ágil del tiburón, color de tarde triste, espeluznante y hambriento, al virarse para devorar las sobras arrojadas del barco. ¡Y acaso hasta verlo combatir feroz y sangrientamente! Todo eso había allí, dentro del monte; y, además, la sed irritadora en espera de la lluvia, por ser salados casi todos los caudales de agua de la región; y los diez, los quince, los veinte días de aguacero cerrado recogidos en el campamento, mientras se llenan las cañadas y el agua sube, sube...; y ¡el hambre! ¡El hambre por incomunicación! ¡Y el incendio del bosque enrojando la noche! ¡La jauría aulladora de los perros jíbaros y la peligrosa piara de machos cimarrones, bravos como jabalíes! ¡El bandido de la capa negra, que ya había parado a dos colonos para pedirles candela y luego les había desvalijado dejándolos, desnudos, amarrados a un árbol! ¡La fuga relampagueante de las astas, los ojos y las patas de un venado! ¡El silencio nocturno, en el monte prieto y apretado, a veinte kilómetros de otra voz de hombre! ¡El campamento políglota e internacional de holandeses de Aruba, ingleses de Barbados, jamaíquinos, haitianos, colombianos, gallegos, venezolanos y criollos, lleno al atardecer, en la espera de la honda cazuela de comida, de canciones tristes de todos los países! ¡Y los cuentos! ¡Los cuentos de miedo, de luchas de boas con el tigre en Colombia, de naufragios sin recuerdos frente a Barbados, de negros colgados en racimos, como frutas podridas, en Jamaica! ¡Cuentos de miedo en la noche, en el monte, en el silencio, en la soledad!...

Para allá adentro es que iba a ir Salgari. Pero, ¿quién era Salgari? Salgari era el muchacho de los dieciséis años

perfectos. Una noche, mientras en complicidad trataban de asustarlo con posibles estrangulamientos de majaes, él había dicho muy serenamente: «Yo he aprendido a matar las boas y los pitones en los libros de Salgari, y un majá es poca cosa para mí.» Y como resultaba que las enseñanzas de Salgari me habían prestado un escudo invulnerable y experimentado para todas las aventuras posibles, creo que Reig, un ingeniero simpático y cuentista, empezó a llamarme Salgari. Y a todo el mundo, especialmente a mí, le gustó el nombre.

Cuatro días lloviendo. Al quinto escampó. Al sexto salimos. Era una expedición numerosa. Tres o cuatro ingenieros, unos cuantos ayudantes, hacheros, macheteros, cadeneros, portamiras. Veinte acaso. Al tercer día nos dividimos y al quinto nos subdividimos.

Salgari iba siempre delante, infatigable y jovial, cantando continuamente como un mosquito de los millones que lo coreaban. Por la mañana una cápsula de quinina, al mediodía otra, a la noche otra, y siempre un zumbido de oídos, como de aeroplano a lo lejos, todo por escapar del mortal paludismo. Al cuarto día, en dos caballitos enfermos, habían pasado, antes de muertas, dos cosas largas, pálidas, caídas, que habían sido hombres... Salgari se puso serio y ese día todo el mundo tomó doble ración de quinina.

Marcial era un colombiano alegre, simpático y afectuoso. Sin ser corpulento, manejaba el hacha como un palillo de dientes, y acometía cantando la empresa homérica de derribar un júcaro, un caguairán o un quiebrahacha. Tenía el color de un indio y además lo era. Era el único hombre que sabía una canción alegre dentro del monte, que empezaba así: «Ven acá, pollo, acá; ven acá, gato, acá, *tun deu* por no conocer. Y bien que nos hace llorar...» Así o parecido empezaba la canción, y

por repeticiones interminables iba agregando todos los animales del mundo. Pero también cantaba otra muy triste que decía:

*¡Tristísimo panteón yo te saludo,
yo te saludo sin temor ni espanto.
Vengo a regar con mi copioso llanto
la fosa de mi madre
la cual se encuentra aquí!*

(La repetía.)

*Permíteme que vuelva a esta morada,
a esta morada lóbrega y desierta,
para decirle a mi adorada madre:
¡Madre, despierta,
tu hijo se encuentra aquí!*

El repetía también esta estrofa y su voz pesarosa y aguda de violín se colaba por entre los árboles silenciosos cuando por las tardes, como flechas, cruzaban las becasinas en busca del nido. Yo aprendí a cantarla, y con mi plena voz estentórea alguna vez llenaba el monte de sonoros ecos, se animaba la sonata ya moribunda de los pájaros y Marcial se callaba...

Así, después del rudísimo trabajo, cuando llegábamos al inolvidable *Campamento del hambre*, con los hombros caídos por el peso abrumador del teodolito, las piernas y los muslos rendidos, a fuerza de levantar la tonelada de fango pegado a los zapatos y colado por arriba de las polainas, y la cara convertida en un cementerio de mosquitos, pasábamos el resto de la tarde. Y, al anochecer, venía la tanda de los cuentos. Todo el mundo contaba alguno *de veras* de muertos, o *de mentiras* de vivos. Allí floreció en todo su esplendor el caudal de mi erudición aventurera y no siento sonrojo ninguno en declarar que yo era la figura central del campamento. Si se nos hubiera ocurrido salirnos, yo presidente y Marcial vice, si no nos hacen trampa como es costumbre acá afuera.

Pero no se trate de disminuir mi importancia con la creencia de que en el campamento estábamos solos yo y Marcial. Afortunadamente, no. Con nosotros estaban también Araque, otro indio de Venezuela que había remontado el Orinoco y visto dormir en el barranco días seguidos la boa constrictor al lado de los restos de una ternera bajada; era también un caminador infatigable y un cuentista «clásico» de sombras blancas en los montes negros; de pumas que siguen como perros a los hombres y hasta los defienden de las otras fieras... (Además, Araque, según decía Marcial, estaba siempre *arrutanao*. Esto quiere decir... bueno, yo sé lo que quiere decir, pero más vale que se lo explique a usted algún hombre del llano como ellos...) Un negro jamaquino, como quien reza una oración obligada, todos los días después de comer se acostaba, y aquel hombrón gigantesco se dormía a sí mismo, como a un niño, con una canción lamentable y tristona... Nicasio, un robusto muchacho holandés de Aruba; se comía dos cacerolas llenas de garbanzos —una menos que yo—, se reía con una voz repleta de río, y una vez que un caballo lo derribó dándole un golpe, pudo explicarse de esta manera inmortal y académica, señalando al potro: «Este que se me le cayó el golpe que me le diste...» Y Ramón, el cocinero, un muchacho cubano, siempre dispuesto al choteo, que se había huido de su casa «para estar libre...» Era un «enciclopedista» de las narraciones y lo mismo hablaba de globos de luz que salían de las ceibas y espantaban a los caballos hasta el pánico, que del naufragio reciente del Valbanera frente a La Habana. De paso siempre había alguien más en el campamento, pero nosotros montábamos la guardia regular del mismo: éramos su guarnición.

El Campamento del hambre estaba en un claro de monte, lo suficientemente grande como para ver de golpe un pelotón de nubes por el día y un puñado de estrellas por la noche.

Situado muy próximo al Cauto, el único río dulce del territorio lo rodeaba de cerca, formando a su entrada una poceta de profundidad misteriosa. Dotado de un parecido a no sé qué persona mala, odiosa, perversa, este río tenía crecidas dobles, las suyas propias y las que, por ser su desembocadura en cierto modo contraria a la corriente del Cauto, le motivaban las crecidas imponentes de este. En estas crecidas el río se hinchaba con un rumor sordo de resaca, con algo parecido al tumulto de una tropa en fuga, y luego se quedaba alto y en silencio, tanto, que daba miedo el ver cómo rodeaba al campamento convertido en un islote, y estarse así al acecho interminables horas, hasta que al fin se decidía a irse retirando despacio... despacio...

Allí nadie vivió jamás antes. Un día, sin embargo, en otro claro mucho más pequeño y algo distante, encontramos un esqueleto blanquísimo al lado de una cacerola de hierro rota y oxidada de antiguo. Yo opiné que debió haber sido propiedad de algún cacique siboney, o de algún negro cimarrón, o de algún mambí, o de algún guerrillero español perdido, o de un asesino en fuga, siendo aceptado todo por unanimidad.

Se llamaba el Campamento del hambre, porque una vez por poco se mueren de hambre unos cuantos trabajadores sitiados por el agua que cayó por diez días de una manera absolutamente continua. ¡La cuarta parte del diluvio!

A toda aquella inmensa selva virgen se le decía *allá dentro*. Y *allá dentro*, Salgari se sentía rey, lamentando, sin embargo, que ya no quedaran indios, aunque fueran los mansos siboneyes. Todo el día con el machete al cinto; por la tarde, al llegar al campamento, con el pretexto de que aprendiera a manejarla, Marcial le dejaba el hacha y partía la leña durísima de los troncos de dagames y ácanas destinados para la candela; y después de la comida —comiendo una vez bajo apuesta Salgari derrotó al holandés Nicasio, lo que le ganó fama imperecedera— se tendía en la hamaca y soltaba las riendas de su imaginación por los caminos de la aventura. Marcial hablaba de las guerras de

Colombia, de Bolívar y de Páez, y comentaba: «Crea usted de que sí, compadre: aquellos sí eran hombres!» Yo entonces narraba el rescate de Sanguily por Agramonte y las cargas al machete de Sao del Indio y Las Guásimas... Del ambiente épico se pasaba a las cosas absurdas de la fantasía, y toda aquella gente de pobre educación, partícula mínima de los millares de braceros a los que se explota igual que a esclavos en los campos de Cuba —jornaleros arrancados a sus países con la falsa promesa de un bienestar que, en realidad, sólo ganan para los bribones ocupadores de palcos deslumbrantes en los teatros nocturnos de Broadway, alcanzando aún tan dura explotación, para tirarles una miseria de riqueza a los bribonitos sentados en los portales del Vedado—, aquella gente se entregaba con un placer morboso a las narraciones de hechos sobrenaturales que, en aquel escenario bravío y casi fantástico, alejado del mundo, cobraban un valor de realidad posible y temedera.

Ramón, el joven cocinero cubano, aunque de vez en cuando contaba alguna historia de muertos que salen, prefería, como buen criollo, el chiste burlón o el cuento de relajo... En realidad no podía tomar nada en serio y era el único en el campamento que no daba toda la importancia debida a mi erudición sobre cosas de aventuras. ¡Nadie es profeta en su tierra!... (Era un muchacho jaranero y alegre que siempre estaba cantando boleros tristes...) Una noche, cuando los cuentos de fantasmas habían logrado una aprobación internacional completa en el campamento, Ramón se escurrió y cubierto con una sábana blanca pasó a alguna distancia, como una verdadera visión, por el otro lado del barracón de guano... Un frío de espanto nos conmovió hasta lo hondo y nos agrupamos en el centro temblando, derrengados, indefensos... Luego vino riendo a carcajadas y tuvo que huir con un miedo real en las piernas, porque Araque, el indio de Venezuela, se le fue encima con un machete para matarlo... Y a nadie le hubiera dado pena que lo hubiese logrado en aquel momento...

Estuvo después varios días tranquilo y hasta serio, pero por culpa de aquel muchacho la gente había tomado una actitud de recelo miedoso durante las noches en el campamento. Por temor a la evocación nadie hacía un cuento y esto era, como dice la gente, «un remedio peor que la enfermedad». El silencio es casi siempre el eco de una conversación interior, y, por dentro de cada uno, a juzgar por los ojos, abiertos a la luna llena, en las noches insomnes, y los «¡Oíste, Salgari!» «¡Oíste ahora, Marcial!», repetidos a cada graznido agorero de lechuza o a cada ¡huhú! del viento entre los árboles, ¡debía haber cada monólogo espeluznante!...

El miedo se pega más fácilmente que la viruela, y yo ya, avergonzado, me figuraba que poseía un verdadero monopolio del mismo. Por eso, cuando una mañana llegó una pareja de rurales con un mensaje de la compañía, en que nos ordenaban a mí y a Marcial que fuéramos a comprobar los trabajos que se estaban terminando en la trocha que salía a Cauto del Embarcadero, sentí una alegría restauradora... Pero mayor aún fue la de los muchachos del campamento; la pareja establecía allí el suyo por varios días, ya que, según informes, el bandolero de la capa de agua negra rodeaba los contornos y lo trataban de copar.

Nos fuimos a la madrugada y de aquella excursión conservo varios recuerdos imborrables que no vendrían a cuento si esto no fuera un cuento. Apenas alejado seis horas del campamento, presencié ¡por fin! el bajar de un majá. Íbamos por un camino ya abierto cuando Marcial me paró, apretándome la boca. En la rama más baja de una ceiba un majá enroscado miraba con fijeza magnética a un pajarito infeliz, que temblaba paralizado de espanto al extremo. Yo sentí miedo primero, pero enseguida tuve unas ganas locas de sacar el machete y picotear aquel bicho largo y repugnante. Marcial quería presenciar el bajeo para ver con ojo de «virtuoso» la maniobra y me aguantó. Pero yo no podía soportar

tranquilo aquello, e hice ruido, grité... El majá se volvió hacia nosotros. El pájaro había logrado escapar al sueño mortal y entonces el animal quiso huir, replegándose como un oleaje perfecto por el tronco de la ceiba y luego por la tierra... pero Marcial le voló la cabeza de un machetazo relampagueante... y enseguida, a pesar de las duras polainas enfangadas, sentí el fuetazo tremendo que me tiró al suelo... y todavía, con esa vitalidad increíble que tienen, estuvo un rato negándose a morir, a estarse quieto, inmóvil, largo... Era un animal de más de tres metros de longitud, oscuro y grueso como el brazo de un estibador.

A la orilla del Cauto, el día antes del regreso, duplicado el caudal majestuoso por una avalancha de agua, vimos un enorme caimán, color de agua sucia, tratando de esconderse con marcha traidora bajo las hierbas de la margen, preparando el acecho de la res sin malicia. Marcial, con su certera puntería, le envió tres balas de su pequeño revólver, y se alejó sin prisa, sin mirarnos siquiera. Las balas no habían salpicado el agua.

Guardo también ¡ya lo creo! el recuerdo del toro negro, solitario y bravío, que nos hizo galopar furiosamente por el Camino Real de la Isla, pegados al cuello de los caballos que volaban asustados, y que al fin se paró en seco y se puso a mugir terriblemente sabe Dios cuántas cosas insultantes... Y el de mi primera borrachera, cuando después de la huida ante el toro nos perdimos, y rotos los estribos de mi montura, estuvimos todo el día sin comer y sin beber hasta que por fin llegamos al campamento de La Seiba, ya de noche. Marcial entonces, como hombre experimentado, sólo me dejó tomar, antes de reanudar la marcha a nuestro ya próximo campamento, un poco de agua con ron. Fue aquella una borrachera inolvidable, maravillosa, que se me fue metiendo en la cabeza con el sigilo de un ladrón de hotel. Un momento hubo en que yo me di cuenta de la inmovilidad de mi caballo y de que me recostaba en su

cuello cansado. Después, poco a poco, me fui rodando hasta el suelo, y al golpe con la tierra las estrellas innumerables del cielo fueron cayendo, despacio, descolgándose por hilos de oro fijos en el firmamento, y tejiendo la más deslumbrante enredadera de luz que se pueda soñar en el mundo. Sentí que alguien me besaba dulcemente y que voces de los ángeles gritaban desde lejos: «¡Salgari! ¡Salgari!...» Era mi apoteosis, sin duda... Pero no, era Marcial, que extrañado de que me fuese retrasando tanto, se puso a llamarme y al no oír mi respuesta tuvo miedo y desandó el camino. Sobre el suelo yo estaba tendido y mi caballo me pasaba la lengua por la cara, como un perro... Se dio cuenta de todo y metiéndome los dedos en la boca pudo conseguir que vomitara, despejándome por completo en unos minutos.

Al conocerse esta aventura en el campamento; al saberse que un poco de ron con agua había dado lugar a tan inexplicable borrachera, el prestigio de Salgari «sufrió un rudo golpe», como se dice en las cartas de pésame.

Todo estaba igual en el campamento a nuestro regreso. Ramón continuaba amaestrando su majá. Ahora que yo, con el recuerdo reciente del chuchazo recibido no tenía empeño ninguno en enroscármelo al cuello como él hacía. Todo estaba igual. La pareja se había ido aquella mañana porque «el hombre» había sido visto en otro lado. Únicamente empezaba a producir alarma entre la gente la crecida rumorosa del río, que había empezado a levantarse aquella mañana y que a la tarde, en silencio ya, vigilaba el campamento desde varios puntos. Era que la avalancha de agua del Cauto tenía su reflejo acostumbrado, y una enorme cantidad de agua remontaba la corriente.

Todo el mundo se tranquilizó al cabo. Todos menos yo, que estaba viendo en las caras una burla contenida por mi borrachera de la noche anterior, que con todos los detalles, incluso los besos del caballo, había tenido la ingenuidad de contar. Por fin Ramón se atrevió y me dijo descaradamente que yo no era hombre para aquellas cosas *de verdad*, que

en los libros todo era muy fácil, y que quien no sabía tragarse un litro de ron sin pestañear no servía paquello. Yo me indigné, y escapándome por la tangente, le aseguré que era más valiente que él y que estaba dispuesto a probárselo cuando quisiera.

Quedó en el aire una sensación de violencia que Marcial, con habilidad, fue borrando, y ya a la hora del almuerzo nada quedaba entre nosotros. Ramón dijo un chiste y yo me reí escandalosamente contagiando a todo el campamento.

Pasamos bien la tarde en el trabajo fatigoso, y por la noche, sin remedio, con el regreso de nosotros, después que yo conté la peripecia del majá enseñando la piel arrancada por Marcial, y la fuga ante el toro, la conversación se fue encaminando por los senderos del terror. Yo había olvidado todo aquello con la ausencia, pero de pronto me invadió de nuevo una sensación de quebranto, acaso de miedo. Y fue entonces cuando, para mi pesar, Ramón se acordó de mi reto y me dijo, burlón, delante de todos: «¿A que no vas ahora a buscar agua al río? ¡Anda!» Todo el mundo me miraba desde todos los extremos del barracón y yo tuve un miedo inmenso de que descubrieran mi miedo. Yo tenía en los labios esta pregunta: «¿Para qué hace falta el agua ahora? El río ha subido y está peligrosa la orilla. Yo no sé nadar.» Y también esta otra: «¿Por qué no vas tú primero?» Pero recordé mi reto imprudente, y además temí que me temblara la voz y me levanté sin decir una palabra para buscar el cubo en la cocina. Y luego me fui para el río. Había luna. Una luna mediada que dibujaba entre los árboles sombras odiosas y claridades fantásticas. De todos los puntos del bosque los chichíes, los grillos y los jubos modulaban silbidos humanos llenos de burla. A medida que me alejaba del campamento, del que había salido con impulso vehemente, a mi pesar, demoraba la marcha, parecía como si el aire estuviera denso frente a mí. Por la espalda, en cambio, haciéndome el vacío, una fuerza poderosa me

atraía... Sentía unas ganas locas de tirar el cubo y de huir para esconderme a llorar en el barracón... ¡Tenía dieciséis años, señor!... Pero aquella cara socarrona de Ramón, con su odioso majá dormido, arrollado al cuello... ¡Aquellos ojos burlones de todos, y llenos de dudas de mí! ¡Yo no podía, yo no podía volver atrás!... Lejos ya del campamento, lleno entonces de un silencio temeroso, tuve la impresión de que desde él me miraban con asombro, con respeto, con envidia... con mucho miedo también... Por fin llegué a la pendiente enlodada del río... Un chapoteo del agua me paralizó, frío... pero luego bajé... Las cañas bravas espesas y una ceiba enorme que cruzaba sus raíces en el caminito, cubriendo la poceta, hacían negras sus aguas silenciosas... A ratos, como en apariciones, la luna se filtraba a trechos dibujando extraños, irregulares tableros de ajedrez... Me apoyé en una gruesa raíz de la ceiba y sumergí el cubo en el agua del río... El blobló del agua al llenarlo me estremeció... y ya lo sacaba, cuando debajo de la misma cavidad formada por la raíz del árbol un majá me surgió a los ojos y sentí el frío extraordinario e imborrable de su cuerpo chorreante apoyarse en mi cara y huir enseguida ceiba arriba... Me erguí instantáneamente erizado de pavor, pero resbalaron mis pies en la raíz mojada y caí de golpe, con rudeza... Caí, quedando violentamente apresado entre la raíz y la tierra. Sentí un dolor intenso, agudísimo, y lancé un grito espantoso de miedo y de dolor... Fue entonces que la cabeza de Ramón, que me había cortado el camino adelantándose a mi marcha demorada, salió por completo del agua ¡y se reía!... «¿Tú no eras el que no tenía mied... ¡Ay! ¡Ay!...» Alargó desesperadamente el brazo y me enterró los dedos en la muñeca... Gritaba lleno de un espanto inenarrable, con una voz que hacía temblar todas las hojas de todos los árboles del monte, y mientras mis huesos se astillaban, sin poder desprendérmelo y sin poder rescatarlo, impotentes también, gritaban desde lo alto todos mis amigos, ¡todos sus amigos!... El caimán se lo comió vivo, mirándome

a los ojos, acercándose a mí, salpicándome a la cara agua, fango, sangre y peste, desesperado, aullando... Marcial al fin, siempre sereno, espantó a la bestia arrojándole leña encendida, poniéndosela en la misma parte que se comía... Así fue como únicamente retrocedió, bramando, despacio, repugnante, terrible... pero para entonces ya sólo me había dejado la mitad de un muerto que me apretaba la muñeca con más fuerza que diez vivos...

Sin que pudiera ya soltarlo, él la mitad de un muerto, medio muerto yo, nos sacaron a los dos. De él, me contó luego Marcial, quedaban la cabeza horrible, mi brazo y un pedazo de tronco... Yo tenía rotas las dos piernas y la mano. Marcial envolvió en un saco los restos del pobre Ramón y me subió a un caballo. Nadie se quedó aquella noche en el campamento, y yo, después de dos meses de lucha desesperada con la muerte, enfermo ya de horror para toda la vida, curé para siempre de mi afán de aventuras.

¡Nosotros solos!

(Sinfonía en acero)

Brillaba el sol y el viento dormía...

La tarde anterior el vagón de reparaciones había llegado para recomponer la vía en dirección a Omaha, y aprovechando que estábamos en tiempo muerto, el capataz pidió permiso para situarlo en el chuco que tenía en La Francia el transbordador de la caña y de esa manera no tener que retroceder hasta Mir, a seis kilómetros del trabajo.

Bien temprano, los guerreros del trabajo, con los picos y las mandarrias al hombro, emprendieron la caminata y poco después se encontraban doblados sobre el fulgor de los raíles colocando polines.

Fue en este momento en que los contemplé por primera vez. Era un enjambre de hombres poderosos. Representación de varios pueblos y un solo vigor. Entre la treintena muchos eran gallegos de ojos azules y pelo rubio; pero había también algunos que revelaban ser levantinos a juzgar por la tiniebla de los ojos y la noche tempestuosa de la cabellera; y mezclado con los mármoles sucios de los obreros blancos, como alegorías de un monumento, aquí y allá, se veía el torso bronceado de algún que otro negro o mulato desafiando impasible los rayos del sol, al aire la musculatura sudada y magnífica.

Todos jadeaban a compás y desde cierta distancia parecía como que una locomotora arrastraba penosamente un largo convoy.

El trabajo en las líneas es tremendo. Se necesita para él hombres resistentes y vigorosos, capaces de realizar

grandes esfuerzos musculares y de mantenerse en violentas posiciones, bajo la rabia del sol, horas enteras.

Todos los de la cuadrilla eran hombres hechos para esta ruda tarea. Casi todos en la plenitud de la vida, respiraban como bueyes y comían como toros. En sus manos cuadradas, la mandarria de veinticinco libras era tan sólo un juguete que volteaban a su antojo. Tenían los brazos y las muñecas como troncos de árboles jóvenes. Cualquiera de ellos hubiera podido ser luchador en Grecia, gladiador en Roma o pugilista en Norteamérica. Y en medio de todos se destacaba un coloso: el capataz.

El capataz era un Hércules que llevaba la cabeza rudamente sustentada sobre los hombros ciclópeos, los que quedaban más altos que las testas rebeldes de cualquiera de sus trabajadores. Parecía un bisonte entre un rebaño de toros.

Era demasiado conocido por los alrededores para que yo no tuviese ya noticias de él; es más, de tan viva manera había oído hablar sobre sus características extraordinariamente desarrolladas, que ya tenía un concepto perfectamente delineado sobre el mismo y que, después, en los dos días escasos que paró la cuadrilla frente a nosotros, vi confirmado en todas sus partes. En tan breve tiempo pude comprobar la leyenda de su fuerza extraordinaria y de su crueldad repugnante. Vi, por ejemplo, en la mañana del primer día, cómo levantaba del suelo un enorme polín de júcaro y lo llevaba en los brazos un buen trecho como si fuera un niño pequeño; y al mediodía, mientras almorzaba en la fondita del batey, lleno de impotencia y de rabia, vi cómo desbarató de una sola patada, con asquerosa tranquilidad, la boca de un grande y noble perro negro que comía en mis manos con delicadezas de novia y que quiso tener el atrevimiento de llegar hasta su mesa para agradecerle un pedazo de carne... ¡Pobre León!

Era un hombre odioso, pero al mismo tiempo era un hombre temido. Parecía estar siempre dispuesto a la

violencia; no sé qué borrosas historias ennegrecían su pasado, y esto, unido a su gigantesca figura y a la maligna expresión de su semblante, le daba un aspecto terrible e imponente. Los trabajadores temían sus furores más que a las luces de las madrugadas, y cuando daba un grito, se enderezaban como resortes y temblaban como potros asustados.

La tarde terminaba. El sol, como un héroe de *La Iliada*, moría, lleno de vida, en el ocaso. Lentamente, diseminada y en silencio, la cuadrilla retornó al vagón de reparaciones.

Allí, sin lavarse, esperaron los trabajadores el caldo aquel en que los granos de garbanzos sobrenadaban con aspecto de náufragos hinchados, y cuando estuvo listo se lo tomaron haciendo más ruido que cuando trabajaban, pero sin llevar el compás.

Después, a la hora en que ya el sol no era más que un recuerdo de luz en el espacio, empezaron a brillar las chispas de algunos cigarros y a escucharse ¡como allá lejos! unos cantos pequeñitos, lentos y preñados de recuerdos ausentes. Un poco después dejaron de escucharse las canciones y todos en el vagón comenzaron a prepararse para dormir.

Miguel, el meridional de cuarenta años, nuevo en la cuadrilla, de pelo crespo y brazos y muñecas como troncos de árboles jóvenes, sin saber lo que hacía, al encontrar, en el sitio en que por la mañana había puesto su hamaca, otra colgada, la desamarró y sin más interés la puso debajo de la suya. Era la del capataz.

Hacia medianoche algunos lo sintieron llegar. Venía de dejar en Omaha hasta el último centavo en las manos del dueño del café, hombre casi tan repulsivo como él. Tropezar con este gigante encolerizado era lo mismo que dar contra un torpedo.

En el estrecho recinto del carro, y a la indecisa luz del farol que colgaba del techo, su talla gigantesca, con aquellos pasos enormes que hacían saltar su sombra, el capataz personificaba la imagen de un sueño monstruoso. Empezaron a parpadear los ojos de los obreros como los de un niño que miente, como castañetean los dientes cuando hay frío.

Bien porque hubiera bebido algo, bien porque le sorprendiera el atrevimiento del hombre, quedó un rato sin saber qué hacer, o mejor dicho, sin saber cómo dar comienzo a la violencia y al insulto.

Pero de pronto soltó una bestial interjección, que en el silencio de la noche resonó en el carro igual que el primer trueno de una tempestad imprevista, y todos los trabajadores saltaron de las hamacas llenos de pavor.

Por cada excusa serena de Miguel respondía el capataz con un insulto amenazador y humillante, y sucedió lo natural.

Una escena impresionante de película tuvo lugar entonces.

El gigante hizo presa en Miguel por el cuello y lo lanzó contra el suelo. El obrero se puso de pie, instantáneo, y con toda la furia que hay siempre en el pecho de un hombre valiente se abalanzó inútilmente contra el coloso, que, arrojándolo una vez más contra el piso, le plantó una rodilla sobre el tórax agitado... Crujió el pecho como el costillaje de un buque en la tormenta, y levantando entonces el puño enorme iba a descargarlo sobre el cráneo del vencido, cuando notó que la luz había huido de sus ojos, que estaba flojo, que no peleaba... Tuvo miedo, se puso en pie, ¡y era mucho más grande que antes!

Los trabajadores los rodeaban, descoloridos e inmóviles, como las velas apagadas de un altar.

La cólera del vencedor fue decreciendo como una tempestad que se aleja. Miguel dormía un sueño profundo.

Como fantasmas se fueron acostando los hombres. La llama del farol tembló por última vez.

La noche reinaba. En su lecho de sombras reposaba el silencio.

Brillaba el sol y el viento dormía...

Por la mañana la cuadrilla que repasaba la vía en dirección contraria se ha encontrado con la que iba hacia Omaha, muy cerca de Coloradas, y ha habido un momento de descanso. Durante él los obreros se han enterado del atropello brutal ocurrido la noche anterior. Entre los trabajadores ha surgido un movimiento de funesta venganza, pero el propio Miguel lo ha contenido con una sonrisa atroz: —¡Nosotros solos! —ha dicho.

Toda la cuadrilla está otra vez doblada sobre el fulgor de los raíles colocando polines, jadeando acompasadamente.

Hay que empatar dos tramos. El capataz quiere rematar el trabajo; coge una tajadera reluciente y sujetándola sobre el carril con las manos rudas, llama a un obrero para iniciar el trabajo que pone punto final a las obras de reparación. Un hombre poderoso, hecho a hachazos, se ha acercado con la mandarria al hombro, pero un joven en quien ya apuntan rasgos hercúleos se la ha arrebatado y con ella traza un vertiginoso enlazamiento en el aire como para demostrar lo que son sus brazos.

A varios pasos de distancia está Miguel todo erguido y en sus pupilas negrísimas hay un punto fulgurante, como si sus ojos fueran el compendio de una noche uniestelar.

El joven lo ve, y él lo mira, y se sonríen espantosamente...

La mandarria cae con una fuerza rara, extraña, y el capataz está arrodillado ante el joven como en un acto de contrición...

Ya el carril muestra una herida brillante. La mandarria cae con la fuerza y la velocidad de un martinete hidráulico,

pero en las manos del capataz la tajadera apenas vibra...
Parece como el remate del eje de la Tierra...

La cuadrilla ha parado de trabajar. Hay en el aire una
sinfonía en acero que no conoció Wagner...

Después... después... Yo no quisiera recordar con tan
honda evocación presente, cada vez que veo a un hombre
arrodillado ante el carril con la tajadera entre las manos
mientras otro golpea con la mandarria, aquella sensación
de horror, de cosa desbaratada, aquel olor sangriento... Y
quisiera olvidarme también de aquellos dos hombres que se
fueron, serios y satisfechos, sin que nadie intentara ni
detenerlos. ¡Serios y satisfechos!... Que se pararon a la
orilla del monte denso y se quedaron allí inmóviles hasta
que el monte se los fue tragando, poco a poco... poco a
poco...

C2D Caballo Dos Dama

<i>Blancas</i>	<i>Negras</i>
.....
.....
.....
43 T2CR +	R2TR
44 C2D	D6TR (!)
45 ¿	

Cuando el campeón Alexander Aleckine, tras larga y elocuente meditación, dio su jugada D6TR, se irguió descuidadamente. Era su cara la de un hombre profundamente replegado dentro de sí. Pero tenía ese aire resuelto del que sabe que «tiene que seguir haciendo bien una cosa bien comenzada». Respiró con pulmón ancho, como si no lo hubiera hecho desde una hora atrás, y esto me hizo volver a la realidad; mejor, me hizo descender al plano natural. Tenía que contestar a su jugada y miré el reloj que nos miraba. ¡Más de una hora para una jugada! Era esto algo corriente para mí, que acostumbrado a jugar a una velocidad rarísima entre los maestros de torneo, ello me permitía acumular tiempo abundante para cuando llegaran las situaciones comprometidas.

Aleckine rodó hacia atrás su silla, y sin dejar de mirar al tablero, como si estuviera hipnotizado, se levantó y estuvo un rato contemplando el campo de batalla y las fuerzas desplegadas caprichosamente... Luego, como si hubiera recibido un aviso de mujer, se fue de prisa para el jardín del hotel.

Un grupo de aficionados soñolientos quedaba en el salón. También el juez del campeonato. Y también el comentarista de *The Times*, que me miró desolado un momento... En realidad yo estaba solo... Entonces volví los ojos a la partida y pensé, mientras miraba el *score*.

Ante todo tuve que reconocer que el campeón había realizado una labor insuperable. Su juego había sido macizo, monolítico, incontrastable y todo él dirigido a un solo objetivo: entablar la partida. Era una obra maestra de su estilo, que él se complacía en llamar «de línea recta». Y ante este juego suyo que semejaba una catedral, yo me había limitado a saltar de campanario en campanario, como una golondrina que ha perdido el rumbo... Y así había sido en realidad. De unas jugadas brillantísimas había pasado a otras tan inútiles que el mismo profesor Aleckine, pese a su estilo y al pleno conocimiento del mío en que se encontraba, dudó largamente antes de responder a ellas, pensando con recelo en la partida «inmortal» de Anderssen...

Como la situación era en realidad, si no peligrosa, al menos por el momento, sí oscura, hice entonces lo de siempre en tales casos; lo que hacía estremecer a mis adversarios y regocijaba a mis amigos instantáneamente: apoyé los codos en la mesa, hundí los dedos entre la libertina revolución de mis cabellos y me puse a pensar... (¡a soñar!...).

Nadie estaba enterado de esto, y así, cuando leía en las revistas y en los periódicos crónicas sobre mí, al ver tan repetida la palabra genio, una sonrisa burlona era mi agradecimiento... ¡Y que eran los propios maestros, mis rivales, quienes se habían encargado de aumentarme de esa manera! Llegaron a tenerle un miedo físico a mis largas actitudes pensativas, y cuando la cortesía lo toleraba me dejaban solo, como quien rehúye la compañía de un hombre peligroso... Después se encontraban, por lo general, con que yo volvía a jugar a la velocidad exasperadora de los comienzos, y de ahí salió la fama, inmerecida y fantástica,

de que yo me encerraba en mis silencios sólo para planear de golpe doce o catorce jugadas...

Pero acaso al lector le interese conocer algo de la vida del que, frente a frente a Aleckine, trataba de arrebatar a este el Campeonato del Mundo, que hacía dos años le había ganado a su paisano Capablanca, allá en Buenos Aires.

Ya, desgraciadamente, están un poco lejanos los días en que, montando al pelo sobre Tomeguín, oteaba desde lo alto de las lomas los caminos que rodeaban a mi pueblo. A mi pueblo, allá en un rincón de Oriente, cerca del cual se hizo sentir más de una vez el machete tremendo del tremendo Guiller món Moncada; cerca de donde murió, como un soberbio león viejo que no quiere dejar su guarida, José Maceo, el indomable hermano; cerca también de uno de los campamentos en donde, rodeado de mambises hambrientos y dichosos de tenerlo con ellos, echó a ondear al aire, igual que una bandera, su palabra maravillosa José Martí, el que cayó poco después en Dos Ríos penetrado tan perfectamente por una bala en mitad de la infinita frente pensativa, que pareció que de veras había muerto fulminado por un rayo del Sol frente al que había pedido morir el más sublime de los americanos... Cerca de tanto recuerdo glorioso nací, que ya no me da pena confesar que mi pueblo está muy lejos de la más próxima estación del tren, para llegar hasta la cual, y si no llueve mucho, usted tiene que arrear al caballo si quiere estar allá antes de que se acabe el día.

Mi padre, un recio montuno oriental de manos color de tierra, voz alta, hacienda escasa y honradez fuera de moda, empeñado como todos los campesinos cubanos en alejar a los hijos del calor de la tierra generosa, decidió demasiado temprano que yo dejase la amistad fraterna de Tomeguín, mi potro veloz de los negros ojos jóvenes, de la nariz humeante y dilatada, el de los duros cascos resonantes; que

dejara también mi baño a gritos en el río, bajo el sol alegre, entre los árboles verdes; mi trepar fatigoso con Pirolo por las montañas, para desde lo alto ver a lo lejos el horizonte... el mar azul inmenso... Toda esta maravilla de vida inolvidable tuve yo que abandonarla para empezar a subir el calvario de la sabiduría...

Pero mi padre se había equivocado con mi inteligencia. Para ser inteligente es necesaria cierta práctica, un don de equilibrio mental parecido al de los caminadores de cuerda floja en los circos, amarrar la imaginación a la pata de la mesa de comer, y hasta tener, ¡cómo no!, cierta proclividad al pancismo... Y yo era nada más que un temperamento filosófico-imaginativo, un espíritu libre, aunque asustado, que pronto descubrió esto: más fácil, cómodo y verdadero que indigestarse con las cosas del mundo de los otros es crear un mundo propio, real y vivo.

Por otra parte, la falta de un estímulo simpático en aquel viejo Instituto, con la estupidez de tanto versito; de tanto «¿quién ganó la batalla del Gránico?»; de tanta vidriera llena de viejos aparatos de física, y de tanto catedrático mohoso incapaz para echarlos a andar, hubiera impedido todo intento formal de disciplinar una inteligencia un poco precoz y descarriada... Pero de todas maneras, el río llega al mar, y pese al muro de piedra de la montaña que no se mueve, le da la vuelta o se le escapa por las duras entrañas negras...

Así, en vez de entrar en la clase de Geometría, empecé a aprender el ajedrez ante el asombro creciente de mis condiscípulos y la admiración de los catedráticos, que pronto, como si yo fuera un atleta de esos que nunca estudian y que al cabo tienen un título de doctor y dieciséis medallas de oro, empezaron a aprobarme en todas las asignaturas mediante unas cuantas preguntas sobre Lasker y Capablanca...

Bien, ya el lector me conoce y me parece que puedo suprimir en su obsequio multitud de detalles de escasa importancia, relativos todos a mi ascenso rápido y continuo desde mis primeras victorias del Instituto hasta este *match*

por el Campeonato del Mundo, en los salones del Rudolph, en el inmenso Nueva York.

El *score* marcaba cinco victorias más, cinco el campeón Aleckine y nueve tablas. Esta que estábamos jugando era la última partida del *match* concertado, y dándome alientos para ella yo había recibido un centenar de cables que gritaban: ¡Victoria!, casi todos de cubanos, pero sin olvidar el hecho significativo de que había más de diez procedentes de Rusia, de la tierra de los soviets. Esto sólo se explica por el hecho de conocerse mi simpatía por la causa comunista, y también por ser el ruso Aleckine un partidario del antiguo régimen ominoso de los zares.

La situación realmente era muy seria. Se trataba del Campeonato del Mundo, pendiente del error de una jugada o del éxito maravilloso de un movimiento engranado científicamente con firmes jugadas sucesivas.

Tenía más de una hora para meditar en el movimiento que más me convenía hacer y me puse a pensar profundamente. En la sala se estaba quieto un silencio que invitaba a dormir, a sentirse inmortal...

Mi mirada terminaba en mi rey. La suerte de él iba a depender de lo que se resolviera allá adentro, en donde empezaba mi mirada, en la fragua inverosímilmente silenciosa de mi cerebro ardiendo.

Este sentido de la responsabilidad ante el futuro, del que yo me llenaba cada vez que se me ofrecía una situación comprometida, inevitablemente ponía siempre a mi presencia el asombroso parecido que hay entre una partida de ajedrez y la vida del hombre sobre el tablero del mundo. Desde los primeros momentos, mi espíritu filosófico-imaginativo se sintió fascinado ante la evidencia del descubrimiento, y la fiebre mía por jugar no era otra cosa que el deseo de comprobar esta verdad. Yo me sentía Dios ante el tablero y me ponía a tramar la vida y la muerte de unos personajes que se llamaban el Rey, la Reina, las Torres, los Caballos, los Alfiles y los Peones. Así, en mi papel de Dios, fue como adquirí el sentido

de la responsabilidad, y al darme cuenta, comparando la simplicidad del tablero de ajedrez al lado del tablero del mundo, y reconociendo mi impotencia para determinar desde la primera jugada el resultado de una partida, que, o el destino, que al cabo rige la vida de los hombres, es una fuerza más poderosa que el Creador (hipótesis a la que mi pobreza mental de humano me lanza), o este es un asombroso jugador de vidas que desde los comienzos del mundo sabe cuál va a ser el final del drama humano y la suerte reservada a cada protagonista y a cada partiquino...

Un día en que por un error extraordinario perdí una partida contra un contrario mediocre, mi orgullo herido me sirvió para comprobar la teoría. Realmente molesto por la derrota, en la soledad de mi cuarto rehice el juego, llegué hasta la jugada fatal y allí me detuve un rato. Me dije: «Si yo no juego A3R ¿qué puedo jugar? Pues puedo jugar A5CR+. Obligado por el jaque él contestaría C3AR, y en seis jugadas más vendría el mate. ¡Ah! Luego es posible determinar el momento en que una partida se pierde. Hay en ella una jugada que lo decide todo y a la cual se llega por movimientos en apariencia humildemente anónimos. Hay un momento en que el jugador, como el hombre en la vida, tiene ante su vista dos, tres... oportunidades y para el futuro todo depende de lo que haga en aquel momento. Pero la vida es más dura que el ajedrez. Un hombre escoge un camino entre dos, y, al final, si se encuentra ante la tumba del fracaso, la vida casi nunca le da tiempo para caminar por el otro... Además, ¡hay tantas bifurcaciones! En el ajedrez a lo menos queda *«el consuelo de seguir la existencia...»*¹ y de volver a poner las fichas sobre el tablero con la esperanza de vengar la derrota...

«Por tanto, el ajedrez no es más que un lienzo para trazar vidas —me dije—, ¡y sabe Dios cuántos hombres se han hecho, sin saberlo, la propia biografía en el desarrollo de

¹ Rubén Martínez Villena. «Canción del sainete póstumo».

una partida desastrosa, o de un triunfo inesperado, o de un ansioso pensar, firme y valeroso!»

Aquella partida rehecha en la soledad de mi cuarto fue para mí en lo adelante una fuente inagotable de experiencia y de habilidad ajedrecística, y yo le aconsejo a todo el que quiera aprender ajedrez, a todo el que quiera gozar con el intenso perfume filosófico que hay en una hermosa partida de este juego maravilloso, que se dedique no a jugar, sino a analizar partidas, del principio al fin y, sobre todo, del fin al principio, como hacen los viejos, con dolorosa amargura, cuando reconstruyendo sus vidas, y recordando los errores irremediables de su juventud, lamentan: «¡Si yo no hubiera hecho aquello!...»

Aquella partida rehecha fue para mí un manantial de habilidad, pero también una dolorosa punzada de impotencia en mis briosos comienzos juveniles. Desde aquel día perdí la fe en la omnipotencia de la visión total de mi genio. Incapaz de penetrar el secreto, no me preocupaba ya de averiguar en gracia a qué encontraba yo con tanta frecuencia la solución acertada. Pero en lo adelante esta virtud se fue desvaneciendo, muy lentamente, es cierto, y con apariciones fulgurantes frecuentes también, para ir trocándose en una ciencia pura que alcanzaba la visión absoluta de unas cuantas jugadas.

Desde aquel día adquirí el presentimiento perfecto de que alguien me pasaba a mí de casilla a casilla, y que en algún momento ignorado por mí, e inevitable, me haría hacer un movimiento determinante de todo mi futuro. Desde entonces, la noción de que soy un pelele en el mundo me obsesiona, y, a veces, instintivamente, miro asustado hacia arriba esperando ver bajar la mano gigantesca que me maneja como hago yo con los peones pequeñitos de mi tablero de estudio...

Pues bien, como ya dije, mi mirada terminaba en mi rey, y de lo que se acordara en el laboratorio ardiendo de mi cerebro, donde comenzaba mi mirada, iba a depender su suerte.

Esto era todo lo que yo había pensado apoyándome en la ciega creencia que profeso del trabajo subterráneo de la mente.

Y como la situación era difícil, cierta emoción del contraste que siempre ha presidido mi vida se hizo cargo de mí. Bajo mi gesto grave y pensativo empezaron a deslizarse las cosas más absurdas de mis panoramas imaginarios, desde las extravagancias más cómicas hasta las ensoñaciones más poéticas, juntando recuerdos reales con construcciones fantásticas.

Así, por ejemplo, evocado tal vez por los telegramas rusos recibidos durante el día, surgió ante mi mente, sentado en la silla de Aleckine, el *condecito* Raúl, compañero mío del Instituto, cuyo padre, un rico almacenista, había dado \$30 000 por el título, motivo por el cual era legítimamente despreciado por la verdadera, por la pura, por la única nobleza americana, la que descende en línea directa casi toda ella de los indignos traficantes de infelices negros esclavos...

Pensando en estas cosas de los poderosos fue que sin duda me sentí en el teatro, en donde he tenido muchas de las más gratas liberaciones de mi imaginación.

Empecé a sentirme en el paraíso del viejo Payret mirando hacia abajo, hacia el faro brillante de una cabeza calva. Enseguida hice un cuento influenciado por una reciente lectura de *Fausto*. Un hombre sin pelo, desesperado porque una linda muchacha no lo quería a causa de esto, invoca al demonio y le ofrece su alma a cambio de una buena melena. Lucifer entonces lo lleva hasta lo alto del teatro y le dice que escoja la que quiera entre todas las de la sala. El calvito ve en el centro de la platea una hermosa cabellera bethoveniana y la señala con alegría ansiosa y muda. El

diablo le recoge la firma, y ante el escándalo tumultuoso de la sala le arranca la melena a uno y se la pone al otro... ¡Era un bisoñé!... pero magnífico...

De pronto oigo una música maravillosa. Era uno de los conciertos aristocráticos de Pro Arte Musical y tocaba Orloff. Me fijé en él y sentado ante el piano parecía un dentista limpiándole la dentadura a un negro cubista... Empezó a tocar la *Gavota* de Gluck y yo le hice unos versos que decían así:

*Como cristalinas gotas,
milagrosas de luz,
danzando ya van las notas
de la Gavota
de Gluck.*

Le dije a un amigo que eran de Rubén Darío y le pareció que tenían realmente una música de gavota galante... Ahora ya no cree que aquello de «La Princesa está triste», etc. sea del divino Rubén... y a lo mejor tiene razón. ¡Tantos han hecho cosas parecidas!...

El sonido de cristal de Orloff me adormió y tuve la visión poética de una nota que salía del piano, transformada en perfume se esparcía por la sala, luego se fundía en mariposa policromada, y, finalmente trocada en rayo de luz empezaba a taladrar, despacio... despacio... el cielo azul, el espacio inmenso...

Pero ahora siento un escalofrío irritante, como si me picara una chinche. Toca Heifetz, el ovacionado como los boxeadores. Parece, de tan impecable, un maniquí con cuerda, y de tan frío e igual siempre, una «violinola», como dice un amigo mío, creo que el Polaco García. Hay una lluvia de pizzicatos, dobles y triples cuerdas, golpes de caja, armónicos y glissandos... Un clamor estremece la sala, lo aplauden, le gritan, le piden *La ronde des loutins*... * *Los*

* *La ronda de los duendes.*

aires bohemios... Preludio y allegro... Me indigno y le compongo una oda que empieza de esta manera vanguardista:

*¡Salve a ti, oh insigne maromero del violín,
Paganini sin alma!...*

El teatro, a la penumbra y al silencio, parece una asamblea de cadáveres que se tornan gesticulantes y aulladores a la hora del aplauso... Pero se han encendido las luces... Hay ahora otro espectáculo... Se celebra un concurso de homicultura... El escenario está lleno de personajes... Hay tantos niños desnudos, gordos, feos y deformes que parece que se han quedado sin angelotes todos los cuadros de Rafael y de Murillo... El señor que preside la fiesta nacional carga al niño premiado para darle un beso, como es costumbre de los que desean las falsas manifestaciones de simpatía, pero el chiquito, al verle los espejuelos se asusta y le orina irreverentemente la cara mientras el público aplaude a rabiar... Yo me indigno por la falta de respeto del público, pero un joven estudiante que tenía al lado me dice: «Compadre, no se ponga así. Usted no ve que el señor no ha hecho caso. Usted no ve que no le ha hecho mella el insulto...»

Una campanada del reloj me llama al orden. Han transcurrido diecisiete minutos y no encuentro todavía mi jugada... Me pongo a rehacer la partida desde cuatro jugadas atrás y llego hasta la última. Caballo dos dama... ¡Qué evocación más inoportuna! Todo mi problema vital, toda la honda indecisión de mi espíritu salió a flote. ¡Dos dama! La frase me hizo pasar, sin darme cuenta, del tablero a la vida, y revivir todo el tormento de mi tímida juventud amorosa.

El caballo, colocado en 2D tenía sus movimientos limitados por una pieza colocada en la línea de partida y por tanto sólo podía hacer tres saltos. Dos de ellos, llenos de audacia, podrían dar un destello brillante a la partida,

darle sensación de batalla y conducir a la victoria o la derrota, según se presentasen las posiciones sucesivas. El otro movimiento, más prudente, acaso pudiera conducir, jugando con serenidad, y pese al magnífico desarrollo realizado por Aleckine, a unas tablas salvadoras...

Yo también estaba colocado en la vida como mi caballo del tablero... A un lado Helena Margarita, al otro lado Alba Leonor y al otro, el vivir la vida sin compañera, con frío, solo, pero sin responsabilidad, sin temor al fracaso amoroso. Por un lado el triunfo de la nada y por el otro la peligrosa experiencia del amor.

Helena Margarita, a pesar de su nombre, es trigueña; y a pesar de ser trigueña, no es una muchacha de temperamento ardiente y sensual. Negros sus ojos, tienen una mirada tranquila y serena. Parecen dos estanques en noche sin luna... Negra también su cabellera, le hace ondas suaves y brillantes, y toda ella parece nada más que un ser que está en este mundo sólo de pasada y como buscando un alma viva con que presentarse en la eternidad... Camina silenciosamente, sin gracia femenina, pero su voz es de un timbre grato, aunque un poco igual siempre. Me mira con un sentimiento parecido a la admiración, pero sin calor, y aunque yo pienso que podría llegar a quererme mucho, tengo miedo de su frialdad, de no encontrar en mi hogar con ella ese calor de amante con que sueño en mis exuberancias juveniles...

Alba Leonor es rubia y transparente, y a pesar de ser rubia es una muchacha fogosa de una precisa ardorosidad sensual. Su voz, de una musicalidad maravillosa, penetra mi ser y lo enardece... Echa hacia atrás la graciosa cabeza y su risa penetradora descubre las estalactitas impecables de sus dientes diminutos y blanquísimos... Sus ojos, color de un terciopelo que no existe, tienen un

encanto de perversidad... Y toda ella es imperfecta y admirable, desde el ritmo elástico del paso hasta

la mano de nieve que tenía...

A ella le interesan las líneas firmes de mi rostro trigueño de bronce, mi alta estatura, la fortaleza flexible y ligera que me dieron el caballo y el río... pero yo tengo miedo de no encontrar con ella, en mi hogar, ese amor tranquilo y suave con que también sueño en mis horas de filósofo y poeta...

Con Helena Margarita me espera una vida desesperante, y con Alba Leonor, desesperada. Con la primera, al huir instintivamente de su frialdad, acabaría por parar en uno de esos hombres casados que se pasan la vida inventando escapadas nocturnas, justificables siempre por los amigos enfermos, los negocios y los velorios; con la segunda, al cansarme de sus empalagosas exigencias, me pasaría la vida viendo en cada salida suya un atentado a mi honor, y multiplicando en mi mente las tiendas que en La Habana poseen puertas a dos calles y los disimulos elegantes de los talleres de modistas...

Después de todo, yo vivo bastante bien mi joven soltería de hombre famoso. Acaso yo exageraba. Acaso yo no estaba tan enamorado cuando dudaba entre dos mujeres, cuando la razón era un obstáculo miedoso... Acaso algún día me llegará algo más perfecto... Esperaría. Mejor es no arriesgarse en la vida por caminos inexplorados cuando el que se sigue está limpio de obstáculos, aunque este camino no ofrezca un horizonte terminado, trascendente, lleno de una sola luz o de muchas, como el que a las tardes, allá en La Habana, se va apagando en el mar poco a poco...

¡Otra campanada! ¿Qué pasa en mi mente? ¡Caballo dos dama!... ¡Qué extraña coincidencia! Nunca me había ocurrido comprobar con tan vehemente exactitud mi idea entre el parecido de la vida con el ajedrez. Mientras yo

jugaba mis piezas, alguien me rodaba a mí en un inimaginable tablero en el cual había dos damas sin que yo supiera aún cuál era la mía... Miré hacia arriba con un temor de niño, esperando como siempre ver la mano monstruosa y llena de poder y de sabiduría del Dios que sin duda jugaba con mi vida... Sólo había una luz invibrátil y un silencio impenetrable y hondo, como el camino del cielo...

¿Estaría yo solo en el mundo a merced de mis fuerzas?... ¡Si fuera así... si nadie jugara con mi vida!... Pero entonces un rayo de luz negra me anonadó para siempre. Al ver una hormiguita que pasó de la mesa a mi mano, me dije: «¿Qué pensará de mí esta hormiga a la que ahora le permito pasear por la llanura de la palma de mi mano? Sin duda pensará que está caminando por un pedazo del mundo inmenso y no podrá darse cuenta de que en este momento yo soy para ella el Dios que puede disponer de su vida... Soy para ella tan grande que no me puede calcular ni ver. ¿Acaso no pasará lo mismo entre Dios y yo?» —me dije—, iluminado de repente. Y envuelto ya en el sofisma orgulloso de la vana y pretendida semejanza con el Creador, pensé adolorido que yo no era más que un Dios limitado, en pequeño, que sólo podía ser el árbitro de una hormiga, de cien, de un millón, ahora, un momento... pero no de todas las hormigas ni en todos los momentos, al paso que el Gigante Constructor de los Mundos, lo es del astro lejano e inmenso y de la célula infinitamente pequeña que forma parte de mí y que piensa con vanidad que está incluida en un mundo ilimitado, como pienso yo del que acaso sólo sea una partícula cósmica en la que no soy más que una célula insignificante y presuntuosa...

¿Pero, y si esto tampoco era verdad? ¿Si Dios podía equivocarse también y hacer conmigo una mala jugada?... Angustiado ya, con el tiempo cayendo, hice la jugada prudente, y tras una serie de movimientos metódicos y regulares, la partida acabó en unas tablas por jaque perpetuo...

.....
Aleckine conservaba el Campeonato, y aunque yo había entablado el *match*, no era ello gloria alguna, porque, como le dijo en una ocasión memorable el Gran Capitán a García de Paredes, «Por mejor me habían enviado»... Él jugó a tablas y lo consiguió; yo debí jugar a ganar o perder, y al cabo me conformé con hacerle el juego al Campeón. ¡Y casi quedo encantado de haberlo conseguido!

Así fue como terminó la máxima oportunidad de mi vida, en un jaque perpetuo.

Y en jaque perpetuo he pasado el resto de ella...

Helena Margarita se cansó de esperarme y Alba Leonor también se cansó.

La primera, casada con un hombre enriquecido en el vicio político, fue infeliz y murió enferma de tristeza, muy joven todavía; la segunda, menos paciente, se aburrió al lado del hombre desmedrado al que tal vez la riqueza la llevó y terminó multiplicando sus escándalos...

Yo, rehaciendo la partida entablada, encontré el momento en el que, si hubiera hecho otro movimiento, hubiese ganado el Campeonato del Mundo; y rehaciendo mi vida, mirándome ya viejo, doblado, con el reumatismo mordiéndome las articulaciones como un perro, pienso que le hubiera podido dar a una un poco de espiritualidad y a la otra el amplio fuego de mi juventud, y haber sido con cualquiera un poco feliz... todo lo que se puede en el mundo...

.....
.....
¡Y qué malo es perder a fines de mes «todos» los cuarenticinco quilos que uno tiene, por meterse a jugar al dominó con el maldito barbero de la esquina de casa!... ¡Se pasa luego cada noche más disparatada y absurda!...

Una tragedia en el mar

Alguien (no he podido averiguar quién), con la evidente intención de perjudicarme en el buen concepto que siempre les he merecido a mis directores espirituales, ha publicado bajo mi firma el absurdo cuento que sigue a estas líneas.

Y es preciso que yo me defienda ante la posteridad, no sea cosa que vaya a ocurrir conmigo lo que con otros grandes hombres, respecto de los cuales nadie está de acuerdo acerca de si dijo lo que dijo o no dijo lo que dijo.

Me parece que sólo tengo que hacer notar dos cosas para demostrar cómo el esperpento que a continuación aparece no es un engendro de mi salud excelente.

El estilo no es el mío. Confieso que yo no me atrevería a expresar mis ideas con esa libertad, con ese descaro que sólo puede brindar el anónimo. Hay veces que eso parece una tremenda cosa vanguardista...

El otro aspecto, el del pensamiento, el del móvil ideológico que llevó a su desconocido autor, primero, a escribir esa increíble y extravagante narración, y, después, a hacerla aparecer como mía, es el que en realidad me obliga a una defensa calurosa de mi equilibrada razón, de la sólida estructuración de mis principios religiosos y morales.

¿Tiene en realidad un pensamiento capital ese cuento? Si no lo tuviera, la burla hacia mí sería sangrienta. Pero, no. Aunque la escasa habilidad de su técnica no le ha permitido lograr bien el objeto que se proponía, a una mirada experta no se escapará que el autor, en el

desarrollo de la acción imposible, ha pretendido sentar esta conclusión:

El hombre es un autómeta en el mundo, ¡y sólo en este mundo!; su mente apasionada es un espejo curvo que refleja, falseadas, las sensaciones de su aparato nervioso. A la hora de luz de su razón, llegan panoramas que en realidad no son como los ve. Es como si la máquina del ojo, por maravillosa tenida desde siempre, fuese una trampa puesta por Dios al hombre, en las mismas puertas de su espíritu...

Y esa conclusión demoníaca, capaz sólo de germinar en un cerebro desordenado, es, cabal y diametralmente, opuesta a la línea básica de mi fe, de mis creencias religiosas. Por eso me defiendo.

Yo creo en la clara sencillez de la arquitectura del mundo. Creo que he nacido de veras, que viviré mucho tiempo, y que después vendré a morir tranquilamente de alguna indigestión, para enseguida subir al cielo, sentarme un rato a la diestra de Dios Padre, darle la mano, e irme luego, camino abajo, por las laderas estelares saludando con arcangélica dulzura inclusive a todos los bribones de la tierra, perdonados por la infinita misericordia de Nuestro Señor...

Hecha la defensa de mi fe, lea el que quiera esta inverosímil «tragedia en el mar».

Retrato de un asesino ignorado

Confieso que no soy malo. Hasta parezco bobo. Vivo mi vida con calma. Tengo un perro como si tuviera un hijo y gano un sueldo como si fuera una renta. No voy a la iglesia, pero en cambio voy a Almendares a ver jugar a la pelota, todos los domingos. Soy partidario del Fe, siguiendo la tradición de la familia. Leo revistas atrasadas y me gustan las películas cómicas. Nunca he votado. Me gusta la música, sobre todo la que no entiendo. (¿Habría alguna que se entienda?...). Cuando estoy delante de amigas doy limosnas

y buenos deseos cuando estoy solo. No tengo novia, ni mujer, ni querida, pero gano un sueldo como si fuera una renta... Soy, además, joven. Duermo como los niños y como igual que los marineros. No soy feliz porque no puede ser, pero soy sano. Estoy bien. No voy a los entierros.

Un hombre así ¿puede ser malo? De ninguna manera. Y, sin embargo... Una pena chiquita, pero dramática, aflige mi alma desde hace un tiempo. Por mi culpa dos seres felices perdieron su tranquilidad y la vida, descendiendo sus almas, finalmente, al fondo de los mares.

Fui perverso ¡triste de mí! Mi conciencia, hasta ahora limpia y serena como un lago de ensueño, ha perdido su pureza. Mi augusta calma ya está rota. ¡Y yo que hablaba en presente! ¡Nadie me crea, yo era así, como lo dije antes, ya no!

En confesión de un remordimiento escribí esta historia, relación fiel, sin pretensiones literarias, del triste suceso. Día a día la leo, y así no he podido olvidar que algún cargo tendré que hacerme cuando llegue la hora de presentar el saldo final.

El lugar del crimen

Mi sala, carente de extravagancias de color y de forma, tiene, tenía, mejor, una nota exótica y pintoresca.

En una esquina, sobre una banqueta, una pecera muy blanca era el inmenso océano de dos pececitos japoneses, llenos de color y de gracia, que lo surcaban, ora raudos, relampagueantes, ora despacio, majestuosos, como galeones antiguos. No había tiburones en aquel mar. La tempestad la hacían ellos cuando querían, y había en la superficie pedacitos de unas obleas deliciosas y en el fondo una piedras maravillosas en las que, a ratos, se escondían para salir después llenos de ventura y sonriendo de felicidad. Y uno era pez y la otra no. Aquel era el Paraíso otra vez...

Sólo tenían dos terrores. Uno era la caprichosa duración de los días y las noches con ausencia de crepúsculos

rosados; y otro, el más temible, las visitas frecuentes de un monstruo, todo negro y enorme, con unos ojos como estrellas cercanas, que se bebía con espantosa calma toda el agua del mar, mientras los miraba con maligna expresión de curiosidad... A veces tronaba estremeciendo el agua...

Y nada más. Dios espantaba al monstruo y luego traía un torrente de agua, y al poco rato, al principio con temor y después despreocupadamente, recorrían las islas y terminaban relampagueando por el agua como dos llamaradas inextinguibles... Se miraban largamente; subían a besar la superficie y luego se escondían con misterio en las piedras maravillosas del fondo...

Negros proyectos

Un día, terrible memoria, yo estaba delante de la pecera, viendo la felicidad, si no en la tierra por lo menos en el agua, cuando un perverso pensamiento cruzó por mi mente. El genio del mal me habló al oído y concebí algo monstruoso. Decidí ser la nueva serpiente de aquel nuevo paraíso. Quise ser el amigo cruel que manda el anónimo acusador que siembra el recelo y destruye la felicidad. Profundamente me concentré. Todas mis fuerzas mentales, como pelotones dispersos de una compañía que se reorganiza para entrar en línea, acudieron en mi auxilio. Y, entonces, como una luz que violentamente avanza en la noche hasta que pasa para hundirse de nuevo en la sombra, así recordé una maldad infantil, le di aplicación, y no tardé en ver cómo de nuevo quedaba detrás una estela de sombras...

¿Ustedes nunca han puesto un espejo delante de un gato? Es algo curioso. Yo los he hecho enfurecerse, acobardarse, huir espantados... (¿Qué pensarán después para toda la vida?... ¿Creerán en los fantasmas?...) Pues yo inventé hacerlo con los pececitos, y haciendo la noche coloqué en

una pared lateral un espejo grande y bruñido. Hice el día y me senté a observar... No hay, amigos, drama semejante en la humanidad, ni cerebro capaz de concebirlo. Imaginad una felicidad paradisiaca, imaginad pensamientos como rosas frescas del amanecer, imaginad besos de la luz, suspiros de la sombra, risas argentinas y, de pronto, trocad en asombro, cólera, duda, violencia, rabia y dolor todo eso y decidme ¿quién lo resiste?

El doble adulterio

Cuando hice el día, los pececitos salieron de nuevo a jugar, y, de súbito, como un hachazo, se inmovilizaron llenos de asombro. Habían visto a los «otros»; a los rivales desconocidos e ignorados... Se miraron como no lo habían hecho nunca, con algo distinto en los ojos, y más adentro algo que crecía: era la duda. Se retiraron a las piedras del fondo lentamente, y los «otros» también se fueron a las piedras. Y entonces, en un descuido de él, ella vio cómo el infame miraba afanosamente a la intrusa; y él se dio cuenta de que ella miraba al odiado rival. Ella no se cansaba de mirar al «otro» y él se afanaba por la intrusa.

Eran hermosos los recién descubiertos y eso aumentaba el dolor de los hasta entonces dueños del mar... Y en un momento imprecisable, la duda se transformó en odio, en un odio inmenso, virginal... (Por las aguas tranquilas cruzó despacio el Pez de la Muerte, con un cuerpo como un esqueleto y una sonrisa parecida a la de una calavera.) Las aguas estaban inmóviles, pero los pececitos sentían dentro una espantosa tempestad y una última pirueta de los rivales determinó el choque violento. Ella se arrojó sobre él con la rabia de una pura mujer ofendida y él respondió al ataque con la cólera incontenible que corresponde al hombre fiel y burlado.

Un cadáver sobre las aguas

Mugieron las aguas; las islas se estremecieron; el formidable oleaje desquició los fondos felices. Los apacibles

pececitos parecían monstruos encolerizados. Apenas se paraban, como para tomar aire, cuando al ver nuevamente a los odiados enemigos se lanzaban a la pelea con redoblada furia, arrojando cataratas de agua como si fueran aluviones de alaridos... La pecera era un torbellino cruzado de relámpagos...

Y yo sonreía complacido hasta que me aburrí. Entonces quité el espejo y me fui a acostar. Me dormí y no soñé con Yago...

A la mañana siguiente ella flotaba en la superficie, con el vientre, tal vez fecundo, horriblemente hinchado, mientras él, desolado, la empujaba blandamente hacia una de las islas desbaratadas por la tempestad.

Los «otros» se habían ido y él tenía en el cuerpo, como condecoraciones de guerra, varias heridas sangrantes.

Expiación

Ya en las aguas no relampagueaban llamaradas inextinguibles. Como un antiguo galeón, el pececito recorría despaciosamente sus recuerdos. Aquí, bajo esta roca, la vio caer por la primera vez, maravillosa de color y de forma, y hacer una *ese* roja e instantánea entre el campo azul del agua; un poco más allá, ella lo quiso; al fondo, y sus ojos se encendían, apareció la odiada pareja, en la que ella era igual a la suya; y en esta isla, llena de misterio y de paz, está su sepultura. La mano del Dios que alimenta las aguas y alimenta los peces la suspendió y se la llevó hacia océanos deliciosos... Cuando miraba la Isla del Triste Sepulcro se quedaba extático, triste, abandonado, durante horas enteras. Y conoció la inmensa soledad de ser el único ser humano del universo. Languidecía. Como un anacoreta ante la cruz, ante la isla de su última visión permanecía esperando la mano del Dios que lo llevará a los océanos inmortales...

El duelo. La muerte. ¡Feliz eternidad!

Así lo sorprendí un día y otro día y otro. Llegó a aburrirme aquella eterna quietud y en una ocasión, recordando la trágica movilidad de aquella noche, irresistiblemente tentado por mi desconocido fondo perverso, quise hacer otra prueba.

Terrible peripecia. Desesperado momento que recordaré toda la vida.

Coloqué nuevamente el espejo y esperé.

Terminó el pez su última oración y dio la vuelta con el cansancio de un viejo... Instantáneamente relampaguearon las aguas. Como antes, él se sintió joven, poderoso y ágil: había visto al rival y venía solo, como a un desafío.

Era un gigante. Las paredes del orbe se estremecieron; las islas se inundaron; los fondos se desquiciaron. Lo persiguió violentamente por todo el mar y aunque el "otro" también mostraba un ansia salvaje de pelear, algo hasta entonces inconcebible, las paredes del mundo, los separaban. Entonces se paró y tuvo un pensamiento genial, el mismo del primer hombre que se lanzó a volar: descubrió que el mundo era más grande. Reaccionó, y después de varias persecuciones vanas, en su cólera horrible se precipitó enloquecido hacia el otro y de un salto trágico se lanzó al espacio...

Intenté salvarlo, pero fue inútil. En el aire, en el infinito, en la muerte, ¡más allá!, él había visto al rival rabioso a lo lejos y lo perseguía...

.....
Cuando lo alcancé, frente al espejo grande de la sala, se moría, con la boca abierta hasta la O, tragándose al otro que se lo tragaba. Y reflejaba en sus ojos de agonía que de la mano de Dios ascendía hasta los océanos deliciosos para sepultarse luego en el fondo de los mares, donde ella vive; ¡la adorada ausente!...

Y él sintió todo esto «antes» de morir...

¡Fiebre!

I

De pronto me inmovilizo en el silencio despierto. Yo sentí como él abrió la puerta y cómo luego, sabiamente, fue introduciendo su cuerpo hasta estar dentro del cuarto... Se paró a los pies de mi cama y allí se estuvo un año... quieto, como una sombra inmóvil... Después se fue acercando hasta mi cabecera... Sacó un extraño utensilio y me lo puso cubriéndome toda la cara con un negro pañuelo impenetrable... En cuanto el cloroformo empezó a filtrarseme, allá, en el hangar hermético del cráneo, empezaron a funcionar los motores de cien aeroplanos iguales... Entonces el ladrón, un cirujano fantasmagórico, con un bisturí se puso febrilmente a cavar en mi tórax, como quien busca un tesoro... Llegó ya al corazón, y, al abrirlo, no encontró nada... Sólo un tic, tac... tic, tac... tic, tac..., igual al de una máquina del tiempo... del tiempo, que se va marchando como un valiente que no retrocede jamás...

.....

II

Cuando cerré la puerta con sigilo y me volví con el índice en los labios, mi amante estaba muerta en el suelo... Un largo rato estuve parado ante su cadáver esperando a que se levantara y viniera a besarme como una loca y a decirme que todo había sido una broma... Hasta creo que me sonreí... En ese momento fue que desde la alcoba me llegó, como el

toque de una campana mayor, su voz terrible, tranquila, burlona, feroz, humilde, colérica, vengativa, digna, cruel y sangrienta... Su voz que sólo me dijo con una espantosa calma... contándome las letras:... «¡A-d-e-l-a-n-t-e!...» Se corrió la cortina y Él apareció en el marco, inevitable como el destino... y yo caí al lado de ella donde pronto un hilo de sangre me taladró el pecho y se puso a dibujar arroyuelos rojos en el piso blanco del mármol...

.....

III

Me llevaron encadenado ante el trono del tiranuelo repugnante, en el palacio imponente y solitario... Le habían dicho que yo era su enemigo implacable y que yo lo había llamado asesino... Mandó que me quitaran los hierros ominosos y con suave palabra me dijo: «Es verdad lo que dicen que has dicho de mí?» Yo le afirmé que sí y le hablé de sus muertos, entre los cuales desde aquel día yo sería uno más... «Pues mira —me dijo—, para que veas como soy generoso, a ti te perdono la vida, a pesar de la ofensa... ¡Vete! Yo te doy mi escolta...»

.....

Desde lo alto me decía adiós regiamente, y todavía asombrado fue cuando sus mismos guardias me dieron cuatro mortales puñaladas por la espalda, al salir de su feudo real...

.....

IV

La sombra del centinela, con el arma al hombro, se agigantaba en el piso de mi celda, cuando, haciendo la guardia, pasaba lentamente entre la luna y la reja... El alcaide, por la tarde, me había leído la sentencia de muerte con una voz brumosa y humana... ¡Mi último día!... Cuando

el reloj dejase caer los doce toques solemnes de la medianoche, el verdugo me enviaría para la eternidad...

.....
.....
La cuerda del reloj arañó el silencio... y luego... uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... ocho... nueve... diez... once... El reloj volvió a arañar el silencio y se quedó quieto, mudo... «¡Me he salvado! —grité... ¡No ha cantado las doce!...»

.....
El péndulo brillante del hacha cayó sobre mi cuello... Rodó mi cabeza sobre el tablado y levantándola, el verdugo me gritó a la boca: «¡Las doce!...»

.....
Desde el mundo en el que ella vivía, muy lejos, me llegó rota por la pena la dulce vocecita de mi novia querida: «¡Sávelo, doctor! ¡Hace ya tres días que delira, con cuarenta y un grados de fiebre!...»

.....
¡Oh, la loca y cobarde aventura de mi desesperanza suicida!...

¡Por este argumento
sólo me dieron cien pesos!

(Dos personajes para una película ingenua)

Yo soy la mitad de dos personas. La otra mitad es mi novia, una querida muchacha de alegres ojos luminosos y cuerpo ligero y perfumado, como un ágil frasco de esencia de Francia.

¿Usted quiere oír unas cuantas cosas de nosotros, dichas sin apasionamiento alguno?

Mire, yo gano ochenta pesos mensuales, y mi novia es una muchacha de dieciocho años, inteligente, buena y cariñosa, y que, además, a mí me parece, sin exagerar, la más linda y graciosa muchacha de la Tierra...

Yo cobro los días primero de mes y cuando cojo todo ese pobre dinero en mis manos, siempre me dan unas ganas alegres de llevárselo entero a ella, para que lo guarde, para que lo junte con lo que ya tenemos, para que algún día podamos casarnos y yo pueda verla, maravillosa de blanco, deslumbrarme a lo hondo del ser con un largo estremecimiento inefable... Pero qué va. Por más que trabajo mucho sólo gano ochenta pesos, y por más que hago esfuerzos, sólo puedo darle a ella una miseria que me abochorna... Muchas veces me da tanta pena que no se la doy...

Yo la quiero tanto, que cuando hablo de ella sólo sé decir que la amo. ¡Yo la amo, señor!

Ella cree, por su parte, que el mundo da vueltas alrededor mío y que no hay nadie que pueda ser tan inteligente como yo, ni tan fuerte, ni tan valeroso... Además, a ella le gusta mucho cierta onda que sobre la frente forma mi cabello oscuro; mi perfil limpio de vacilaciones, mi voz, alta, clara y

viva, le agrada mucho y más aún cuando se hace profunda, sería. También ella se complace en ponerse a mi lado para comparar su estatura con la mía y se ve cómo se le alegra la cara cuando comprueba que le llevo casi toda la cabeza... Entonces, inclinando graciosamente la sonrisa hacia un lado, me mira a lo alto, a los ojos, y me quiere y me lo dice, con esa voz suya de música suave, como si fuera rosada, como si perfumara... ¡En esos momentos yo quisiera abrazarla y besarla!...

Pero, bueno, si sigo voy a hacer toda nuestra biografía. Y lo más importante es esto: a pesar de su optimismo contagioso y de su aliento siempre renovado para que yo tuviese fe, lo cierto es que no mejorábamos de posición para poder casarnos, y aunque lo disimulaba bien, me daba mucha pena su confiado: «¡Ya tú verás!»

Esto sólo duró hasta un día en que ella leyó que al autor del argumento de una película que ella había visto le dieron por él «una partida» de miles de pesos... Todo el día me estuvo esperando y me recibió fuera de la casa con la noticia en la mano y con una alegría desbordada y contagiosa. «¡Ya, Nene, ya!» —me decía. Y a pedazos, atropellada, me iba dando su jubilosa seguridad en mi triunfo... «Ahora sí es verdad que nos vamos a poder casar pronto. Tú escribes un argumento bien bonito y ya tú verás como te van a pagar muchísimo dinero por él... ¡Ya tú verás!»

La facilidad con que ella me contagiaba su loca esperanza hizo desbordar en aquella ocasión mi cariño, y tanta bella cosa yo le dije a la muchacha maravillada, que es una lástima que yo no las copiara luego en casa para poder contárselas a usted ahora.

Aquella tarde sí que nos dijimos una multitud de cosas importantes... Pero lo más grave fue el problema del viaje. ¿Cómo yo me iba a ir? A los dos se nos ocurrió simultáneamente el mismo pensamiento, pero lo escondimos con miedo. Aquello, según juramento, era sagrado. Estuvimos un rato en silencio, mirándonos con disimulo, y

al fin ella, con el campanilleo alegre de su voz niña, me dijo: «Sí, chico, lo cogemos, si eso es seguro...» Era «nuestro dinero», lo que teníamos reunido día a día, moneda a moneda, para casarnos... De pronto me pareció que era un crimen, que sería mejor que me fuera de polizón, o a nado, o a pie... Pero con esa facilidad con que, desde que la quiero, siempre estoy convencido de que algo bueno me va a pasar pronto, acepté al fin y nos pusimos a planear el viaje.

Teníamos dinero suficiente para que yo pudiera irme a Hollywood y estar allí unos cuantos días, contar mi argumento, escoger la mejor oferta que me hicieran los doscientos o trescientos directores, y volver para Cuba con un millón de regalos en la maleta, y en La Habana casarme enseguida con ella y llevármela por todos los lugares del mundo donde hubiera muchas cosas bonitas que comprarle...

Sólo cuando yo estuve en casa fue que me di cuenta, aterrorizado, que habíamos decidido el que yo fuera a Hollywood a vender «mi argumento»... y que yo no tenía argumento alguno que vender... De pronto me dio la idea de ir corriendo a donde ella y decírselo, pero me dio vergüenza. ¿Qué diría? ¡Ella que esperaba tanto de mí!

¿Qué iba a hacer yo? Yo no sé nada de cine. Como nunca tengo dinero, voy de rareza a él, y por lo tanto no sé nada de cómo se hace una película. Por otra parte, yo nunca me he puesto a contar cosas que no haya visto. La maquineta de escribir me ha vuelto rutinario e igual y los números me han hecho amigo de la verdad.

Pero con todo, yo tenía que hacer un argumento para venderlo en Hollywood. Confidencialmente le diré que me puse a hacer uno, pero me estaba quedando tan parecido a como soy yo, que me dio vergüenza y lo rompí. Yo estaba tan intranquilo que tenía temor de que ella lo fuera a notar cuando la volviera a ver, allá, en su casita blanca abrazada por las enredaderas, bajo las palmas que suenan, lejos de La Habana... Sin embargo, salí bastante bien del paso

contándole alguna novela que yo había leído y desde luego, cambiándole habilidosamente el nombre de los protagonistas...

Pero algo providencial ayuda a los enamorados. Sucedió que mientras mis inexpertos agentes mentales buscaban infructuosamente por las recurvas del encéfalo, mi argumento ya estaba hecho y hasta impreso en un libro,¹ en la vida pintoresca de cuyo autor yo vi todos los elementos necesarios para hacer una gran película. Era que en este caso, como en otros muchos, la policía del cerebro hizo igual a la policía secreta de las ciudades, que se pone casi siempre a buscar a los autores de robos y conspiradores contra la patria por los barrios bajos, entre la gente humilde, honrada y trabajadora, cuando los tiene a la vista, en lo mejor de la ciudad. Así pasa a veces, pero después de todo es disculpable. ¡Son tan conocidos y están tan visibles!...

El lector perdonará esta manera precipitada de contarle las cosas, pero es que yo no tengo mucha práctica en ordenar mis ideas. Ahora lo que puede interesarle es que yo me fui una mañana llena de sol y de ruido en el vapor de Cayo Hueso. El barco dio tres gritos grises y largos, y empezó a irse... (Antes ella me había dado un beso a escondidas y otro en público... Bueno, quiero decir que fueron unos cuantos, ¡pero me parecían tan pocos!...) Cuando ya enfilábamos el canal, y el buque, sereno como un automóvil negro de lujo, pasaba frente al Morro, yo la vi en el extremo más saliente del rompeolas que rodea al Castillo de la Punta, diciéndome adiós con el pañuelo, con los brazos, con la voz... Si parecía, con su traje blanco y los brazos abiertos que era una paloma que iba a volar hasta el barco... Después, me escribió un amigo, que cuando ya nadie distinguía más que la mole del vapor, ella seguía gritando, sin importarle las sonrisas irónicas de los curiosos: «¡Todavía lo veo! ¡Mire,

* *La tierra del mambí*, traducción española de *The mambí land* de James O'Kelly, con prólogo y biografía completa del autor trabajada por Fernando Ortíz.

es aquel que me está diciendo adiós con el pañuelo!...» Y es seguro que fuera verdad, porque yo no pude quitarme de la barandilla de popa hasta que Cuba se me ahogó en el mar...

Ahora le diré a usted algo sobre aquella parte americana llena de interés. Hollywood tiene muchas cosas para llamar la atención a un habanero. Uno se mete en los estudios y lo que hoy es un escenario para un París del siglo xv, mañana es una aldea de Borneo... Además, hay tanta cara bonita de muchacha que da gusto andar por las calles, aunque uno muchas veces siente deseos de mirarse furtivamente en los espejos de las vidrieras, temeroso de estar haciendo un papel ridículo. Pero más que el espejo lo alivian a uno los tipos estafalarios que también abundan. Sin embargo, lo más interesante de Hollywood eran las cartas de mi novia, de mi muchacha. Naturalmente que yo no se las voy a enseñar a nadie, pero para que se vea qué gracia pícara es la de ella voy a decirle unos versos que me mandó recordando un episodio que tuvimos. Nadie se fijó mucho en las faltas. Eso no vale. Ella no es literata. Lo único que hace algunas veces es apropiarse descaradamente algunas frases que yo consigo por ahí, y mirarme al poco rato, con mucho disimulo, para ver si me he dado cuenta. Cuando la descubro dice con mucha inocencia que es que «se le pegan...» Dicen así los versos que me mandó para alegrarme con el recuerdo:

*Tu risa, como una caricia
me rozaba los ojos... los labios...
Tus ojos me llenaban de luz y de sombra
y me dan locas
ganas de besarte...*

*(Estábamos solos en un rinconcito
cariñoso y tibio del grande sofá...
Se oía tan sólo en la sala*

el ruido del viejo sillón de mama...)

*Toda acurrucada entre los cojines
con los ojos trémulos te pedí yo un beso...
Nos miramos hondo, hondo, apasionados...*

*Y nos olvidamos, felices y solos,
del ruido del viejo sillón de mamá...*

Pero, Hollywood no era tan acogedor como yo esperaba. A mí me parecía natural, cuando estaba en La Habana, que al llegar yo allí y decir sencillamente que tenía un argumento, enseguida me iban a hacer pasar, a retratarme dándole la mano a alguien, como hacen con los boxeadores, y a rogarme que les vendiera el argumento. Y no era así. Cuando llegaba a una oficina ya tenía mucha gente antes que yo esperando turno. Venía un secretario y preguntaba: «¿Qué asunto tiene usted, señor?» «Un argumento.» Se iba adentro y al poco rato regresaba diciéndome que sobraban... Así se me iban pasando los días a una velocidad aterradora. ¡Si no hubiera sido por las cartas de ella!

En el *boarding* la gente me decía: «¡Qué lástima que usted no pueda ver ahora a Doug!» Y como yo había ido allí para ver a todo el mundo, aunque fuese el Papa, pregunté dónde vivía ese señor y allá me fui. Lo encontré, casi con agresividad le hice la narración de mi asunto, que escuchó con interés sonriente, y cuando había terminado me repitió la frase: «¡Qué lástima que usted no pueda ver ahora a Doug!...» El muy imbécil era un doble y le cuidaba la casa a la estrella, ausente en Europa...

Ya estaba casi desesperado, cuando una noche, en la mesa de uno de esos establecimientos americanos que lo mismo parecen boticas que puestos de accesorios para automóviles, un hombre de aspecto serio e impresionante se acercó y me dijo:

—Joven, ¿en qué compañía trabaja usted?

—En ninguna —le dije con cierto orgullo—. Yo no soy artista, yo soy autor de argumentos.

—Es lástima. Me había interesado usted, pensativo como estaba, para una escena de mi próxima cinta. Yo soy el director David Rodney...

Al oír este nombre, como se dice en los cuentos, yo me hice cargo en el acto, instintivamente, de que mi oportunidad había llegado y me dispuse, con astucia, a no dejarlo escapar sin contarle mi argumento. Pero como ya tenía la triste experiencia de tanto fracaso, se me ocurrió coquetear un poco y hacerme el interesante, como decimos aquí en Cuba. Le dije con displicencia que pensaba embarcar pronto para Europa en viaje de recreo y que no me habían convenido las proposiciones que varias casas me habían hecho sobre mi último argumento. Así fue como cayó en el anzuelo mi americano famoso y como conseguí que me preguntara con un tono de disimulado interés sobre qué asunto giraba mi cinta; mi *film*, como dijo él.

Yo pedí unos helados, y en lo alto de la pirámide de fresa rosada vi los espléndidos y maravillosos ojos de Nené y la gracia incomparable de su sonrisa luminosa, llena de una frescura juvenil, dándome un formidable aliento de esperanza... Entonces, materialmente, me vi ya metiendo montones de paquetes de regalos para ella en mi vieja maleta...

Y con todo el fuego de que soy capaz, le hice a Rodney la historia del medio en que la cinta había de desenvolverse y todo el desarrollo de esta. El director americano me escuchó con verdadera atención, y cuando terminé me dijo con una encantadora sinceridad:

—Joven, se ve que usted conoce bastante la historia de su país, que está orgulloso de los sacrificios con que logró su independencia, y de los hombres que la realizaron, pero, si me lo permite, le diré que usted conoce muy poco de cine...

Como me lo dijo tan amablemente, hasta tuve que sonreírme y agradecer sus frases. Pero como el hombre estaba de buenas, me dijo:

—Mire, le voy a hacer algunas observaciones...

—Diga, diga...

—Es cierto lo que usted dice acerca de que hay vidas que ofrecen al espectador un interés mayor que el de cualquier novela, pero esto es sólo en las figuras que son ya universales, como el barrigón de Bonaparte, por ejemplo...

(De la maleta, como si tuvieran piernas, empezaron a salir corriendo muchísimas cosas preciosas que yo ya había metido...)

—Eso que usted me cuenta sobre O'Kelly demuestra que este hizo una vida andariega y emocionante propicia a la aventura; se ve que el hombre fue un temperamento vehemente y audaz y que su vida está llena de colorido, pero, en realidad, nosotros sólo hacemos películas para nuestro pueblo y ya desde este punto no interesa tanto O'Kelly.

Yo tuve que defenderme con valentía.

—Espere —le dije—, es que yo sólo le he hecho un cuadro general de la vida del hombre. Permítame aclararle que el episodio más importante de su vida le aconteció en su calidad de periodista «norteamericano» y en una empresa que tuvo gran simpatía durante años en el pueblo de los Estados Unidos, aunque el Gobierno, por sus razones políticas, no tomó cartas en el asunto hasta última hora. Usted comprenderá que me refiero a las guerras por la independencia de Cuba.

—Ah, desde luego. Mi hermano tomó parte en la última.

—Bien, en síntesis ocurrió esto. El pueblo cubano, cansado de la opresión española, se fue a la guerra iniciando el movimiento Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868. Naturalmente, el pueblo americano quería una información veraz de los sucesos que aparecían falseados

por la censura militar española, y el *New York Herald*, dándose cuenta del éxito que le representaría ofrecer una buena información, intentó hacer llegar hasta el campo de la revolución cubana un corresponsal de guerra. El primer enviado fracasó y entonces el Consejo Directivo del *New York Herald*, en el que ya O'Kelly ocupaba un cargo importante, pensó en aceptar los deseos expresados por este de ir él en persona hasta el campo de la revolución mambisa...

—Mire, ya eso me interesa mucho más. Aquí podríamos hacer aparecer la vida de un periódico de aquella época con sus maquinarias presuntuosas y en él hacer surgir una discusión sobre la imposibilidad de llegar hasta el campo de guerra cubano. Haríamos que alguien picara el amor propio del irlandés y este entonces apostara a que él llegaba y veía a Carlos Manuel de Céspedes.

—Muy bien, muy ingenioso —dije yo con cierta guataquería para halagar al hombre.

—Además —dijo Rodney, imperturbable—, será preciso fijar la época de la acción en Cuba, en los comienzos de la película. Pero eso le corresponde a usted.

(El americano me estaba dando una clase espléndida.)

—Sí, desde luego —respondí.

—Se pondrían los acontecimientos más destacados, lo que lanzó a los cubanos a la guerra y cómo se desenvolvía esta. Será preciso dar algunas pinceladas fuertes, duras, que traigan todo el horror de aquella época del olvido al recuerdo.

—Sí, estamos de acuerdo. Y aunque la película hay que hacerla preferentemente con vistas al público norteamericano, no hay que olvidar el punto de vista cubano, que es importante. (Yo, señor, hasta este momento no había descubierto que, como cubano al fin, tenía excelentes dotes de orador... Bien, sigo.) Sería muy conveniente una pequeña lección de historia...

—Sí, muy bien. El público siempre se interesa por títulos que empiecen: «Hace 70 años, cuando Edison vendía periódicos...»

—Muy bien, caramba. Usted tiene un asombroso dominio de la técnica.

—Gracias.

(¡Qué hombre más seco!)

—Pues usted verá. Pondríamos la escena del levantamiento de La Demajagua. Con esto del cine con ruidos, el sonido de la campana ayudaría poderosamente a obtener la emoción patriótica. Sería también una escena muy viva, llena de movimiento y de interés, la de la proclamación de la República Cubana en Guáimaro. Para los cubanos sería profundamente emocionante ver aparecer el rostro de Céspedes, altivo; el sereno de Agramonte, de quien dijo un compatriota de usted que era bello como el apóstol San Juan, y que podría, sin ninguna mentira, ser presentado con este título: el Bayardo cubano; el de Francisco Vicente Aguilera, al que los neoyorquinos admiraron vivo y reverenciaron muerto, y en fin, el de unas cuantas figuras más que le darían a la escena una gran vida.

—¡Oh, ya lo creo, este es un gran cuadro, amigo! Bien uniformados, con las espadas al aire y gritando, esto sería magnífico...

Yo pestañeé un poco, pero al fin se lo dije:

—Bien, es cuestión de detalle, pero los mambises no tenían uniforme... Todo era un sombrero de yarey con un ala arrogantemente levantada en la frente y en su medio una estrella. La espada tampoco era el arma que usaban, sino el machete, con el que hacían sangrientas filigranas, y si a usted le parece, en vez de gritar podríamos hacer que entonasen el *Himno Bayamés*, lo que sería conmovedor de veras.

—¡Admirable, estoy con usted en todo!

—Gracias, gracias. También podríamos recordar la crueldad indescriptible de los comienzos de aquella guerra, haciendo la escena del fusilamiento de los estudiantes, que de veras conmovió al mundo por el espanto de aquel crimen inolvidable.

—Cuénteme eso, cuéntemelo.

Y yo, enardecido por la evocación patriótica, le hice a Rodney, que escuchaba con interés, la narración de aquel tristísimo episodio que hace hervir de la cólera por el infame sacrificio. Cuando terminé, Rodney, con un admirable e instantáneo sentido de comprensión, me dijo:

—Ahí sí que podemos filmar unas escenas que estremezcan; una de esas que hacen llorar a las mujeres y respirar hondo a los hombres. Además de la efervescencia del tumulto de los voluntarios desbordados, de la figura valiente de ese capitán español... ¿Cómo usted le dice?... Capdevila, eso es, defendiendo con vehemencia a los jóvenes, entre las miradas de odio de los otros jefes, y de la misma escena impresionante del fusilamiento, con el toque desgarrador de la corneta y los secos disparos de fusilería, el episodio de ese muchacho, condenado por un falso delito cometido cuando él, visitando a su novia, estaba a cien kilómetros del lugar en que se pretendía que se había realizado, se presta para mover con éxito la sensibilidad de los grandes públicos.

—Ya lo creo que sí, y, además, tenemos aún otra cosa que hacer.

—¿Cuál?

—Dar una muestra de cómo peleaban los cubanos, sin armamentos, mal trajeados y sin tener apenas hábitos de guerra.

—¿Y cómo lo hacían?

—¡Ah! Pues muchas veces sólo, como una vez lo exigió Agramonte, ¡con la vergüenza!

—Un gran título, señor.

—Hay un episodio en la historia de Cuba, ya filmado, que nunca es viejo y que podría ser utilizado para este caso: el rescate del general Sanguily.

—Ah, sí. Yo he visto eso... Ya lo creo que se puede hacer una escena admirable.

(Y de paso, obsérvese cómo yo había ido consiguiendo que el americano me aceptara el ambiente cubano, tan

propicio al recuerdo de las gloriosas cosas olvidadas por la oscura realidad de la hora presente.)

—Bien, hecho el ambiente, usted debe poner a O'Kelly frente a la autoridad española, el capitán general Francisco de Ceballos, celebrando una entrevista. Se puede sacar partido al patriotismo de los irlandeses haciendo aparecer a O'Kelly lleno de dignidad y sereno ante la altivez y arrogancia del jefe español. ¿Qué le parece si titulamos esta escena «Un español y un irlandés como hay muchos»?

—¡Oh, eso sería un éxito! —dije yo.

—Bueno, entonces hay que acercar al héroe al escenario de la guerra, a Santiago de Cuba, donde las autoridades lo vigilan y donde finalmente logra ponerse en contacto con los simpatizadores de la revolución. Aquí se podrá intercalar alguna escena interesante de mucha fuerza cómica. Usted sabe que no hay nada que provoque tanto la risa como todo lo que fue considerado en un tiempo un gran adelanto.

—¡Ya lo creo!

—Pues mire, ¿qué le parece si ponemos la salida de un tren de aquellos que caminaban tan aprisa como un caballo cansado, que echaban más humo que un trasatlántico, partiendo de la estación de Santiago, e intentar escalar alguna loma?...

—Sí, por allá hay muchas y bravas por un camino lleno de paisajes admirables.

—Acaso sería de buen efecto hacer que la locomotora se parase y que todos los pasajeros, incluso O'Kelly, tuviesen que bajarse a empujarla...

—Muy bien, todo me parece muy bien, como usted lo hace —dije yo, y a través de la copa de cristal la sonrisa animadora de Nené seguía alentándome por el buen éxito, y mientras tanto yo seguía metiendo regalos interminables en mi vieja maleta, que crecía... que crecía...

—Habría —continuó Rodney— que inventar algo para que O'Kelly evada la vigilancia española y podamos presentarlo ya en el campo mambí en compañía de los cubanos

sublevados. Y aquí es donde es preciso darle más vida a *la film*. Usted daba poca importancia a esto. Es preciso que O'Kelly pelee al lado de los cubanos... A ver, ¿usted no me dijo que él era dibujante?

—Sí, señor.

—Pues mire qué escena podemos hacer con esto: O'Kelly se sienta a hacerle un retrato al general Céspedes para publicarlo en el *Herald*, cuando de pronto suenan unos disparos y una bala atraviesa el papel... El irlandés se indigna y carga junto con los mambises... Le podríamos poner a este cuadro, como título, «El retrato interrumpido».

El americano calló... Se estuvo un momento pensando y al fin hizo un gesto ambiguo, pero que pudiera ser de desaliento. Yo me alarmé... Entonces fue que él dijo:

—Pero, dígame, amigo: ¿cómo terminó este asunto de O'Kelly y él mismo cómo acabó?

Yo le conté todo lo que sabía de aquella vida inquieta que terminó cuando la guerra de Europa estaba en su centro.

—Se podría —dijo— hacer este final: Ya viejecito, en 1916, una aparición de él, despidiendo un contingente de irlandeses que embarcaban para las trincheras de Francia a los sonos de *It's a long way to Tippereary* y despliegue de banderas, podría resultar de un magnífico efecto marcial muy en boga hoy... Pero, vamos a ver. ¿Usted tiene registrado ese argumento?

—Ya lo creo, cómo no.

—¿Y cuánto quiere por él?

Con toda tranquilidad yo dije:

—Nada más que cien mil pesos...

Rodney se levantó despacio y burlón...

—¿Usted está loco, joven? ¡Cien mil pesos por un argumento que no tiene una gota de amor!... Sí, sólo a un loco se le ocurre hacer una película sin besos... Sólo el amor interesa al mundo... Si usted quiere cien pesos por él vaya mañana a verme... Acaso yo pueda meterle alguna historia sentimental...

Y se fue... se fue...

Allá en la soledad de mi cuarto, en el *boarding*, en la madrugada inmóvil, yo sufría con toda mi vehemencia de joven... ¡Cien pesos por mi argumento! ¡Para eso me quedo en Cuba!... Y el pensamiento de Cuba, de mi novia que me esperaba allá, donde sin duda, con lo parlanchina que es y con lo mucho que siempre espera de mí, le habría dicho mil exageraciones a las amigas burlonas y descreídas, me llenó de angustia, de una pena inmensa, de un sufrimiento cruel que me fue contando los minutos de las horas largas, que no se acababan... «¿Qué hago yo en este lugar odioso? — me dije—. Mañana me voy...» Y cuando fui a buscar mi dinero para hacer balance y ver qué podría comprarle a Nené, vi que me hacían una falta casi desesperada aquellos cien pesos del director americano... Y tuve que ir a verlo, y enseñarle los dientes como un perro, en una dura sonrisa, cuando me dio un solo billete físico con la miseria de un uno y dos ceros...

Después... mi viaje... mi regreso... mis ganas de que no me viera al llegar... de esconderme dentro de la maleta vacía, que yo había soñado con traer tan llena de regalos para ella... ¡Ella!... Ella, de blanco y maravillosa, como si estuviera fabricada de luz... Ella, que me dio un abrazo tan estrecho, tan fuerte, que parecía un hombre joven, o una mamá al hijo que llega inverosímilmente vivo de la guerra... En el camino yo le conté muy bajito mi fracaso.

—¡Bobo, si tenía que ser! ¡No ves que es la primera vez! ¡La próxima ya tú verás!...

Su optimismo imperturbable me iba ganando de nuevo, pero cuando en su casa, ante el espejo roto de la sala se puso, coqueta, el collar azul de piedras falsas que le compré por nada, y se volvió sonreída, radiante y contenta para decirme: «¡Chico, qué bonito, qué bien me queda!...» todo mi hondo dolor se me salió del alma, y para que ella no viese las dos gotas de agua en que yo pensaba que se me habían disuelto los ojos, me volví, mientras un pensamiento

de orgullo me llenaba el ser: «¡Es todo mío el corazón de esta muchacha, que vale mucho más que mil veces cien pesos!...»

¡Y pensar que yo, que tengo tanto amor en mi vida, olvidé recordar que en el mundo, para hacer algo bello, es preciso dejar el recuerdo de un beso en el perfume de una gota de amor!...

Asesinato en una casa de huéspedes

—...fkrsttppyuc... Shiiii... sh... ¡Mi madre!... sh... ii...
prá... pácata... ¡Ay, mi madre!... ¡Bestia... animal, mi
brazo!... ¡Ay, ay!... ¡Hijo de mi madre!... ¡Animal, con mi
brazo!... ¡Mal rayo te parta, bájate pa que veas qué clase
de madre es la que yo tengo!...

Desde luego que lo anterior no puede ser más que un retrato hecho por Velázquez, una fotografía onomatopéyica de un choque de guaguas en La Habana; y yo se la he puesto así, en los ojos, para que usted conozca enseguida el momento psicológico en que nació dentro de mí el más deslumbrante y trascendental de mis pensamientos: ¡cometer un asesinato!...

(Antes de continuar la lectura el lector debe saber que el que esto escribe es un asesino enamorado de su profesión y dispuesto en todo momento a repetir su crimen si las circunstancias lo exigiesen. No se trata, pues, de un simple escritor, de esos que «confeccionan» en cuentos y novelas, crímenes terribles en los que hacen correr tanta sangre, que al cabo el Amazonas resulta un ridículo arroyuelo tributario, y que, luego, cuando alguna noche descubren un indigno ratero debajo de la cama, se ponen a dar más gritos que una mujer pariendo... Esta gentuza intelectual es de la que casi siempre manda a matar las gallinas al carnicero, porque no pueden «resistir» ver eso...

Si el lector, después de lo que ha leído, no tiene escrúpulos de señorita del siglo pasado, puede seguir. Ya sabe que se trata de una narración hecha por un asesino enamorado de su profesión, y que, por lo tanto, no tiene que buscar aquí filigranas literarias ni argumentos de esos tan complicados que más parecen jugadas de ajedrez... Aquí sólo hay lo que yo quiero que haya: unas reflexiones que pueden servir de estímulo al crimen, por los fueros de la libertad individual que tanta sangre costó en la Revolución francesa y tan escarnecida hoy día por la policía y las leyes. Y también mucha veracidad en todo. Lo que yo no puedo decir sin comprometer mi libertad, no lo digo. ¡Y listo! ¡Nada de preparar coartadas ni dar falsos informes!

Si alguno de esos individuos que gustan de decir las cosas por la espalda piensa que yo no soy más que un cínico, yo le diré que el civismo del cinismo es una virtud mucho más meritoria y noble que la del cinismo del civismo falso, tan explotada por muchos de los «grandes hombres» que ha padecido y padece el mundo...

El que quiera que lea, que ya se acabó el paréntesis.)

¿Usted nunca ha cometido un asesinato? Yo, honradamente, le confieso que después de «haber perpetrado un crimen», como dicen las crónicas policiacas de los periódicos, lamento de veras no haberme iniciado antes, haber desperdiciado tantos años floridos en experimentos sentimentales sin trascendencia...

Usted verá cuánta ventaja hay en hacer el aprendizaje del crimen.

Yo voy a darle cierta enunciación didáctica para que le sea más fácil comprender los puntos principales.

Ventajas de ser asesino

El asesino en la familia

Es asunto indiscutible por no sé qué ciencia, que el hombre anhela sobre todas las cosas la conquista absoluta del poder

en cualquiera o en todas sus fases. Esto quiere decir, traducido al lenguaje del vulgo, que él desea, de todas maneras, convertirse en el pez grande del refrán... La lucha por esta conquista comienza, individualmente, en la infancia. Yo, alumno del tercer grado, le doy a los chiquitos del primero y del segundo; y mi hermano mayor, alumno del quinto, me da a mí.

Pero socialmente la batalla da comienzo en el seno de la familia. Aquí es donde un carácter templado en el asesinato se impone. En efecto, no existe hogar más tranquilo y feliz que el mío desde que soy asesino. Aparte de las ventajas materiales que me reportó el crimen (¡si hasta duermo mejor!...), mi mujer y sus ayudantes (suegra, hermanos, primos, etc.) sienten desde aquel día, sobre sí, una doble presión que los humilla a su verdadero estado de siervos. Se sienten cómplices, obligados por el silencio, y al mismo tiempo, profundamente temerosos de una agresión sanguinaria. Mi mujer, por ejemplo, valga el caso, antes de ser yo criminal, cada vez que le negaba algo, se ponía a dar unas pataditas nerviosas que me afilaban los nervios como lápices... Ahora... ahora no le falta nunca un botón al calzoncillo... ¿Y qué decir de la suegra? No se atreve a acusarme, porque tendría que cargar con la hija de nuevo... pero no me hace ya ni una chispa cuando habla, por temor a que, por la noche, cuando todos duermen, haga con ellos lo que con el sobrino de doña Fela... Pero... ¿y los hermanos? Hombres de seis pies con perfectas voces de vicetiples nunca más me han dirigido la palabra... ¡Y cuidado, que antes me ponían unas voces de trueno que daban ganas de abrir el paraguas!...

El asesino en la sociedad

La sociedad, por ser un cuerpo de engranaje mucho más complicado que el de la familia, exige a sus triunfadores eminentes cualidades que no siempre aparecen perfiladas por la mano generosa de la naturaleza... (Antes de seguir, como usted lo notará, yo debo confesarle que esta parte me

la ha hecho un amigo mío que es medio literato... Por eso está así con tantas palabritas...) Y aquí del asesinato como profunda escuela para el perfeccionamiento de los atributos del carácter. El hombre que ha cometido un crimen adquiere hasta su máximo la facultad del dominio propio. Como en cada ser aprende a sospechar un investigador de su delito, acaba por independizarse del mundo y formar él uno propio regido por sí mismo. Este constituirse en un sistema solar autóctono lo libra de los mil imperativos con que agobia al hombre la estupidez social y la ñoña sensiblería burguesa propicia al escándalo llorón a cada pequeña desgracia casera...

Y esta independencia de su ser sensitivo es lo que mayormente lo capacita para trepar en la vida. Si el asesino, a más del placer puro del crimen, sabe sacar provecho de su acto, he ahí la fórmula del hombre preparado para merecer los más altos favores del poder y de la fama... Ya sé que saltan a la boca un puñado de nombres, antiguos y actuales... Pero basta con citar un nombre de todos conocido... (Aquí me dan ganas de hacer una encuesta a los lectores, para ver qué nombre pongo, como hacen los periódicos; pero ante la dificultad, desisto.) Pondremos a Napoleón, cumbre del asesinato, genio del crimen, que supo, inmune a las minucias del escrúpulo, deshacerse de quien le estorbó, lo mismo en la vida pública que en la privada...

Pero, ¡ah, caramba! Mi entusiasmo al explicar los beneficios de la profesión me habían hecho olvidar mi propio caso. Y realmente, para el hombre que no está acostumbrado a «estas cosas de gabinete», lo mejor es poner un ejemplo. Así resulta más fácil dar a conocer las ventajas del método empleado.

En primer lugar, hay que decir algún día, de una vez para siempre, que los crímenes no reconocen más que una causa: el odio. Odio a la vida de otro, a su amor, a su

propiedad, a su gloria... el mismo suicidio no es más que un odio a sí mismo.

Sí. Está probado. El odio es el único móvil del crimen, y el mío no iba a ser una excepción. Yo también maté por odio; por un odio que fue creciendo sin cesar, hasta convertirse en una pasión funesta y cegadora que llegaba a manifestarse aun en contra de las conveniencias sociales y que hizo germinar en mi mente, inédita para el delito, las más extrañas imágenes... Pero fue preciso que el choque de guaguas de que hablé al principio, y que por no sé qué ocultos senderos me llevó al pensamiento del crimen, pusiera un poco de orden en mis intenciones y me obligara a trazar un plan vengador. Porque cometer un asesinato y hacer un edificio viene a ser lo mismo: se hace primero el plano y luego lo demás.

El crimen realmente sólo tiene dos fases difíciles y graves: el acto mismo en sí y la ocultación del delito.

Yo, como es natural, sólo pienso dar algunos detalles de cómo cometí el asesinato y algunas señas generales y vagas, aunque verdaderas, porque si las doy todas la policía es capaz de dar conmigo...

En una cama llena de chinches, dentro de un cuarto de película pobre, en la azotea de la casa de doña Fela, vivíamos mi mujer, mi perro y yo.

Doña Fela tenía «un sobrino»... Debo confesar que era joven y de bella presencia. Su pelo, negrísimo, era citado con una frecuencia irritante, lo mismo que sus gracias y sus conquistas... En realidad no era sobrino de doña Fela, la dueña de la casa de inquilinos donde vivíamos, pero creo que su mismo hijo, molesto por la preferencia que se le concedía en la casa, y especialmente en la comida, le dijo un día, casi violento:

—¡Caramba, mamá. Ni que fuera su sobrino!...

Y se quedó ya con el apodo, aunque se comprendía que para él era mucho más agradable que lo llamaran por su

nombre sonoro que yo no puedo dar aquí, para no comprometerme...

El mismo día que nos mudamos para aquella maldita casa cobré por él uno de esos odios instintivos que nunca fallan... Mi *fox terrier*, con esa armonía con que siempre hemos llevado nuestras opiniones, pronto se alió a mi inquina y se llegó a manifestar tan violentamente contra el insoportable inquilino que tuve que encerrarlo. A mi mujer, en cambio, aunque no se atrevía a decírmelo, se adivinaba que le caía bien aquel buen mozo...

¿Se concibe que un hombre violento pueda vivir al lado de un ser al que odia? Pues yo estaba haciendo aquella vida, entre los: «¡Chico, no seas exagerado!» y los gruñidos restauradores de *Bob*.

Un día *Bob* pudo escaparse del cuarto, bajó la escalera y en el corredor estrecho se le fue encima... El corrió cobardemente huyéndole al perro y al verse alcanzado se defendió chillando y manoteando como si fuera un gato... Aquel día hizo el ridículo ante todos los vecinos, y aunque tuve que amarrar a mi perro en el cuarto, me sentí satisfecho hasta el fondo...

Pero esto se acaba pronto. Yo me irrito todavía pensando en aquello. Se acabó... Se acabó...

Una noche, cuando todos dormían, yo entré de puntillas en su habitación, con el hacha de la cocina en la mano... Estaba tranquilo... dormía bien... respiraba a compás... no había ruido, en la madrugada de la casa... y yo le descargué el hacha con fiereza antigua y hambrienta de la sangre... Hizo un movimiento ágil con la cintura, pero se quedó... *Bob* le saltó encima y le clavó con furia los dientes y se puso a mover la cabeza como la hélice de un vapor... yo todavía lo aparté un poco y le di otro hachazo en la cabeza destrozada... Cuando uno empieza ya todo es como el agua de la catarata, que se derrumba sin remedio... Al acabar sólo tuve este reproche en mi conciencia: Ya mi mujer más nunca lo mirará con esa zalamería hipócrita y prometedora...

Eso fue todo, y me sentí tranquilo... En realidad *Bob* fue más cruel que yo...

Pero, ¿cómo ocultarlo? ¡Ah, amigo! Esta es la parte difícil. Por mi parte sólo puedo decirle que, a pesar de todas sus pesquisas, doña Fela más nunca supo a dónde había ido a parar «su sobrino»... Ella misma, bien envuelto, picado en pedazos, lo transportó, sin saberlo, en el latón grande de la basura que recogen todas las mañanas a la puerta... Fue cuestión de un par de días... y cuando yo vi, con mis propios ojos, que todo había terminado, pude dormir tranquilo y soltar a *Bob*... ¡Ya no aullará más nunca a la puerta de mi cuarto en las noches de frío!

A fojas 72

El misterio de un muerto que nunca estuvo vivo

¿Se puede matar a un hombre que después de muerto su nombre no aparece entre la lista de los vivos? ¿Un hombre a quien nadie jamás conoció; a quien nadie jamás vio; de quien nadie jamás oyó hablar; un muerto que no reclamaba desde la tumba, con las mil voces del recuerdo, como hacen todos los seres difuntos, el lugar que dejó vacío en la vida? ¿Se puede matar a un muerto; a quien nunca dijo, vivo: «¡soy!»? Este es el problema. Si yo fuera rico haría como los periódicos en los crímenes sensacionales: «¡\$500.00 a quien descubra el enigma!...»

El que trabaja en la máquina de escribir de un bufete se parece a un arriero de mulas por las lomas de Oriente... Todo el día un sonido monótono... en vez de subir y bajar las montañas, subir y bajar el papel por el rodillo... en vez del horizonte de la cima de las cuevas, el límite descansador de cada: «Por tanto, a la Sala suplico...» en vez del final de los pueblos, el horizonte de las cinco de la tarde... Todo el día un sonido monótono... en vez del campanilleo del arria, el triquitriqui, triquitriqui del tecleo... Igual que un arriero un empleado de bufete...

Pero a veces sucede algo como esto. Se encuentra uno la copia de unos autos interesantes incoados hace años por doble asesinato. Tan interesante me pareció la lectura, que al final pensé que algún día yo acaso pudiera darle forma de un cuento de esos que asustan. Pero no he podido y todo lo pongo como fue, que fue así:

El prólogo es este: una mañana, los niños de la escuela, escondida entre árboles grandes como sombras, al llegar a la

misma se encontraron al maestro sentado en su mesa, mirando fijamente un cuaderno, como si en él hubiese un tremendo problema de multiplicar por cuatro cifras. Los pupitres estaban desbandados, como si durante toda la noche sólo hubiese habido en el aula un recreo de fin de curso, cuando van a empezar las vacaciones.

No se sabe por qué el maestro no contestó los buenos días, pero en cambio, cuando comenzaron los muchachos a moverse, levantó la cabeza y con los ojos feos, grandes, amarillos, o tal vez rojos, igual que la yema de un huevo de gallina, dijo, salpicando la saliva y con terrible voz, que no había clase porque no le daba la gana de darla; y que se fueran pronto o los mataba a todos...

Tal vez «un poco» temerosos por la expresión del maestro, pero sin duda «indignados» por la noticia de que no había clase, porque el maestro no quería, como si el maestro también pudiera «comerse las guásimas» como cualquiera de ellos, salieron los niños de la escuela un poco más que aprisa yéndose para sus casas, y por el camino, como hormiguitas que salen de la cueva, avisaron a los que iban para ella, que se volvieran porque el maestro los iba a matar a todos. En sus casas, como es natural, también lo dijeron; los papás se indignaron y alguno, descendiente de Hernán Cortés, se dispuso para ir a pedir explicaciones por esa actitud tan fuera de lugar.

Pero no hizo falta... Allá se fue el alcalde, y el maestro, hasta entonces modelo de hombre pacífico, lo recibió peor que a los niños y no tuvo otro camino que coger pronto el del pueblo con un paso gimnástico que realmente no era el que requería su dignidad...

En cuanto el señor alcalde se sintió fuera de la zona de influencia de la escuela, se indignó y se fue al cuartel de la Guardia Rural contando lo ocurrido. En el acto salieron para allá tres caballos, un sargento, dos soldados y el alcalde, para prender al maestro.

Pero no hizo falta. Antes de llegar vieron venir por el camino al hombre, todo doblado, caminando trabajosamente.

Tenía en la mano un martillo. Lo rodearon y se paró.
Entre la muralla de los caballos distinguió al sargento y alargándole el martillo le dijo:

—¡Con este fue!

El maestro se sonrió un poquito y el alcalde se estremeció otro poco...

Entonces el sargento, comprendiéndolo todo, puso esposas en las muñecas del maestro.

En toda la casa ni en sus alrededores se pudo encontrar el cadáver de la mujer. Sólo pudo verse un charco de sangre en la puerta que daba al patio, y otro en el cuarto.

Estos dos charcos, el martillo, los ojos del maestro y su risita eran los únicos elementos de que disponía el sargento y más tarde fueron todos los que tuvo el Juez Instructor para formar el sumario.

Las declaraciones de los testigos eran todas iguales: la maestra era una mujer muy bonita, joven, quería mucho a los niños y nadie le conocía nada malo. Era muy buena maestra.

El maestro... tampoco era malo, pero se dormía en la clase por las mañanas...

Nadie sabía mucho de ellos. Cuando se creó aquella escuela rural, ellos se hicieron cargo de la misma. Resultó que sólo cobraban un sueldo, pero los dos daban clase. No eran gente del campo. A la joven le regalaban gallinas y no se las comía y las dejaba para criar. Parece que le daba pena matarlas. No se sabía quiénes eran sus amigos.

Todo el sumario aparecía, como se ve, monótono y cansado.

A fojas 72 variaba la cosa y decía así, poco más o menos:

«Señor Juez Instructor: Señor: Estoy encarcelado. Bueno, ¿y qué? Antes estaba en libertad... Yo no soy asesino, es decir, sí lo soy, aunque no, porque el que mata a una cochina y a un cochino no es asesino. ¿No es así?... Está claro... Usted tiene cara de ser hombre bueno e inteligente. Hasta

ahora nadie ha podido averiguar nada, y es muy difícil que nadie lo averigüe. ¡Nadie puede decir nada! ¡Y ay del que encuentre la clave! ¡Me da pena, el pobre!... Señor Juez, yo hasta ayer no supe por qué me dormía tan temprano y tan profundamente. Ayer, a los diez días del suceso, he caído en cuenta. Y sin embargo, está claro. Mi mujer me dormía. ¡Qué cochina, señor Juez! Me dormía, para irse con otro... ¡Qué puerca!... ¡Y con cara de santa!... ¡Qué puerca!... ¡Yo no sé, no me lo explico!... ¡Porque yo, caramba... no me lo explico por qué!... Pero eso no es lo asqueroso... ¿esto no es asqueroso, señor Juez?... Bueno, no será asqueroso... pero lo que sí es asqueroso es que él era... ¡No!... ¿Y a usted qué le interesa, canalla?... No, usted no... Canalla, él... ¡Pero cómo un hombre y una mujer, digo, dos puercos, llegan hasta ahí!... Yo soy hombre... hombre... es inverosímil... Bueno, ella y él... Dos asquerosos... sí, señor... Dos asquerosos... dos asquerosos... dos cochinos... Pero, óigame. Esto es simpático: ¡Los maté a martillazos!... ¡Qué ruido más delicioso!... ¡Eso era música!... ¿Usted no me oyó aquella noche?... ¡Qué Caruso ni Sarasate, ni nadie!... Yo sí que soy músico... Daba un martillazo en el cráneo de él y sonaba... qué sé yo... un ruido nuevo... luego daba en un seno de ella y hacía juego con el ruido de él. Fue un gran concierto. Los aplasté por todos lados... ¡Cochinos!... Fue un gran concierto... Óigame: tenían los sesos grises, y el corazón medio gris también... ¿No se lo dije? Como la piel de los cochinos... Pero yo me di gusto... Toda la noche estuve dando martillazos... Era un buen martillo... Con él armé nuestras camas... y la de ellos... Era un buen martillo, sí, señor... Un poco rabioso... creo que se ensañó... Bueno, es disculpable... ¿Y qué le parece?... ¿Mi mujer desde cuándo era tan puerca?... ¡No lo sé!... pero me di gusto con el martillo...

»Fue una casualidad... O ella me dio poco narcótico, o el viento de la noche era algo frío, lo cierto es que me desperté a la mitad... No me desperté de pronto... Sentía en el cuarto

de la puerca unos ruidos lejanos que se aproximaban despacio... Después comprendí que eran besos, risitas cortadas, suspiros, cosquilleos, pellizcos, mordidas... y yo todavía no podía levantarme ni creía nada... ¡Qué sabio! Sí..., el verdadero sabio no sabe nada porque lo ignora todo... ¡Todo!... Y de instantáneo sentí llegar la luz anonadándome, sorprendiéndome, asombrándome, como si Dios lanzase al sol desde la medianoche al mediodía... Óigame, ¿su mujer no le engañará?... Tenga cuidado, a lo mejor ya es tarde... ¡Pobrecito!...

»Bueno, pues me levanté sin hacer ruido... Es decir... quise no hacerlo, pero cuando ya estaba casi en pie, sonó un beso igual que un tiro de cerca, y sentí la herida, adentro, afuera, en la cara, en toda la casa, en los años que se fueron y en los que vendrán... y se me salió el grito del dolor...

»Yo no sé lo que pasó después... Es difícil... Sentí como que giraba dentro de un remolino que se parara de pronto y volviera a comenzar... Decidí... no decidí nada... pero de pronto me di cuenta que... que él, adivinando lo escaso de mi valor, se arriesgaba a cualquier situación... Yo sentí miedo... miedo de mí, de que me viera... y huí... pero al llegar a la puerta del patio vi brillar en la escalerita el martillo... Allí nos sentábamos ella y yo después de las clases... ¡Qué puerca!... ¡Es increíble!... Yo la besaba... y le decía... y me escondí porque él, al verme huir salía a arreglar la cosa... ¡Y se reía!... Era valiente, ¿verdad?... Se reía... se reía a carcajadas nerviosas... Yo, escondido detrás de la puerta también me reía... me pegó su risa... es bueno reírse... Óigame... y cuando salió, de un martillazo le clavé toda mi felicidad en el cráneo y no se rió más... Rabiosamente seguí martilleándolo... da gusto... da gusto... da gusto, señor Juez... Luego entré de puntillas con el generoso martillo en la mano... Ella estaba... desnuda, señor Juez... (era muy bella... muy blanca...), arrodillada delante de un Cristo... La cama estaba en desorden... y le metí dentro del cráneo mi corazón un poco seco... desenterré el

martillo y desbaraté con él al Cristo... El martillo es una buena arma... Le hundí los dientes de un martillazo y quedó como una vieja muerta... Estaba fea... Canté un rato... Lloré como los artistas cómicos... Reí como los enfermos... Toda la vida cabe en una noche, señor Juez... La noche es más grande que el cráneo y desde que desbaraté el de ellos ya no se ríen. Luego, si la vida cabe en un cráneo, cabe también en la noche, que es más grande... Yo estudié lógica en el Instituto... La lógica es una mentira... los sofismas son silogismos bellos... los silogismos son sofismas feos... toda la lógica es una necesidad... no sirve más que para aprobar el bachillerato... Uno y uno son dos... luego junté los dos cadáveres en el patio, en el sitio donde él se había caído, y bailé como los indios una danza descompuesta aunque silenciosa... una danza indo-egipcia... yo la inventé... estaban horribles... ya no suspiraban... parecía que mascaban sangre... Pensé... sí pensé... y vi que tenían las rótulas sanas y se las astillé... qué ruido más curioso... parecía como que se rompían huesos... curioso... muy curioso... pensé otra vez... y entonces les partí los tobillos... eran cuatro... le di una patada a ella y se viró para besarlo... ¡Qué cínica!... Entonces me enfurecí y los aplasté por todos lados otra vez... por todos lados, por todos lados, señor Juez... Decidí ahogarlos para que acabaran de morir y fui a buscar la sábana de ellos... que tenía mis iniciales... ¡cochinos!... Ella era una puerca, pero él era un canalla... porque él era él, y a usted no le importa... Por tanto, recogí todo lo suyo y le envolví en la sábana; lo llevé hasta el río y lo lancé... el río lo llevará hasta el mar y los tiburones... Dejé pasar un rato para que él se distanciara y la envolví a ella... Era una puerca con cara de santa... Casi iba a amanecer cuando yo terminaba... Fue una noche distraída... muy distraída, sí, señor... Me lavé las manos y lavé el martillo, y me puse a repasar las libretas de los muchachos... hasta que un problema de multiplicar se me hizo imposible... 3×2 ... ¿Usted cree que mi mujer tuviera seis amantes?... ¡Yo solo maté uno!... ¡Qué

preocupación!... Aviseme si conoce algún otro... Ella sí sabía mucha aritmética... Bueno, me aturdió este problema de multiplicar y los niños me sorprendieron tratando de resolverlo... pero los boté... no tenía ganas de dar clase... yo creo que merecía unas vacaciones... Óigame: mi mujer está en el cielo... yo también iré allá y estaremos solos, porque él no irá al cielo, porque los canallas son los únicos que no van a él...

»Yo estoy tranquilo, pero si usted da a conocer esta carta cumplo mi amenaza...

»Ya nos veremos... espero salir absuelto... No se me puede probar nada... Muchas gracias, señor Juez... De usted atentamente.» (Hay una firma.)

Nota: Aquí termina la carta que empezó a fojas 72. A fojas 70 y 71 hay una comunicación del alcaide y otra del médico. La de este dice que el procesado ha muerto por fractura del cráneo. En la del alcaide se consigna que como a las doce de la noche el preso, después de haber estado escribiendo mucho rato, había empezado a reírse como empiezan los perros a aullar y que lanzaba unas carcajadas que espantaban al escolta que huyó hasta el extremo del pasadizo. El hombre dice que unas veces sonaban como las voces con que responden los pozos y otras estridentes y cortadas, como un pitico de globo de muchacho. Finalmente llamó tres o cuatro veces a su mujer y se dio un golpe tremendo contra la pared... El escolta, hasta la primera luz del día no quiso volver a pasar por allí... En un estandarte rojo descansaba el preso y con las uñas desesperadas el muerto escarbaba tranquilamente el piso...

Otra Nota: ¿Quién sería el canalla? ¿Existió de verdad, o el asesino fue sólo un loco atacado de repente? ¿Si el muerto estuvo vivo alguna vez, por qué nadie lo reclamó? ¿Alguien tendría interés en ocultar tras la muerte su nombre? ¿Sería más vil el muerto que el matador? ¿Sería...?... ¡Hay

tanta cosa monstruosa en el mundo!... ¿Verdad que se presta todo esto a un cuento?

Otra nota más: En la carta del suicida al Juez Instructor hay una posdata que dice: «Le regalo el martillo; es un arma útil.» Vale.

El viento sobre las tumbas

(*)

Paderewski, con la bella cabeza estremecida, inexorable como el destino, acababa de hacer desfilar bajo sus dedos geniales toda la lúgubre belleza de la *Marcha fúnebre*, inmortal por sublime paradoja; y ahora, a la vehemencia ardiente de sus manos, la tétrica hermosura del piano semejaba el regio catafalco de un alma prisionera en el mundo, y el huracán de notas que arrancaba al instrumento adolorido hacían parecer, como si el marfil uniforme del teclado fuese un triste osario en orden de seres abandonados del recuerdo, sobre el que pasara a ráfagas el viento tempestuoso de la noche...

Mi pobre corazón, roto de angustia, allá, en lo alto del teatro, sufría el dolor de una pena que no tiene nombre... Acaso por la memoria de un ser a quien yo amé, hace ya siglos... Quizás por el presentimiento de un pesar que agobiará mi muerte luego, bajo la eterna tierra en flor...

¡El viento sobre las tumbas! Pasó... pasó sobre mi espíritu, y como una hélice gigantesca hundió sus aspas en las aguas quietas de los dormidos recuerdos para impulsar la nave de mis pensamientos por los senderos del pesar... ¡Por qué habrá tanto desgarramiento en el mundo!... ¡Por qué, aunque el corazón sea joven y el cuerpo alegre, el alma siempre ha de guardar tanto dolor en su fondo hondo de mar!... ¡Chopin... Padre de la angustia inexpresable!...

* Chopin. *Sonata No. 2*. Tiempo final.

¡El viento sobre las tumbas!... Pasó... pasó sobre mi espíritu y me puso quince años atrás, en el escenario de aquella noche que merodea siempre por la tarde gris de mi cerebro, enfermo y triste...

Toda aquella noche pareció como si fuera un cuento escrito por alguien. Fue así:

La llama amarilla-rojo-negra del candil ondeaba como un gallardete de playa y hacía un dibujo en vaivén, de círculos de luz sobre el piso de sombras. El viento negro de la noche apretaba con furia el caserón y se metía silbando por las rendijas, tejiendo hilos de frío adentro, en la habitación hueca y enorme... La lluvia apedreaba con rabia el techo de cinc y de pronto partía a un galope frenético sobre las planchas trepidadoras, a pelotones cerrados y delirantes... Sultán, suelto e irritado, ladraba incansable, y su voz, profunda y temible, se perdía como un hombre entre la multitud de cóleras del cielo... El dios Huracán destrozaba el monte con su loco torbellino, y los árboles, desgarrados por la tempestad, unían el millar de sus quejas al inmenso lamento de la noche atormentada... Sultán dio una voz de bronce a la puerta y al mismo tiempo un golpe tremendo nos conmovió a todos, mientras el perro huía entre alaridos de dolor...

—Eso ha sido una rama gruesa de árbol que le ha dado a Sultán —dijo el señor viejo—. Deberíamos entrarlo —continuó...

El perro vino otra vez a aullar de cerca, débilmente, pero de súbito su grito se partió, y no dijo nada más entre los silbidos rabiosos de la tormenta... El señor nos miró a los tres esperando, y yo comprendí... Todos se pusieron a la puerta para cerrarla en seguida al viento furioso, que a pesar de todo metió un zarpazo apagando el candil y estremeciendo el techo... Yo estuve solo entonces en aquel mar de la noche, llena por el oleaje del viento negro y bravo...

—¡Sultán! ¡Sultán!...

Mi voz, como yo, se puso borracha en la ráfaga, e iba de mí a los árboles y volvía de los árboles a mí, pero Sultán no contestaba... En un traspie caí sobre su cuerpo... Una plancha de cinc arrancada lo había decapitado horriblemente y la lluvia y las rachas del vendaval arrastraban de lado a lado la hermosa cabeza del perro, llena de sangre y de fango... Yo la recogí del suelo y antes de llegar al secadero, las olas del soplo furioso apartaron de mí las ramas en remolino descuajadas de los árboles y los locos bandazos de una plancha de cinc, que me zumbó de cerca como una peligrosa avispa inmensa...

¡El ciclón en las montañas, en lo alto del mundo! ¡Qué rabia del viento y de la lluvia, que parecía un ser vivo y desesperado que en vano tratara de huir sobre el monte!... ¡Yo, temblando de frío, anestesiado ya contra el espanto, chorreando agua como un aguacero!... ¡Y la cabeza en sangre de Sultán sobre la mesita, bajo la llama en fuga del candil, mirando impasible toda la vida atemorizada del contorno desde las ventanas tranquilas de sus ojos de muerto!...

¿Y para ver todo eso había ido yo al campo a serenarme, a meter en mi espíritu enfermo un poco del alma despreocupada y feliz de la vida de veras? No. (Y yo ya monologaba, aislado de la noche y la tormenta.)

Para convalecer de una precoz enfermedad de mis nervios asustados; para que mi palidez no asustara más a mamá, yo había ido a pasar un tiempo al campo, sobre los caballos, entre los árboles, en las montañas, con el aire puro...

Era una finca sobre las lomas, como a unas dos leguas de La Maya. Era de los García, y yo iba a estar con ellos, con Constantino y Nicolás, mis dos compañeros de colegio,

que gozaban también las vacaciones de junio. (Eran dos muchachos que un día llegaron hasta mi estatura, al siguiente me miraron desde lo alto, bajando los párpados, y al otro, inclinando bastante la cabeza... Tal vez hoy sean ya como las palmas reales...)

A lo lejos, al frente, en el roto horizonte, ponía un punto y aparte el supuesto aerolito que corona la mole gigantesca negra-azul-verde-gris de la Gran Piedra. Y, hasta el confín, todo el rico valle de Guantánamo a los pies de las lomas, con fragancia de cafetales y plantaciones de cacao. Aún entonces en el valle no había más que lagunas de caña. Hoy es todo un mar, verde y ondulante, que suena, que se lamenta como una inmensa canción de guajiro desilusionado... Y caminos ásperos para las bestias, y caguairanes inmovibles, majaguas numerosas, yagrumas llenas de rumores en el monte fresco y amable, pleno de canciones de pájaros innumerables (eran para mí estrellitas fugaces, rojas, azules, verdes, amarillas...) y cocoteros, muchas clases de mangos, caimitos, nísperos, zapotes, mameyes, melones... y leche de vaca, espumosa y tibia, y paseo en carreta el domingo para comer machito asado en pincho... y alegres ladridos de Chiquitica; voces broncas, repetidas por los ecos, de Sultán, enorme y encadenado... Sol violento y agua a torrentes... ¡La vida!...

Por la noche, en las hamacas, dormíamos en un rincón de la casa que servía para extender el café en la recogida...

Dormíamos lejos de la casa de familia, y como acabamos los tres de entrar en la juventud, a todos nos gustaba presumir de haber sido protagonistas en alguna historia del amor perverso... del que no es amor... Pero Constantino leía tanto, que era invencible...

Aquella noche era distinto. Con nosotros estaba en el secadero (yo no me acuerdo ya si aquello era un secadero o qué... bueno, no importa) el mismo señor viejo que con la

mirada me dijo que fuese a buscar el perro. Había llegado a la finca casi de noche, con el ciclón ya encima, cruzando el río, estrecho ya y precipitado, y ladrando igual que un perro enorme... Era un señor muy estimado en la casa, que tenía sana y limpia la dentadura y blanca como la barba. Era un viejo señor de Santiago, de estos hombres de edad que saben muchas cosas; que cuando cuentan cosas antiguas a los jóvenes les parece que a ellos les va a ocurrir lo mismo en el futuro; que son fuertes y amables y que prefieren siempre la compañía joven de los muchachos alegres... ¡Yo quisiera ser así si llegara a ser viejo!...

¿Cuánto tiempo estuve yo así, callado, evocando cosas lejanas a la noche interminable y terrible? Yo no lo sé... Sólo recuerdo la voz de la tormenta... ¡Quisiera encontrar palabras que soplaran, que silbaran, que descuajaran las letras y las rompiesen en pedazos, para poder decir cómo fue todo aquello!...

Después que yo salí de mi inexplicable tristeza en la evocación de tanto panorama limpio y alegre, todo aquella noche siguió pareciendo como un cuento escrito por alguien...

Al ver la cabeza inmóvil de Sultán, tan pronto a la luz como a la penumbra, y al recordar los pases de torero que me dio la plancha de cinc, yo tuve un pensamiento estremecedor... Y lo dije en voz alta y como preguntando: «¿Si en vez de traer yo la cabeza del perro en la mano, hubiera entrado por la puerta Sultán con mi cabeza en la boca?...» Algo pondría yo en la voz de misterioso, de triste, cuando nadie se rió... En ese momento fue que me di cuenta de que el ciclón estaba pasando... Ya el viento sólo gemía como un herido valiente y la lluvia se escalonaba a trechos de tiempo sobre el cinc... Ya empezaba a meterse en el

espíritu el alma de desolación que sigue a los grandes desastres... Mi imaginación desesperada empezó a ver en cada árbol desgajado un esqueleto en pie, inservible ya al refugio de tanto pájaro huérfano... La idea de la muerte me hizo recordar a Sultán, y me atormentó la imagen de su cuerpo mutilado y muerto, la inclemencia del tiempo, del viento sobre su cadáver, pasando como adioses... Y todo lo dije con una profunda tristeza...

Entonces fue que el señor hizo la historia inolvidable... Entonces, cuando el viento comenzó a quejarse en vez de rabiarse... cuando pedía con angustia un abrigo, colándose medroso por las rendijas para esconderse en el hueco de un rincón...

Yo lo recuerdo. No se me olvida. Así empezó:

—¡Muchacho, lo que has dicho! Yo también siento algo extraño ahora. ¡Pero tú estás enfermo! Vas a parar en loco o en literato, como mi hijo, que no sé cuál de las dos cosas es, o si es las dos a un tiempo. ¡El viento triste sobre el cadáver del perro!... ¡El viento sobre los muertos, sobre las tumbas, pasando por los cementerios!... De veras, es algo confuso el pensar cómo habrá sido el ciclón pasando sobre el cementerio... ¡Qué voces más raras entre los sauces y las cruces y las alas de mármol de los ángeles!... No creas, se le ocurren cosas raras y tremendas a los hombres como tú, pero en el mundo también pasan sucesos espantosos...

Lo fue diciendo todo, así, extrañado al principio, lento después, y acabó con un tono de tristeza rencorosa, como si hablase él mismo con algún recuerdo a distancia... Pero no hubo que hacerle otra pregunta que la de nuestro silencio absoluto.

—¡Hay en el mundo hombres tan viles, que no tienen perdón! Lo que yo les voy a contar es una historia de tiempos atrás, del siglo pasado, cuando el cólera pasó su mano verde-amarilla y pegajosa sobre Santiago de Cuba. Me parece que el cementerio aún estaba allá, por el Campo de Marte, detrás de lo que ahora es la Escuela Normal. En

aquella época oscura la gente imaginaba que un sepulturero era algo parecido a un verdugo, de lóbrego y funesto, y en cuyos labios acaso era blasfemia cualquier canción de alegría. Aquel ser, que vivía al lado de los muertos, se pensaba que tenía también algo de muerto, y por tanto, de terrible... La gente le tenía tanto miedo como si fuera un muerto con vida... y como vivía en el cementerio, se contaba de él que por las noches paseaba por entre las tumbas, pisando los fuegos fatuos y hablando con los espectros... De él se ha conservado el recuerdo gracias al odio engendrado en la leyenda. Fue, según parece, un ser físicamente asqueroso, de espalda montañosa y pecho en quilla de barco. Pequeño. Sucio. Con los brazos colgando. Tuerto. Y era borracho además...

Realmente, echando el recuerdo hacia atrás, no se explica uno bien cómo la humanidad vive y aumenta. Santiago, primero, tuvo las invasiones de los piratas y corsarios, que mataban, robaban, violaban y se despedían con el incendio y la degollación. Terremotos luego, y ¡la peste!... ¡El cólera, el vómito negro, la viruela... que dejaban vacías las casas como una calavera hueca ya y podrida... Y sin embargo, Santiago crece en el mismo lugar, y está joven y tiene una vida viva... ¡Pero, el cólera!... Mi memoria alcanza hasta el espanto de una de las últimas invasiones... Se cuenta que en la época en que sucedió esto morir se era una cosa tremenda y violenta; un desgarramiento agónico, un destrozarse las tripas como si ellas mismas lucharan; un remolino de dolor y de rendimiento que todo era nada más que cuestión de unas horas llenas de sangre y de pus vomitado... Así cargaban a la gente y las enterraban pronto, sin ceremonias religiosas muchas veces, para evitar el contagio. El pánico se sobreponía al dolor familiar, porque cuando entraba en una casa difícilmente se iba la peste sin dejarla vacía. Por eso, apenas el espasmo de la agonía estremeciendo el cuerpo enfermo denotaba la muerte, se sacaba primero el cadáver y luego se lloraba un poco y se

baldeaba la casa, se hacían humos y se rezaba a la Virgen del Cobre... Años después se vio que mucha gente fue enterrada viva. Hubo hombre fuerte y mujer sana, que después del ataque tuvo fuerza para reaccionar y se encontró ya, espantado, bajo la tierra, vestido de ataúd... ¡Qué cosa terrible! Y sin embargo, fue verdad muchas veces, porque al desenterrar muchos cadáveres, cuando pasó la peste y se quiso, por el que pudo, dar mejor sepultura a sus muertos, a más de uno se encontró con el gesto en convulsión inenarrable, vencido por la asfixia, dentro del mundo negro de la caja sepulta...

Esta historia, en realidad, fue un caso de estos y me la ha recordado este muchacho —y señaló para mí, callado— con su evocación del viento pasando sobre las tumbas del cementerio. Sólo que esto fue mucho más terrible. Se cuenta que uno de los días que llevaron a enterrar más cadáveres, ya al atardecer, trajeron en un carro blanco un ataúd lujoso y blanco también. Lo dejaron, le dieron dos monedas de oro y se fue llorando y aprisa la gente... Aunque había contratado a varios peones para abrir los huecos, ya era muy tarde y estaba cansado, y, además, aquella caja era para un nicho, según la instrucción recibida.

Aquel hombre, según se decía inmune por el ron a la peste, robaba a los muertos. Cuando se fueron todos, medio borracho, levantó la tapa y se encontró con la cara de una linda muchacha. A pesar de la palidez de la muerte y de la angustia dolorosa de la enfermedad, en el ataúd blanco, vestida de rosa, era aún una bella muchacha que dormía. Un pequeño crucifijo de plata le habían puesto en las manos sobre el pecho y un collar de esmeraldas en oro le daba vuelta al cuello y se metía por el busto. El sepulturero la miró asombrado, acercándole el farol a la cara. Luego, le quitó el crucifijo; le quitó las sortijas, cogió el collar y metió la mano en el busto tocando los senos firmes y que aún no estaban fríos... Los palpó largamente y los apretaba... Y

todo lo hizo en un desbordamiento monstruoso de lujuria de hombre repugnado por las mujeres... Cargó a la joven muerta y la violó en su cama puerca... Pensaba, «aquello» que era un hombre, que jamás una virgen muerta reclamaría su honor estrujado de tan vil y repugnante manera... Pero, a la madrugada, el cuerpo estaba tibio... respiraba débilmente... Enloquecido de miedo, espantado, le puso una venda en la boca y lo metió en el ataúd, clavando rudamente la tapa, y cuando llegaron los peones, lo encontraron ya tapiando el nicho... ¡Jamás pudieron explicarse cómo había podido llevar él solo la caja hasta allí y subirla luego!...

Pero los muertos no se van por completo del mundo, si no se van tranquilos, según dicen, y parece que es verdad. Ya aquel hombre jamás estuvo bien. No tomó más nunca, por miedo a hablar, y se volvió tan espantoso todo él como un loco que fuera asesino...

Cuando pasó la peste, aquella familia rica quiso hacer un mausoleo de mármol a la memoria de aquel ser querido... Con un temblor indomable, delante de los familiares, el sepulturero dio dos débiles golpes de mandarina en la boca del nicho... le respondió el vacío con su sorda voz y el hombre cayó convulsionado y lleno de espanto. Intranquila la gente, uno tuvo valor para romper la débil pared de ladrillos y cuando cayeron estos, dentro no había nada... nada... solo salió, como una mano tibia y suave, un lamento largo y lastimero que pasó sobre los hombres estremecidos, sobre las tumbas del cementerio, y se perdió en el aire camino del cielo...

Todo lo confesó, llorando; pero lleno de espanto, con un miedo terrible a que las cosas no hubieran sido como él las había hecho, no pudo decir por qué el cadáver no estaba allí... Tampoco nadie pudo decir por qué el sepulturero fue encontrado luego, con la cabeza aplastada,

frente a la hilera de nichos... ¡Pero hay delitos que en el mundo no tienen castigo!

Y cuando el viejo señor terminó, todos los que oímos su voz, repleta de tiempo y de un rencor siempre joven, sospechamos ya, en el silencio asustado, que aquello era algo más que una leyenda macabra...

Páginas de la alegre juventud*

Para leer con emoción, cuando llegemos a viejos

PERSONAJES:

Un *gridiron* de fútbol intercolegial.
El *eleven* invicto del Atlético.
Un grupo de graciosas muchachas normalistas.
Otro grupo, vivo, de simpatizadores del Club.
Muchas de las *reliquias* de los Tigres.

Un *touchdown*. Un *punto adicional*. Los *joyas!* Y los *¡fuácatas!* Todas las frases posibles del Club. Los fanáticos de los *stands*. El trueno de los aplausos y el tiempo, en el reloj del *timekeeper*.

Nota. Aquí no tiene que hacer nada ningún crítico con su opinión. No hace falta. Todo está escrito con un admirable sentido de la despreocupación en el estilo, como lo haría un muchacho del Club, donde «afortunadamente» no hay literatos. Y esto no es un cuento, sino varios pedazos de historia. He tratado de meter todos los personajes posibles. Si falta alguien del Atlético, hay que echarle también algo de la culpa al Loco Mañach. Si alguna formación está mala, la culpa es del Pollo. Y con respecto al *team* de la Universidad, Torriente *lamenta* no acordarse así, de pronto, de más muchachos, pero cree que citando a Guernica, que sabe dar la mano con sinceridad, lo mismo ganando que perdiendo, todos pueden sentirse honrosamente aludidos. No ha podido darle más vida en el juego al *eleven* de la Universidad, por desconocer su mecanismo interno; el hecho de que ganemos tan sensacionalmente no puede sorprender a los muchachos del uniforme rojo y blanco, porque más de una vez así sucedió de verdad. Y que sea dicho con todo el *sportmanship* de que es capaz un *tigre*. - P.T.B.

ESCENARIO:

Un poco del amor de los jóvenes.

...«Formación A-55-42-43»... «¡Signos!»... «Formación A-84-42-63»... «¡Signos!»... «Caballeros, por su madre, cállense que nos van a penalizar!»... «Formación A-77-42-27-19»... ¡Prummmmm!... «¡Buena entrada, Mañach!»... «Atlético segundo *down*, seis yardas por ganar»... «¡Signo atrás, pronto!»... Y bajo la cúpula aritmética de diez espaldas fuertes, el *quarter-back* escondió su voz con la fórmula de un end run peligroso... (Léase ahora bien bajito: «Elpidio en la línea, Mario con la bola»...)

Plaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplapl
Plaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplapl...
¡Joooyá... Joooyá... Joooyá!
¡Cachúm! ¡Cachúm!
¡Rah! ¡Rah!
¡Cachúm! ¡Cachúm!
¡Rah! ¡Rah!
¡Joooyá... Joooyá!
¡Atlético! ¡Atlético! ¡Atléticoooooo!
Plaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplapl
Plaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplaplapl

«¡No, no valió!» «¡Caballeros, no se entusiasmen que el Chino estaba agarrando ancho!»... ¡Fuíí!... ¡Fuíí!... «¡Ladrón!...» «¡Bandolerooo!»... ¡Fuíí!... ¡Fuíí!... «¡Bandidooo!...» «¡Caballeros, qué robo!»... «¡Esto nada más que le pasa al Atlético por permitir esos jueces!»... «¡Sí, hombre, también el Chino se está buscando líos!»... «¡Pero qué piernas tiene ese Mario Pelota!»... «¡Se iba, no se ocupen *deso*, que se iba!»... (¡¡¡!!!) (Estos signos representan las palabras y exclamaciones de Florimón La Villa. No se ponen aquí, porque son demasiado conocidas

y, además, todo el mundo pudo oírlas desde el *stand*... El *referee* a La Villa: —Cállate, o te boto del terreno!...

Cuando se acabó el escándalo y se reanudó el juego, apenas el *quarterback* se puso a cantar la nueva formación, el silbato del *field judge* vino a quitarle al Atlético su chance de anotar, indicando el descanso del *half*.

Grandes y cansados, poderosos y lentos, como bueyes bajo el mediodía, los once atletas del Club, con un buen grupo de duras palabras en la boca para el *lineman*, vinieron hacia el banco, en donde se enardecieron de nuevo en las violentas discusiones, mientras Prats les echaba agua por la cabeza como a los gallos de pelea...

Entonces fue que Pancho Fernández, el viejo *tigre* incansable, el hombre «que más fútbol sabe en Cuba», metió su voz llena de serenidad entre el tumulto airado de los muchachos violentos, y todo el mundo se calló:

—No hay nada perdido. Se están defendiendo muy bien. Ellos tienen seis puntos y nosotros cero, pero queda la mitad del tiempo para empatar y ganar. No nos han enseñado nada y últimamente estábamos dominando... Con un *touchdown* empatamos, y si hacemos el punto, el juego es de nosotros...

—Sí, hombre, sí —dijeron Sergio Varona y Castillito, los periodistas de corazón atlético—. El Pollo lo que tiene que hacer es barajar sus hombres más...

El *coach* Yeyo Adán, nervioso y esperanzado, decía, como en el estribillo de un son:

—¡Hay que *tacklear* y *blockear*!

Y se pasaba la mano, abierta en peine, por la cabeza sudada...

Pero no todo el mundo estaba tan animoso. El que alguna vez se haya puesto la armadura del traje de fútbol, sabe lo

que es terminar el primer *half* con anotación de seis por cero en contra. El *team* entero sabía que si los contrarios no les habían enseñado nada, ellos tampoco habían podido enseñarles nada a los contrarios. El Espiritista, con sus piernas maravillosas, en una ocasión evitó un *touchdown* franco; pero también había perdido terreno dos veces llevando la bola en los triples pases. La Foca Rodríguez y el Chino Puig habían dado muchos *tackles* detrás de la línea de *scrimmage*; Elpidio Domínguez y el Loco Mañach, a cabezazo limpio, barrenaron la línea varias veces; pero, en cambio, Mario Pelota y el Pollo Álvarez estaban corriendo sin interferencia alguna. A Mike Mazas, el Beau Brummell del Atlético, le cayó en los brazos un *forward* enemigo y antes de salir de su asombro ya estaba *tackleado*. Al Gallego Soliño había que sacarlo del juego, porque según costumbre, ya estaba con el tobillo fuera y gagueando más de la cuenta. A Angelito Álvarez, el formidable *tackle* de otros tiempos, sin aire y sin *training*, no era justo usarlo más del *quarter* que ya había estado en juego, y tampoco podía contar más con el Chino Puig, expulsado por armar bronca, ni con Betancourt, ya con el brazo roto. No está, pues, tan suave la cosa...

Y en el lado contrario se sentía la alegre efervescencia de la victoria. Los fotógrafos estaban retratando a todo el mundo. Allí estaba Guernica, el joven *center* que había sido una revelación; toda la gente de la línea, fuerte como en ningún otro año: Bolcheviqui, Viego, Sarasa, Segundo Díaz, Rivas Vázquez, Hidalgo, Maceo, Cabal... Y el *backfield*, lleno de habilidad y de espíritu, en donde se destacaba Tino Argimón, que hacía cambiar el aspecto del juego cuando entraba a cantar los números; Michelena, el ex tigre siempre peligroso; el Camagüeyano González, indescifrable en sus entradas por la línea y que poco después, por un golpe, tuvo que salir del juego acaso para siempre; Figarolilla, los

Hernández, Wilrick y Masó, el gran *pungleador*. Rodeando al grupo, en cuyo centro estaba míster Kendrigan, ampliamente sonreído en la espera de ver, ¡por fin!, cómo podía ganarle al Atlético, había algunos de los antiguos jugadores, como Ronquillo y Campuzano, otro atleta que fue del «Glorioso Anaranjado». Toda aquella gente estaba animosa y entusiasmada, y había que contar con ellos... No estaba, pues, tan suave la cosa...

En los *stands*

Ahora va a pasar sobre los *stands* la visión en recorrido de una lente cinematográfica. Sígalas el lector con interés, pues allí estaban sentados, nerviosos y llenos de dignidad, los dieciséis años en que el Club había sido campeón de Cuba... Estaban el millar de fanáticos de «joyas» y «*de banderita*», como les dice Rafael García, y que llenan la sala del Atlético, orgullosa de tanto trofeo, cada vez que se gana un campeonato más... Había hombres de edad, de los que empezaron a estudiar para fanáticos en tiempos de España, cuando se daban moñas y todas esas cosas... y muchachos de pantalón corto que se sabían de memoria los nombres de todos los jugadores del *team*... Uno, al entrar, dándose importancia delante de los amigos, me dijo:

—Torriente, déjame llevarte la cabecera para poder entrar, ¡anda!...

Y yo, como si se tratara de un escudero, lo pasé a la fuerza igual que un *touchdown*, ante la admiración de tanta mirada de chiquillo, cargada de simpatía... (¡Qué bueno es ser héroe alguna vez!...) Pero también estaban los alegres muchachos del Club, entre los que había algunos que habían interrumpido el *training*, como Pradas y el Camagüeyano Ramírez, muchos que no eran jugadores porque no querían *quemarse*, como Bernardino Rodríguez, el mejor *bloqueador* de los Tigres, y Mariano Garrido (El Perrito); y jugadores futuros, como Bebo Guerra, Titá, Italiano

Petriccione, Dosal, Kiski, el Profesor García Camero, Valdés Rodríguez, Gonzalo Hernández, Boche González, el Americano Sellard y Matusalén, y también Pepe Rodríguez Knight, Arredondo, Ramón y Luis Miguel, Masjuán, Pumariega, Telesforo, Sevilla, Gálvez, Catalina San Martín, Roselló, Iglesias, Pepe Serra, Avendaño, Foquita Rodríguez, Valiente, Níco Unanue y Filipino Nogales, emperrado siempre en correr los tres mil metros a paso de baratillero, y Miguelito Batet y Felo Fernández que habían *colgado*, entre un grupo de *tigres* viejos. Guamacaro, Calvito, Rafael García, Evelio, Viña... hablando de «cuando le ganamos a Tulane»... allá en los tiempos en que todavía el Pollo pedía el biberón... Fernando Navarro evocaba los días en que le marcaba el reloj, al finalizar los cinco mil metros, ¡dieciséis minutos!... Y Troadio Hernández, ponía como testigo a Torriente de que varias veces había pellizcado los ciento cincuenta pies con el martillo...

Pero había ya algo mucho mejor en las gradas: un grupo de lindas normalistas jóvenes, uniformadas, que llegaron al final del primer *half*.

Pepe Sierra y Pumariega tienen la palabra y se esmeran todo lo que pueden

—¡Oye, mira quiénes llegaron allí, tú —le dijo Puma a Pepe Serra—. ¡Las normalistas! ¿De dónde habrán venido, así, uniformadas, hoy domingo?

—Viejo, de algún desfile... ¡Si esas chiquitas no faltan en ninguna parte!... El Loco Torriente dice que marchan mucho mejor que el ejército...

—Torriente es un exagerado, chico.

—Ningún exagerado, Torriente sabe más de la Normal que la misma Directora. Además, compadre, que marchan con mucha gracia y son más bonitas que los soldados...

Él se pone a imitarlas en la ducha: «¡Adelaaaaanté!
Un... Dos... Un... Dos...»

—Torriente y el Pollo están *guiñaos* por dos chiquitas de esas... pero que va, viejo, eso no camina...

—Yo conozco algunas de esas: mira, es aquella rubita que habla mucho la muchacha de Torriente. Es un personaje, dice él: es recitadora, hace comedias, echa discursos... ¡qué sé yo!... Se llama Teté Casuso... La otra rubia...

—Sí viejo, ya me la sé de memoria, es Susana Arredondo, la jugadora de basket, como su hermana Berta... Veo mal al Pollo ahí... Por ese *end* no anota él...

—Bueno, mira aquella siempre seria y simpática, la de los espejuelos negros, es Sylvia Rivas; aquella que está siempre sonriéndose tiene un nombre extraño de artista... Se llama Halevy Yolanda León... ¿Qué te parece?

—¡Formidable, viejo!...

—La otra, la más alta y gruesa, es Olga del Busto... De seguro que está sentada sobre un puñado de novelas; aquella otra chiquita, que cabe en un bolsillo, es Tina Morín... Fíjate, la que está hablando con Teté Casuso, es Dalia Íñiguez, que también es recitadora y además pianista y cantante... Esther Morales es aquella muchacha... es un milagro si no se está aprendiendo alguna lección en voz alta... Y la más trigueña de todas, esa que tiene un perfil dibujado de camafeo antiguo, es Tina Pérez... Si Torriente estuviera aquí te decía el nombre de todas, pero yo ya no conozco a más ninguna... ¡Ah, no, mira! Aquella que también habla mucho es Monona Acevedo, que siempre está imitando al *Gobelnadol*...

—¡Bueno, viejo!, pero tú te has figurado que estás pasando lista en algún colegio?... ¡Yo no te he preguntado nada, chico! Estaba pensando que deberíamos decirle a esa gente que estas muchachas los están viendo jugar.

—No te ocupes, que el Pollo y Torriente se *pegan* como unos animales en cuanto lo sepan... Sobre todo el Torriente

ese, que es más romántico que no sé qué... Siempre anda con un libro... ¿Te has fijado?...

—¡Oye, viejo, es una idea fenomenal! ¡Vamos a decírselo pronto!...

Atropellando a la gente bajaron precipitados las gradas y llegaron hasta el grupo de los jugadores, tirados en el suelo y masticando hielo...

—¡Oye, Torriente!, ¿sabes quiénes están ahí? ¡Las normalistas, viejo! ¡Y parece que están contentas con el *score* en contra!...

—Y está también la chiquita esa de quien siempre estás hablando, y la rubia a quien le está fajando el Pollo...

—Vaya, caballeros —dijo alguien—, ahí tienen la oportunidad de no seguir haciendo el ridículo... Hagan ahora como en la película que vimos la otra noche: ganen el juego, y al final, ya saben... ¡Como en la película!... ¡Que no hay muchacha que se resista a dar un beso después de un *touchdown*!...

El silbato del *referee* anunció el final del descanso, y Yeyo hizo las sustituciones: Mazas, el médico, por Soliño; Pechín, por Mañach; Álvarez Morán, por Mike Mazas; Rossen por el Espiritista; Garmendía, por Rodríguez; Torriente por el Chino. Pero nadie se ponga a hacerle cosquillas, caballeros... Y que nadie hable y haga todo el mundo lo que le diga el Pollo, sin ponerse a discutir... ¡Mucho corazón y a anotar!...

Primera vez en su vida que Yeyo *botó la pelota* haciendo sustituciones...

—¡Arriba, Atlético!... ¡Corazón y lo otro!... —animaron los muchachos del banco...

Los *joyas*! estremecieron de nuevo el aire, y casi perdido, sonó el *cheer* fresco de las muchachas simpatizadoras del Club:

¡Fuácata que fuácata
 que ja, ja, ja!
 ¡Prángana que prángana
 que chau chau chau!
 ¡Fuácata que prángana
 que who are we!
 ¡We are the boys of
 the C. A. C.!
 ¡Cánibal cánibal
 sis bum bah!
 ¡Atlético! ¡Atlético!
 ¡Rah! ¡Rah! ¡Rah!

dado por Estela y Josefina Rodríguez, Dora Mazas; María Rosa, Mimi y Elsie Salmón, más atléticas que la bandera, Kila Bauzá y Victoria Torres, una pequeña muchacha animosa. Y capitaneadas todas por *Cuca*, ya nada menos que la joven señora de el Loco Mañach...

En «la yerbita»

«¡Atlético, *ready!*»... «¡*Ready!*»... «¡Cada uno a su hombre!»...

.....
 «Bola en la yarda 60. Atlético, primer *down*, diez yardas por ganar.»

«Formación A-27-11-58-67-80»... ¡Plummmmmmm!...
 «¡Buena, Pollito!»...

«Atlético, 21 *down*, siete yardas por ganar»...
 «Formación A-25-87-23-55-17-92»... «¡Cuenta hasta seis y sal enseguida, Torriente!»...

—¡*Fumble!* ¡Perdimos la bola!...
 —¡No, no, la recuperó Elpidio!...
 —¡Menos mal!
 —Oye, Mazas, viejo déjate de tanta poesía y pasa mejor!...

—¡Colócate tú bien, es lo que tienes que hacer!...
«¡Atlético, tercer *down*, quince yardas por ganar!»...
«Formación de pateo: 53-99-24-57-18»... «¡Déjala, déjala, déjala!... que es *touch back*!»...
Y así, de la yarda ochenta a la ochenta, la pelota cambiaba de *team*, y el tiempo corría «a paso de cuatrocientos metros» en la pista del reloj del *timekeeper*...

Otra vez en el Stand

—¡Caballeros, se le acabó el cuento al Atlético! ¡Alguna vez tenía que ser! ¡Ya hay que ir pensando en el año que viene!

—¡Compadre, cállese! ¡Usted siempre está de luto! ¡Hasta el último segundo estoy yo esperando ver ganar al Club! ¡Todo está en que Pelota se enrede con la bola y se va, no se ocupe deso!...

Las burlas a los viejos *tigres* inmovibles salpicaban la sartén hirviente del *stádium*, ¡y quemaban, como la manteca de las papas fritas!...

¡Pero, qué rabia que la muchacha a quien se quiere le empiece a tener lástima a uno!... Las normalistas comenzaban a decir:

—¡Los pobres, ya no ganan!...

—¡Oye, ustedes no eran a las que no les importaban el Pollo y Torriente!

A un tiempo:

—No, si no nos importan, pero nos da pena que pierdan, los pobres... después de tanto golpe como están cogiendo. ¿Tú has visto cómo se tiran?

—Chica, yo no sé cómo no se matan...

—¡Qué, si están más fuertes que un examen de junio, muchacha!...

—¡El último *quarter*!... ¡Arriba, muchachos, arriba, que ahora anotamos! —gritaban imperturbables ante las burlas, Cohete, Guanana y su hermano Luis el Gordo.

Pero se equivocó un signo y la bola se fue para atrás con la intención evidente de anotarnos por su cuenta otro *touchdown* en contra... Afortunadamente, el Loco Mañach pudo llegar hasta ella, y, viéndose *tacklead*, para evitar el *safety*, que nos marcaría dos puntos más quitándonos todo el poco *chance* que ya teníamos, y estando completamente *blockeado*, tuvo la suerte de poder patear la bola... Y aunque corta, la patada nos sacó del apuro por el momento, pues el jugador contrario más cercano a la bola, nervioso, la *fumbleó*, y Álvarez Morán cayó entonces sobre ella como un perro...

Un paréntesis: Mañach ya estaba en juego, porque Pechín pronto se fastidió una pierna y Yeyo no se quiso arriesgar a tener mucho tiempo en juego a la Yegua Juliach, un novato duro y valiente a quien el Gallego le dice Chachá... Es claro, es lo que pasa... las «estrellas» son las únicas que juegan... por eso yo el año que viene no me pongo el uniforme más nunca...

—¿Tú no viste lo que pasó con la Bomba Rodríguez, que él solo ganó un juego y lo sentaron... y con Pizarro Chiquito, y con Lago?... ¡Qué!... ¡Si esto no es más que una «piña», viejo!... Yeyo se «enamora» de un hombre y ya no lo sienta más nunca... ¿Tú no ves lo que está pasando con Pizarro?... Menos mal que se metió a boxeador, si no yo sigo sentado toda la vida..

—¡Oye, tú!, ¿y qué estás haciendo ahora?...

Todo esto ha pasado en el banco, donde están los reclutas que se pasan el año haciendo *training* para «cepillar» después *la madera como buenos*, durante todo el campeonato... Oh, yo nunca me olvido de aquel juego en que se dijo, rompiendo la tradición, y en vez de «Torriente, entra por el Chino», «...fulano entra tú»... ¡Entusiastas muchachos suplentes... los que no entran en juego, los que sufren como un fanático de las gradas, los que salen sin sudar del terreno, los que en vano piden: «Yeyo, déjeme entrar», con la esperanza orgullosa de que en alguna ocasión

las novias los vean correr sobre el terreno... Los que son unas veces víctimas de las «piñas», y otras de sus escasas libras, o de la capa densa de grasa sobre la barriga!... ¡Entusiastas muchachos suplentes!... ¡Yo les tengo a todos un recuerdo simpático, y los siento en el banco del silencio, a donde no llega la voz poco generosa de la burla!...

—¡*Time out!*, *referee* —dijo el *quarterback*...
—Pancho Fernández por Gonzalo Mazas.
—No hables, Pancho. Mazas, tírale la cabecera y sal pronto.
—Membrillo por Álvarez Morán.
—No hables, Membri...

«Bola en la línea treinta y tres. Atlético, primer *down*, diez yardas por ganar»...

«Formación M-88-71-29-87-52»... El zeppelin rotatorio de la bola cruzó el terreno y aterrizó en los brazos de Mario Pelota, quien no pudo abrirse, siendo *tackleado* enseguida. Pero la bola estaba en primer *down* otra vez, y en la yarda cincuenta y dos...

—¡Gracias a Dios que tiraron un *forward!* —gritó alguien con una voz de terremoto, desde el *stand*—... ¡Muchos *forward* con ellos, que los volvemos locos!...

—¡Cambien los palos!... ¡Atlético, primer *down* diez yardas por ganar!...

«¡Formación H-25-38-97... Signo atrás, pronto!»...

Y otra vez, bajo la cúpula aritmética de las amplias espaldas numeradas, la voz del *quarterback*, sudada, cambió la ecuación de la fórmula por la claridad de:

—¡Por el ocho, Pollo con la bola, al segundo número!...

Y el Pollo, corriendo brutalmente, usando a la perfección el *side step* y el *straight arm*, se cubrió de gloria con el manto tumultuoso del trueno de los aplausos y la ronca voz de los

¡Joooyá!... ¡Joooyá!... ¡Joooyá!
¡Cachúm Cachúm!
¡Rah Rah!
¡Cachúm Cachúm!
¡Rah Rah!
¡Joooyá... Joooyá!
¡Atlético! ¡Atlético! ¡Atlético!

—Oye, Suzzy, ¿qué te pareció eso, muchacha? ¡Todavía van a ganar! ¡Pero, qué manera más extraña de correr, chica! ¡Si iba para un lado y para otro, adelante, y atrás, como si estuviera bailando algo raro!...

¡Y todo el mundo en pie!... Mucha gente empezaba a irse, con cierta prudencia... Pepe Navarro, con su sonrisa de seguridad, decía:

—No puede ser, al Club no se le puede ganar de ninguna manera. ¡Ese Pollo es un fenómeno! ¡Y ahora mira a ver quién puede aguantar al Loco Mañach por la línea.

«¡Bola en la línea noventa!... ¡Atlético, primer down, diez yardas por ganar!»

«Signo atrás...» Entonces Pancho Fernández dijo:

—Si me dejan dirigir, gano el juego...

Todos: —¡Sí, sí!

Y el glorioso *tigre* viejo, creyendo decir algo inesperado, dijo:

—¡Mañach con la bola por detrás de Rodríguez!

¡Rammmmmm!...

—¡Qué pasa allí! ¿Se fastidió alguien?

—¡*Time out*, referee! ¡Agua, agua!

Y llegó Pratts tirando esponjas y pedazos de hielo.

—¡Mira, tú, es el quince, es Torriente el que está en el suelo!...

—¡Chica, por Dios!, ¿qué le habrá pasado?... ¡este juego es tan bruto!... ¡Chica, yo no quiero que juegue más, yo lo quiero mucho!...

—¡Eh!, ¿y eso?...

—No, chica... es que somos amigos desde muchachos...

No es por nada...

El jugador en el suelo había sentido y *visto* lo clásico: que el sol, como un bombillo gigantesco se apagó de pronto y que todo el *stádium*, junto con los gritos y aplausos, se metió de lleno en la noche silenciosa... Después, igual que con un regulador de luz, el sol se fue abriendo hasta una O mayúscula; el *stand* se fue acercando con los gritos, y los golpes en el estómago y el hielo en la cabeza empezaron a ser cosas terribles...

Y ya en pie, mareado todavía, Torriente oyó el aplauso animador, tan grato como un premio, y la voz de la Foca Rodríguez que le decía:

—¡Torrientico, por tu madre, no te enfermes ahora, que vamos a ganar enseguida!...

«Atlético, segundo *down*, siete yardas por ganar!... ¡Ahora Elpidio con la bola, por el tres, al primer *Gip!*»

La Villa a Torriente: —¡No metas más la cabeza, no seas animal!...

—¡A mí qué me importa, lo que hay es que ganar!...

¡*Gip!*... ¡Rammmmmm!...

¡Atlético, tercer *down*, tres yardas por ganar!...

En el banco

—¡Mira si son brutos! —gritaba Yeyo desesperado—.

¡Ahora desbarata a los hombre ahí, sin fijarse en que los contrarios tienen once hombres arrodillados en la línea!... Si el Pollo hace un *end run* se va!...

—¡Qué rayo *end run* ni *end run!*, ¿usted está loco, Yeyo? ¡Ahí no queda más jugada que Mañach y Elpidio por la línea y que se rompan los tarros!...

—¡Bueno, cállense, que nos van a penalizar!...

—¡Mañach por el uno, al segundo *gip!*...
—¡*Gip!*... ¡*Out side!* —gritó el *lineman*.
—¡Hay la mitad del terreno por ganar!... ¡Nos salvamos!...
«¡Atlético, tercer *down*, yarda y media por ganar!»...
—¡La misma jugada!...
«¡*Gip!*... ¡*Gip!*... ¡Prummmmm!... ¡Fruíííí!... ¡Fruíííí!»...
—¡Anotamos!... ¡Anotamos!...

Los *cheers*, los *joyas* y los *fuácatas* cubrieron de nubes tumultuosas el terreno... las banderitas del Club ondearon frenéticas y los brazos de los jugadores se alzaban como gritos de júbilo, mientras en el banco los muchachos se abrazaban y Yeyo estaba satisfecho hasta la última muela, y le pedía a Dios el punto adicional... Y la patada del Loco Mañach cruzó matemáticamente por entre los postes, acompañada de gritos delirantes de entusiasmo...

Todo el *stand* fue entonces una enorme bandera negro-anaranjada, que ondeaba a voces tumultuosas y frenéticas... ¿De dónde saldrá tanto fanático del Club? ¡Si la mitad fueran socios, comprábamos el Centro Gallego!...

Luego el tiempo cambió el paso... ¿Quién dice que el tiempo es inmutable? Antes estaba practicando en el reloj de Armando Ruz el paso de los cuatrocientos metros, pero ahora se había puesto a practicar un maratón tarahumara lo menos de cien kilómetros...

—Pollo, pregunta el tiempo que falta.

—*Referee*, ¿cuánto falta?

—Tres minutos.

—¡Caballeros, tres minutos, esto no se acaba nunca!...

...Pero se acabó... y el público se tiró al terreno armado de *cheers* y de gesticulaciones y de abrazos... Y vino luego el paseo con la bandera, por Infanta... Y el escándalo alegre en el Club... La multiplicación de Pancho, el conserje, llevando toallas y refrescos... y la ducha, el laboratorio de los músculos cansados y de las bromas simpáticas...

Todo era comentarios honrosos. Cuando se gana un juego sensacionalmente todo el mundo ha sido héroe... ¡Y es verdad!

—¡Caballeros, cómo han jugado ese Pollo y ese Mario Pelota!

—No, no, viejo, ¡y cómo han entrado ese Elpidio y ese Mañach!...

Entonces fue que Florimón La Villa se indignó y sacó la cara por los muchachos anónimos de la línea.

—Sí, mucho Mañach y mucho Elpidio... Mira a ver si la Foca y Mazas y el Chino, y Angelito y Garmendía y Morán y Torriente no le abren los hoyos, por dónde se van a meter... Ahí tienen a ese Torriente que se lo llevaron para la Quinta, sin pescuezo...

Y terminó:

—Pero conmigo sí que no va nada deso, porque yo soy el *os taqle os Quiuba* indiscutible...

Y lo dijo todo tan fanfarronamente, con su vozarrón de vendedor de periódicos y dando unas tremendas trompadas sobre la mesa del dominó...

—¡Vaya, Pollo! ¡Ahora le puedes decir a la muchacha que se deje de visiones y que *se ponga pa su número!*

—Tú ahora tienes que hacer como el *quarterback* de la película que vimos en el cine del barrio: después de ganar el juego, un beso... A las muchachas les interesan mucho más estas formas del *touchdown*...

—Menos mal el Pollo, pero el pobre Torriente sabe Dios cuánto tiempo estará ahora en la Quinta dándose masaje y corrientes, para quedarse a lo mejor con el pescuezo virao... Ese no juega más... y por lo pronto perdió todo el *chance* con la muchacha...

—¡Tú qué sabes!... ¡A lo mejor ahora es que lo quiere; ahora que está enfermo y con la cara amarilla!... ¡Las mujeres son muy raras, viejo... nadie las conoce!...

Pero Torriente, a los quince días se apareció por el Club, con el cuello torcido, untado de antiflogistina, lleno de pelo y de barba, pálido y sonreído... Si le daban la mano con afecto fuerte, hacía una mueca disimulada, y cuando lo llamaban, giraba todo el cuerpo igual que un vapor...

Los alegres compañeros del Club lo rodearon y él explicó «que aquello no era nada... luxación de tres vértebras del cuello... Yo creo que el año que viene podré jugar otra vez». Y dirigiéndose al Pollo.

—Oye: ¿y qué hubo de aquello?... ¿Hiciste como en la película?...

—El Pollo es más cerrao que un candado, chico... Lo único que sabe decir es que le da lástima por ti.

—¿Por mí?... ¡El pobre! ... ¡Si conmigo fue mucho mejor que en la película, muchacho!...

Y el atleta, en la evocación feliz, hizo un gesto de alegre dolor satisfecho, mientras en un silencio elocuente empezó a recordar todo aquello, que hubiera interesado más que a sus amigos, a un grupo de muchachas enamoradas, cuando *ella* lo fue a ver estando enfermo, y que allí, al verlo pálido y lleno de dolor, misteriosamente conmovida en todo su ser por el rayo de sol de la piedad amorosa que hay siempre escondido en el corazón de una muchacha, emocionada y maravillosa, *ella* le confesó que hacía tiempo lo quería ya sin saberlo, y que desde ese momento era ya para siempre... ¡Para siempre!...

La noche de los muertos*

Una noche, cuando yo estaba preso, me ocurrió la más estrafalaria aventura de mi vida, llena de sucesos raros y de extraordinarias emociones.

Fue la noche en que, cumpliendo con las penosas obligaciones del reglamento del penal, tuve necesidad de cubrir un turno del servicio monótono y casi angustioso, de «cabo de imaginaria» o «cuartelero de guardia», en la galera en que cumplía mi larga y lenta condena. Fue la noche del 29 de julio de 1931. Será preciso que yo hable antes de estas cosas, porque no todo el mundo ha estado en la cárcel, y, por lo tanto, no todo el mundo puede comprender ni creer fácilmente lo que en ella puede llegar a sucederle a un hombre.

Estar en la cárcel, es vivir en la penumbra; es adquirir la virtud del recelo y una misteriosa habilidad subterránea del espíritu parecida a la dobléz y más sutil -mucho más- que la hipocresía. Estar en la cárcel es también perder para siempre la confianza en el éxito del esfuerzo humano; sospechar que en realidad el mundo de afuera no es más que una cárcel un poco mayor; es sumergirse en las esperanzas sin base y dar pábulo a lo inverosímil y a lo fantástico... Estar en la cárcel cuando se es joven, es casi tan malo como estar de niños en un colegio de curas...

El penal en que yo cumplía mi pena, era una típica y antigua fortaleza española, intocada por la República a fuerza de parecer eterna, y a la que la leyenda, como una

* Escrito en la Prisión Militar de la Cabaña, 30 de julio de 1931. Tomado de *Pluma en ristre*, La Habana: Ediciones Venceremos, 1965, pp. 425-431.

neblina densa, envolvía con el recuerdo de héroes fusilados, comunistas desaparecidos, hombres torturados, pasadizos bajo la tierra, a cuyo final la oscuridad hace negras y siniestras las aguas del mar, cruzadas de tiburones, y lóbregas bartolinas, frías como la muerte, a donde nunca entró la carcajada del sol, ni otra cosa que el jarro de agua y el pedazo de pan...

Aplastada sobre las rocas, a la orilla del mar, parecía formar parte de la naturaleza. Bastiones, reductos artillados con piezas antiquísimas, foso ancho y profundo en el que croaban las ranas su imperturbable nocturno, barrotes negros e inmovibles y paredones ásperos y muros rodeando al hombre que por primera vez entraba allí, derrumbaban sobre él un silencio de siglos... La angustia luego dominaba los primeros días, y, después, con serenidad fatalista se aceptaba, casi como una esperanza, la muerte moral, el olvido del futuro que, como resurrecciones parciales, se inyectaba de esperanzas cloroformadas en la espera del tiempo...

Todas las galerías de la prisión eran más o menos iguales, diferenciándose apenas por el tamaño. Eran largas, estrechas, bajas y abovedadas, como la exacta sección de un tubo gigantesco cortado por su diámetro.

A pesar de estar pintada de blanco y de tener enormes rejas dobles en sus extremos, la galería 11, en que me tocó vivir por algún tiempo, tenía una especie de oscuridad tibia que vestía de un gris difuso las letras de los libros. Era el escenario que convenía a los fines de la prisión: aplastar a los hombres, exprimirlos y devolverlos grises al mundo... Muchos hasta negros: de un negro profundo, eterno y abismal.

Ni un detalle en la línea inflexible del techo; ni una colilla de cigarro sobre el brillo pulido del cemento del piso; ni un plumón de almohada volando y ascendiendo por un rayo de sol... ¡El mundo cruel y perpetuamente igual! ¡Loca pesadilla de lo invariable!

¿Qué hombre que no haya estado en la cárcel puede saber nunca lo que es ser «cabo de imaginaria»? «Allá afuera», eso es inconcebible. Y es inconcebible, porque al verdugo se le pagan unas monedas, y al «cabo de imaginaria» no se le paga más que con responsabilidades y con odio; sobre todo con odio. Con un odio que asciende hasta el alma rencorosa de los pervertidos, desde los testículos hinchados por la inhumana abstinencia forzada... Porque el «cabo de imaginaria» tiene que, como función fundamental «cuidar la sodomía», de la que responderá con la celda, el pan y el agua y el castigo corporal ante las autoridades de la prisión. Y «la sodomía» es en la cárcel, muerto o anestesiado el espíritu humano, la lóbrega animalidad puesta en acecho, y la lujuria -persistente relámpago de tigre- no perdona al cazador que la hace abandonar la presa...

Para mi fortuna, cuando por mi desgracia fui designado para tal cargo, ya yo tenía la experiencia del tiempo, de lo que había visto, y aunque era joven ya yo había adquirido la sana costumbre de los viejos de «aprender en cabeza ajena», y no tuve para nadie complacencias peligrosas... Porque las miserables y corrompidas «mujeres» llegan a adquirir celos auténticos de sus despreciables «maridos» y el chisme, como un viento rápido, vuela hasta el cuerpo de guardia, de donde instantáneamente vuelve convertido en algún castigo terrible.

Por un lado el castigo espantador y por el otro el odio de los compañeros. ¡Y qué compañeros!... Asesinos, ladrones, rateros, hampones, chulos... Una «escalera flor hasta el as del vicio»... ¡Cuántas veces no se piensa sobrecogido en la terrible puñalada que nos darán sin remedio dentro de tres años, cuando salgamos!...

Enfermo de soledad, de aislamiento en mí, desesperanzado de esperanzas, cuando entré en la cárcel

era ya un cadáver. Cuando pasó el tiempo y llegué a «cabo de imaginaria»,apestaba ya de puro podrido. Desde entonces estoy seguro de que algo se le pudre a uno antes de morirse.

En las noches libres, con frecuencia me daban pesadillas y venía al suelo. Despierto ya, lo ignoraba todo. Todo, lo que me había atormentado en el sueño, cómo había llegado allí, quién era yo mismo... Para mí, salir de estas pesadillas, era como nacer de nuevo... Yo debía estar en el hospital de dementes o enterrado, pero tenía que prestar servicio por las noches angustiosas de silencio, paseando bajo las luces amarillentas de la galera, entre una doble fila de rencores... ¡Y me faltaban todavía tres años!...

Aquella noche del 29 de julio, en un largo espacio de tiempo durante el cual los «voy» y «sube» del movimiento a los servicios se calmaron por completo, el silencio absoluto de la prisión era, dentro de mi cerebro, como una gran llanura nevada... Afuera, la plena luz lunar derramaba un tono de plata sobre el ancho patio vacío...

Con pasos iguales y mecánicos, como si fuera un péndulo humano, mis pasos marcaban los segundos que huían a lo largo de la noche, mientras mi imaginación iba tejiendo sus cavilaciones trágicas por entre la doble fila de camas, en las que mi vista apenas si ponía un poco de atención sobre la cara de los compañeros dormidos.

¡Qué extrañas y locas figuraciones! Aquel pasadizo entre las camas era casi siempre para mí un desfiladero de emboscadas y a mi paso por él me asaltaban las tremendas dudas. La que cuajó ante mí aquella noche, y que varias veces había rondado como un lobo en mi mente, llena mis recuerdos de angustia y mantiene desde entonces mis nervios en una continua e implacable vibración, como si

fueran el timbre de un despertador eléctrico destinado a no dejar dormir ni descansar nunca a mi espíritu agitado.

¡Aquella noche!... ¿Cómo recordar por qué caminos me llegó la sospecha aniquiladora? Sólo recuerdo que poco a poco las caras de los compañeros dormidos me fueron preocupando en aumento, hasta que me inmovilicé frente a uno. Estirado y tranquilo, parecía muerto y sólo dormía. Una lectura vieja acudió a mi memoria: ¿dormir era estar unas horas en la tumba? ¿Sería sólo la muerte un sueño eternamente prolongado? Esta suposición alucinante me llevó en el acto hasta el recuerdo de mis pesadillas sin recuerdos, el del tiempo, lleno de olvidos impenetrables, que va de la noche a la madrugada en el silencioso carruaje del sueño; y de turbación en turbación, sin remedio y sin freno, me vi envuelto en la fúnebre sospecha, cargada de terror y pánico de que todos mis compañeros estaban muertos, y que yo era testigo e intérprete, ante sus posiciones cambiantes, sus suspiros, sollozos y estertores roncós, de la vida que estaban haciendo por las praderas infinitas de la muerte...

La pavorosa interrogante me suspendió de espanto unos minutos, y al fin, como hasta al terror se acostumbra uno en la cárcel, acabé por considerarla como una posibilidad fascinadora y empecé a estudiar, con paradójico empeño, la vida que llevaban en la muerte mis compañeros presos... La galera parecía un largo nicho blanqueado y las dos lívidas lámparas de la bóveda, semejaban ofrendas votivas suspendidas en lo alto... Sobre las camas alineadas dormían los muertos...

Uno por uno los fui mirando a todos, con el ánimo conmovido. Yo, que los conocía bien y que había penetrado al fondo las manchas sombrías de sus espíritus, tuve al irlos observando la percepción cierta de una infalible y exacta relación entre sus vidas y delitos, y el aspecto que la muerte les hacía tomar bajo el dominio absoluto del sueño... El

primero se quejaba con la debilidad de un niño y era un estibador de los muelles... Parecía como si, ante un invisible tribunal sin perdón, llorara sus culpas más que humanas... (¡Aquel pobre muchacho destrozado!) Otro, matador de una anciana en despoblado, crispaba las manos sobre el pecho y silbaba entre los dientes, como una tempestad oída al microscopio; otro, habilísimo en la coartada, tejía con sus brazos y piernas, finas como hilo de carretel, posiciones inverosímiles e inexplicables; párpados morados le cerraban a un sometido del vicio, los ojos de ojeras verdes; un muchacho fuerte y violador, rodeaba con las manos sus genitales, al parecer amenazados, por su respiración agitada y su cara, mezcla rara de agonía y reto; un viejo gordo calvo y cómico, excelente fullero y prestidigitador de circo, con los brazos sobre la cabeza hacía una pirueta grotesca de corista en desuso; el pecho amplio y velludo de otro y su boca entreabierta y anhelante, tenían algo de un triunfo ganado... (Y él era de veras un robado a quien el ladrón había logrado meter en la cárcel...) Un asesino alevoso se recogía sobre la cama igual que un feto monstruoso, como si estuviera obligado a nacer de nuevo, como supremo castigo.

Envuelto en el silencio y la obsesión, yo traducía en mi mente enferma la vida castigada de los muertos, y veía con claridad tenebrosa el espectáculo de los sufrimientos de ultratumba que poblaba mi imaginación de tempestuosas interrogaciones, de visiones dantescas y daba aliento furioso e inaudito a mi espíritu para estar siempre en perpetua vigilia, para no querer dormir nunca, jamás... ¡Jamás!...

Al fin proseguí la macabra inspección. Un compañero estaba oculto totalmente por la sábana: se había hecho el propio sudario... Sobre otro, las moscas se habían posado al huir de la baranda de la cama a mi paso, volando hasta él como a la carne muerta; al de al lado -y a otros muchos también- lo recorrían laboriosamente, igual que si fueran gusanos, numerosas chinches, reventando de tanto chupar...

Otro, al acercarme a verle la cara, abrió los ojos, verdes como un poco de mar sucio y me miró sin vida: un espanto petrificador me inmovilizó a su lado ¡y siguió muerto!...

Una gran mariposa negra de la luz, había ido volando hasta posarse sobre un compañero del fondo de la galera. Yo fui hasta allá para llenarme de asombro. Era este un sujeto ladino y astuto, que a no ser por la «entrega» de un «consorte» nunca hubiera caído preso. Se había pasado la vida engañando con éxito a toda la humanidad y ahora, ante mis ojos sorprendidos, yo veía que también había logrado embaucar a la muerte. Acostado, con una cierta serenidad en el rostro, daba la impresión de que su estupenda astucia, con arte inverosímil, había podido cubrir sus delitos incontables ante el penetrador tribunal de ultratumba... Una especie de alegría humana me produjo aquel descubrimiento del triunfo de un hombre sobre la justicia infalible de la eternidad. ¡Aquella máscara seria del bribón producía carcajadas resonantes en mi alma inconforme!...

Cuando la guardia me fue relevada, mi compañero me miró atentamente. Luego me dijo: «Estás demacrado, tienes cara de muerto, de calavera... Tú estás enfermo: pide mañana ingreso en la enfermería»...

Yo me acosté, pero a la media hora aullaba como un lobo, según me contaron... Me volví a dormir, y me despertó la vibración de un estampido: había caído al suelo... Por fin, a la madrugada, el cansancio y la agonía me vencieron: pude dormir.

Por la mañana todos los muertos se despertaron para volver a mirar el mundo con recelo. Pero el compañero del fondo, el de la mariposa negra de la luz, no se levantó: estaba

muerto de verdad, dormía de veras... El médico luego certificó que estaba muerto desde la medianoche, antes de que yo lo contemplara como el único embaucador de la muerte...

Yo, desde aquel día no duermo. Estoy en el hospital hace ya dos meses, luchando contra todos, contra los médicos, contra las medicinas, contra el cansancio del cuerpo y la agonía del espíritu, para no dejarme vencer, para no caer nunca bajo la gran sombra traidora del sueño!...

El cofre de granadillo*

Cuando yo comencé a hacer el cofre de granadillo ya había adquirido cierta experiencia en las maderas preciosas de Isla de Pinos. Abundaban de una manera que maravillaba, y al principio, a nuestra llegada al Presidio con la primera «cordillera» de presos políticos, el ver por primera vez tanta madera increíble nos arrancó sinceros ¡ah! de asombro.

El aité o yaití, la maboa, el júcaro, el yamaquey, el aceitillo, la baría, el guayacán, el ácana, la sangre de doncella, la yarúa, la yayjabita, tan maravillosa que parece un caramelo envuelto en papel cristal, la olorosa sabina, el ébano real, profunda, increíblemente negro, y cien más, fueron para nosotros descubrimientos sorprendentes, gratos a la vista por las tonalidades que muchos tenían y gratos al oído, porque los nombres indios de las maderas son sonoros, de una sonoridad amable que hace recordar el tiempo de la raza muerta.

Pero sin duda, fue el granadillo la que más admiración despertó en nosotros, por su aspecto a veces verdaderamente fantástico.

Nadie que no lo haya visto, al salir de la sierra —que chirría ofendida por su dureza cruel— puede calcular la singular belleza de una tabla de granadillo. Por eso es necesario que yo cuente algunas cosas de él para que los lectores puedan calcular hasta qué punto es interesante este relato.

* Escrito en el Presidio Modelo el 20 de septiembre de 1932. Tomado de *Pluma en ristre*, ed. cit.

Yo tengo un amigo que es un sabio. Se llama Fernando Ortiz. Le gusta estudiar los recuerdos de las desaparecidas razas indias, y a cada rato hace excursiones por los lugares donde se presume que vivieron los tranquilos taínos y los humildes y casi medrosos ciboneyes. Así una vez fue a recorrer las ciénagas de la costa sur de Cuba, y allí, entre otras cosas interesantes, encontró en su recorrido por las tembladeras, charcas y lagunatos pululantes de caimanes escurridizos, patos lentos y garzilotes de estampas, una palizada hundida en la laguna, cuya construcción —los sabios saben suponer las cosas— databa de mucho antes del descubrimiento. Era de la época precolombina, en el período en que los ciboneyes huyeron a las cuevas y ciénagas al ser sometidos por los taínos. Él sacó dos de aquellas estacas tomándolas de diversos lugares y luego un experto en maderas, en La Habana, con una simple escofina se pudo convencer que las estacas, cubiertas por el légamo de los siglos, eran, una de guayacán, cuya dureza es tal que se utiliza para las chumaceras de las embarcaciones, y la otra de granadillo. Las dos tenían intacto el corazón y de ellas se hubieran podido hacer preciosos regalos.

He narrado esto para que se vea cuánta es la nobleza de estas maderas de los montes de la Isla, tan despreciada por lo demás, que hasta el imponente y sepulcral ébano real es utilizado para las piras de hacer carbón.

Pero esto es sólo un detalle. Y lo que más interesa ahora es conocer esta otra peculiaridad del granadillo. Yo he visto ya centenares de trozos de él y nunca he podido encontrar dos iguales. Aun, a veces, pedazos de un mismo tronco suelen ser completamente distintos. Sólo su coloración verdosa los hace clasificables para el ebanista. Y hay más todavía. Hay que las coloraciones, los matices, los dibujos de la madera suelen ser maravillosos. Yo, por ejemplo, guardé mucho rato, mucho tiempo, hasta meses enteros, un corte de granadillo que semejava a la perfección

un atardecer revuelto de nubes. Y he visto pedazos que eran marejadas rudas, de remolinos aterradores. Y hasta una tabla tuve tan increíble que la dejé intacta, pues era como la fuga de una bandada de extrañas aves nocturnas, ¡vampiros de fantasía! Pero tuve y tengo otra aún de un interés muchísimo mayor. Tanto, que sólo por ella es que escribo todo esto. Y, desde luego, que al escribirlo, dada su extraña naturaleza, me veo obligado a decir, que, en el orden filosófico, soy materialista puro. Lo extraordinario es la casualidad, cuyos desconocidos encadenamientos son a veces tan sutiles que parecen obras de poderes superiores y misteriosos.

El caso es este: yo me había puesto a trabajar en un pequeño cofre de granadillo, que era más bien una especie de joyero. Me había conseguido unas tablas de un granadillo muy viejo, muy oscuro, que al chocar unas con otras hacían saltar un sonido muy puro, como de plata-cristal, tan limpio como el de las mejores claves. Era para mí grato el hacerlas chocar para oír su voz. A medida que las fui puliendo este sonido se hizo más brillante, más musical. Cuando ya el cofre estaba casi listo, faltándole sólo la tapa, un empleado del pabellón del hospital en el que estábamos aislados los presos políticos y que me había estado observando día a día en mis trabajos por pulir lo mejor posible las maderas, me dijo:

—Caramba, yo le daría a usted un pedazo de madera que tengo. Pero a condición de que lo ponga ahí, encima de la tapa de ese cofre. Yo quería conservarlo para mí, pero la realidad es que yo no salgo hasta dentro de diecisiete años y sabe Dios... Uno en presidio no sabe hoy lo que será mañana...

Yo en el acto, como es natural, acepté ambiciosamente la proposición del preso amigo; pero como me había extrañado su insistencia porque se pusiera en la tapa del cofre —con su dedo índice me había indicado la tapa, como con cierto temor de que yo no quisiera—, le pregunté

que por qué había de utilizarlo en el cofre este precisamente. Entonces él me contestó:

—Ah, usted no ve que yo me he dado cuenta de que usted hace eso con mucho interés. Seguro, seguro, usted lo está haciendo para regalárselo a una persona que quiere mucho. ¿Es así o no es así?

Yo le dije que sí, porque de veras lo estaba haciendo para regalárselo a Teté. Y, entonces, él me dijo con satisfacción de guajiro vivo:

—Ya usted ve. Yo conozco a mi gente. Por eso yo quiero que vaya puesto ahí. Porque ahí durará mucho tiempo y lo cuidarán bien. Y eso es lo que me interesa a mí. Si yo estuviera seguro de poder conservarlo me quedaba con él. Pero, a lo mejor, hacen un día una inspección y me lo quitan.

Había conseguido intrigarme, y como yo sabía que en el granadillo siempre hay una sorpresa, le expresé mi deseo de verlo; pero él me dijo que lo tenía en la circular y que no me lo podía traer hasta el día siguiente.

Pero, al día siguiente, sí me lo trajo y era de verdad un asombro aquel trozo de madera. Sólo le habían pasado una lija baja y revelaba, con una perfección que tenía algo de misterioso, la cara de un chino. Mas una cara en la que había tal aire de malevolencia, que al mirarla no se podía dejar de sentir cierta sensación como de retirar la vista, lo que en realidad no se conseguía sin trabajo, porque el asombro lo pasmaba a uno y cada vez se maravillaba más en la contemplación.

El pelo era largo y revuelto, inclinado más hacia un lado, como tapando parte de la frente, de un dibujo perfecto. Los ojos, en donde residía acaso toda la atracción del dibujo increíble, aparecían marcados con toda claridad, un poco cerrados, ocultos bajo los párpados y uno no podía dejar de creer que allá adentro, en lo interior de la fibra durísima, dos pupilas miraban implacablemente, sin piedad, con cierta burla maligna. La boca, amarga, corta y cruel, estaba un poco baja, y completaba la impresión de desagrado que

causaba toda la cara. Sobre la boca, una nariz achatada, se dilataba casi de modo grotesco, casi como en una caricatura, o con el movimiento de una persona que respira a toda amplitud.

Fascinante de veras, para cualquiera, era el rostro aquel, grabado en la tabla de granadillo. Si uno se ponía a pensar que de haberse dado el corte de la sierra un centímetro arriba o abajo el encantamiento no hubiera existido, esto aún hacía que el interés acreciera. Había una conjunción de sucesos sorprendentes en la naturaleza para que aquello hubiera plasmado. Sin embargo, todo era nada al lado de la historia que yo oí y que justificaba por completo el afán del preso por que se conservara la tabla siempre.

Yo ahora la doy a conocer y trataré de que nada se vaya más allá de la realidad increíble.

—Mire —me dijo mi amigo preso— esta tabla la tengo yo desde hace algún tiempo. Usted sabe que en el otro patio están los locos. Allí trabajaba antes de que vinieran ustedes. Desde entonces yo la tengo. Yo me llevaba bien con los locos. Es curioso. Uno tiene sangre para algunas cosas. Mire, por ejemplo, con los locos me llevo bien, y en cambio no puedo ver un perro sin que se me note que le tengo miedo: enseguida se me echan encima. Pero, bueno, el caso es como para que nadie lo crea. Cuando yo estaba de loquero, había un loco que no permitía que nadie más que yo entrara en su celda. Era un hombre tranquilo, pero una vez que estuve enfermo por poco mata al enfermero que le llevó la comida. Al pobre le dieron una mano de palos... Hasta que yo estuve bueno no comió. Se empeñó en decirme Ángel. Yo me pasaba horas enteras con él, porque era un tipo divertido. Era inteligente, no se crea. Sólo cuando le entraba la tristeza se ponía pesado y entonces no hacía más que hablar de Li. Fue entonces que yo conocí la tabla esa, que él siempre llevaba escondida. Una vez estuvo como diez días sin dormir, y a cualquier hora que pasara la imaginaria por delante de su celda, lo veía mirando

la tabla de granadillo, sin quitar la vista ni un momento. Era una alucinación lo que tenía. Yo siempre le contestaba que sí a todo. Y cuando me enseñaba la tabla me decía: «¿Te acuerdas, Ángel?», siempre le contestaba que sí. Pero un día tuve la ocurrencia de decirle que no me acordaba y se me tiró al cuello y por poco me ahoga. Entonces ni yo pude entrar en su celda por un tiempo. Pero al cabo, volvió a hacerse amigo mío y me llamó. Estaba enfermo y débil. La falta de sol le hacía mucho daño. Yo no sé por qué le había tomado cierto cariño. El trato, el trato, es lo que pasa... Pero, aunque ya estaba amigo mío, no se le había olvidado el incidente. Los locos son así. Hay que estar con ellos para conocerlos. Tienen memoria igual que nosotros. Si no fuera por ciertas cosas, nadie creería que están locos... Él un día me dijo bajito, como si tuviera miedo a que nos oyeran: «¿Cómo es que no te acuerdas? Parece mentira. Tú debes estarte volviendo loco. ¿No te acuerdas de aquella noche, cuando ahorcamos a Li, el chino de la charada, que nos vendía opio? ¿No te acuerdas de cómo se movía en el palo, allá al fondo del traspatio que daba al tren de lavado de él? ¿Cómo no te acuerdas? Yo lo estoy viendo aún, pataleando en el aire, sin poder gritar, con la cara espantada. ¡Era un ladrón. Nos había robado. Yo hay veces que no me arrepiento!... Tú te pudiste ir para el Norte. Yo no sé cómo te cogieron. Contra mí no se pudo probar nada entonces. Pero luego me echaron «brujo». Yo no sé lo que me pasó. Todos los días estaba inquieto. No podía ir al traspatio. Me parecía verlo colgando del patio bamboleante y espantable. Por las noches sí es verdad que por nada del mundo yo hubiera podido ir al traspatio... Bueno, pues usted verá. Se me hizo insoportable el árbol aquel. Además, tenía miedo. Los chinos habían dicho que en el mismo árbol iban a ahorcar al asesino. Esa gente mete miedo. Entonces decidí que lo tumbaran, que lo aserraran y me trajeran las tablas para mandarlas a La Habana a que me hicieran un cofre para regalarlo a Dulce María. Eso fue lo que me perdió. Porque

Li estaba dentro del árbol. Se había quedado. Miré, cuando me trajeron las tablas, cuando lo vi retratado en una de ellas, me dio un arrebató horrible. Huí por las calles del pueblo desolado, dando gritos espantosos. ¡Es que yo tenía «brujo» ya! Eso fue lo que me perdió. La Rural me agarró y yo me puse a hablar de Li, Li que estaba en el árbol, Li que miraba desde el árbol, y se dieron cuenta. Un médico pagado por casa dijo que eran alucinaciones. Pero, en un mal momento, yo fui tan estúpido que lo declaré todo. Entonces fue que usted se huyó para el Norte. ¿No se acuerda? Mírelo, ¿no se acuerda ahora?» Y me lo enseñaba con tanta fuerza, con cara tan espantable, y el relato había sido tan extraño, y la cara del chino estaba tan clara, tan perversa mirándome, que él se sonrió complacido, tristemente complacido, al notar que al fin yo también me acordaba. Entonces, se echó en mis brazos y se puso a llorar como un niño...

Esa es la historia que me contó el hombre que me regaló la cara del chino que adorna la tapa de mi cofre de granadillo. Mejor dicho, que la adornaba. Sí, porque el chino hundió a un hombre en el presidio y la locura, con su acusación milagrosa, pero sirvió para salvar a otro. Bajo él, en el cofre, yo mandé para la calle, fuera de la supervisión estrechísima de la censura, los datos y las instrucciones necesarias para que se le salvase la vida a un compañero que sabíamos que iba a ser asesinado a su salida, en una artificiosa libertad. Son las cosas que uno aprende entre los presos. Ya algún día armaré de nuevo el cofre de granadillo.

Luna del Presidio*

Era un globo de silencio, transparente y azul. Así era la noche, y yo estaba sentado a su lado, en el suelo, en uno de los corredores de uno de los patios, de uno de los pabellones de hospital, en el Presidio, allá, en Isla de Pinos. Yo había escrito unos versos que decían en una parte:

*La luna sobre el filo
del patio del Presidio
es tan solo el cadáver
de la esperanza muerta,
que asesinó a la tarde
el toque del «recuento»*

Y en otra parte decían:

*Seis mil ojos de los presos,
a través de las rejas,
la están mirando ahora,
sobre el filo
de las galeras del Presidio,
marcar el doble tiempo indiferente
¡de una noche menos!
¡de una noche más!*

Y otra parte decía:

*Hace treinta años,
cuando llegaron los que ya son viejos*

* *Pueblo*. Suplemento literario, Año 2, no. 623, 17 de diciembre de 1938, p. 15.

*la vieron sobre el filo
de las galeras del Presidio!...
¡Y ahora también platea las tumbas
de los hombres que se murieron en Presidio!*

Y yo no recuerdo ahora más de aquellos versos, que no tenían importancia, sino por la extraña fascinación que ejercieron sobre mi compañero, un viejo de cuarenta años. Aquella noche, de verdad, algo de magnetizador tuve yo en mí para lograr la revelación.

Pero la luna —¡Oh, sobre todo la luna, lo recuerdo!— también me ayudó. Y el silencio también.

Cuando yo le recitaba los versos, la redonda, la lenta luna llena fue ascendiendo en los cielos y hubo un momento en que se puso

*sobre el filo
de las galeras del Presidio.*

Fue entonces creo, que él dijo con una voz de enigma:

—¡La luna!...

Él no dijo entonces una sola palabra más, pero yo había notado en su voz la vibración de profundidades secretas y tuve la maravillosa virtud del silencio...

Luego, cuando la luna, lenta y llena fue ascendiendo, él habló, pero de una manera rara, emocionante; de una manera tan lenta también, que su voz parecía el tiempo, las horas del tiempo que pasaban. Yo lo recuerdo ahora. Siempre lo recordaré.

—¡La luna —dijo—. ¡Si hablara! Pero ella es el silencio. Nadie lo sabe mejor que yo... Y ella era mi único testigo!... Bueno, pero estoy aquí...

Estuvo tanto tiempo callado, que mi imaginación se cansó de aquel abismo de sueños y entonces, en vez de hablar, algo instintivo, algo cargado de poderosa fuerza llena de misterio, me llevó a chiflar en un tono muy bajo, una serenata guajira que yo había aprendido de niño, cuando vivía en el

campo. Hoy mismo me asombro de aquel recuerdo musical tan dramático y tan dulce a la vez, que muy pocas veces suena dentro de mí. Aquella noche, en mí produjo el efecto de un encantamiento y me llevó hacia atrás en la vida, a mi colegio del Cristo, al Guanicum lleno de bambúes y a la muerte de mi perro León... ¡Pero mi compañero! Mi compañero, conmovido desde los primeros compases, sólo me dijo: «¡Oh, muchacho!» Y habló otra vez, con su voz de aquella noche, que no sé por qué me pareció que había sido su voz de antes. Y habló sin preámbulos, como si yo conociera su tragedia y todo lo que sé es lo de aquella noche. Porque nunca he querido preguntarle más nada.

—Mira, yo la quería. Yo no lo sé decir mejor. Yo la quería, a pesar de lo que ya había ocurrido. Yo me iba a casar con ella muy pronto, en cuanto reuniera el dinero. Pero se lo había dicho y se empeñó. Y aquella noche su hermano, que era mi amigo, compañero de siempre en todo, me esperó a la puerta y me dijo muy pálido: «Tenemos que hablar. Ven. Vamos al manglar para estar solos.» Y fuimos. Él iba callado. Pero yo observaba su cara contraída y pálida. Tal vez hasta tuve miedo. Por dos veces, antes de salir del pueblo, intenté hablarle, y siempre me respondió rápido: «Vamos, vamos.» Entonces yo también me decidí y me puse a su lado a caminar y las últimas gentes del pueblo nos vieron salir y nos oyeron contestar a sus buenas noches... Luego oímos, mientras marchábamos, cómo se cerraban las puertas... Delante de nosotros, de manera monstruosa, se alargaban nuestras sombras... Era la noche así y estaba la luna llena y redonda... Igual...

Y pareció que iba a callarse; pero yo aquella noche era como un encantador de serpientes y volví a silbar, más bajo aún, los compases de aquella serenata guajira, dulce y dramática, que aprendí de niño, cuando vivía en el campo... Y él siguió hablando.

—Aquel camino que habíamos hecho tantas veces juntos, de muchachos para ir a «pegar» tomeguines, y de jóvenes

para ir a pescar por las madrugadas, siempre cantando, con el silencio lleno de ladridos y de cantíos de los gallos, lo hicimos esta vez mudos. Y andábamos. Yo creo que él no era ya capaz de pararse. Porque hacía rato que estábamos en el manglar y no se detenía. Yo tuve, por fin, valor y le dije: «Aquí estamos solos.» Se paró un momento, miró a los lados sin mirarme a mí y dijo: «No, vamos hasta allí.» Y señaló un claro entre un grupo de uvas caletas. La luna también brillaba en el manglar y se partía en las charcas de agua estremecidas por el aire de la noche...

Volvió a callarse; pero yo no tuve que silbar. En su cara yo estaba viendo una agitación conmovida y que apenas podía contener. Y habló como si hablara consigo mismo, o con otro que no fuera yo:

—¿Por qué fue tan violento que me atacó de pronto, por sorpresa, con una furia llena de odio? ¡Ni una palabra le pude oír! Me tiró al suelo y me agarró la garganta mugiendo como un toro, sin decirme nada... Yo recuerdo siempre su cara a la luna, pálida, como la luz de la noche, sus dientes apretados, su cólera silenciosa... Tuve miedo, porque me iba a matar sin remedio, sin haberme oído, arrebatado por la violencia inaudita de su temperamento. Por eso me defendí. ¿Acaso no tenía derecho a defenderme? ¿Acaso yo no pensaba reparar el mal? ¡Y tuve que luchar con todas mis fuerzas exasperadas por el terror, porque en sus ojos yo estaba viendo la venganza y la muerte. Y yo no quería morir. Yo me pude zafar sus manos del cuello y rodamos los dos por la arena húmeda. Los dos nos levantamos a un tiempo y nos quedamos mirando muy cerca y en silencio, respirando hondo... De pronto, los dos vimos una estaca clavada cerca. Y antes de que lo pudiera evitar dio un salto y dio otro más... Pero no dio más ninguno!... ¡Aquella era la tembladera! ¡La tembladera abierta por el último ras!... ¡Yo me acuerdo de su grito y del mío!... Pero todo no sirvió para nada... Con su cuchillo, que había quedado sobre la arena cuando luchábamos cuerpo a cuerpo, corté el gajo

más largo de una mata y se lo alargué... Pero ya no tenía fuera más que la voz y las manos. ¡Y el gajo no alcanzaba!... Yo mismo sentía bajar el fango y me retiré lleno de espanto... La mano se le quedó fuera mucho tiempo... Yo me quedé allí inmóvil toda la noche... La luna fue cambiando mi sombra y la de la mano de él sobre la tembladera... No pensé más que en mirarle hasta que por la mañana nos encontraron allí. ¡La fatalidad!

Cuando él terminó, yo no le dije una sola palabra. Luego él sólo dijo dos cosas, a mucha distancia una de otra y siempre mirando para el cielo profundamente azul:

—¡Y sin embargo, ella era también un poco de luna para mí!

Y lo dijo con una voz llena de ternura y de emoción bien honda. Sin embargo, tenía su acento cierta indiferencia cuando antes de irnos a dormir dijo:

—Yo no quiero irme libre una noche en que haya una luna así sobre el mar!

El Tiempo*

Para ningún hombre —ni aun para el historiador o el astrónomo—, el tiempo ha sido Señor tan absoluto como para el hombre preso. Es en el Presidio donde el silencioso monarca caminante tiene su trono implacable y donde sus dos fríos e inalterables consejeros —el Reloj y el Almanaque— ejercen su función con más perversa lentitud y ceremonia...

El Reloj, funcionario infatigable, tiene su ayudante de campo: la Corneta; varios agentes secretos: el Hambre, el Cansancio y el Sueño; y dos atormentadores: el Insecto y el Espanto...

Como un mayoral de negros esclavos, cruel y bárbaro, no suelta a sus hombres y los flagela impiamente, desde el amanecer hasta la noche.

La Corneta, perra perseguidora de cimarrones, en el tumulto estruendoso de la diana, deja percibir su agudo ladrido y, después, durante el resto de la fría y neblinosa madrugada, en la mañana tibia y luminosa, por el ardiente y brutal mediodía, en la tarde lenta de fatiga, y en el anochecido melancólico, incansable, ladra y aúlla, azora y precipita a los hombres y, como cabestro de ganado, los lleva al trabajo, al baño, al médico, al comedor, al recuento, a la escuela y al sueño... Y a las nueve de la noche, fatigada ella también, acaso llena de vergüenza en el alma de sus cobres, tradicionalmente heroicos y marciales, lanza ese quejido, ese lamento inexpresable, que se escapa en el toque de silencio, y que es largo, hondo, desgarrado y tembloroso

* *Presidio Modelo*. Quinta parte. Cap. XXVIII, ed. cit., pp. 319-329.

como la queja de algo que se muere con la pena de una vida inútil y desconocida...

¡Así es la Corneta en el Presidio, perra perseguidora de cimarrones, y su mando es tan autoritario, que los reclusos tienen los ojos en el oído!...

Pero el Reloj cuenta con servidores aún más habilidosos, porque son traidores; ¡no son perros, sino parásitos crueles!...

¡Ahí está el Hambre!... ¡histérica y convulsa, que retuerce las tripas y afloja, como gajos muertos de un árbol, los brazos y las piernas de los hombres, y les llena de nubes negras y fugaces las pupilas anémicas!...

¡Ahí está el cansancio, amarillo y violáceo, cloroformo de los músculos, que convierte la sangre en plomo lento y habla en voz baja con la Angustia!...

¡Ahí está el Sueño, turbio, gris, que anubla la luz, que duerme los ruidos y columpia su hamaca en las pestañas!...

Los tres servidores terribles se coaligan unos con otros, forman terribles alianzas, hacen restallar sobre los nervios irritados latigazos de sobresalto, y, mientras tanto, el Canciller del día, el Reloj, con sus dos ceremoniosos lacayos—Horario y Minutero— igual siempre, eternamente igual ante todo, contempla con indiferencia el crepitar del horno de infierno en que el régimen bárbaro quema las vidas de los reclusos...

Pero no son ya perros ni parásitos los dos atormentadores de oficio con que cuenta el blanco Cajero de las horas... (¿Por qué, por lo menos en el Presidio, el Reloj no es negro, profundamente negro, con agujas fosforescentes y diabólicas?...) ¡Los dos atormentadores son alimañas venenosas, arácnidos aterradores, escolopendras sinuosas, escorpiones ponzoñosos, vampiros, pulpos, monstruos de la asfixia y la succión!...

¡Así son el Insecto y el Espanto, atormentadores de oficio del Señor implacable de los veinticuatro pájaros de las veinticuatro canciones perdidas y olvidadas!...

¡El Insecto!... ¡Muerde el alacrán, con su embestida de toro, bajo de la penca caída; salta la araña desde el fondo de su cueva y huye, traidor, el ciempiés, por entre los

fangos!... ¡Pero eso es nada...! ¡La mosca, puerca, repugnante, vuela en nubes, se mete en la boca abierta del bostezo y por la ventanilla de la nariz, después de posarse en el cadáver podrido picoteado por las auras!... ¡Y son millones, millones que arrastra el viento y trae desde las casimbas de la costa en donde el pescado se encharca y muere, cocinado por el sol!... ¡Y en la comida vuela la mosca..., y viene, muerta, flotando sobre los caldos!... Pero eso es nada... ¡En los pantanos, por las ciénagas y por el fango, prueba el mosquito su cuerdecita de mal violín y, como alfileres de una llovizna de fuego, va quemando las caras y las manos de los hombres, que se revuelven coléricos o implorantes!... El ácido aguijón levanta ampollas y mientras tanto, el cruel jején, invisible, labra su anónima mordedura; y las guasasas, como humo vivo, penetran a la garganta, caen en el remolino de la respiración y se encharcan sobre la humedad de las pupilas, irritando violentamente los lagrimales... Pero eso, ¡aún! es nada... ¡Por las noches, los cuerpos desnudos de los castigados en las celdas, tiemblan de frío y de debilidad!... ¡o de terror!... El mosquito ensaya entonces música de cámara y en su vuelo hay algún vals burlón o sarcástico. El preso, mordido a un tiempo por varios lados, se desespera en silencio... ¡Nunca la diabólica *Sonata* de Tartini pudo tener intérpretes más crueles!... ¡El insecto, incansable, a la madrugada, vuela hacia las charcas a esperar las cuadrillas!... ¡El Reloj puede estar satisfecho de sus servicios!...

Y el Espanto!... La divinidad negra, iluminada de pálido, amanece con la luna de las celdas y por las madrugadas se va con las cuadrillas!... De día, buitre de sombrío vuelo, hace pasar su sombra por encima de los hombres en el trabajo y su vigilancia es constante y su vista incomparable... Los hombres nunca le dan la espalda... ¡De vez en cuando, como el alcastraz, desciende vertiginoso sobre aquella agua de hombres... y se lleva una víctima!...

Por las noches el buitre sufre un avatar misterioso y se convierte en pantera de silenciosa marcha y pupilas fosfóri-

cas... Pasea por los corredores de las circulares y su ágil contorno oscuro se perfila en la sombra reflejada... Se asoma a las bocas de las celdas y sus ojos lumínicos alumbran el terror de los ojos insomnes, refugiados en el fondo... ¡A veces se retira rugiendo sordamente, pero otras, con elástico salto, cae sobre un hombre y estalla el grito que hace temblar a la gigantesca circular, como si fuera un monstruo vivo!... ¡El Espanto!... ¡También el Reloj puede estar satisfecho de sus servicios!...

¡Y cómo no va a estar satisfecho, si ambos le prolongan la vida, si el insecto se encarga de que el día nunca termine y el Espanto de que la noche jamás se acabe!... Pero con todo y tan eminentes servicios, el Tiempo, caballero en cuyas armas campea la insolencia burlona del signo de infinito y del cero de la Nada, siente un profundo desprecio por el Reloj, avaro del minuto —centavo del tiempo— y aprecia mucho más a su otro Ministro: el Almanaque, que más refinado y sutil, emplea auxiliares bien distintos a los del Reloj.

Los presos cuentan por almanaques su condena. Dicen: «¡Me faltan cuatro almanaques!»...

Abrumados por el tiempo que les ha de pasar por encima, toman una unidad grande para hacerlo menos numeroso, menos sensible.

Y por eso el Almanaque lucha victoriosamente contra su propia estructura. Para ello cuenta, como auxiliar máximo, con una insaciable y lúbrica mujer: la Esperanza, que cohabita todas las noches con los presos y por el día les incita los deseos y les da impulsos para todo... para cualquier cosa... ¡La Esperanza es uno de los vicios irremediables del hombre preso!...

Pero, además, el Almanaque tiene otros eficaces ayudantes en las Fechas y en los Sueños, instrumentos que se encarga de esgrimir con habilidad perversamente incomparable la Esperanza... Y ahí le quedan como anzuelos crueles, los indultos, las amnistías y las rebajas de condenas...

Nosotros conocimos presos para quienes, desde el mes de enero, iban siendo oportunidades brillantes las fechas patrióticas todas del año: 24 de Febrero, 20 de Mayo, 10 de Octubre y 7 de Diciembre... y aún los simples días festivos, como los de Nochebuena y Año Nuevo, en cada uno de los cuales esperaban salir del Presidio, o cuando menos, recibir una buena rebaja de pena... Después, por varios días, quedaban silenciosos, cohibidos, arrinconados... Eran como pobres muñecos a los que se les hubiera roto la cuerda!...

De las fechas se vale el Almanaque para fragmentar su unidad demasiado grande y por lo mismo demasiado noble... Por ellas, el año para el recluso es como un grupo de años, y como siempre florecen los débiles retoños de algunos indultos y rebajas, la Esperanza se mantiene en pie, la agonía se prolonga, como el humo...

Pero los Sueños son aún más malévolos y traicioneros. Carne de la imaginación, el sueño del preso se alimenta con lo que no tiene, con lo que espera tener: la Calle y la Mujer...

¡La Mujer!... ¡Los hombres que no han estado presos no saben lo que es la Mujer!... ¡Ni siquiera en el sentido animal y lúbrico de la palabra!... ¡No lo pueden saber, como no sabe el rico lo que es el hambre del pobre!... ¡Como en los cuentos de la infancia, cuajados de héroes y aventuras maravillosas, la Mujer cobra en la imaginación del preso magnitudes y perfiles fantásticos, que para el hombre sensible no se limitan al sexo estricto, sino que se extienden, como una enredadera milagrosa y perfumada, a lo más puro y lírico del corazón humano!...

La Mujer, en los Sueños, sacude el látigo de todas sus curvas sobre la carne encarcelada del preso, y lo exaspera, y le pone los ojos pequeños, y le hace rabioso el deseo, la voluntad de salir... ¡Por la fiebre de un sueño de mujer estoy seguro que más de un hombre se ha sentido capaz de estrangular a un compañero!...

Muchos por ella han caído en el Presidio y por ella dentro de él muchos han cometido infamias sin paralelo...

Por eso en los sueños, realidad de las esperanzas, se les presenta a los presos con la persistencia de una maldición, con la crueldad de una sentencia... Y cada noche es una pesadilla dulce y venenosa, grata y enfermiza, como el opio...

—¡Esa mujer me tiene enfermo!... —me dijo aquel preso una vez... ¡Y era verdad, estaba enfermo, amarillo, y las manos flacas le parecían hojas secas de un gajo muerto!... A mí me impresionaba aquel hombre a quien la dulce enfermedad de un sueño reiterado hacía retroceder hasta la adolescencia, procaz y turbadora...

¿Y la Calle? La otra trampa perversa está tendida con todo el refinamiento. Si la Mujer es el ángel libidinoso que tortura los sueños, la Calle es el oro falso con que el Tiempo angustia las esperanzas del preso. ¡El oro falso, es la verdad!...

¡Porque la imaginación del preso, tierra del trópico, exuberante, lujuriosa, abona con las aguas lustrales la realidad del matorral que dejó y sobre él hace crecer un bosque sonoro, pujante, espléndido y hermoso, en el cual pájaros de inverosímiles colores cantan inverosímiles canciones!... ¡Para otros, para los que no tienen remedio, en cambio sólo moran en el bosque los ofidios omnímodos de la venganza y el rencor!...

Pocos lo confiesan, porque para eso está mezclado en todos el complejo de «hombres»..., pero bastante nos han dejado entrever el color de una esperanza: ¡La Calle..., la Calle!... y uno, en un momento de debilidad y de entusiasmo nos confesó, con esa ingenuidad que sólo se encuentra en el niño, o en el hombre conmovido, todo lo que pensaba resucitar en su vida cuando saliera a la calle, todo lo que pensaba rehacer... ¡toda su alegría de comenzar a vivir!...

¡Los pobres!... Sueñan con la Calle, con la Libertad, con salir a comenzar la vida, y la Libertad los espera... ¡con los brazos cerrados!...

¡Porque la Libertad es para el preso, como la sombra de los viajeros que proyecta la luna en los caminos blancos,

que va siempre delante, que nunca se alcanza!... ¡Y es sombría también la libertad del preso!...

Para muchos, la Libertad será llegar y no encontrar a la mujer, o encontrarla con hijos de otro —¡torturadora obsesión de los presos!—; ¡será llegar y no encontrar amigos, tener que cambiar de pueblo, buscar inútil y humildemente el derecho a comer... la oportunidad de vivir... ¡Para muchos, desesperados o perdidos, la libertad sólo será un retornar por el camino de la cárcel, un descender por el plano inclinado del vicio hasta la ergástula, hasta la sentina del asco, en donde, expertos ya, el terror será menos y el hambre más suave!...

Y así es como, para un pavoroso número de «libertados», el Presidio se convierte en un vértice vertiginoso que se traga a muchos y que arroja hacia la periferia a otros, destrozados, que más tarde el tumulto de las aguas volverá a llevar hacia el centro... ¡Y así, ya para siempre, hasta la muerte!...

Retazos de reflexiones sombrías que se le escapan a uno, como palomas negras, y caen sobre la blancura del papel. ¡Es mejor que se queden así, como parte de una acusación no ya a un hombre, sino a toda una sociedad cobarde y bribona, ruin y decadente, que derrama la leche artificial de su bondad en creches de crónica social, en orfanatos de recomendados, en beneficios de teatros, mientras la virginidad del niño se pudre en la promiscuidad de la pobreza y el corazón de los hombres, martillados en el Presidio, se trueca en llaga hedionda!... Acusaciones que se escapan, pero no contra los presos, purificados por el martirio, sino contra todos... ¡Contra todos los que pudiendo hacer algo no hacen nada!... Contra muchos de los que leerán esto y pensarán y dirán: «¡Qué horror!»... ¡y ahí terminará su esfuerzo!

Como una acusación perpetua de la maldad humana, de la crueldad del tiempo, conservo en la retina, clara, firme, fija, con todo de su figura vacilante y borrosa, la imagen de

Zabala, que entró en el Presidio en 1905 y allí vivió cerca de treinta años... Que tuvo distintos jefes, unos que no se ocupaban del Penal y otros que se ocupaban demasiado; que fue testigo silencioso de horrores indescriptibles; que vivió al lado de criminales sin paralelo; que conoció de vandalismos brutales, de astucias que repugnarían a una serpiente, de traiciones sin apelativo... ¡La figura de Zabala, para quien la historia de Cuba tenía un paréntesis mudo de treinta años durante los cuales nada había pasado en el mundo!... ¡Ahí estaba la figura de Zabala, con su frente agujereada por el suicidio, que inutilizó la perversa habilidad del cirujano, y que vio entrar en Presidio y salir de él miles de hombres, mientras él se quedaba! ¡Aquí está en mi imaginación, caminando por los corredores marmóreos y callados, con su uniforme de un azul tan desvaído ya, que parecía su contemporáneo de prisión; mudo, con su paño de limpieza en la mano, espantando las moscas del Hospital; silencioso como una sombra; autómata, anestesiado por la brutalidad del tiempo, que algún día, no hará tanto, salió por fin a la calle y se habrá perdido por el mundo para comenzar de nuevo la vida, a los setenta años, medio ciego, desconocido, inconsciente hasta de su imbecilidad, pero agarrado a la vida, como la raíz de un árbol seco a la tierra, ya estéril por el tiempo!... Contemplándolo un día, un preso, un hombre de treinta años, me dijo:

—Miren ese hombre... ¡Treinta años en Presidio... Y a mí me quedan treinta «almanaques»!... Voy a salir como él... viejo, impotente, ciego... sordo! ¿Para qué quiero la vida entonces?...

¡El Tiempo!... Ni el historiador ni el astrónomo saben lo que es el Tiempo. Sólo los que hayan naufragado en él, como los presos, pueden comprender lo terrible de su poder inalterable; su grandeza y límite...

¡Él, padre de la vida... único superviviente de la muerte!...

El Guanche*

*

Ahora que sopla el viento este, y pasan bajas y amenazadoras las nubes, y cae fina y cortante la lluvia, en rachas insolentes, me acuerdo del relato del Guanche... Me acuerdo de esto, ahora que sopla el viento este y el cielo está gris y no se puede salir a la calle...

Ahora, el mar debe estar lóbrego y amenazador, allá, entre los cayos, por los Canarreos, en el Golfo de Batabanó, y todo me hace pensar, aunque estoy en tierra firme, en aquella narración que me hizo Cuna en el Presidio Modelo, una noche de viento y lluvia ruda, que permitía hablar alto, sin que nadie nos escuchara, después del toque de silencio.

Y recuerdo no sólo el relato, sino cómo fue hecho y hasta muchas de las experiencias de aquel casi selvático narrador de brazos hercúleos, que salpicaba de gigantescos escupitajos su narración.

Y es que la aventura del Guanche había sido tan bravía y feroz que exigía un narrador semejante, de palabras puercas, y, como escenario, una noche de viento y tempestad en el Presidio Modelo, para que cobrara vigor de realidad... Por eso me viene ahora a la mente... ahora, cuando sopla el viento este...

Habíamos estado hablando de los presidios del mundo y de los distintos regímenes carcelarios, y uno dijo, como lo último ya:

—¡La Guayana!...

* *Presidio Modelo*. Octava parte. Cap. XL, ed. cit., pp. 401-406.

Mas nos había estado oyendo Cuna, el Viejo Cuna, como le decíamos, con su sonrisa entre despreciativa y burlona, y al oír mentar la famosa penitenciaría de la Isla del Diablo, habló, con su lengua procaz, llena de dicharachos, y acompañándose, según su costumbre, con singulares movimientos del cuerpo, la cabeza y los brazos.

—¡La Guayana!... ¡La Guayana es pinga al lado de esto, muchachos! ¡De la Guayana se ha ido la gente y de aquí no se va naidien!... Sí... porque se va mucha gente... porque le ponen la «forzosa»... pero para donde se van es para el otro mundo... ¿Porque a dónde carajo se van a ir?... Mira, una vez, cuando el ciclón de octubre, ni se sabe la gente que «ñampearon»... ¡Ni se... sabe!...

Y se dio gusto separando las sílabas, paradójicamente acusadoras.

—Además, en La Guayana lo dejan a uno fajarse y hasta matarse en último caso... Aquí, «te come» el soldado y por la más mínima cosa ya «estás listo»... ¡Estás jugando!... ¡Aquí, el que «pestañea pierde»!... ¡Esa Fuente Luminosa... ¡Ese Cocodrilo!... ¡La Guayana es mierda al lado de esto!...

Soltó un escupitajo, como una piedra, en el piso mojado por la lluvia... Luego se puso a hablar de los soldados y contó algunas cosas que otro día escribiré... Otro día en que un estímulo semejante a este del viento este, me traiga claros los recuerdos.

Porque aunque aquella noche nos hizo varios relatos de fugas, de atropellos bestiales, ninguno nos impresionó tanto como el de la aventura del Guanche.

Dijo:

—Sí, la gente puede irse, cómo no... Hasta machetes tienen y no hay que romper nada el cordón. Todo eso es cuento... ¡No van siempre las cuadrillas al monte a trabajar?... Ahí es donde se «pierden»... Mira... y hay muchos maricones aquí, porque si se pusieran de acuerdo un día... ¡Acabarían, así como lo oyes!... ¡A-ca-ba-rí-an!... ¡Compadre, si hay veces que eso da vergüenza ver como

un soldadito así, una zarrupia, le cae a culatazos a un hombre y los demás no hacen ni cojones por defenderlo!... ¡Y, además, esta isla tiene una suerte que ni el coño'e su madre!... Sólo tres hombres han logrado llegar a Cuba y a los tres los cogieron por verracos, asaltando bodegas... Sólo Tomás murió como un hombre... Sí, porque ya que te vas y te rifas la vida, hazlo bien y no te entregues, porque si vuelves ya sabes que «estás listo»... Mira, te voy a hacer un cuento para que tú veas cómo son las cosas aquí y la «mala leche» que tiene esto... La mejor manera que tiene esto, es que un soldado «te dé la mano»... Hay muchos de ellos que quieren y a veces se arrestan a la fuga. Pues bueno, una vez vino aquí un soldado castigado de Columbia y lo pusieron a cuidar las cuadrillas. Dicen que a ese sí le «roncaban»... Había hecho dos o tres barbaridades en aquel campamento y decían que había dicho «que él lo mismo las hacía aquí que allá»... ¡Le decían el Guanche y era un tirador del coño'e su madre!... Bueno... tenía una pila de medallas. ¡Ni el andarín Carbajal le hacía ná!...

Una vez tuvo que llegar hasta el río con tres presos para hacer no sé qué cosa. Pero que resultó que dos de ellos, creo, se habían fugado una vez junto con él de la cárcel de Güines y le dijeron que tenía que ayudarlos... Él entonces, al ver un bote, les dijo a los presos, de pronto, y sin pensarlo: «Bueno, muchachos... ¿se quieren fugar?»... ¡Dime tú!... ¡Decirle al ratón que si quiere queso!... Ahí comenzó la cosa, y lo primero que hicieron fue matar al botero, pero que fueron tan brutos que lo dejaron allí y a las pocas horas del cuento ya se sabía que se habían fugado... Pero, bueno, bajaron el río remando y con la ayuda de la vela, con viento favorable, los cogió la noche sin que los alcanzaran... Y hasta la Isla ni se veía ya y era seguro que se iban a escapar, cuando en esto un viento opuesto se levantó, ¡igual, igualito a este de ahora, y todo lo que habían adelantado por el día lo atrasaron por la noche!... No se viró el bote y se los comió el mar... Cuando vinieron a ver, a la madrugada,

estaban otra vez frente a la Isla, con un hambre y un cansancio que ya no podían más. El Guanche entonces decidió que de todas maneras había que bajar a tierra a buscar algo... —¿A buscar qué carajo?... ¡Aquí no hay más que palos...! ¡y palos secos!... ¡Aquí se muere de hambre un mosquito!...— Pero, bueno, agua tan siquiera tenían que tomar, y bajaron y se escondieron... Pero que fueron tan brutos, que en vez de hundir el bote o de esconderlo en el monte para irse otra vez, lo dejaron amarrado a la orilla, en el río Júcaro, y allí lo encontraron ese mismo día y cayeron en cuenta de que estaban por la Isla. Enseguida los prácticos y un cabo con unos cuantos soldados se pusieron a buscarlos. Pero el Guanche los había metido a todos en una cueva de la costa y de allí había salido a llenar su cantimplora de agua. Parece que era un hombre sin prudencia, porque cualquier otro hubiera pensado que le iban a tender una emboscada en la aguada, pero él se llegó hasta allá, por entre los montes, y en el preciso momento en que se agachaba al charco para llenar la cantimplora, sonó un disparo y el Guanche cayó al suelo... Pero que tan pronto como cayó jaló por la carabina y se aplastó en el suelo a vigilar... ¡El balazo le había dado en el hombro y podía tirar y decidió morir matando!... Como en efecto, como a los dos o tres minutos no se escuchaba en el monte más ruido que el de los pájaros, uno de los prácticos salió a explorar pensando en que estaría muerto... ¡Can!... El Guanche se lo llevó... ¡En esto, el otro práctico dio un salto para esconderse, y en el aire lo cogió la bala!... ¡Y van tres! ¡Bueno, así siguió el tiroteo, y para no cansarte, «limpió» al cabo y a dos soldados más y lo vinieron a matar cuando ya estaba muerto!... ¡Eso se llama morir como un hombre!... Se llevó por delante al cabo, a los dos prácticos, y son tres, y los dos soldados, son cinco... ¡Ah!... y el botero: ¡Seis! ¡Botó la pelota!...

Y Cuna, con un tártaro espíritu, se reía, con una admiración tan profunda por la muerte del Guanche, ¡que murió

como un hombre!, sólo comparable a la que pudiera sentir un artista leyendo la muerte de Sócrates en Platón...

Y cuando le preguntamos qué habían hecho mientras tanto los tres presos huidos, nos dijo:

—¿Qué carajo iban a hacer?... ¡Si eran unos ranas!... ¡Los mataron a tiros, dentro de la cueva, por pendejos!... E hizo un ¡ah! despreciativo que firmó con el estallido de un salivazo sobre el piso empapado por la lluvia.

Presidio Modelo, 14-10-932.

Una «fuga»*

La fuga ha sido siempre una de las formas —la más temeraria— de la esperanza del hombre preso.

La literatura se ha ocupado largamente del asunto, y, desde que el Conde de Montecristo logró escapar del Castillo de If, suplantando el cadáver de su maestro, el tema ha sido explotado con diversa fortuna, pero de manera sistemática.

Lo mismo ha ocurrido en el cine y se debe confesar que, como en tantas otras cosas, la ficción no ha hecho más que seguir los pasos de la realidad.

Evadirse, en efecto, es una de las torturas mentales del presidiario. Muchos, durante años, han venido labrando su oportunidad, con una paciencia única, de la que poco se habla en los libros, que, sin embargo, citan a los benedictinos y a los chinos como ejemplos clásicos: con la paciencia de los presidiarios.

La palabra fuga es como una ráfaga de libertad. Y los forzados de todas las prisiones del mundo, en momentos supremos, no han vacilado en recurrir a ella en busca de la libertad o para huir a la muerte.

Por las estepas heladas de la Siberia, expuestos al hambre de los lobos, se han fugado los presos; de la isla de Nueva Caledonia, perdida en la inmensa soledad del Pacífico, en botes frágiles, han huido los presos, arrostrando el hambre cruel y la locura alucinante de la sed en el mar ilímite...; de la Isla del Diablo, también se han evadido los proscritos, desafiando las tribus de indios cazadores de

* *Presidio Modelo*. Octava parte. Cap. XLIII, ed. cit., pp. 421-432.

blancos, la garra del jaguar y la mordida fatal de las serpientes... y de la Isla de Pinos, menos peligrosa pero más terrible, también se han escapado los reclusos, sin tener a quienes temer, pero sin tener agua que tomar; sin tener indios a quienes temer, pero sin tener nada que comer... De allí también se han fugado los presos, sin tener otra cosa que inmundos fangales por donde escapar y soldados de puntería infalible de quienes huir...

Pero en ninguna otra penitenciaría del mundo, como en el Presidio Modelo de Isla de Pinos, la innegable verdad de la obsesión por la fuga en los presos ha dado lugar a canalladas tan feroces y cobardes.

La inmensa mayoría de las fugas registradas han sido, como decían los presos «porque les ponían la forzosa»... Esto es, si no se fugaban los mataban, y, de morir quietos a morir corriendo, preferían correr, en busca de una imaginaria eventualidad favorable que nunca se produjo... En muchas ocasiones les anunciaban la hora en punto en que harían fuego sobre ellos... En muchas ocasiones, a los reclusos sus propios escoltas les daban determinado número de horas para «fugarse»... Y los presos tenían que huir, sin esperanzas y sin preparación, ciegos y aturdidos, como en vano salta el ratón, dentro de la jaula de alambre, mientras el gato lo contempla nervioso... Los presos de Isla de Pinos, huían como los venados dentro del monte, perseguidos por los perros y los tiros, sin rumbo, sin meta y sin otro motivo que el pánico... ¡Sólo con pobres animales indefensos, como el ratón y el venado, pueden compararse los confinados de Isla de Pinos!...

En las prisiones que estuve, como preso político, supe de algunas historias de fugas. En el Castillo del Príncipe, una vez, mientras presenciaba el entierro de un recluso, me llamó la atención una ceremonia final. Al pasar el ataúd de brazos de sus compañeros al carro fúnebre que lo trasladaría al cementerio, previamente, se colocó sobre unos burros de madera y allí vino el médico, destapó la caja y certificó que

el muerto era el muerto... Traté de averiguar a qué se debía tan singular reconocimiento y supe que una vez, como en el libro inmortal de Alejandro Dumas, un preso suplantó al cadáver y logró salir por el rastrillo...

En otra ocasión, estando en el rastrillo, el hecho de que registrarán la propia máquina del Supervisor de la Prisión, también me llevó a inquirir la causa, y supe que ello se debía a que un preso, con soberana paciencia, en los talleres, se había preparado alojamiento en la misma para salir de la prisión.

De Isla de Pinos, algunas fugas menciono en el libro. Famosa es la de los reclusos que se fugaron, y, no encontrando nada que comer, todas las noches volvían al penal y se metían en el comedor a abastecerse de víveres hasta que allí los mataron. Famosa es también la fuga del Guancho, que narro, y, más famosa que ninguna, la del Gibarito (Armando Denis Díaz), que fue el prófugo que más tiempo pudo evitar la muerte, pues vivió cuatro meses en libertad, burlando las emboscadas, hasta que, ya con el pelo crecido y ropa nueva, cuando iba a embarcar como un ciudadano cualquiera, un marinero lo abatió a balazos dentro del mismo pueblo de Nueva Gerona.

El Gibarito llevó un diario de su fuga, que era de un interés extraordinario. Quise conseguirlo para darlo en este libro, pero me fue imposible. Parece que era «demasiado» interesante, porque desapareció del sumario de la causa contra Castells.

A falta de él, el que lea el relato que sigue, podrá hacerse una idea de lo que fueron las fugas del Presidio Modelo. Luis Rivero Morejón era nuestro barbero, y era delgado, de mediana estatura, de color blanco anémico... Un poco rubio creo que era también. Nosotros le decíamos el Barberito, como a otros que ya habíamos tenido.

En todo el tiempo que estuve en el Presidio, nunca me afeitó y me peló sólo tres o cuatro veces, pero no fue sólo por esta razón por la cual yo no intimé con nuestros barberos.

Algo instintivo me hacía huir de ellos. Algo me indicaba que por medio de ellos se ejercía espionaje sobre nosotros. Puede ser que estuviera equivocado, pero el Presidio me enseñó el arte de la prudencia. Y, por lo menos uno —un viejo catalán—, mostraba tal «curiosidad» por nuestras cosas, que nos vimos en el caso de manifestarle al propio Jefe de Pabellón que sabíamos el papel que estaba desempeñando aquel hombre. Poco después lo cambiaron...

Mas ello no quiere decir que nosotros no mantuviéramos relaciones con nuestros barberos. Al contrario, había quien tenía especial predilección por charlar con ellos, y aun yo mismo, a pesar de mis prevenciones, más de una vez sostuve con los barberos largas conversaciones, y con algunos llegamos a tener bastante confianza. Ahora recuerdo a Morejón, a Luis Rivero, a La Rosa y a Santos, el tallista.

Pero de todos, el que más llamó nuestra atención fue Luis Rivero, que estaba anémico, flaco, y que era silencioso, casi sombrío.

Matías y Bartolo Barceló lograron, sin embargo, hacer intimidad con él, y pronto supimos que era un hombre que no nos venía a «preguntar», sino a «contarnos». Y supimos pronto también cuál era la razón de su aire sombrío... Luis Rivero tenía ese aspecto impresionante del hombre en quien se adivina un individuo dispuesto al suicidio. Y en sus acusaciones, que formulaba concretamente, se veía el fondo de quien se niega a admitir el silencio ante el crimen. Los horrores del Presidio le repugnaban. No era como esos presos —la mayoría— para los cuales esos horrores no tenían nada más que un mal: ¡la posibilidad de que ellos también fueran víctimas de los mismos!... Luis Rivero conservaba en el Presidio, irritada, la dignidad de la conciencia humana.

A causa precisamente de estas razones no tenía «amigos» e iba a tener que cumplir íntegra su condena. El pensamiento de que no sobreviviría a su condena le preocupaba intensamente y constituía para él una obsesión.

Su pobre constitución física, mal alimentado, presentía la muerte lenta del hombre que se depaupera. Y ante estas reflexiones, sus palabras eran más violentas y sus acusaciones más rudas.

Al solo nombre de La Yana su imaginación evocaba la muerte. Barbero, desmedrado, hambriento, de sobra sabía que no era capaz de resistir el bárbaro esfuerzo que representaba aquel trabajo inhumano de los castigados.

—Yo no resisto aquello una semana —nos decía—, y si alguna vez voy a dar allí, me fugo el primer día... Prefiero morir de un balazo, corriendo, a que se me pudran las heridas en la celda y a morir ahogado en el fango, muerto de fatiga...

Y un día le ocurrió lo que temía. Parece que para «negociar» por comida, o por el deseo de vestirse bien, muy frecuente entre los hombres de su oficio, Luis Rivero mandó una carta a su casa en la que pedía que le mandaran ropa, cuyo envío le notificaban en la última carta...

En Presidio era pecado mortal el pedir nada a la calle. Ni un sello siquiera. El Capitán Castells tenía el criterio cerrado de que ello no envolvía más que una explotación del hombre criminal para con su familia, y que esta no debía remitirle sino lo que buenamente quisiera. Y ni un sello se podía pedir...

Luis Rivero conocía esto bien, pero aguzando su imaginación, llegó a concebir la idea de «inventar» ese ofrecimiento de sus familiares; y, conociendo bien, asimismo, la memoria prodigiosa de aquellos hombres de la censura, por si a estos «no les sonaba» lo del tal ofrecimiento familiar en la última carta recibida para él, le añadió a esta, imitando la letra, una posdata en la cual relacionaba todo lo que quería pedir a su casa.

Efectivamente, a la censura «no le sonó» el ofrecimiento y le mandó a pedir la carta. Mientras la investigación se llevaba a efecto, él continuó prestando servicio en nuestro patio y le expuso su caso a varios.

—Si descubren la falsificación me enviarán a La Yana y me matarán. ¡Y antes de que me maten me fugo!

Nosotros adivinamos que aquel hombre haría buena palabra, y la tarde aquella, cuando lo vimos recoger en su bulto, con la calma de siempre, los polvos, las navajas, tijeras y correa de afilar, le dijimos adiós en la seguridad de que no lo veríamos más nunca... ¡Y no nos impresionó más de la cuenta al saber que iba hacia la muerte segura!... ¡Uno más!...

Su historia fue así:

En realidad, su caso allí era grave y algún severo castigo le hubiera caído encima de todos modos. Pero es que, para su mayor desgracia, una funesta circunstancia había venido a complicar extraordinariamente su situación. Vázquez Bello, uno de los grandes sostenedores del machadato, había sido escopeteado. Nosotros supimos la noticia al día siguiente. La censura, como siempre que ocurría algún desastre al Gobierno, extremó sus cuidados inútilmente. Rompió cartas y dejó de entregar muchas por cosas pueriles que ella sospechó se referían a la muerte de Vázquez Bello. A Carbajal, una carta que según parece esperaba con mucho interés, se le perdió y fue a reclamarla a Luis María, el «mayor». Ante las mentiras de este, Carbajal no se pudo contener y cometió el grave error de decirle:

—Mire, déjense de tanta historia, que ya nosotros sabemos que mataron a Vázquez Bello...

Esta imprudencia escapada concentró la atención sobre el barbero, que era uno de los pocos que podía habernos dado la noticia y fue conducido ante Castells. Con él sostuvo un diálogo:

—Usted ingresó aquí en el 1927 y venía portándose bien, pero ya se desvió...

—Comandante, me hacía falta... Usted me debe perdonar...

—Yo no puedo perdonar...

—Comandante... uno siempre tiene momentos en que no sabe lo que hace...

—Sí... yo a cada rato tengo de esos momentos y siempre me da por hacer algo bueno...

(Y Luis Rivero decía, para dentro de sí: «Tanta gente como estás matando... bandido!»...)

Castells siguió, en su típico lenguaje:

—Siempre aparece un «congo loco»... Por si acaso se revira, Periquera no da tiempo ni a tirarle «un cachito»... Trasládenmelo a la cuadrilla más mala... Sesenta días a sacar yana, nueve a ración corta y pérdida de la conducta...

Al cumplirse los nueve días de incomunicación en la celda y a pan y agua, Luis Rivero Morejón se había reafirmado en sus propósitos. Se dijo: «¡Para poca salud no quiero ninguna... De que lo estén atropellando, es preferible que lo maten a uno... si me dan un “claro”, “me quito”!»

Y una madrugada brumosa, débil y aterrado, tuvo que salir con la cuadrilla de los castigados... La cara feroz de los escoltas, el paso fatigoso a que los llevaban; la expresión cínica de muchos de sus compañeros; la de espanto en otros; la fría hostilidad del paisaje; el fango... En su cabeza giraban los hombres y los panoramas en medio de sus ideas fijas: la muerte y la fuga... ¡la fuga y la muerte!...

Cuando lo metieron por la sabana aguachenta, por las tembladeras, y el frío del fango se le pegó a las ropas, comprendió que su imaginación había acertado: él no podía resistir aquello... «la candela era muy brava»... Y cuando tuvo que correr por los yanales, erizados de astillas, con un leño a cuestras, hostigado por los soldados, concluyó que no podía dejar para otro día la fuga, porque cada hora que pasaba le arrancaba una porción de energía que con nada iba a recobrar...

Mientras desprendía raíces, cruzaba sobre el fango, transportaba los troncos y recibía insultos, su cerebro en marcha fraguaba el plan de la fuga, estudiaba el paisaje, pesaba las oportunidades, economizaba fuerzas... Y, cuando

llegó la hora del almuerzo, ya todo lo tenía listo: comería todo lo que pudiera, y, luego, procurando hacer reserva de fuerzas, sin llamar la atención, estaría atento al tiempo, para esconderse cuando faltara poco para la retirada y poder «perderse»... El soldado se daría cuenta pronto, pero ya él habría obtenido buena ventaja, y, además, la cuadrilla tendría que ser conducida al Penal y llegaría la noche...

Y llegó el almuerzo, y se tragó la harina hirviendo, hasta sentir dolor... Y llegó la hora, y tras de una pila de troncos se hundió en el fango y comenzó a huir... Poco después, los tiros y los bárbaros insultos del soldado, mientras otro, que era paisano suyo decía:

—A ese no se le puede matar... ¡Hay que cogerlo vivo!”

Por miedo a los cocodrilos y a los millones de cangrejos dejó los pantanos y, con enorme sigilo, cuidando los ruidos, como el relojero cuida los más pequeños tornillos, salió envuelto en fango a los caminos... De oscurecido, tendieron el cordón y cayó dentro de él... Esperó entonces, quieto, la noche... Con los ojos penetraba angustiosamente las sombras... Sabía que la emboscada era la muerte por sorpresa... Con un recelo inmenso llegó hasta el corral, para apagar la sed que lo angustiaba, y luego se fue hasta el guayabal a pasar la noche, espionando todos los rumores humanos del viento... Por el amanecer subió la Sierra, la cruzó y llegó hasta la Zona 2, cerca de Nueva Gerona... Se emboscó durante el día, y, al atardecer, vio cruzar un camión lleno de soldados que iban a apostarse... Pero no conocía nada de aquello y se empeñó en cruzar el puente... Un viejito escolta le salió al paso y le dijo: «¡Alto! ¡Vira para atrás, muchacho!»... ¡Estaba cogido!...

Por la carretera venía ya un camión como con veinte soldados y al verlo se tiraron para matarlo... Pero eran tantos que no se ponían de acuerdo... En aquel torbellino, Luis Rivero sólo estaba esperando la muerte... Pudieron al fin,

un sargento y un cabo, controlar a los soldados y se lo llevaron por la carretera, a pie, rumbo al Presidio de nuevo...

Sin embargo, Luis Rivero tenía que pasar aún nuevas angustias...

Casi al llegar al Presidio vieron venir una máquina. En ella iba el teniente Máximo Gómez Jorge, Jefe de la Compañía Provisional del Presidio y hombre implacable. Se acercó a la pareja y, sin mirar casi al fugado, le dijo, sin más preámbulo:

—Métnlo por ahí y mátenlo... ¡para que aprenda a fugarse!....

La pareja retrocedió con el preso, escogiendo el lugar para matar al prófugo y este, ante la nueva situación, iba ya estudiando la manera de escapar de ella...

En la primera curva de la carretera, el cabo le dijo, palanqueando el rifle:

—¡Párate ahí!...

Mas el otro argumentó enseguida, con cierto pudor:

—No, no, vamos a matarlo allá dentro... pa'la manigua...

Y lo llevaron por la carretera hasta frente al mogote llamado la Loma del Polaco, donde había en la cerca una especie de portadita...

Cuando le dijeron: «¡Abre la puerta y entra por ahí!»..., con rapidez vertiginosa estudió el paisaje... ¡Como a dos cordeles de la cerca estaba la esperanza de un montecito!... ¡Si cruzaba el espacio se podía salvar... Y abrió la puerta, ¡y antes de que la pareja lo pudiera evitar, arrancó en una carrera desesperada, loca, en zigzag, mientras los disparos le sonaban por la espalda... Cuando llegó al montecito, una nube le pasó por los ojos... ¡Estaba herido de bala de *Springfield*!... ¡Pero no podía vacilar!... ¡Los soldados lo perseguían!... ¡Conservó aún serenidad y, buscando una alcantarilla, se situó a la espalda de sus perseguidores y cruzó de nuevo para los terrenos del Presidio!... ¡Había comprendido que era imposible huir!...

Que había que buscar, como única salvación, el milagro dentro del mismo Presidio.

Se refrescó los golpes y limpió con agua la herida... ¡La fiebre lo iba acechando!... ¡El hambre!... ¡La sed!... ¡Iba a morir dentro del monte!... como un perro jíbaro... Entonces recordó que era amigo de un escolta de la Granja y cansado ya de luchar por la vida, se le presentó, dispuesto a morir.

Su doble fuga había causado sensación; su aspecto miserable, su herida, compadecieron al escolta y lo llevó a la presencia de Castells... Este supo que nosotros ya estábamos enterados del episodio y que estábamos pendientes de la vida del hombre en el Hospital... no hubo otro remedio que conservarlo vivo...

Y fue inútil que le enviáramos dulces y tabacos. Sus «compañeros» Lugo y Próspero se los cogieron todos... Si Luis Rivero fuera un barbero parlanchín. ¡Qué pocos colegas suyos tendrían tanta cosa interesante que contar!... Pero él apenas habla. Casi mudo lo dejaron sus recuerdos...

Las pupilas*

¡Las pupilas avanzan sobre el espectador... crecen, crecen... crecen... se agigantan... ocupan toda la pantalla los ojos enormes!...

No hay más claridad que la que se desprende de ellas... ¡Y en una superposición consecutiva de imágenes, sobre los ojos dilatados, convertidos a su vez en pantalla, se abre el escenario bárbaro y el cruel y angustioso episodio comienza a desarrollarse!...

Charcas de fango negro, cubiertas a trechos por costras de lamas verdosas, fermento de las pudriciones... Palmas jatas, urdimbre de las yanas, pujanza, espléndida y verdecida de los manglares... ¡A lo lejos, un guanabá gris desliza su velo majestuoso!...

Comienza a oírse un rumor creciente. De vez en cuando, gritos indescifrables también se escuchan... ¡Se ve avanzar la fila!... Es un plaf plaf precipitado, casi de fuga, el que traen los hombres saltando sobre el lodo tembloroso y traidor... Traen sobre los hombros leños inmensos, de corteza áspera... La sangre les brota a cada movimiento y se les mezcla con un agrio sudor interminable... El chapoteo en el fango les salpica por todos lados... ¡También el fango se les mezcla con el sudor y la sangre!... Los leños son enormes e irregulares... ¡Algunos, como hormigas humanas, llevan una carga mayor que ellos mismos!... La fila se prolonga... Un negro poderoso trae él solo una gigante raíz de yana... ¡Los primeros, los más potentes, humillan las glorias de Caupolicán!... ¡Muchos llevan ya meses cargando leños grávidos, sin que les tiemblen las rodillas,

* *Presidio Modelo*. Novena parte. Cap. XLVI, ed. cit., pp. 493-496.

domesticadas por el hambre y el terror!... ¡Al soldado a veces esto le da tanta rabia como la debilidad de los hombres y, furioso, como el niño malcriado que desbarata un juguete para saber por qué suena, de un balazo en el cráneo acaba con aquel inverosímil dinamo de energía!...

¡Pero la fila es terrible al final!... Los primeros hombres, los fuertes, soplan, rugen al respirar, como atletas cansados con un vaivén de oleaje en los brillantes músculos del estómago; los últimos hipan, sollozan, tienen espasmos agónicos en el alentar desesperado... La fila entera, desde la cabeza a la cola, es una canción del esfuerzo que muere... ¡Que muere asesinado!...

No se oye una voz... ¡No se oye más que la queja de los pulmones!... Al fondo, de pronto, irónica, sarcástica, cruel, casi divertida, se escucha la cantinela de la muerte... Es el cabo que se dispone a hacer algo.

¡Resbala... resbala... resbala y se levanta!... Resbala... resbala... resbala... ¡Cae y se levanta!... Resbala... Resbala... Cae... ¡Y no se levanta más!... ¡Algunos, los que aún están fuertes, sonríen con el bestial y humano egoísmo del que no ha de morir tan pronto!... Pero al fondo de la fila se ha entablado la más angustiosa de las competencias que ha habido nunca... Los hombres se disputan el último lugar... ¡Y al que se quede en él definitivamente, la muerte lo alcanzará por la espalda!... ¡Los troncos les aplastan los hombros y se hunden en el fango, pero ni Jesús Andreu ni Daniel Pérez Díaz flaquean!... ¡Detrás, gozando con el espectáculo, como quien ve el final de una carrera de cien metros, el escolta trata de seleccionar para quién será la bala que tiene en el directo!...

¡Daniel Pérez tiene las piernas destrozadas; ya las uñas, a punto de desprendérsele, le encharcan de sangre y agua el zapato roto!... ¡Pero es joven y tiene un furioso deseo de vivir!... Jesús Andreu sabe que está castigado, que puede prolongar la vida un día más si consigue pasar a su compañero... ¡Si logra que la bala sea para este!...

¡Cada uno, en la desesperación de vivir, se hace cómplice secreto del asesinato del otro!... ¡La competencia macabra se prolonga, interminable, como un hilo desenrollado de un carretel!... ¡Pero el hilo se acaba y suena el disparo!... La fila entera, como si fuera un caballo que recibiera un latigazo, da un arranque eléctrico, se hace más ágil... ¡Los leños les pesan menos a los hombres!...

Los dos hombres del fondo de la fila sintieron en la misma milésima de segundo el impulso intuitivo de acelerar el paso en un esfuerzo extrahumano... ¡Pero sólo uno se dio cuenta de que no caía, de que volaba por sobre las charcas, como si comenzara a trabajar!... ¡Una alegría indescriptible lo invadió!... Pero para convencerse de que no estaba muerto, lanzó una relampagueante mirada de refilón... ¡El otro estaba en el fango, con el cráneo destrozado!... ¡Luego, el cabo Canals quiso obligar «a la cañona» a Tomeguín y a Sandalio a que cargaran el cadáver hasta la palmita de los muertos, de los fugados!...

Las pupilas se disuelven en la pantalla y Daniel Pérez Díaz, el 13 876, está hablando conmigo... ¡Podría estar muerto!... ¡En sus ojos, iluminados por el terror retrospectivo, he reproducido la escena mucho mejor que con sus palabras inolvidables!...

Él no sabe que yo tengo tres de sus angustiadas cartas al médico del Penal, doctor Francisco Santiesteban, suplicándole que intercediera por él. En una, al final, le hace un desesperado llamamiento en unas conmovedoras líneas que acaso, para comprender en toda su intensidad sencilla, es necesario haber estado en el Presidio.

Le dice:

Se me olvidaba decirle, que yo fui el que le dije adiós desde lejos el domingo. Vi a su niño, ¡qué gracioso está y qué lindo! ¡Que Dios lo guarde!... También lo vi el día de Viernes Santo por la mañana, iba en los brazos de su aya...

¡Si alguien pudiera comprender, pudiera «ver» esto!...

¡El grito!*

¡El padre oía el grito!...
¡Quinientos hombres de la circular también lo oían!...
¡Y todos tenían agua para darle al sediento y no se la podían dar!...
—¡Papá, que me muero de sed!...
¡El pobre también tenía agua que darle!... ¡Con sólo las lágrimas que le brotaban de los ojos le habrían calmado la sed al hijo!...
—¡Papá, que me muero de sed!...
¡El grito, como un pájaro herido, huía desde lo alto, desde las celdas asesinas del sexto piso, y se desplomaba contra el patio de la circular!...
¡Con el estremecimiento del padre anciano, toda la circular número uno temblaba!... ¡Y el pobre viejo ni al grito podía responder!
¡La esperanza, la estúpida y cruel esperanza, la cómplice más vil de los asesinos!... ¡La esperanza, responsable única de que tanto hombre contuviera sus ansias vengadoras!... ¡Si no llega a ser por ella, por su traición, cuánta puñalada merecida no se hubiera dado en el Presidio por centenares de hombres que esperaron, para convencerse de la fatalidad de su sentencia, a que la muerte se la notificara!...
¡Escolástico Kindelán!... ¿Por qué no acabaste a puñaladas con los que te impedían llegar hasta arriba?
¿Por qué no mataste a Durán después que murió tu hijo?...

* *Presidio Modelo*. Octava parte. Cap. XLVIII, ed. cit., pp. 500-502.

¡Primero fue la esperanza, la gran prostituta de los deseos!... ¡Después, el abatimiento, ese afeminamiento de la voluntad!...

¡Y tu hijo se murió de sed!... ¡Lo mataron de sed!...

El pobre muchacho se tomó primero, como todos, poco a poco, economizándola, el agua que se asienta en la taza del inodoro de la celda... Después, le cortaron el paso del agua y la sed lo angustió... ¡Quién sabe qué esfuerzo no hizo para evitar la desesperación!... ¡Para que el padre no se desesperara también!... ¡Pero no pudo más y gritó!...

—¡Papá... que me muero de sed!...

¡Gritó con la desesperación del que se muere, con la angustia del que lucha porque siente el tantálico tormento de oír correr el agua en la celda vecina y no poder tomarla!...

Dicen que aquel día, el padre pidió permiso para quedarse en la circular, para estar más cerca de la agonía del hijo, y no se lo concedieron... Y por la tarde, a las tres, los asesinos entraron en la celda: ¡Amado Kindelán Sánchez, el 12 506, con la horrible lengua fuera, lamía, muerto, la cruel sequedad del piso!... ¡Del piso que tantas otras inútiles veces había estado tan húmedo!...

¿Qué cosa le haría a Durán, el «mayor» Durán, que también lo fue de nosotros, y que era tan insignificante, para que este optase por tan terrible castigo?...

¡Pero qué fantasía tengo yo!... ¿De qué vale, entonces, el certificado médico del íntegro doctor Santiesteban?... ¿Fue de edema de los pulmones de lo que murió Amado Kindelán, el 7 de marzo de 1929?...

Un antropófago*

Por las laderas de La Guinea, la loma mayor de la Sierra de Caballos, al fondo del Presidio Modelo, bajábamos nosotros y frenábamos el impulso de la rápida pendiente agarrándonos de los troncos de los ceibones y de las matas de plátano.

Ya casi al llegar abajo, un negro joven y sonriente, un típico negro de Santiago de Cuba, nos salió al camino. Venía de retirada de su trabajo, de limpiar los platanales, y, por ir hablando algo, al paso le pregunté que si había estado en La Yana.

Se sonrió más aún —la sonrisa era su costumbre, parece— y dijo:

—¡Una vez el cabo Quintero me llevó el sombrero de un balazo!... ¡Por suerte, al segundo tiro se le escasquilló el rifle y ese mismo día me dejé caer un leño en el pie para no tener que volver al día siguiente!...

Pero yo estuve dos veces... ¡Una vez vi cuando, a José de la Cruz, el cabo Claudino García le hizo comerse su porquería!... ¡Le puso entonces el pie en el pescuezo y le restregó en ella la cabeza!... ¡Al día siguiente lo mataron!...

¡Y otro, que no me acuerdo, lo hizo pasar con un renuevo de mangle, de parte a parte, y como un macho asado así lo trajieron desde la ciénaga!...

¡Y Pedro Ríos, el 11 827, me lo contaba todo, sonriendo, como si lo pasado no despertara en su imaginación insensible ningún estremecimiento trágico... (¡Acaso, acostumbrado a la bárbara realidad de la vida, pensaba con

* *Presidio Modelo*. Novena parte. Cap. XLIX, ed. cit., pp. 503-505.

ironía cruel que nada devolvería ya la vida a aquellos infelices y que la protesta y la acusación serían cosas inútiles!...)

Pero Pedro Ríos vio más y le sucedieron más cosas. Vio cuando a Jíquima, el negro de Victoria de las Tunas, por pedir agua dos veces, el cabo Quintero, como en un tormento medieval, le llenó el vientre hasta ponérselo tenso, igual que un tambor, y se le subió encima, pisoteándole el estómago... ¡Le dio un baño de María... botaba el agua... sucia!... dice Ríos...

¡Mas, a Pedro Ríos aún tenían que sucederle cosas más extraordinarias que la vulgaridad de que una bala le llevara el sombrero!...

Y cuenta, siempre sonriendo:

—¡Al día siguiente a lo de Jíquima, a Raulito (Raúl González Aguilera, 13 621), un muchacho blanco, joven, se le ocurrió botar un pedacito de pan!... El cabo lo vio y le dijo:

—El pan es bendito... No se bota...

—Nosotros estábamos comiendo allí, en el descanso. ¡Sonó el tiro y Raulito se dobló!... Tenía un hoyo así en la cabeza... ¡Todos los sesos se le botaron!... ¡Entonces el cabo hizo que yo y otro muchacho recogiéramos los sesos y se los echáramos dentro del hueco de la cabeza!... Los recogimos, así, como pone uno las manos juntas para tomar agua... ¡Pues igual!... ¡Y cuando acabamos me fui a limpiar las manos, aunque fuera en el agua sucia, para seguir comiendo!... Pero el cabo me dijo:

—¡Qué!... ¿Tienes asco?... ¡Vamos! ¡Cómete el pan, negrito!... ¡Cómete el pan!...

—¡Y me tuve que comer el pan embarrado con la sangre y con los sesos de Raulito!...

El negro Arroz Amarillo*

Mientras La Rosa afeitaba a uno, yo escucho los cuentos que no se olvidan... El del pobre negro Arroz Amarillo; el de la muerte de el Imperial, que era un niño... que era un chiquillo para todas sus cosas y que la Comisión lo metió en una celda por la tarde y por la noche se ahorcó... Y aquel cuento tan doloroso del infeliz que castigaron a morir de hambre, y que gritaba: «¡Ay mi madre!... ¡Ay mis hijos!... ¡Denme qué comer que me muero de hambre!»... ¡Y el pobre, como a los quince días de castigo, cuando ya no podía ni tenerse en pie, le levantaron la pena y lo sacaron a trabajar dentro del cordón y allí, sobre la yerba menuda, se cayó muerto, apenas le dio el primer rayo de sol!...

La Rosa, cuando fue barbero de la cuadrilla de los castigados, presencié espectáculos inauditos. Nunca podrá él olvidar al cabo Quintero, el que mató al pobre negro Arroz Amarillo... ni a José Ramón, ni a Barcos, ni al Indio, ni a Albertico, ni al haitiano Clark, el feroz capataz...

¡Lo que él vio aquel día nunca se puede olvidar!...

Desde entonces le habían puesto a aquel negro Arroz Amarillo... desde la vez en que, hostigado por el hambre, se le ocurrió llevar «refuerzo» al trabajo, y se llenó los bolsillos del arroz amarillo que daba el penal, para comérselo a puñados en las horas de mayor agotamiento...

¡Y era un negro simpático!...

* *Presidio Modelo*. Novena parte. Cap. L, ed. cit., pp. 506-508.

¿Por qué sus compañeros le hicieron aquella «maraña» y «asisañaron» al cabo para que lo matara?...

Siempre hubo en las cuadrillas de los castigados alguno que, para rehuir la muerte o el rigor implacable del trabajo, descendiendo a cobardías y bajezas increíbles, fraternizaron con los escoltas que asesinaban a sus compañeros. En su complacencia, ellos mismos se encargaban de buscarles víctimas a los tiradores «expertos»... Y procuraban escogerlas entre aquellos que no eran sus amigos, que tenían que ser sus enemigos, porque no podían estar de acuerdo con la lóbrega oscuridad de sus almas...

Arroz Amarillo fue una de estas víctimas. Por sabe Dios qué razones, habían indispuerto al cabo Quintero con el negro, que era un buen trabajador, y esa vez le empezaron a llenar la tina de fango hasta un punto que ni el mismo Hércules hubiera podido realizar el trabajo...

Pero Arroz Amarillo sabía que la vida le iba en poder terminar aquel día el trabajo, y los esfuerzos que hacía para sobrellevar el peso enorme eran extraordinarios... Sobre la cabeza, sobre los hombros, llegó a sustentar una verdadera pirámide de fango... ¡La tina que apenas si podían izar hasta sus hombros entre los cuatro traidores envilecidos, la tenía él que llevar, porque la vida le iba en ello!... Pero ya las piernas le temblaban como si hubiera frío, y a cada nuevo viaje sus fuerzas disminuían y los «compañeros» le aumentaban la carga inmundanda... La Rosa no se pudo contener y le dijo a Quintero:

—Cabo, ¡ese compañero no puede más!...

—¡Cállese la boca, porque a usted mismo lo matamos aquí!...

—Cabo... ¡A ese hombre lo han matado!...

Y el pobre Arroz Amarillo vencido, más que por el peso por la crueldad infinita, había caído en el fango, flácido, ya con el deseo de la muerte...

Y le pusieron encima la tina, y la llenaron de fango, y los cuatro «compañeros», José Ramón, Baracoa, el Indio y Albertico, mandados por el cabo, se le pararon encima...

Y se fue hundiendo en el fango negro... En el fango que se mezcló con toda la porquería verdosa que le salía de la boca en los estertores de la agonía...

Así murió el pobre negro Arroz Amarillo. Y La Rosa, que no olvida aquel momento terrible, mientras continúa afeitando a un compañero, me dice:

—Oh, ni en quince días... Todavía le dicen a usted y no le dicen todo lo que pasó aquí...

La mordaza*

Cuando yo la vi, ninguna conmoción me sobrecogió. Era de cuero, fuerte, con una hebilla de hierro para cerrarla por la nuca, y por el frente, a la altura de la boca, formada por varias capas superpuestas, tenía una especie de tacón que obligaba a la lengua a retroceder, atropellada, contra la glotis, produciendo una asfixia lenta y desesperante. En esta pieza se notaban, con toda claridad, dos cosas espeluznantes: los dientes de los amordazados se habían clavado con tanta rabia en el cuero que su huella persistía indeleble a pesar del tiempo; parecían las marcas de los pasos que deja un hombre al marchar por un camino reblandecido por la lluvia...

Pero todavía era capaz de producir una emoción más violenta el contemplar las huellas de la sangre, de las convulsiones agónicas, con un color ya casi negro, sobre el sucio carmelita del cuero, semejantes a borrones de tinta sobre papeles viejos...

Y, sin embargo, ninguna conmoción me sobrecogió... Ni porque el escenario donde la examiné era el más propicio a las funestas evocaciones, ya que fue en la casa del capitán Castells; en su mismo cuarto, en donde tantas cosas macabras se planearon. Es más, la mordaza la sacaron de la propia mesa de trabajo del Capitán para enseñármela...

¡Y ninguna conmoción me sobrecogió!...

Pero más tarde, descansando en mi cuarto, tirado sobre la cama, con la cabeza calenturienta por la búsqueda de tanto dato trágico, a plena luz, a pleno día, me ocurrió algo

* *Presidio Modelo*. Novena parte. Cap. LI, ed. cit., pp. 509-513.

de lo más extraordinario que jamás me haya pasado: ¡tuve un sueño despierto!...

Yo, que sólo recuerdo haber tenido un sueño en mi vida, allá en la infancia, he sido propenso, por el contrario, a crear extrañas fantasías y singulares elucubraciones en la hora preliminar del dormir. Pero siempre lo he atribuido a una imaginación inquieta, estimulada por las lecturas o por los sucesos. Esta vez, no obstante, no se trataba de nada de eso. Simplemente, estaba descansando, sin deseos ningunos de dormir, con conciencia plena de mí.

Fue de pronto que me puse a pensar en la mordaza, en los dientes clavados en ella y en la sangre, ennegrecida por el tiempo.

Me sucedió entonces que adquirí la convicción absoluta de que quien estaba pensando no era yo, sino otro yo que no era yo mismo... Algo muy raro, lo comprendo, pero absolutamente cierto.

Y vino lo inaudito: primero pensé en la mordaza -es decir, pensaba el otro yo que no era yo- enseguida, en los dientes clavados en ella y en la sangre... ¡E inmediatamente después los dientes se adhirieron a sus maxilares, los maxilares se completaron en las cabezas y las cabezas en las figuras de los presidiarios martirizados!... ¡Y todo aquel conjunto aterrador, se puso a gesticular, primero, a aullar después, a quejarse con sobrehumanos gemidos, con desgarradores lamentos... y dirigidos todos a mí, amontonados sobre mis ojos dilatados, unos me imploraban venganza, otros me increpaban por mi silencio; aquellos me suplicaban un recuerdo para la madre lejana y otros lloraban sobre mis ojos lágrimas ardientes de cólera, de pena, de pavor, de angustia!... Es inenarrable, verdaderamente. ¡De pronto alguna cara se destacaba del conjunto y se aproximaba a mis pupilas y en ellas lanzaba un grito agudo, un chillido de pánico, y se alejaba!... ¡Otras veces, aunque era completamente de día, la oscuridad de la noche rodeaba los contornos, y los ojos fosforescentes de

un preso taladraban los míos en una súplica aterrada!... ¡Y una vez, de una de aquellas bocas convulsas, por las comisuras de los labios, fluyó la sangre, hirviendo y lenta, y me rodó por la cara como una lágrima incendiada!...

Sumido en el singular estado que he descrito, observaba con atención, pero sin emocionarme de modo extraordinario, la crisis violenta que el espectáculo provocaba en el otro yo que no era yo mismo, y esperaba que todo acabaría pronto, cuando ocurrió algo más fantástico aún. Ocurrió una regresión; mejor pudiera decir, una fragmentación del grupo.

Todos se callaron y uno solo se puso frente a mis ojos, mientras los demás me miraban con ojos severos, llenos de una tristeza indescriptible. Y el que estaba frente a mis ojos comenzó a agitarse en convulsiones terribles, y a tomar su rostro espantosas figuraciones del dolor. En su cara el miedo vibraba como un grito. Y todo el cuerpo le temblaba con estremecimientos como de la fiebre. La mordaza tapaba su boca y la angustia de la asfixia contraía su rostro e hinchaba las grandes venas del cuello hasta ponerlas tensas y moradas, como gajos de arbustos... ¡Por los bordes de la mordaza, gritos estrangulados borbotaban, y con un babeo asqueroso, espumoso de saliva y de sangre, se le escapaban fragmentos de súplicas y maldiciones!...

¡Un hombre se fue sustituyendo por otro: caras negras que se ponían verdosas, violetas, rojo profundo; caras mulatas que se ponían pálidas, lívidas y caras blancas, amarillas por la anemia, que en un esfuerzo desesperado adquirirían un rosado de enfermedad!... ¡Y ojos, eternos ojos de angustia, inflamados por el esfuerzo, rojos por el llanto o la cólera, dilatados por el terror!... ¡Gritos ahogados por las mordazas, insultos abortados en la lengua estrujada por el cuerpo, sangre saltada de las encías por la rabiosa presión de los dientes sobre el taco!...

¡El grupo todo se agitó con estremecimiento aún más terrible cuando la evocación vino a completarse ante mis ojos, que comenzaron a ser los míos!...

Los «mayores», los repulsivos «mandantes» surgieron de las mismas bocas babeantes de los martirizados, cobraron vida real, se perfilaron sus figuras y sus rostros bestiales, y vi a Badell, a Domingo el Isleño, a Gómez Montero, a Durán, Oropesa, Cabodevilla, Chilango Morales, Walfrido y toda la siniestra cohorte de asesinos, acercarse a los presidiarios atormentados, tirárseles al cuello, estrangularlos, golpearlos brutalmente, arrojarlos contra las paredes y los pisos, mientras los infelices sangraban, impotentes para defenderse ni gritar siquiera...

Al fin, una convulsión profunda me conmovió y di un salto en la cama... Como ratas huyeron los asesinos, pero ante mis ojos persistió la imagen de los infelices atormentados con los rostros más conmovedores que nunca, más imploradores también de venganza...

Y se esfumaron poco a poco, como si se alejaran, y sus quejidos se fueron diluyendo en el silencio pensativo de mi imaginación atormentada.

Los recuerdo bien. Su aparición fue para mí como un mandato de mí mismo, y haré que la ignominia caiga sobre los asesinos. Es todo cuanto yo puedo hacer.

La única hazaña del médico rural*

El pueblecito de Omaha, aparte de un parecido casi perfecto con los villorrios del Oeste americano que el cine nos ha dado a conocer, es exactamente igual a todos los pueblos de Oriente, de Cuba y, supongo yo, a todos los pueblos pequeños del mundo.

Su parecido con los villorrios que en el cine constituyen los teatros de las estupendas hazañas de Tom Mix, Buck Jones, Elmo Lincoln, William Hurt y otros, depende probablemente de dos causas. La primera, a las condiciones del terreno que se extiende en dilatada llanura por los cuatro puntos del horizonte, dando ello motivo al fomento del ganado. Es esta, sin disputa, la parte de Cuba en que hay más caballos, en donde son más briosos, y por consecuencia natural, donde los jinetes son más diestros y arrojados. Y, la segunda, porque en años pasados, no muchos, hubo de establecerse en él una pequeña colonia americana que dedicó sus actividades al cultivo de frutas, especialmente al de toronjas y naranjas. Esta colonia desapareció cuando la Chambelona ofreció una oportunidad a toda clase de bandidos para destrozar por gusto y para apoderarse de lo ajeno. Los plantíos fueron arrasados, y muy pronto los espléndidos naranjales fueron ahogados por el constante crecimiento de bejuco y hierbas a los que ninguna mano amiga trató de extirpar. El pueblo de Omaha quizás hubiese desaparecido en aquella época junto con los americanos que lo fundaron, si no se desarrolló, como se desarrolló, el negocio de la explotación de maderas recias de

* Escrito en 1923. No publicado con anterioridad. Parece ser el texto narrativo más antiguo de Pablo de la Torriente que se conserva. (N. del E.)

las que eran, y son, muy ricos los inmensos territorios que cubren los bosques casi vírgenes de la región.

El pueblo no ofrece nada de particular aparte de esto. Posee una anchísima calle central, en la que, los domingos y días de fiestas, los jóvenes del pueblo, que sueñan lo mismo o más que los jóvenes de la ciudad, montados en sus briosos corceles, con enormes revólveres al cinto, sombrero tejano, camisas a cuadros y polainas enormes con relucientes adornos plateados, lanzan sus caballos en carrera desenfrenada, dejan, como al descuido, caer el tejano, y haciendo maniobrar hábilmente a la bestia, viran rápidamente y a galope tendido recogen el sombrero del suelo. Después hacen apuestas y más tarde, cuando están reunidos tres o cuatro jinetes acordando cualquier plan o acordando ninguno, un gracioso saca su revólver y lo dispara al aire: los caballos, de suyo majaderos, relinchan, se encabritan, corcovean, y por fin se desbocan, todo lo cual regocija a los jinetes porque se les presenta oportunidad de lucir sus habilidades, y dominando por fin al caballo queda demostrado una vez más que el hombre es el rey de los animales.

Con estas hazañas los jinetes se consideran superiores a Tom Mix. Esta misma juventud, por la noche va a cualquiera de las dos fondas que hay en el pueblo y allí, en oculto rincón, pierde o gana cincuenta, cien o docientos pesos al póker.

El pueblo contaba con los servicios de un barbero charlatán; de un boticario flaco y ladrón; de un médico en combinación con el boticario; de cuatro o cinco bodegueros que le sacaban el jugo hasta a un hueso de jamón abandonado por un perro; de dos fondas sucias; de una estación terminal; de una iglesia Bautista; de un par de talleres de aserrar maderas y de algún otro comercio.

Las muchachas son casi tan raras como lo son los tranvías limpios que hay en La Habana.

En este preámbulo, ya demasiado largo, he hecho indirecta mención de los dos protagonistas de este drama

que narro y ello me ha traído, como de la mano, a entrar de nuevo en el asunto.

He aquí los protagonistas: el médico y el dueño de uno de los aserríos.

El médico era un hombre alto, bien conformado, aunque algo grueso, y de bellas facciones en las que se podía notar algo así como afeminamiento, o si se quiere, aspecto aniñado. Hacía poco tiempo que dejara las aulas universitarias y era, por tanto, joven. Era casado con una muchacha de la alta sociedad, a la que también él pertenecía. Vivía solo en el pueblo.

Hablando imparcialmente, el físico de él podía impresionar a cualquier mujer.

La parte moral era un desastre.

Dejando a un lado que pronto se comprendía que era necio, bruto, ignorante e impertinente, nuestro médico, llamémosle Eduardo, poseía estas magníficas cualidades: el vicio del juego lo dominaba, el ron era su amigo con frecuencia y era tan explotador de los pobres como atrevido y cobarde. Ganaba una barbaridad de dinero, porque siendo el único médico que había, de todos los contornos le llegaban enfermos a los que cobraba exageradamente la consulta, de la que siempre se derivaba una porción de recetas en las que iba al partir con el boticario.

Pero era su cobardía lo que resaltaba sobre todas sus demás brillantes cualidades.

En un pueblo como aquel, en que flotaba un ambiente de valor de película y el que no hubiese hecho algo no era bien mirado, la cobardía del médico pronto se hizo notar, brindando una oportunidad de distracción a los jóvenes que no tenían otra que hacer piruetas a caballo o perder y ganar al póker.

Le hicieron maldades que degeneraron en escenas comiquísimas.

Una vez, cuando estaba jugando en la fonda, entraron en su cuarto y le dejaron un papel amenazándolo de muerte para esa noche a las doce. Volvió corriendo a la fonda, en

donde ya estaban los bromistas autores de la amenaza, y tembloroso les dio a leer el papel. Armados de pavorosos revólveres y poniendo las caras como si se tratase de algo tremendo, lo acompañaron a su habitación, poniendo guardia en todas las puertas. Allí pasaron la noche tomando a costillas del médico, no sin dejar de ponerlo en sobresalto a cada momento con ruidos hechos adrede o con ficticias amenazas de retirada.

Otro episodio, el que voy a relatar, lo consagró.

Un día, con mucha cautela le sacaron las balas del revólver y le sustituyeron el plomo y la pólvora por arena y cartón. Cuando llegó la noche, y después de terminar el juego, el médico, que había ganado un buen chorro de pesos, se retiró con mil precauciones, y después de cerrar bien puertas y ventanas, se acostó dejando el arma sobre la mesa de noche. Pasada una media hora, empezó a sentir unos ruidos extraños, que le alejaron el sueño por completo. Cesaron. Más tarde recomenzaron y después volvieron a cesar.

El susto estaba preparado magistralmente.

El terror del médico aumentaba por momentos y de buena gana hubiera gritado si algo no le apretase la garganta. Se había sentado en la cama y con los ojos desmesuradamente abiertos miraba a todos lados a un tiempo. Veía en las sombras, como un gato. El corazón, latiendo apresurado, lanzaba la sangre a la cabeza por torrentes que le producían el efecto de martillazos dados por un carpintero, diminuto, pero fuerte, que moraba en su cerebro. Las manos, por el contrario, estaban heladas y sudorosas. Malamente sostenían el revólver.

De pronto, después de un prolongado y angustioso silencio, sintió el ruido de pasos que inútilmente se tratan de amortiguar cuando se dan sobre maderas que ceden al peso. Los pasos cesaron en la puerta de su cuarto y sintió, presa de un espanto sin límites, un breve y apagado rumor de voces... Luego, una llave introducida en la cerradura abrió la puerta lentamente, produciendo un chillido débil pero continuo

que crispó los nervios del médico, el que al ver penetrar en el cuarto a tres enmascarados, en un supremo esfuerzo apretó el gatillo, una, dos, tres, hasta las seis veces, sin que naturalmente saliese bala alguna. Creyendo ver en cada enmascarado un asesino, se arrodilló suplicante en la cama y balbuceando, como cualquier niño que se ha portado mal, pidió perdón y dijo que no lo volvería a hacer. Esto sin que nadie le dijese que había hecho algo malo. Los enmascarados, enmascarando también la voz, y a punto de soltar las carcajadas, le exigieron que se ensuciase en la cama si quería salvar la vida; pero la orden era ya inútil, porque el hombre hacía rato que lo había hecho, como así lo expresó.

El dueño del aserrío, hombre joven, y que no ofrecía nada de particular para nadie, era por el contrario y como sirviendo de anverso a la medalla que forman los dos protagonistas, un hombre que presumía y era valiente. Las hazañas de él eran inversas a las del médico.

Se había entrado a tiros con dos o tres poco menos que por gusto; los caballos más indómitos eran mansos corderos bajo el arco de sus piernas; perdía generosamente el dinero y lo recogía con desdén cuando ganaba; su pulso era infalible y el vino y el ron eran para él agua pura y cristalina. En resumen, un *cowboy* pendenciero y valiente. Había sido el jefe de todas las maldades al médico y lo despreciaba cordialmente, como sucede siempre entre un valiente y un cobarde. Era rico y se casó con una muchacha bonita con la que estaba metido de verdad.

Como ya dije, las diversiones del pueblo se reducían al juego, los caballos y las maldades al médico. El programa no era muy variado, pero lo alternaban sabiamente.

Estaba de turno el cobardón. La oportunidad se presentó una noche en que no fue a jugar, y allí, a medianoche, el dueño del aserrío propuso esta maldad: lo irían a buscar y lo obligarían a batirse, de mentira por supuesto, con él, que estaría debidamente disfrazado. La broma agradó y allá se fueron todos, penetrando en la habitación del médico tocando

antes, no fuera cosa de que disparase en su nerviosidad. Pero al entrar no encontraron a nadie y con verdadero sentimiento se retiraron, pensando que habría salido a hacer alguna visita en el campo.

Después de hablar de cosas vanas un corto rato, los expedicionarios se retiraron a sus respectivas casas.

El dueño del aserrío se retiró también a su casa, que estaba cerca de la del médico, sin pensar en nada, como les sucede muchas veces a los hombres que no tienen preocupación alguna.

Como era ya algo tarde, aunque no tanto como la hora en que solía retirarse, por miedo a despertar a su mujer entró de puntillas, y tratando de hacer el menor ruido llegó hasta la puerta de su cuarto. Pero... la puerta estaba cerrada y llegó hasta sus oídos «un concierto de besos y suspiros».

Sintió cómo invadían las sombras de la tempestad su cerebro, y de pronto brotó de esas sombras el relámpago con su luz intensa y siniestra: la verdad se ofreció ante sus ojos. Pero la luz del relámpago es lívida, es luz de muerte. En el cerebro de aquel hombre se desató la tormenta que vino a acrecer los impulsos de un amante corazón. Ya aquella vida estaba deshecha.

Abrió la puerta con su llave, con impulso de autómatas y la repugnante visión se presentó a su vista extraviada: el médico, aquel cobarde y su mujer, aquella pérfida, desnudos, impetuosos, delirantes, sobre su lecho nupcial; haciendo una vida apócrifa, deshacían otra.

El aserrador estaba inmóvil.

Sentía en la cabeza un mundo. Sus pies los sentía apoyarse en el vacío. Su mirada relampagueaba en la sombra. No lo habían visto.

Cuando el combate cesó y los dos cuerpos, flácidos, desmayados, se tendieron uno al lado del otro, el aserrador soltó una aguda carcajada y aplaudió rabiosamente.

Estaba loco.

Habana 11/3/923

Diálogo en el mesón*

Cuando terminó la violenta polémica, en el mismo vestíbulo los dos encapotados se citaron para un mesón de las afueras. Y cada uno por distinto camino, bajo los portales en sombra, acudieron puntuales al mesón.

Ya los ánimos se conoce que desde antiguo venían agriándose, porque el caballero que había llegado primero, en un rancio gallego del siglo xv, apostrofó con cierto aire insolente al otro:

—¿Pues qué pretendéis de mí? Harto he sufrido ya y no estoy dispuesto a tolerar más imprudencias. Hoy habéis visto cómo mi defensor, el Muy Ilustre Catedrático don Juan de Álvarez y Sotomayor, ha probado hasta la saciedad que yo soy Cristóbal Colón, el verdadero Descubridor de las Indias, Gran Almirante. Y que soy gallego. Gallego hasta la médula de los huesos. ¿Oís bien? Sí, gallego, gallego de Pontevedra, que es donde más gallego se puede ser. Y no quiero que oséis molestarme más, porque no respondo de mí... Idos a vuestra Génova usurera, que no quiero veros más en mi camino...

Y ya se iba, con un aire de arrogancia insoportable, cuando el caballero genovés, con cierto aire zumbón, le cortó el paso:

—Aguardad, señor don Cristóbal, que aún tenemos más que arreglar. No vamos a repartirnos la gloria gratuitamente, así así, porque vos queráis. La gloria también vale dinero...

—Eso será para vos, que no sois más que un menguado mercader...

* No publicado con anterioridad.

—Pero escuchad, señor don Cristóbal. ¿Por ventura creéis que sea cierto cuanto ha dicho ese viejo y furioso catedrático? Despertad de ese sueño, que ya es hora. A ver, decidme. ¿Ha dicho ese viejo en qué casa nacisteis? ¿Y se concibe acaso que un español no pueda decir «aquí nació yo, y mi padre y mi abuelo, y mi quinto tatarabuelo»? ¡Contestad, contestad, señor Descubridor!...

—Vaya, estáis chistoso para el paso, señor genovés. Guardad ese bolso de escudos de oro y dejadme en paz...

El caballero genovés toma con apresuramiento los escudos, pero acude a detener al caballero español.

—Oh, no os vayáis aún. Recordad que si vos sois español e hidalgo, yo soy de Génova y mercader. ¿Cómo vamos a partir por tan bajo precio la gloria del Descubrimiento?

—¿Cómo? ¿todavía osáis más, malandrín? Acaso no tenéis bastante con haberme injuriado al recordar mi humilde y desconocida cuna? Tened cuidado, no olvidéis que soy español y no consiento afrentas, ¡vive Dios! —y diciendo esto se embozó en la manta y fue a partir. Pero el genovés se atrevió a detenerlo aún más y le dijo:

—Pues de eso se trata, señor caballero. El demostraros que tuvisteis tan humilde cuna os costó un bolso de escudos de oro, pero otro más tenéis que darme aún. Y no me atemoriceis, porque es inútil. Vos no sois español.

—¿Cómo, pardiez, osáis? ¿Que yo no soy español?

—Sí, no sois español. A ver. ¿Si hubierais sido un auténtico español, acaso no hubierais estado en el sitio de Granada, combatiendo contra el moro, por vuestro rey y vuestro dios? Decidme. ¡Contestadme! Ah, quedáis mudo, ¿verdad?...

En efecto, el otro caballero está humillado, tiene la cabeza baja. Se le ha descubierto la superchería, porque, en efecto, un español de entonces no tenía otro sitio que el de Granada, al lado de Isabel de Castilla, de Fernando de Aragón y Gonzalo de Córdova.

—Entonces, ¿qué cosa soy?
—Vamos, dejaos de engaños: sois sólo un simple judío
—respondió con desprecio el genovés.
—Y, ¿qué pretendéis?
—Que me deis ahora mismo otro bolso lleno de escudos,
como el anterior...
El otro saca el dinero y se lo da con toda humildad, hu-
millado. El genovés lo recoge con avaricia y se retira del
mesón. Apenas sale, en la pared la luz de la vela refleja la
sonrisa de un perfil judío.
—Qué infeliz... Si era judío, ¿cómo iba a darle buenos
escudos de oro?

Casi una novelita

*Cuento-película**

Primer episodio

(Aparece un aula del colegio María Corominas, en La Habana, en donde se prepara para ingresar al Bachillerato y en la vida, entre sueños y estudios, un grupo delicioso de chiquillas.)

(Ahora se acerca el cameraman y la misma escena se reproduce con más claridad. El aula está como a la hora del rezo, pero la señorita —hay un *close-up* de la señorita— hace una pregunta y toda el aula se torna un revoloteo de palomas blancas. Es que la pregunta ha sido esta: «¿Dónde nació Martí?») (Sigue su proceso la clase y al final se reúnen las muchachas en la azotea para descansar un rato. En grupo aparte hay tres muchachas —*close-up* de cada una—. Victoria, una trigueña gentil, diminuta como una estrella de cine, que tiene una cosquilla en la mirada y un pensamiento entre los ojos, habla animadamente, y cuando el cameraman la sorprende, la comisura de sus labios han sido llevadas hacia atrás con un rictus de contrariedad aún no vencido. Seguidamente, como sobre un redoblante, repiquetea nerviosamente sobre la rodilla. Está contando algo que sucede). (Ahora hay un *close-up* de Carmen, maravillosa trigueña en formación que nunca sabe nada, pero que en cambio tiene tres novios y más de una docena de enamorados. Aparece con las piernas cruzadas y escucha con maligna complacencia, como quien ve cumplido un proyecto pérfido. Está en el grupo

* Escrito en 1925. No publicado con anterioridad.

circunstancialmente y es amiga falaz de todas las compañeras y rival de todas las que tienen novios. Está con las dos muchachas porque hay una conversación confidencial; de lo contrario estaría con otras.) (Enseguida aparece Teresa, la amiga íntima de Victoria. —¿Por qué cada muchacha sólo tiene una amiga íntima? Misterio. Esto no sale en la película, desde luego.—Teresa es más bien rubia, más bien alta, más bien gruesa, más bien bonita, más bien desaplicada y más bien nada más. Tiene preferencia por las poses cinematográficas; en lugar de un ¡detente! lleva una cabecita preciosa de Pierre Marmont. Los ojos verdes la atraen, la fascinan, la enloquecen, la desconflautan... Una vez... Pero tocan a clase. Por lo demás, ya las compañeras sabían que iba a contar lo del hombre hermoso y arrogante que vio en la Terminal, con unos ojos fulgurantes y llenos de reflejos como los de un bravo león encarcelado). Aquí termina la primera parte de la película. Se recomienda que las escenas del aula se tomen a distancia media y que se destaquen bien las figuras principales. La escena de la azotea ha de ser muy animada. Victoria ha de aparecer en ella con una simpática nerviosidad, y ha de poner de vez en cuando un mohín de disgusto en la expresión. Carmen ha de revelar una majestuosa indolencia y Teresa expresará afectuosa atención al escuchar a Victoria y un entusiasmo casi arrebatador al empezar la descripción de su héroe. Es necesario un gran derroche de luz y una corriente de aire lo bastante intensa como para permitir al espectador la contemplación de una escena agradable y estética.

Ahora empieza el cuento. Todo en la película está claro. Pero, no obstante, es conveniente una explicación. Hay que descifrar la escena de la conversación de las tres protagonistas. Hela aquí: Victoria, la trigueña nerviosa y diminuta como una estrella de cine, tiene (¡qué escándalo!) un novio; un chiquito precioso, según ella, y muy aceptable, según otras.

Raúl —lo llamaremos Raúl para no descubrir su verdadero patronímico— tiene buena estatura, usa sombreros con cintas a dos colores, camina con estilo; es simpático; se para en las esquinas con una gracia deliciosa; sabe pedir un beso a tiempo; y, sobre todo, se da un «aire» que es casi un «ventarrón» a Ramón Novarro; en suma, irresistible. Desde luego, que esto de irresistible no pasa de ser un decir, porque en cambio, quienes no lo pueden resistir ni en un retrato al óleo con un ligero aire de familia, son los padres de Victoria, sobre todo el papá, que en cuanto lo ve pasar, con el sombrero de medio lado, le imprime a sus dedos una agilidad más que suficiente para tocar correctísimamente la *Campanella* de Liszt y terminar cerrando el piano con un acorde final que pararía de su asiento al propio Ricardo Wagner. Y ya está casi descifrada la escena de la película. Cariñosos consejos de la madre; imperativas amonestaciones del padre; varias corridas por los «ends» de Raúl; lagrimitas de Victoria: he ahí el conjunto de hechos que han motivado la escena en que la protagonista se muestra contrariada. ¿Por qué lo está? Muy sencillo. El padre de Victoria ha tomado una resolución definitiva y no es hombre que se vuelva atrás. Victoria se va. Es decir, la embarcan. Allá en California hay un colegio para señoritas. Está entre Los Angeles y San Diego. Verdes colinas, árboles gigantescos, cataratas, ríos, lagos, sol, aire, *cowboys*, potros indomables, panoramas inmensos, tales son las pinceladas maravillosas que pone su mamá para aliviarle la amargura del viaje. Pero ella aún sólo piensa en él, y por eso, dándose en la rodilla dice: «¡No, no y no!» Sin embargo, ¿por qué Raúl no pasa hace tres días por su casa? ¡Y no puede decir que no sabe que ella se va! Varias amiguitas se lo han dicho. ¿Qué pasará? ¡Sí, la había olvidado! Después de todo... los hombres... oh, los hombres... ¡Todos igual!... y nosotras que nos matamos para esto... (Estas son reflexiones de un momento psicológico de la protagonista.) Creo que está bien explicada la actitud de Victoria en la película. Ahora

veamos la de Carmen. Desde que Próspero Merimeé y George Bizet animaron a la cigarrera sevillana con el soplo de la tragedia, todas las Carmen son temibles. Y esta de la película no es precisamente la excepción. Tiene un cuerpo admirable y una cara maravillosa. Es como un gran edificio lleno de hermosos relieves. Causa el mismo fascinador efecto de lejos que de cerca. Y maneja sus armas con prodigiosa habilidad. Destrona a sus amigas en el corazón de sus novios y juega luego con el de estos. Su figura enciende en los ojos de los hombres unas misteriosas lucecitas. Hay en su mirada luces brillantes y tenebrosas sombras; su boca dibuja sonrisas de felicidad y crueles carcajadas y hay en sus gestos indolencias de reina e impetuosidades de tigresa. Sería una gran artista si tuviera corazón. Pero tener esto es más difícil. Ella es como el Moisés de Miguel Angel. A los dos sólo les falta una cosa para ser perfectos. Al Moisés, que hable, y a ella, que sienta. ¿Sabéis por qué sonrío complacida? Pues porque Raúl ha caído en sus redes; porque al fin el más reacio de sus conquistados se ha rendido; porque el triunfo ha sido el más penoso, pero su resultado el más favorable; porque, en fin, goza con el dolor de su rival que pronto sabrá con la rabia del que abandona la pelea sin quererlo, que su amiga se queda disfrutando del cariño de su Raúl. Esta Carmen no tendrá remedio nunca. Al fin, un don José, celoso y vengativo, hundirá, en su cuerpo oloroso y palpitante, el puñal redentor de tanta maldad. (Esta parte ha quedado muy trágica, pero, en fin, así se queda.)

¿Y por qué Teresa escuchaba con cariñosa complacencia a su amiga? ¿Acaso no era doloroso lo que ella contaba? Desde luego, pero en el mundo no se resuelve nada con lamentarse. El corazón será muy útil para escribir poesías y tocar la *Serenade*, pero habrá que convenir en que, salvo en estos casos, sólo existía para evitar el desastre y ser el violín concertino de esa orquesta en la que son músicos eminentes los pulmones, el estómago, el hígado,

los riñones, etc.; magnos intérpretes de la sinfonía compuesta por Dios y titulada *La vida*. Y, además, había estos datos importantes: Teresa quería mucho a Victoria, eso es verdad y a mí me consta, pero también es cierto que adoraba una «puntica» a Ramón Novarro, dos «punticas» a Lester Cunneo, tres «punticas» a Richard Barthelemus, 25 «punticas» a George O'Bren, y como *sin cuenta* (50) «punticas» a Pierre Marmont, y Teresa contaba con que Victoria le enviaría noticias de sus héroes, tal vez los conocería, les hablaría de ella y ¡quién sabe!... ¡quién sabe!...

Ahora empieza la segunda parte de la película. (Aparece en primer lugar la señora Corominas recibiendo en su despacho. Pasa Victoria con su mamá y la señora Corominas las saluda afectuosamente y besa a Victoria. —Se comprende que es una despedida.— La Directora habla a solas con la mamá de Victoria y esta sale. El cameraman la sigue. Llorosa se despide de su maestra y abraza llena de cariño a Teresa. Las dos lloran como si se tratase del final de un drama. El hombre de la cámara se acerca imprudentemente, y, cariño aparte, las protagonistas lucen muy feas llorando. Toda la clase está llorando a saltitos. —Si esto sigue así, hasta yo voy a llorar.— Aparece una vista de la bahía de La Habana. Dos trasatlánticos, grandes como camiones, echan humo sin apurarse mucho. Parecen dos sultanes orientales; el ferry de Guanabacoa chapotea como una pata orgullosa; la cámara pasa revista al puerto hasta llegar al espigón del Arsenal, en el que está anclado el «Cuba», que va a salir para Cayo Hueso (*Key West*). Un tumulto de pasajeros, vistas, policías y agentes de hoteles se agita en los muelles. De pronto, entre su padre y su madre, distinguimos a Victoria que viene elegantemente vestida de gris, con un ramo de flores y un pequeño maletín algo más grande que una bolsa de paseo. Aparece casi risueña y decidida. Lleva, —¿cómo no?— una libreta de

cien páginas para escribir sus impresiones de viaje. Hay varios cientos de pies en que ella aparece vista de cerca. En una de esas partes, recostada a la borda, la brisa ligera deshoja con cuidado una de las rosas de su bouquet. Ella lo observa y compara esto con sus recuerdos que se desvanecen: amigas, amigos, parientes, todo, todo se borra, y por fin, él, el ingrato, como un buque que se hunde en el horizonte, se esfuma lentamente de su pensamiento hasta desaparecer. El buque puede retornar al puerto, pero en el puerto de su corazón sería difícil volver a penetrar. Ríe jubilosamente y lanza al mar todas las rosas como un reto valiente a sus recuerdos. Se ve el humo de la sirena por tres veces y el barco comienza a moverse con lentitud, como un gigante que despierta. Cruza los buques, cruza la Aduana, el Observatorio, el Morro, la Punta; los pañuelos se han agitado cariñosos en la Puntilla, casi cerca del barco que ahora va aprisa. La Habana queda detrás del Morro, la cola se hunde, se pierde, y el horizonte es entonces un círculo. El «Cuba» salta sobre las olas como un ciervo juguetón. En la popa, recostada en una silla de extensión, Victoria se deja despeinar por la brisa. A pocos pasos su padre lee un periódico, y de vez en cuando, como quien consulta un reloj, dirige una mirada a la muchacha para ver qué tal anda ese corazón. La noche, como el telón de un teatro, va cayendo rápidamente... ¡El Cayo! Lucecitas que brincan, que se esconden, se agrandan, se fijan. Y luego el tren galopando sobre las olas, y Victoria despacito, se va durmiendo en la plataforma del último vagón, mientras, a los dos lados, ríos de moneditas de oro, salpicadas de esmeraldas, cabrilleando, siguen precipitadamente al tren...

Y ahora California. Un tren horada vigorosamente una montaña enorme, aparece retador al borde de un vórtice pavoroso y se precipita como un bólido hasta el fondo de un valle; aparece sobre una cresta y vomita el humo a bocanadas, como juramentos. Una estación pequeña con un andén y una señorita vestida a cuadros: es la profesora

que va a recibir a Victoria para acompañarla al colegio. El tren se aleja. Dos pañuelos se alejan hasta la traición de una curva. Cariñosamente toca en un hombro la maestra a la protagonista extática y le indica dos caballos. ¡Primera sorpresa! Después de titubeos monta, ¡y a correr! Cerca, como a dos leguas, se divisa una serie de hermosos edificios; un río, ancho como un lago, se desliza majestuoso entre las montañas.)

Aquí termina la segunda parte de la película. Las escenas del puerto de La Habana han de ser tomadas en día de mucho movimiento. Cuando la heroína ve deshojarse su bouquet, en la mitad superior de la cinta se imprimirá la figura de Raúl y se irá desdibujando poco a poco hasta desaparecer, al tiempo que Victoria arroja las hojas al mar. Si es posible, debe simular el gesto del olvido. Es indispensable un día luminoso. La escena del tren marchando sobre las aguas en el puente de Cayo Hueso al continente requiere efectos de luz que reflejen sobre las aguas tonos amarillos con algunos puntos verdes; para simular el rielar de la luna y las luces de los faroles del tren. Los panoramas californianos han de ser inmensos y hermosos como los que aparecen en las películas de Tom Mix. Los tangos y vales constituyen la música más apropiada para esta parte.

Ahora continúa el cuento. (¡Victoria ha escrito! Teresa tiene una carta de ella abundante en noticias, como un diccionario enciclopédico. En el Colegio la leen por turno. Y hay sentimientos de rabia, de envidia, de entusiasmo; ¡hasta las niñas nuevas se interesan! Victoria se ha hecho una mujer célebre. Para Teresa es una mujer inconmensurable. ¡Victoria ha visto p-e-r-s-o-n-a-l-m-e-n-t-e a Pierre Marmont! Para Carmen es una mujer odiada, insoportable. ¡Victoria es amiga de Ramón Novarro, le ha hablado! Pero

ella dice sarcásticamente y llena de cólera y de odio que todo es mentira. Así se consuela. Pero lo cierto es que Teresa tiene un retrato en que Victoria está a caballo y Ramón Novarro está hablando con ella recostado al pescuezo del noble y bello animal. Es un retrato que vale más que una medalla de fin de curso. Es un documento irrefutable. No es posible negar lo evidente. ¿Y cómo ha sido ello? Victoria le dice: «...chica, estamos pasando unos días deliciosos. Figúrate que una compañía entera de películas se ha trasladado aquí para tomar varias escenas. Está Lila Lee, que es muy cariñosa conmigo y me regala dulces a cada rato. Ella sabe bastante español y nos entendemos bien, lo mismo que con Ramón Novarro, que es muy simpático y más buen tipo que como aparece en las películas. Es amable conmigo hasta el extremo, y si no fuera por... pero no. Lo mismo es con Lila y con las otras artistas. Con los hombres no se sabe nunca nada; en cambio... si él supiera lo triste que me voy a quedar cuando se vaya... Pero la suerte me protege, porque los días no se presentan claros y hay frecuentes tempestades que impiden el trabajo. Chica, he tenido una suerte loca. Una hermanita de Lila es mi compañera de cuarto y nos llevamos muy bien; por esta circunstancia la Directora hace que yo la acompañe todas las tardes a visitar a Lila, y así de paso lo veo a él...» La carta seguía interminable, dando datos de todo el mundo y mezclando en todos los párrafos a Ramón Novarro, hasta terminar con esta conclusión maravillosa: «Chica, Ramón es mucho más bonito que Raúl.» Mientras tanto, Raúl sufría tanto como Carmen. Su orgullo de hombre que se creía recordado y querido había sufrido un tremendo golpe. Porque Teresa se lo había contado todo y sólo esperaba que como pago de ello Victoria le hablaría a Pierre Marmont de ella y ¡quién sabe!... ¡quién sabe!...

La tercera parte de la película va a dar comienzo. (El cine, como es natural, está a oscuras. Aparece Ramón Novarro, vestido a la usanza de la frontera, jinete de un

soberbio bruto que se encabrita inútilmente en un ancho patio embaldosado. Por fin se aquieta el animal y Ramón, de un salto, se pone en tierra y por la brida amarra al caballo de la verja. En la ventana, una hermosa muchacha le tiende las dos manos, que él estrecha con efusión: —Hay un corte.— Aparece una taberna de los alrededores. En el interior, cuatro hombres de siniestra catadura traman algo peligroso. Juan el Tuerto, jefe de la banda, expone el proyecto. Se trata de un doble golpe en el que él tomará venganza y cumplirá su deseo, y sus muchachos obtendrán unas cuantas monedas relucientes. Juan el Tuerto explica los motivos: El padre de Marta —la linda muchacha que ha aparecido antes— se la ha negado en matrimonio por varias razones: primera, porque él es un bandido; segunda, porque no tiene dinero, y tercera, porque la muchacha quiere a Guillermo —Ramón Novarro—, hijo de un rico ganadero amigo suyo, y él está muy contento con ese compromiso. El modo de romper esta negativa es la violencia. Para ello se secuestra primero al novio, cosa de que no pueda evitar la consumación del matrimonio; y luego se roba a la muchacha y se amenaza al padre con llevársela definitivamente de su lado si no se la concede en legítimo matrimonio, con derecho al usufructo de sus bienes. Juan el Tuerto está seguro de que el padre de Marta no dudará un segundo en salvaguardar el honor de su hija y el suyo propio a costa de su dinero. Así lo creen también los otros bandidos y en el acto se planea el secuestro de Guillermo para cuando regrese a su casa. —Hay un corte.— Guillermo, que a la altura que está no puede besar a Marta, se conforma con cubrirle apasionadamente de besos ambas manos y se despide. A los pocos pasos es detenido en su marcha, y mientras dos pistolas le apuntan al pecho, es desarmado y, amarrado, es conducido hasta una choza cercana, donde se queda a vigilarlo uno de los bandidos. Socarronamente le cuenta el Tuerto su proyecto y él tiene que escuchar con la rabia de la impotencia las viles sugerencias

del bandido. Hace un esfuerzo por romper sus ataduras y de un brutal estacazo es arrojado al suelo sin sentido. De nuevo surge la casa del ganadero rodeada de sombras. Los sicarios del Tuerto rodean la casa y penetran por una escalera a las habitaciones de la muchacha. Sin un ruido se deslizan dentro y a poco salen con un bulto que en vano lucha por libertarse. El galope de los caballos pone en movimiento vertiginoso la acción. Mientras se alejan para un escondrijo del monte, el padre duerme tranquilamente, ignorando que en el lecho de su hija sólo queda un papel amenazador... El héroe despierta. La desesperación lo hace insensible a su dolor físico y con súplicas y amenazas logra sobornar a su cancerbero y mientras su corcel en espantable [sic] cabalgata bordea precipicios y traspasa montes para acortar camino, su mente torturada imagina desgracias infinitas y espantosas venganzas. De pronto, como una burla, un río que muge amenazador a sus plantas le cierra el paso. El héroe, desesperado, comprende que es inútil empresa tratar de cruzarlo a nado, pero entonces concibe algo desesperadamente temerario. Se acerca al caballo, desata el lazo y lo arroja con tino a un tronco que se destaca en la orilla opuesta, prueba su resistencia y se arroja decidido al agua, pero ya sea que la fuerza del turbión es mucha, ya que el tronco estaba mal afirmado, lo cierto es que se desprende y cae al agua dejando a merced de las aguas impetuosas al intrépido nadador que lucha desesperado por salvar la vida... Caen varios lazos al agua... El nadador es zarandeado violentamente... Se hunde... se pierde... Un caballo con una muchacha aparece y nada vigorosamente... Un lazo ha caído cerca del hombre y este se lo ha pasado por la cintura abandonándose; está agotado... El caballo domina la corriente y se salva el hombre...) Aquí termina la tercera parte de la película.

Ahora continúa el cuento. ¡Cuánto comentario en el colegio! ¡Hasta las maestras se han interesado! ¿El motivo? Un cable de *El Mundo* que decía lacónicamente: «Ayer,

durante la filmación de unas escenas de una película que está haciendo Ramón Novarro, el bello actor cinematográfico, preferido de las damas, estuvo a punto de perder la vida al romperse el cable que le servía de apoyo para pasar un peligroso torrente. Gracias a la valerosa intervención de una colegiala cubana que presenciaba la escena, y que con riesgo de su vida se lanzó al agua, pudo el apuesto artista salir con bien de este trance.» Teresa corrió a casa de Victoria. Ya el papá había recibido un extenso cable de la Directora del colegio, en el que les decía que Victoria estaba herida en una pierna, pero no de cuidado, que estaba bien asistida y que ella misma le escribía ese día. La madre de Victoria estaba indignada: «¡Vaya una disciplina! —decía—. Hay que traerla enseguida. Mejor está aquí con nosotros!» Y el papá asentía: «Sí hay que traerla, pero hay que dejar que se cure.» Fueron unos días interminables, pero al fin llegó la carta, copiosa, alegre, risueña. Victoria sentía un orgullo profundo por el vendaje que cubría su pierna, pero al mismo tiempo reconocía que le dolía. Pedía perdón por el atrevimiento que había tenido, pero invocaba la nobleza de la acción como motivo. Esta era la carta para los papás. La de Teresa era mucho más interesante. Se sentía feliz, inmensamente feliz. Estaba enamorada. Sentía en su pecho como algo gigante, que le hacía derramar lágrimas de felicidad y de ternura. A veces sentía una tristeza profunda, pero eso era pasajero. Los días eran luminosos, las noches claras, serenas. Estaba rodeada de estrellas, de compañeras, de él, que estaba en el mismo hospital y que cada vez se le mostraba más agradecido, más cariñoso, más bueno. «Creo que le gusto. ¡Santo Dios!, que sea verdad —decía llena de vehemencia y explicaba luego el suceso—. Era domingo y no había clase. El día estaba esplendoroso y se decidió seguir el film. Yo fui con la hermanita de Lila y vi cuando él ¡qué valiente! se arrojó al agua después que estuvo tendido el cable. Y entonces sucedió algo terrible: se partió el cable,

o se zafó y Ramón fue arrastrado por el torbellino. Yo estaba a caballo en la orilla y seguía llena de desesperación la lucha por salvarlo. Los lazos no llegaban hasta él y no había nadie que se lanzara al agua, que hervía colérica. Sentí asco por aquellos hombres que lucen tan valientes en las cintas y aquí no se atrevían a lanzarse al agua para salvar de verdad a un hombre. El torrente era amenazador, pero te juro que si en él hubiese visto nadar cien monstruos espantosos, lo mismo me hubiera lanzado. Fue algo divino que me impulsó, y ya ves, lo salvé. Él se puso el lazo alrededor de la cintura y este, que le salvó la vida, lo tiene hoy en el hospital ¡Qué bello sueño convertido en realidad! ¡Ser heroína! Ahora creo que esta escena imprevista va a ser utilizada por el director, haciendo la suposición que Marta ha logrado escapar y llega a tiempo para salvar a su novio; y luego vendrá una lucha entre este y los bandidos que la perseguían. ¿Qué te parece? Me quitan esa gloria; pero bueno, yo sé que para él yo soy la verdadera salvadora. Por supuesto, chica, que el siniestro Juan el Tuerto y sus no menos siniestros sicarios contribuyeron en lo que pudieron al salvamento general. No le cuentes a nadie estas confidencias, y menos a Mamá y Papá, que ahora quieren llevarme para allá. ¿Has visto qué desgraciada soy?»

Actualidades universales. Momento en que el actor Ramón Novarro sale de la Iglesia, de contraer nupcias con la señorita Victoria Torres, la que hace poco le salvó la vida.

Carmen —a sus amigas—: «Es un escándalo. Yo no sé cómo una madre deja casar a una hija tan joven y menos con un artista que nadie sabe quién es y que el día menos pensado la abandona. Para eso yo, que Mamá ni siquiera me permite tener amigos, etc.»

Fragmentos de una carta de Victoria a Teresa: «¿Qué cómo fue? Pues verás. Ya estábamos en la convalecencia. Se improvisó una pequeña fiesta. Se bailó; la pianola sufría pacientemente el martilleo de los fox. Yo no sé por qué estaba triste, romántica. Me senté al piano y dos o tres acordes de Schubert espantaron a la concurrencia. Me quedé sola. El cielo estaba tan lindo y había en mi alma un efluvio tan grande de pasión, que dejé correr sobre el teclado los dedos evocando al inmortal poeta de la música. Creo que jamás he tocado ni tocaré como en aquella noche. La *Serenata* surgía del teclado, sonora, limpia, apasionada, vehemente... Iba a terminar. Mi mano hizo por el teclado uno de esos recorridos que son como un camino sonoro y al llegar a la última nota, encontré aún otra que hizo vibrar en mi corazón todas las armonías: era su mano. Yo no sé más nada. Sólo recuerdo que fui entonces la verdadera protagonista de uno de esos finales de película que tanto te gustan. El mío parece que duró como mil pies, porque nos sorprendieron en él; pero aquí entre nosotras, yo creo que fue muy corto. Tuya como siempre. Victoria. P.D.— Pierre Marmont es casado y tiene tres hijos. Elige otro. Vale.»

Para el novelista aquí termina la relación, pero la realidad es esta:

Es el santo de Victoria: se hace música, se recita, se canta. Teresa Casuso inspecciona a un chiquito tratando de encontrar en él cierto parecido con no sé qué artista y parece que no está disgustada del todo con la comparación, porque le sonrío. La mamá la mira a cada rato como si se la fueran a llevar y habla con esta señora de modas y a la otra le dice que le gustan mucho los versos. Torriente no hace otra cosa que oír y comer, porque son las dos cosas que sabe hacer a la perfección. Aplauda a Victoria cuando

termina muy plausiblemente *La Comparsa*, y cuando pasa la bandeja coge con disimulo dos dulces en vez de uno. Se ha prestado para repartirlos, pero ha sido rechazada su oferta, no obstante no cobrar nada por el servicio. La mamá de Victoria atiende solícitamente a todo el mundo y entre ella y su esposo reparten tantas sonrisas y apretones de mano que no hay manera de salir disgustado de la casa. Carmen, en una esquina, habla mal de Victoria y dirige a Raúl miradas relampagueantes que este casi no contesta. Galindo termina una romanza muy corta, porque apenas si le ha dado tiempo a Victoria de contarle a Raúl el sueño que ha tenido con Ramón Novarro, Carmen [ilegible] y Raúl, que se pone pensativo, se despide sin mirar a Carmen, que lo fulmina. Se inicia el desfile: Galindo hace una genuflexión absolutamente teatral y los demás caballeros, para no ser menos, también la hacen, aunque la nota no salga muy clara y más parecen las gracias de un mozo de café por la propina. Suenan tantos besos que dan ganas de pedir parte en el reparto. Los besos suenan como goteras. Torriente se despide y le ruega a Victoria que el año que viene, cuando cumpla los trece, lo invite de nuevo. Y se retira, pero eso sí, sin doblar la cintura, porque el estómago se lo impide.

Ring... ring... «¿Quiay?» «¡Tú!»... «¡Yo!»... «Hoy te voy a dar una sorpresa»... «¿A mí?»... «A ti, y a tu papá y a tu mamá y a todo el mundo»... «¿Y eso, chico?» «Nada; nada... Me ha dado miedo lo que me contaste ayer... Ya verás»... «¡Oye!»... «Nada, tengo que hacer, hasta luego»... «¡Oye!»... «Hasta luego»... «¡¡Oye!!» Clack. «¿Qué sería?»

Las siete de la noche. Un caballero vestido de negro toca en la puerta de la casa de Victoria. «¿El señor Filo vive aquí?»... «Adelante. Servidor de usted.» «Yo lo soy de

usted. He venido —porque ha llegado, desde luego— para pedir a usted en nombre de mi hijo la mano de su hija, la señorita Victoria, y yo espero... etc.» (El novelista no está acostumbrado a hacer este papel, por eso esta parte no ha quedado muy buena.)

He aquí por qué esta historia, que debió titularse «La novela de Victoria», se titula simplemente «Por qué se casa una protagonista de película», y he aquí también por qué la protagonista, para el día de su boda ha invitado al señor Pablo de la Torriente Brau en el 30 de agosto de 1925.

15 de septiembre de 1925

¡Muchachos!*

¡Aquello sí que era estupendo!... ¡Sol... Sol... Sol...! Un sol violento y el viento de la mañana sobre el mar... Pero no. Esto suena bien. Está bonito y no es así como debe empezar. Más vale que yo vaya diciendo antes, por qué peripecias, después de aquella mañana, en vez de capitán de buque soy mecanógrafo; Roberto estudió teneduría de libros en lugar de estar en un circo haciendo maromas; Martínez, en vez de ser violinista, es ahora sastre; García no pudo irse al Norte, porque vino a parar en empleado del Gobierno, y Armando... ¡Armando, el pobre!

Ya se nos acabó aquella ansia aventurera, aquel loco tumulto, aquel alegre estruendo de ideas heroicas y desaforadas, de cuando los cinco juntos no teníamos la edad de un buen viejo de noventa años tranquilos...

Todo aquello se nos terminó de pronto, en unos pocos minutos, decisivos de nuestra vida, como si ella sólo fuera un ardiente trozo de leña que se sumergiera en el mar... ¡El mar!... ¡El mar, negro-azul y hondo!...

¿Quién sería hoy capaz de reconocer en mí, serio y monótono, a aquel muchacho desigual e inquieto, que fue suspendido cuatro veces en Algebra y sacó tres sobresalientes en Geografía, Historia y Literatura?

* *Social*, vol XVI, no. 11, noviembre de 1931, p. 31 y ss.

Hoy todo es esto: bajar por la mañana por Trocadero; llegar a la oficina; trabajar hasta las doce (a las diez y media vamos al «cafecito» y hablamos mal del Gobierno un rato); subir por Trocadero; almorzar; bajar otra vez por Trocadero; trabajar hasta las cinco y subir de nuevo por Trocadero hasta casa... Esto es todo. Y mañana igual. Y pasado. Y el jueves... Y el viernes... Y el sábado... Pero el domingo voy al cine...

Hoy, igual que a mi melena dispersa, echo el tiempo atrás, y me veo entonces, con asombro, como si fuera otro, y me pregunto con extrañeza de qué manera han cambiado, hasta qué punto han desaparecido en mí mis inquietos impulsos anteriores...

¡Pero aquella mañana todo el fuego de mi vida se apagó en el mar, negro-azul y hondo!

Yo, auto-expulsado del Instituto, me dediqué al mar, es decir, a la bahía, a los muelles...

Esto, naturalmente, me buscó varias escenas en casa, que «no estuve dispuesto a consentir», y, entonces, para encauzar por algún derrotero mi vida, me indicaron que aspirase a ser guardiamarina. Y allá fui yo a los exámenes. Todo iba bien cuando, en el último examen —que era de gramática tonta— preguntaron qué diferencia había entre «senador» y «cenador». Yo, además de indicar la poca que hay, añadí que entre nosotros, senador era sinónimo de botellero... Desde luego, esto fue dicho allá, por los tiempos de Zayas... Hoy yo no diría esto así... Pero, a pesar de todo, la observación «me quitó el chance» y no pude ingresar en la Escuela Naval.

Llegué a casa diciendo que tenía menos suerte que Jorge Washington, porque a aquel por decir la verdad lo premiaban, y a mí, en cambio, me castigaban... Y, efectivamente, a mi familia lo único que se le ocurrió hacer fue indignarse conmigo hasta el extremo, y yo,

que no estaba en ánimo de «aguantar latas», me fui de mi casa.

Me fui a vivir a Regla, del otro lado de la bahía, en un solar que había en la calle de Agramonte, entre Martí y Maceo... Un lugar, como se ve, puramente patriótico, en donde Martínez y yo alquilamos un cuarto.

Entonces decidí de veras aspirar a algo, y él, a ser un gran violinista. Y por lo pronto, para ir pensándolo, comenzamos una rigurosa vida de hombres de mar, remando desde por la mañana hasta por la noche... A él se le llenaron de ampollas las manos y se le «trancaron» los dedos por los músculos «agarrotados»; a mí, una noche, me mordió desesperadamente un dolor por los riñones y Martínez tuvo que darme cuatro píldoras de... de... —bueno, no recuerdo ahora, pero eran negras— y, además, unas violentas fricciones con un trapo empapado en agua que me hicieron mucho bien... (Ah, ya me acuerdo: las píldoras eran de esas de... de... «anófeles», creo... Bueno... de esas cosas para el paludismo...)

Pero, a pesar de todo, íbamos adelante en nuestros propósitos. Al mes, Martínez se compró la *Serenata de los Ángeles* y la chapurreaba más o menos mal; y yo había tomado ya el color lógico de un hombre de mar...

Allí conocimos a Armando, un muchacho escuálido, pálido y débil, como esas yerbas amarillas que nacen bajo una tabla que les quita el sol.

Pero en él era el hambre... El hambre desde niño; el hambre desde sus abuelos; desde su madre tísica, siempre con un pañuelo color crema, como su cara, que vivía con él en el último cuarto del solar, ancho y alegre, y lleno de chiquillos que lloraban «maratones» enteros por las noches...

No sé, pero cuando uno es muchacho enseguida se hace amigo de los muchachos pobres... ¿Por qué será?... Nosotros nos hicimos amigos de Armando, y por las noches, cuando su mamá no estaba muy mala —la pobre, todos los días, al salir uno al patio por las mañanas, oía a dos mujeres hablando bajito, que decían siempre: «¡La pobre!»... y meneaban la cabeza antes de ir a la pila a coger agua—, por las noches, repito, él venía al cuarto de nosotros y se recostaba silencioso en una silla.

Era por las noches, cuando el ingenio tumultuoso de Martínez, con aquel espíritu burlón que lo hace inolvidable, daba curso a su nunca terminada zafra de sacar chistes y de recitar versos de manera estafalaria...

Siempre lo evoco, con los ojos en blanco y las manos sobre el corazón, conteniendo la carcajada, con aquellos versos sentimentales que descaradamente se atribuía:

*¡Oh, las pupilas tuyas, que son tuyas y mías
porque en ellas a veces mis sueños reflejé!
¡Mansas pupilas tuyas que recuerdan los días
más dichosos y alegres del tiempo que se fue!*

¡El Gallego Martínez!... ¡Motor infatigable de alegría!... Él fue el verdadero y genial precursor de las «pegas» regocijadas y bribonas, cuando inventó, para burlarse de García, aquello de «Polaco, aco, verraco... Polaco, aco, te doy por sanaco»...

Él fue el muchacho que tuvo siempre la intuición maravillosa de llamar a cada amigo por un nombre burlón, que le venía mejor que el puesto por los padres... Él fue quien le puso a García, Polaco y Polea; a Roberto, Pancho Villa y el Negro; a mí, Pato Macho, y, por ser el más grande de los cuatro, y el que más había estudiado, el Alemán; a Pilín Pró, Coquito, desde que bañándose cierto día en el mar, lo vio sólo con la cabeza mojada fuera; a Kellman, el alemán auténtico, Radiante, porque componía radios; a un pescador

de Cojímar que nos alquilaba su bote, Pim-Pam, porque siempre hacía así con la boca; y a Reguera, cuando una mañana de concierto lo observó escuchando, con más atención de la reglamentaria, la *Quinta Sinfonía* de Chaikowski, no lo llamó desde ese día por otro, al que luego nosotros, al ir conociendo preferencias ilustres, le fuimos amontonando cadáveres famosos, hasta que últimamente, para llamarlo, sólo le gritábamos por la calle, como si fuera un portugués: Edgardo Allan Chaikowski de la Reguera y Eça de Queiroz y Paganini Martí! «¡Ven acá, tú!»

Luego, en las noches esas, como tenía melena de músico, de pintor, de poeta o de barbero, agarraba el violín y rompía a tocar nueve compases de la *Serenata de los Ángeles*, siete de la de Schubert, trece del *Canto de la Primavera*, de Mendehlson, y como veinticinco de *El Anillo de Hierro*, lo que constituía su repertorio clásico, según él hacía constar... Enseguida daba el *la*... Porque resultaba que también era barítono. Para soltar el *la*, ponía un pie adelante y expandía el pecho... Igual que un tenor... Luego principiaba por un *do*, grave como un moribundo, seguía: *re, mi, fa, la, si, do, re, mi, fa, sol, la*... Y, efectivamente lo daba. Daba un *la*, abierto y turbio, como la boca de un barril de manteca, que claramente era un desgarramiento así: «¡LARQRQRQRQR... X!»

Armando, recostado en su silla, se reía con una extraña voz de hombre grande y saludable... Yo, a veces, me callaba para oírlo... Ahora me parece recordar que sólo se reía con la risa, y que tenía siempre tristes los ojos negros dentro de la cara amarilla...

Algunas veces, cuando los espiritistas no celebraban sesión en el primer cuarto, casi todo el mundo venía a donde

nosotros, y entonces Martínez, después de tocar, ante el asombro y la expectación del auditorio, todo su repertorio clásico, pasaba al repertorio plebeyo, y, como con cierta displicencia afectada, le decía que cualquiera podía pedirle una pieza de moda. En el acto él contestaba: «¡Ah, sí, sí!» Y la sonaba... Hasta la mitad, por ejemplo, en donde, haciendo un ligado desconcertante, se ponía a complacer otra petición más urgente...

Su violín, aunque era el más desnaturalizado descendiente de Stradivarius que yo he conocido, era un robusto e infatigable cacharro musical, que soportaba con estoicismo toda clase de ensayos sonoros... ¡Era un violín-burro!... ¡Un violín modelo-Ford!...

Ahora, que cuando había sesión en el primer cuarto, «la cosa era más seria», y en todo el solar se estaba quieto un silencio de catedral cerrada...

Nosotros, como sentíamos numerosos respetos por los muertos, esas noches nos íbamos por ahí...

Y, mientras tanto, a pesar de no tener interés por el asunto, ya conocíamos al «elemento»... Todo el mundo era del solar menos el «medium». Era este un marinero negro, bien negro y bien grande, de un buque de guerra, el «Cuba» o el «Patria», que según decían, era un vidente «fenómeno»... A mí, honradamente, llegó a preocuparme el que un hombre tan grande, con tal tipo de boxeador, y que tragaba tanto boniatillo del que hacía Ma, la madrina del Gallego, pudiese ser un legítimo intérprete de muertos... Martínez, por lo pronto, le había puesto Muertovivo.

Fue una noche de estas, cuando ya no teníamos dinero para nada, que nos quedamos en el solar... En todos los

cuartos, como de costumbre, tenían vasos puestos, llenos a esa hora de burbujitas... Hasta en el de nosotros había uno, porque la mujer del estibador de al lado, que nos tenía pena... «¡tan jóvenes y tan solos, los pobres!», se encargó de ponérselo por su cuenta para que cogiera «buenos fluidos»... Y estábamos aburriéndonos, tirados en las camas, cuando empezaron a hacer ruido los que se sentaban en las sillas.

—Oye, Gallego —le dije a Martínez—, ¿vamos a ver de una vez qué es eso?

—Bueno, vamos, pero desde fuera.

Y nos asomamos. Todos estaban serios y sentados. El «medium», con su traje de gala de marinero, empezaba a dormirse...

Y estaba un silencio sagrado, dormido, casi terrible para mí... Me parecía que toda aquella gente acababa de morir allí dentro...

El «medium», inmóvil, envuelto en la penumbra... Lo miramos un buen rato y todavía estaba inmóvil... Entonces sentimos un cuchicheo... Pero todo se quedó otra vez inmóvil y mudo.

Ya teníamos miedo, miedo de no saber huir, cuando de pronto el marinero comenzó a convulsionarse ligeramente, como cuando hay un poco de frío... Y en el momento en que más atentos estábamos, abrió la boca tremenda y soltó un alarido feroz, como si el espíritu de algún luchador muerto le hubiese puesto en el tobillo una llave insoportable de jiu-jitsu o de greco-romana...

El Gallego y yo nos lanzamos hacia atrás, casi rígidos, y entonces el hombre, más tranquilo, dijo con una voz gruesa y acogedora: «Hermano Juan»... «Pa' su madre!»..., dijo Martínez, y nos «abrimos» hechos un tiro de allí...

Es posible que todo, en aquella ocasión, lo viéramos de manera exagerada, pero aquella noche, la verdad, dormimos con las piernas bien recogidas, por si acaso, y soñamos con muertos que se sacudían las moscas, sacando las manos

de los ataúdes y, espantando a la gente de los velorios, pedían agua gritando igual que los heridos... Y también con esqueletos burlones que nos hacían maldades, como en las películas de dibujitos que ahora se exhiben...

Pero cuando aquello se ponía mejor era los sábados por la noche. Roberto y García iban allá, y armábamos la bronca padre en el solar, ante la tremebunda alegría de todos los chiquitos, que se volvían locos por oír a Martínez dar el *la* y sonar el violín; a mí y a Roberto enredarnos a trompadas, y a García reírse como una maquinita...

Todo se desenvolvía locamente bien. Roberto era muy fuerte. Parecía un boxeador *featherweight*, y siempre estaba dando trompadas por los brazos y al estómago, hasta que uno se ponía bravo y le soltaba un par de mameyazos en forma... Entonces, como era más duro que una piedra, se reía y decía con burla: «¡Qué basura!»

Nosotros le decíamos el Filipino Pancho Villa.

Martínez y él, después de discutir un buen rato sobre las cosas que ninguno de los cuatro sabía, acababan diciéndose horrores por conducto mío y de García; pero nunca llegaron a fajarse, por miedo respectivo... Porque... aun cuando Roberto tenía delirio de boxeador y de maromero, Martínez, además de violinista y barítono, resultaba que también era luchador de greco-romana, según él, y a pesar de que cuando luchaba se mordía la lengua, en un campeonato que hubo en el gimnasio, luchó cuatro veces y perdió las cuatro con gran alegría de nosotros... Por eso se respetaban ellos dos y sólo se decían horrores...

Él le puso a Roberto, Negro, y Roberto a él Gallego, y así la cosa quedaba tablas...

Y el Polaco, mientras tanto, se reía... Se reía con aquella risa inimitable que obligaba a interrumpir los chistes para oírla... Era, a veces, como si un grillo grande se pusiera a reírse, o como si lo hiciera una maquinita de pelar naranjas...

Era... no sé... pero cuando él se reía nosotros nos mirábamos y enseguida nos entraban ganas de hacer otro chiste para que volviera a reírse... Especialmente Martínez y yo, con cualquier gracia, conseguíamos que nos diera tandas corridas de risa...

Porque el Polaco sólo sabía reírse... Aunque algunas veces se incomodaba, como, por ejemplo, cuando Martínez le advirtió en una ocasión que el barítono Urgellés lo andaba buscando para sonarlo, porque él había dicho que tenía bigotes de motorista y que no daba bien el *la*...

El Polaco también iba al gimnasio con nosotros, pero sus ejercicios eran siempre con las poleas, por lo que llegaron a echarle la culpa de que todas estuvieran rotas. Y, en consecuencia, también le pusimos Polea.

Todo lo hacía al revés este muchacho. Lo único que aprendió a decir bien fue «¡Jmm!»... Para él todo era decir «¡Jmm!»... Si Dempsey noqueaba a Carpentier, «¡Jmm!»... Si el Almendares vencía al Habana «¡Jmm!»... Todo era «¡Jmm!», y por eso nosotros acabamos por empezar y terminar todas las conversaciones con él diciendo «¡Jmm!» y «¡Jmm!»... ¡Mal rayo lo parta!... Y que parecía decirlo con los espejuelos, de una convexidad extraordinaria, que le hacían los ojos como de pescado... Porque los espejuelos eran la víscera más importante del cuerpo de García. Tanto, que una vez, por no tenerlos, se buscó el lío padre. Fue así. Ustedes verán qué bueno fue.

Nosotros comíamos muchas veces juntos, en La Habana, en las fonditas de chinos, y, naturalmente, como nunca andábamos abundantes de «manguá», casi siempre nos las componíamos para no tener que pagar... La técnica era muy sencilla, elemental, primitiva: después de comer bien, tomábamos té y luego nos desprendíamos a correr...

(¡Oh, los «flijole neglo con aló... otlo y son do... casualidá si cabó!») ¡Las fonditas de chinos, llenas de hombres

comiendo con el sombrero puesto; llenas de chinitos musicales que cantan con indiscreción todo lo que uno va a comer!... ¡La vez que me comí seguidos cuatro platos de arroz con frijoles negros, y salió hasta el cocinero, con sus ojitos pícaros, a conocerme!... La vez que nos metimos en un *chop-suey* de lujo, que estaba en una azotea empinada del barrio chino de Zanja, mandamos a hacer no me acuerdo qué cosa extraña, y cuando ya estuvo hecha, al preguntar lo que valía no teníamos bastante dinero con que pagarla, y entonces nos fuimos, con más miedo que el demonio, mientras todos los chinos, llenos de cólera, decían cosas de tal manera que parecía como si en vez de palabras hablasen por la boca alacranes, arañas y escarabajos... (¿Por qué cuando uno es muchacho le dan tanto miedo los chinos?)

Pero claro, llegamos a desacreditarnos tanto que en muchos lugares no nos admitían ya, y tuvimos que ir a parar, para fastidiar un poco, a los puestos de frituras...

Lo que yo iba a contar —porque ya lo había olvidado— fue así:

Un día, en el puesto que hay por San Ignacio, cerca de la Catedral, empezamos a comer platanitos, bollitos, pitos de auxilio y chicharrones... hasta que nos llenamos bien, y entonces nos fuimos tranquilamente... Pero esta vez el chino salió a la puerta y empezó a gritar: «¡Oye, tú, paga platanito... paga platanito... paga platanito, tú oye!» Y se puso a seguirnos por San Ignacio, por O'Reilly, por Cuba, por Obrapía... hasta que no nos quedó otro remedio que mandarnos a correr, a las doce de la mañana, con las calles llenas de policías y de gente que comenzó a tocar pitos y a dar atajas... Pero qué va... Roberto y yo éramos unos toros corriendo... García fue el que quedó último, lo acorralaron en una esquina y allí pudo alcanzarlo el chino, que le volvió a decir: «Paga platanito, ¡ladlón... ladlón!...»

¡Ah caramba, pero como esto de ladrón ya era un insulto, el Polaco empujó violentamente al chino, y este, agarrándose

de sus espejuelos, que eran lo más saliente de su persona, se los hizo caer al suelo...

García, entonces, al verse ciego, y creyendo sin duda que el chino iba a picotearlo, se puso a disparar trompadas en todas direcciones hasta que pudo conectar en un cuerpo duro, al que, con sus brazos mecanizados por las poleas, aplicó una paliza feroz antes de que pudiera ser reducido... El estropeado no era el chino, sino el vigilante, que a los pitos de auxilio había acudido para hacerse cargo de todos los golpes disparados por el Polaco...

El policía, como es natural, era barrigón, y estaba sofocado por la carrera y por los piñazos recibidos, todo lo cual hizo que se indignara violentamente y agarrando por el cuello del saco a García, le dijo: «¡Echa pa'lante, ladrón!»... ¡Y todos los muchachos del barrio se fueron detrás!

Y la gente sacaba la cabeza desde la ventanilla de los carros y de las guaguas preguntando qué se habían robado... Y uno dijo que le había dado una puñalada a un chino... Y otro dijo que había matado a un guardia...

Y el chinito iba a pie, en chinelas, diciendo, como en un pregón interminable: «Paga platanito, ¡ladlón... ladlón, paga platanito!»...

Y menos mal que pudo comprobarse que sin espejuelos no veía nada, porque si no lo parte un rayo, por desacato y atentado a la autoridad, según le dijo el señor Juez.

Le salió la fiesta en esto: pagarle al chino: 22 centavos; espejuelos perdidos en la reyerta: \$18,00; espejuelos nuevos: \$12,00... Total: \$50,22, que tuvo que sacar de su fondo de reserva para «irse al Norte».

Después el Polaco siempre decía: «La culpa fue del Negro por convidar y no pagar... ¡Jmm!»

Martínez, a cada rato, le sacaba la historia, para reírse hasta el límite del dolor de barriga...

Caramba, pero cómo se va uno de lo que quiere decir, cuando lo que quiere decir uno está allá dentro del tiempo que se fue y se llevó al irse, como rico equipaje, los momentos felices

y despreocupados de cuando uno es muchacho... ¡de cuando uno no tiene nada!... Ni hambre ni cansancio, ni lógica, ni que bajar todos los días por Trocadero y subir todos los días por Trocadero, menos los domingos, cuando uno va al cine!... ¡Uno debiera morirse, muchacho!

Por eso hay que perdonarme el que me haya fugado de lo que estaba diciendo, y que todo lo haya dicho con mi lenguaje de entonces, con palabras que no usaban corbata.

Naturalmente, entre la «metralla» que formábamos, Armando, que era un muchacho serio, que iba al trabajo todos los días, por la mañana y por la tarde, tenía que sentirse un poco extraño (y aun para nosotros, a veces, era un engorro), pero como hasta entonces no tuvo otros amigos, porque nunca los buscó ni sabía juntarse —yo creo hoy que no tenía fuerzas para tener amigos—, pasaba a nuestro lado sus ratos libres.

Ahora me acuerdo que Armando trabajaba en no sé qué cosa de cueros o de cartón. Lo cierto es que siempre le vimos con el dedo gordo hinchado y áspera la mano... La tenía muy fuerte y él era muy flaco...

Me parece que ya dije otra vez que su mamá estaba mala... Muy mala... Para mí que él también estaba enfermo... Se le habían muerto cuatro hermanos cuando aún eran niños, y la mamá ya sólo era como un pañuelo al viento... Algunas veces, cuando yo la veía, pasaba un rato sin estar contento... No sé, romanticismos que tiene uno...

Bueno, pero el caso es que el dinamismo de nosotros de alguna manera le contagié el entusiasmo al muchacho, y un domingo por la mañana se decidió a decirnos que nos quería acompañar. (A lo mejor él no lo pidió antes por miedo a

tener que dar algo... Pero total, no hacía falta, porque nosotros pagábamos el bote a peseta cada uno, y a mí me lo prestaba siempre Roberto.)

¡Aquello sí era estupendo! ¡Sol... Sol... Sol... Un sol violento y el viento de la mañana sobre el mar!... ¡El mar negro-azul y hondo!... El mar movido... La mañana, limpia como la cara de una muchacha bonita y alegre... Y los vapores sucios echando humo... Y los cocineros de los barcos y de las goletas de los muelles tirando al agua las cáscaras de las papas peladas... ¡Oh, qué vida maravillosa y despreocupada!

Cuánto minuto muerto resucita en mis ojos cuando, como si fuera mi melena dispersa, echo el tiempo hacia atrás y me veo entonces, inquieto y desigual, como un pez relampagueante y juguetón!...

¡Cómo nos gustaba que el tiempo se pusiera bravo, para que la cachucha saltara sobre las olas como una pelota, y las olas nos salpicaran por todos los lados!...

¡Cómo nos gustaba huir por delante de los remolcadores, que pitaban sus sirenas con el aire imperioso de un viejo conserje del Instituto, y «levantar la boga», apurados, para meternos en el oleaje que hacían los vaporcitos de Regla y de Casa Blanca, y cuando el bote se inclinaba de banda a banda, hasta entrarle el agua, asustar al Polaco que no sabía nadar, y verlo ponerse serio... serio... y agarrarse con fuerza a las dos bordas, diciendo repetidamente, hasta que salíamos del peligro: «Oye, chico, no juegues... no juegues... ¡Jmm!»

¡Y por supuesto que decía también «una mano de malas palabras que eso era el horror!»...

Allá como a las diez, cuando el sol se espejeaba, fracturándose en millones de fragmentos sobre la bahía, nos íbamos hasta la ensenada de los buques viejos, la de

Marimelena, que viene a ser un cementerio de barcos... El agua, como si fuera de tierra, estaba siempre sucia y tranquila...

Allí fue que un viejo marinero descalzo nos dijo un día, mientras se arremangaba los pantalones hasta la rodilla, sobre un lanchón podrido en que estábamos luchando, y cuando le hicimos una pregunta sobre los tiburones: «Muchachos, no crean nada, tírense donde quieran: los tiburones de la bahía están todos gordos y hartos... tírense donde quiera...» Y desde entonces, hacíamos, en cueros, persecuciones por las lanchas encalladas, para lanzarnos, despreocupados del peligro, por todos los costados... Luego, al fin, nadábamos hasta el bote, nos encaramábamos en él, y huíamos, dejando a García, hambriento como un náufrago, por la mañana continua de sol y de remos, que gritaba desde el barco al ver que nos íbamos, dejándolo solo y desnudo, para comernos su comida...

Había un barco rojo de orín del mar, que era grande y magnífico para nosotros. Un día lo descubrimos y lo asaltamos, y con el calzoncillo de Roberto le pusimos una bandera en la popa... ¡Ya nos parecía que el barco andaba por alta mar!... Entonces, armados de trozos de cabillas, acordamos ponerle «El Relámpago de los Mares»...

Y desde aquel día no almorzamos más debajo de los muelles, viejos y carcomidos, ante el pánico de los cangrejos y las jaibas que huían hacia abajo por los horcones, incrustados de ostras... Y las ratas, grandes como gatos pequeños, pasaban insolentemente por entre los polines y las vigas, con sus ojos brillantes y sus largos bigotes... Y las «isabelitas» venían en bandadas a los círculos concéntricos que hacían al caer los pedazos de pan, y de queso, y de guayaba y de plátanos que tirábamos al agua, para verlas moverse como pelotones de soldados bien instruidos...

Un día, como siempre, andábamos desnudos por la cubierta de «El Relámpago de los Mares», para tirarnos por las bordas y subir corriendo, nos vieron desde la Capitanía del Puerto, y vino volando una lancha con dos policías para «cargar» con nosotros... Sin embargo, esta vez nos perdonaron, porque yo les eché un discurso, diciéndoles que otros muchachos nos habían llevado la ropa a Regla y que «seguro, seguro» no nos la iban a traer hasta por la tarde, así que si querían «cargar con nosotros», no les quedaba más remedio que llevarnos en cueros... Y se fueron diciendo que éramos unos «mataperros», que ya los teníamos «muy cansados», y que si no sabíamos que allí había muchos tiburones y mantas...

Otro día, como el Polaco no sabía nadar, se nos ocurrió amarrarlo por la cintura con una soga y traerlo a remolque, mientras chapoteaba igual que un gato, pudiendo apenas sacar la cabeza del agua turbia de la ensenada... Y nosotros nos reíamos... Pero de pronto la soga se soltó y García se hundió para salir enseguida con la cara y las manos desesperadas, gritando: «Me aho...go... Me a... hogo». Cada vez salía con más trabajo, y cuando conseguimos que agarrara la soga, se fue al fondo de puro cansancio, y lo tuvimos que izar como un bulto, como un gran sábalo pescado... Se tiró en el bote y se puso a vomitar... Luego nos mentó la madre a todos.

¡Caballeros, pero cuánta cosa hay que contar!

—¡Cuando nos íbamos a Cojímar, y más allá, se nos hacía la noche remando, y volvíamos a oscuras, oyendo la respiración ancha del mar en las rocas de la costa!...

¡Las veces que nos metíamos por el gran majá dormido del río, que se iba llenando de silencio cada vez más adentro... De un silencio tal, que los gritos que dábamos entre los grandes paredones arborecidos que custodiaban las

márgenes, eran como peces que saltaban del agua y huían por el aire, río abajo, río arriba... Huían junto con las auras negras, las garzas lentas y con la caraira única que pasó una vez!

¡El desembarco en las playas! ¡La lucha con la resaca y con las rompientes, para que no se estropeará el bote de Pim-Pam!... Luego, ¡las carreras por la «Playa de los Tarahumaras»!... El avance trabajoso por entre los residuos de las basuras de La Habana, que la corriente del Golfo echa contra la costa, y sobre las olas, como hábiles marineros en balsas pequeñas!...

¡Cuando decidimos, una tarde, irnos hasta Cayo Hueso en bote, porque unos mambises lo habían hecho una vez... Y a la hora de estar al remo, horizonte allá, subiendo y bajando por la cordillera de las olas, pensamos que «cómo nos la íbamos a arreglar con los aduaneros americanos, sin saber inglés».

—¡Cuánta cosa que se queda ahogada entre tanto recuerdo del mar!

Bien, yo creo que lo dije antes. Armando le cogió el gusto a venir con nosotros los domingos por la mañana, cuando su mamá no estaba muy mala, porque los domingos, como decía con tristeza, «no tenía trabajo en la fábrica».

Aunque parezca mentira, se las entendía en el mar mejor que nosotros; preparaba siempre los estrobos de manera que durasen más y que fuesen más fuertes; si se partía un remo, con el que aún teníamos, podíamos llegar fácilmente a la orilla; y, aunque era menos fuerte que todos los del grupo, remaba mejor, y el bote se deslizaba por el agua sin esfuerzo cuando Armando cogía los remos... A nosotros nos preocupaba eso un poco, y al fin yo conseguí unas explicaciones absolutamente científicas del fenómeno, comparando esto del remar con los boxeadores que tienen *punch* y con los pitchers que lanzan la pelota como

cañonazos, no obstante ser flacos muchas veces. Todos aprobaron mi tesis, y Armando se rió con sólo dos risas pequeñas.

Sabía también manejar la vela, y la cachuchita de nosotros, en las mañanas de viento alborotado, era como una paloma sobre la bahía... Una paloma que se pusiera a bailar el minué sobre las olas, mientras que nosotros nos poníamos más contentos que no sé qué, y el Polaco pestañeaba, como el timbre de un despertador, a cada viraje violento que metía un golpe de agua en el bote.

¡Aquella mañana!... La mañana aquella era de esas mañanas en que hay un sol espléndido y fuerte, y al mismo tiempo hace frío.

Era de esas con que terminan los nortes, cuando ya las olas, en La Habana, no saltan al galope sobre el Malecón, como una impetuosa carrera de caballos blancos, pero que todavía al estallar contra el muro, se revientan en millones de alfileritos salados, y la gente extraña y los incorregibles, se dan gusto paseándose junto al contén para salpicarse.

Era una de esas mañanas en las que uno, por mucho que reme, no suda, pero siente calentarse la piel bajo el sol ardiente.

¡Y tanta luz!... Y el mar alegre, y azul, mientras una nube blanca y gorda, como una galleguita, pasa por el cielo de la bahía...

Ya nosotros habíamos estado bajo los muelles, donde el agua no deja nunca de hacer plaf-plaf... plaf... contra los espigones que rechinan... mueve las lanchas pequeñas; hace gemir las bordas de las goletas y, separando los barcos, pone tirantes los cables, como las cuerdas flojas de los circos...

Ya también habíamos estado en «El Relámpago de los Mares», y nos habíamos zambullido en las mismas hoyas

que hay al pie de la Cabaña, donde dicen que duermen los tiburones...

Ya habíamos remado hasta la ensenada de Guasabacoa, donde existía una enorme cantidad de pilotes de cemento tan bien acostados, como si fueran a dormir allí muchos años... Parecían los ataúdes de piedra de un millar de postes de telégrafos, muertos por el viento de la tempestad...

Ya habíamos bromeado con el marinero noruego de un barco inglés, que se estaba comiendo un plátano con las manos, y que cuando Roberto le gritó, riéndose: «Saramanvich, americano»... nos tiró las cáscaras, que le dieron a García, poniéndolo furioso.

Ya todo lo habíamos visto en una inspección general, cuando de pronto, enorme y negro, anclado en mitad del puerto, el «Espagne» gritó con su gran voz de bajo: MHMHM... MHM... MHM...

—¡Corre, que se va el francés...! —grité yo, y nos pusimos a remar desesperadamente.

Pero el francés no se iba. Sólo estaba virando para acercarse al espigón y atracar.

Viraba lleno de majestad, con mucha rapidez para su tamaño, y al mismo tiempo recogía el ancla, que empezaba a salir llena de fango. Cuando volvimos la cabeza un momento para verlo, la gente se apiñaba en las bordas. Me acuerdo que vi un oficial, todo vestido de blanco, con una gorra blanca.

Y Roberto y yo, levantando la boga hasta lo último, hacíamos avanzar la cachuchita, como si fuera un buen caballo trotón...

—¡A coger el oleaje!... —grité.

Ya el «Espagne» estaba cerca, y entonces fue que el oficial empezó a gritar. Armando dijo con su voz gruesa:

—¡Cuidado con la propela!

—¡Qué cuidado ni cuidado! ¡A coger el oleaje!...

Y hundimos los remos en el agua.

A la tercera boga, como ya la marejada era tan fuerte y desigual, cogí «un cangrejo», fallando y con todo el impulso que llevaba me fui de espaldas violentamente; di en el costado del bote y, perdiendo el equilibrio me caí al mar... En el agua, con la espalda rota, lo vi todo espantado...

Como Roberto hizo su boga con todo vigor y yo no, la cachucha se desvió con violencia... Además, el «Espagne» estaba virando... El bote entró de lleno en el remolino poderoso del agua hecho por la hélice, y sin fuerza ya para dominarlo, se precipitó hacia él... Un clamor inmenso se asomó a las bordas y el oficial vestido de blanco gritaba desesperado hacia no sé quién, con la gorra en la mano...

Los periódicos lo relataron todo con un letrero que decía: «Espantosa tragedia esta mañana en el puerto.»

Pero yo jamás podré olvidar aquellos segundos en que todo el fuego de mi vida se apagó, como si sólo fuera un pedazo de leña encendida que cayera al agua...

Yo no puedo recordar sin estremecerme, aquellos segundos gigantescos, cuando Roberto, con su tremendo vigor, agarrado por García que se ahogaba, luchaba brutalmente por desprendérselo y salir del remolino de la hélice.

Ni tampoco las voces continuas de Martínez, que se tiró con tiempo del bote y subía y bajaba en el oleaje, para gritarme a cada ascensión que huyera pronto del remolino de la propela...

—¡Aleman, la propela!... ¡La propela, Aleman!...

Y es más imposible aún que yo olvide aquella espantosa lucha de los brazos flacos y amarillos de Armando, que nadaba desesperadamente por escapar, mientras todo el pasaje de popa gritaba, y se asomaban los marineros por

las ventanillas redondas del casco negro, diciendo cosas en francés... Pero él había caído más cerca que ninguno, y al fin un golpe de mar empujó al bote y este a él, y la hélice, como un pulpo, lo atrajo, lo enredó, y le dio dos vueltas mortales dentro del agua...

¡Yo lo vi salir las dos veces afuera!... ¡Yo lo vi!... Y a la tercera, cuando la máquina paró de pronto, parte de la hélice quedó arriba chorreando agua y él... ¡Yo lo vi! ¡Yo lo vi!... Y se cayó muerto al mar, ¡como una gota de agua!

¡Cuánto detalle se apresa en un segundo de angustia! Al mismo tiempo que Armando caía al mar, desde lo alto de la paleta de la hélice, yo vi cómo Roberto, vencido por la desesperación de García que se ahogaba, era arrastrado al fondo y sacaba las manos del agua...

Y vi también cómo yo me hundía, muerto, con los brazos hacia atrás... mientras varios hombres desde lo alto del trasatlántico se caían despacio... se descolgaban entre gritos lejanos e inmensos...

En la Capitanía se agolpaba la gente... Cien caras y mil ojos me veían los ojos.

Nosotros no pudimos ir al entierro de Armando, ni al de su mamá, que se murió llorando, «poco a poco y muy pronto», según nos contó Ma cuando lo supo todo.

Allá están, en el cementerio de Regla, a donde todo el pueblo los llevó conmovido, y que se ve desde lo alto de las lomas peladas, como un huerto de arbolitos blancos...

La Habana, 20 de noviembre de 1930

El buey de oro*

—Mire, ahí va el «buey de oro» de to' esto —me dijo el negro Encarnación.

Yo miré para la línea y por ella pasaban, montados en unos estupendos caballos ingleses, el «buey de oro», su hija, y el encargado de la finca, un tipo vividor que prestaba dinero a interés.

Encarnación era el sereno que me sustituía, al entrar la noche, para cuidar el gigantesco tejar inactivo y siempre me hablaba de las matas; de cuando él vivía «por en vuelta de Matanzas»; o de la falta diagua, o de las mágicas que hacía un moreno para coger los nidos de avispas sin que le picaran...

A mí me gustaba oírlo hablar. A lo mejor era porque como estaba todo el día solo en el enorme tejar vacío, al llegar la noche sentía la necesidad de conversar con alguien.

Pero esta vez el negro Encarnación habló «por lo claro».

—¿Y usted conoce a ese «buey de oro»? —le pregunté.

—¿Qué si lo conozco?... Mire, fijese cómo la calva le brilla, igual que una moneda de oro...

Y era verdad, la calva brillaba sudorosa al sol, a los reflejos del poniente, a cada salto de la marcha trotadora del caballo. Y así sucedió hasta que lo dejamos de ver cuando entró en el pueblo.

—Bueno —siguió Encarnación—, pues así como le brilla la cabeza por afuera, como si fuera de oro, así debe

* *Lunes de Revolución*, no. 42, 11 de enero de 1960.

de brillarle por dentro... Le debe sonar toda a monedas...
¡Alabao!... ¡Pero si ese hombre no hace más que ajuntar
dinero!... ¡Y de qué manera!...

—Oiga, una vez yo estuve trabajando en la finca de
ese hombre y le aseguro que no me cambio por él. ¡Si se
pasa la vida rabiando por los centavos!... ¡Parece un
limosnero, un pedigüeño de esos de la calle!

¡Y tiene el alma más negra que un lobo!... En esa casa
no se le da un plato de comida a nadie!... Una vez dijo
que había comprado la finca tan lejos del pueblo
precisamente para que no lo molestaran pidiéndole nada...

Y tiene unos perros, grandes como burros, que
desbaratan al que se atreva a entrar allí, porque los tiene
muertos de hambre... Dice que es para que vigilen bien...
Sí, porque la cosa es que él siempre encuentra un pretexto
para no hacer gastos, y es como el carpintero de la
funeraria, ¡que sólo viene al pueblo cuando alguien se está
muriendo!... ¡Bueno!... ¿Usted lo vio pasar que parecía
que iba de paseo con la hija?... Bueno, pues me atrevo a
apostarle que sólo ha venido aquí para quitarle, por una
hipoteca vencía, la finquita a algún infeliz que está en la
miseria... A lo mejor es la casita del pobre Aguedo, que la
tendrá que entregar para pagar la gravedad de la hija...
¡Así es como ha llegado a tener tanto, arrebatándole a la
gente lo poquito que tienen!... ¡Y todavía hay gente bruta
que le está agradecida!... ¡Yo le digo a usted, compadre!...
¡Bueno, más vale ni hablar!...

—Cuando yo trabajé en casa de ese hombre me tuve
que ir de allí porque no hacía más que estar diciendo
siempre que gracias a él, al trabajo que nos daba, podían
comer nuestras familias... Que si no fuera por él todos
nos moriríamos de hambre... Y así por el estilo... Y,
mientras tanto, le teníamos que trabajar doce horas
bárbaras, que mientras los bueyes los desenyugaba y los
ponía a descansar, nosotros teníamos que seguir
trabajando... Un día, cuando uno se lo dijo, que cómo era

que él tenía compasión con los bueyes y no con los hombres, se puso furioso y le gritó «que para eso los bueyes no cobraban jornal como nosotros»... Pero un día ya yo no pude aguantar más que siempre estuviera vendiéndonos el favor de darnos una limosna y le grité que lo que él era un bandido, un explotador de los hombres, que la miseria que nos daba se la pagábamos de sobra con el trabajo que le rendíamos, que valía diez veces más, que no fuera a creer que nadie lo tenía por un santo, sino por un bandolero, ¡por un canalla!... Le grité que lo que él tenía era tipo de sacristán y se puso verde y amarillo y casi ni podía hablar de rabioso que estaba... Y cuando vino el tipo adulón ese que tiene de encargado y que no es más que un servil, les tiré a la cara la pala llena de tierra y me fui... Luego me tuve que perder de aquí por un tiempo, porque me puso a mal con el Jefe del Puesto...

El negro Encarnación había hablado claro y estaba de mal humor a fuerza de recordar los malos días. Yo, para mortificarlo un poco, le dije:

—Oiga, pues está gordo y saludable el hombre, ¿eh? Parece que la conciencia no lo acusa de nada, ¿eh?...

—¡La conciencia!... ¿Usted ha visto bestias con conciencia?

—¡Vamos! ¡Que está gordo!...

—¡Sí, cómo no va a estar gordo! ¡Pónganme a mí a ese plan y verá si engordo o no!... ¡Debe pesar como diez arrobas lo menos!...

—¿Cómo? ¡Diez arrobas!... ¿Y usted pesa a los hombres como a los cochinos?

—¿Y qué otra cosa que cochinos son esta gente?... ¡Si parecen criados con palmiche, de barrigones que están!... ¿Cuántos trabajadores con barriga usted ha visto?...

Pero Encarnación se tranquilizó, y hasta los ojos se le alumbraron con brillo alegre, cuando yo le afirmé que

algún día, muy pronto, a todos estos «bueyes de oro» los llevaríamos al mercado de la revolución y en él los venderíamos al por mayor, a tanto la arroba, como si fueran puercos!...

—¡Eso, eso es lo que hay que hacer!... ¡Y que suelten entonces, gota por gota toda la manteca que han amontonado en la panza mientras los pobres nos moríamos de hambre!...

¡Y el negro Encarnación soltó su carcajada, pensando en el día del desquite!

Ultimo acto*

En el ángulo del patio, allí donde se alzaba la palma real, el hombre esperaba. La noche profunda y silenciosa lo envolvía todo. Sólo el mugido del ingenio disfrazaba a lo lejos de un ruido monótono el silencio. Su traje de overol, azul oscuro, lo convertía en sombra. Sus antebrazos, poderosos, velludos, manchados por la grasa, apenas si se distinguían. Estaba inmóvil. Esperaba.

Aquel era su patio y aquella era su casa, pero en la medianoche llena de frío, él esperaba. Dentro del amplio bolsillo, junto con un puñado de estopa, su mano ruda de hombre de las máquinas, estrujaba el papel, hallado casualmente sobre una mesa de la oficina hacía apenas una hora, cuando fue a hacer una consulta al Ingeniero Jefe. Había visto un sobre dirigido a su mujer, abandonado sobre la mesa, lo había cogido, y ahora estaba detrás de la palma, a la hora de la cita trágica. El papel decía: «Esta noche está de guardia en la casa de máquinas tu marido y a las doce iré de todas maneras»... «De todas maneras» estaba subrayado. Era el administrador del ingenio quien lo firmaba. Solamente había tenido tiempo para correr del batey a su casa y apostarse en el fondo del patio. Todavía su cerebro estaba turbio de sorpresa, de cólera, de humillación. Detrás de la palma él sólo era un hombre, es decir, una fiera.

Y poco antes de las doce apareció el otro. Empinándose por sobre la cerca, su cabeza oteó medrosamente el patio y la noche. Luego, con cuidados infinitos saltó. Venía con

* Salvador Bueno. *Los mejores cuentos cubanos*. Editora Popular de Cuba y el Caribe: La Habana, 1960, pp.31-33.

camisa de caqui. Pegado a la cerca se estuvo un rato escuchando los rumores de la noche, el estruendo de su corazón precipitado... (Desde detrás de la palma los dos ojos de acero que lo espiaban, llegaron a esta conclusión despectiva: «¡Sí es un cobarde!»...) Fue avanzando con cuidado y llegó hasta la misma palma... Es extraño, pero no percibió el silencio tumultuoso del enemigo... Sin embargo, sólo el espesor de la palma real los separaba, y en lo alto el viento sonaba las pencas...

Fue todo rápido, eléctrico. La mano de acero del hombre de las máquinas apretó su garganta y ahogó el espanto terrible. Y el bárbaro golpe lo dejó en el acto sin sentido. El hombre de las máquinas rudo y violento, no tuvo la paciencia que se había propuesto y ahora estaba de pie, a su lado, contemplando su puño lleno de sangre y con el cerebro vacío de impresiones. Así estuvo un rato quieto, inmóvil, como la sombra de un tronco, cuando pensó: «Si no puede hablar con él, hablaré con ella.» Y le pegó una patada brutal al caído, dirigiéndose a su casa... Iba con la silenciosa e invisible velocidad de un gato negro.

Cerca de la puerta del fondo se detuvo. Un raro miedo lo había paralizado. Por un momento lo asaltó la extraña emoción perturbadora de que él era en realidad el amante, que a él era en realidad a quien ella esperaba. Y el corazón se le agitó con perversa esperanza y tuvo miedo del burlador.

Pero llegó a la puerta. Se puso a escuchar y no se oía nada. Sin embargo sintió como que cerca estaba ella. Hizo una suave presión sobre la puerta y a su débil quejido un sillón, dentro de la casa, respondió con su característico balanceo... Pensó sordamente: «¡Lo esperaba!»... Y la rabia le hizo proyectar con furia el amplio hombro hasta hacer saltar el pestillo de la puerta...

Pero antes de llegar a dar dos pasos sintió el balazo en el cuerpo y la voz de ella que decía: «¡Canalla, te lo dije!»...

A su «¡Ah!» de dolor y de sorpresa, ella llenó un espacio de silencio y de asombro. Luego, cuando encendió corriendo la luz, él vio su cara cuajada de una pena inaudita... Arrodillada estaba a su lado y decía: «¿Por qué, por qué?» sin comprender nada todavía... Pero ya su rostro, con el balazo en el cuerpo, comenzaba a ser alegre, alegre, como la cara de un niño que mejora.

Más que el disparo, la angustia de la voz había disipado todas las sospechas. Avergonzado y feliz le extendió el papel y se quedó mudo. Y ella lo vio y le gritó, con la duda más llena de dolor aún: «¿Pero lo leíste todo? ¿Viste lo mío, lo que le contesté?» Y, desdoblado el papel, le dijo: «¡Mira, mira!...»

El papel decía con su letra: «Canalla, no insista. Si se atreve a venir lo mato».

Y la cara del hombre se iba poniendo cada vez más pálida, pero cada vez era más clara su sonrisa bajo el llanto inconsolable de la mujer arrodillada...

En la sombra...*

*¡Sin nombres, sin lugar,
sin tiempo: en las tinieblas!*

Siempre uno tiene algo que conviene dejar en la sombra... Además, en la sombra ocurrió todo... Por eso no es extraño que esto quede oscuro, en la sombra también, sin nombre, sin lugar...

Cuando el hombre salió por la puerta del fondo, ya yo estaba oculto entre el tupido follaje del mamoncillo, como de costumbre, y a la hora de siempre...

Yo había empezado a perder el miedo...

Todas las noches era lo mismo: a las doce se abría la puerta del fondo y él salía para el turno de su trabajo... Al poco rato, el ruido de sus pasos se escuchaba lejos, por la carretera, camino del pueblo... Los perros ladraban por fórmula... Todo era sencillo; pero emocionante, sin embargo.

¡Sobre todo ahora! ¡Hoy! ¡Y mañana!... ¡Y siempre!...

Aquella noche, desde las once yo estaba en el árbol, bien alto, donde nadie me hubiera visto. Pero esa vez, el hombre, al salir, en lugar de coger la carretera y el camino del pueblo, vino derecho hacia el mamoncillo, como si yo lo hubiera citado en él...

* *Lunes de Revolución*, no. 42, 11 de enero de 1960. En el Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau existe una fotocopia de un original mecanografiado de «En la sombra...», probablemente anterior a esta, que se reproduce en esta edición en la sección Apéndices. (N. del E.)

Un espanto desconocido, se apoderó de mí!... Un espanto sólo comparable por lo inmovilizador, al que tuve de niño, cuando un ladrón nocturno llegó hasta el pie de mi cama, y lo sentí mirarme a los ojos cerrados, y el miedo inexpresable me produjo una parálisis de la lengua que me impidió hablar por mucho tiempo...

¡Y el hombre vino hacia el mamoncillo como si yo le hubiera dado cita en él!... Se detuvo a unos pasos del árbol y allí permaneció... ¡Permaneció un tiempo interminable!... Ahora recuerdo bien que lo que más me aterrorizaba era su silencio... ¡Su silencio absoluto!... ¡Y su cabeza que miraba alternativamente para el cielo y para la tierra!... Eso es lo que más recuerdo todavía...

Pero al fin dio unos pasos y llegó hasta el mismo pie del tronco viejo y ancho del mamoncillo. Miró hacia arriba... Ya entonces despejé todas las sospechas y para mí fue una realidad evidente y terrible que alguien —¿Quién?...— nos había traicionado... ¡Y una fuerza torturadora, mantenía mis ojos abiertos hasta el límite, penetrando, alumbrando la noche!...

¡Hubiera querido poder cerrar los ojos para apagar las sombras!... ¡Pero era imposible!...

¡Mis ojos veían los suyos, tan claros, tan sencillos... — ¡humildes ojos de hombre cordial!...— como si aún durara la tarde plena en que había estado hablando con él!...

¡Mis ojos iluminaban todo el árbol!... Y, sin embargo, los suyos no parecían verme, aunque miraban hacia arriba y ensayaban descansar la vista entre el ramaje en sombras... ¿Sonreían?...

¿Quién sabrá el tiempo que estuvo al pie del árbol?... Al cabo se alejó. Automáticamente mis ojos lo siguieron... Fue

hasta la cerca próxima y desató un ternero de respiración ancha y cálida, que estremeció como una caricia a la noche... Tenía algo de suspiro y de pena la honda respiración del ternero, tendido sobre la yerba, húmeda del rocío de la noche.

Y vino con la soga hacia el árbol... Recuerdo que hice entonces un esfuerzo sobrehumano para pensar algo, para hacer algo... Pero no pude... Yo era una estatua hecha de espantos... ¡Ya sabía que iba a morir, y esto es algo terrible... ¡Algo que nadie podrá decir jamás!

Llegó de nuevo hasta el pie del mamoncillo y miró otra vez hacia arriba, hacia donde yo estaba... Un aire malévolamente apartaba las hojas de mi cara, descubriéndome...

Pero la rama más baja estaba alta para él y entonces cogió la soga, la boleó dos veces con un silbar maligno y la arrojó por encima del gajo. Luego le fue fácil unir los extremos de la soga: ¡Ya tenía la escalera para subir a buscarme!...

Pero antes de subir escribió algo en un papel que se guardó... ¡Yo oí el lápiz correr sobre el papel como un rápido tren de pasajeros!... ¡Yo lo oí!...

Y su voz era tranquila y llena, como la luna ahora, cuando dijo unas palabras que no pondré aquí, pero que estremecieron mi corazón torturado para siempre por la acusación, y que volaron en el silencio de la noche como lechuzas!... ¡Y nunca olvidaré aquello!... En el silencio, su voz y el alentar del ternero, me parecieron cosas vivas, corpóreas, alas lentas que giraban sobre mí!...

¡Y nunca lo olvidaré, porque fue en aquel momento en que lo adiviné todo!...

¡Y lo más terrible: que yo ni podía ni debía gritar!... ¡Que yo, como castigo bárbaro, inaudito, estaba obligado a ser el testigo de la tragedia, que siempre me acompañaría como una penumbra, como una tiniebla, como una perpetua

sombra, visible sólo para mí!... Y esta impotencia de mi situación en aquella hora es la que aún hoy torna sombríos y enfermos mis recuerdos!...

Y estuvo un rato de pie sobre la piedra grande... Miró luego hacia la casa y comenzó a trepar por las sogas, sin esfuerzo, pero con lentitud... ¡Ascendía, yo creo!...

Comencé a sentir al tiempo algo como la agonía y el consuelo de terminar la vida, de que acabase de una vez aquella crueldad incomparable... Y cerré por fin los ojos y sentí una asfixia de garfio brutal que rompía mi garganta, muda... negra... muerta!...

La sacudida violenta me hizo abrir de nuevo los ojos... Pero no me atreví a mirar... El árbol ¡tan grande!... temblaba como un niño con fiebre... Luego no se movió más!...

¡Sólo el aire de la noche y unas hojas que me arañaron la cara!...

¡Él, abajo, pendía inmóvil!...

Hubo un momento en que pude descolgarme y huir!...

Y hubo también un día de angustia eterna en que supe lo que él había escrito entonces:

«¡Lo sé todo!... Y hay un solo testigo de mi muerte... Pero ese no podrá hablar nunca!...»

Y el que quiso adivinar quién era ese testigo, dijo, recordando el misterio, la soledad y la noche: «¡Era Dios, que todo lo ve!...»

Presidio, julio de 1932.

El sermón de la montaña*

—¡Salud, camarada!... —Y el saludo del pequeño compañero era jovial y al mismo tiempo estaba lleno de simpatía.

Pero es que era nada menos que el camarada Pedro, que acababa de cumplir su condena en la cárcel, porque lo habían agarrado en una agitación por el campo, organizando a los trabajadores de los ingenios. Su palabra era violenta y ruda. Y su cuello fuerte, poderosos sus puños y audaz y hasta insolente su mirada. Era un agitador. Uno de los mejores agitadores del Partido. Y el joven camarada Miguel Ángel, miembro de la Liga, lo conocía mucho ya de nombre y era para él una satisfacción personal, con un poquito de orgullo, el saludarlo y andar con él por la calle.

Con su palabra precipitada y vehemente, el camarada Pedro se puso a hablar:

—Está estupenda la mañana. Hay un sol que de veras parece especial para hoy... Y hoy es Jueves Santo, ¿no sabes?... Si, hombre, sí... Si por eso andan tantas mujeres endomingadas por la calle, porque van a la iglesia...

Miguel Ángel hizo un gesto un poco despreciativo y se alegró de poder decir con énfasis:

—Pues a mí nada de eso me importa... Un Jueves Santo es lo mismo que cualquier otro... Eso es cosa de los curas...

El camarada Pedro lo miró cara a cara, y le dijo, casi con fiereza, con su impulsividad natural:

—¡Muchacho, no hables por boca de ganso!... Eso será cosa de los curas, porque nosotros se lo hemos dejado a los

* *Ruta*, Xalapa, 3a. época, nos. 46-47, diciembre 1938-enero 1937.

curas... Pero el Jesucristo ese fue un tipo formidable, un revolucionario de veras... Estos bribones son los que lo han falsificado por todos lados... Acabo de leer en la prisión unos libros de Barbusse sobre él y lo coloca en su lugar... Fue un agitador, un revolucionario de veras ese Jesucristo... Y Barbusse sabe lo que dice... Ese sí que no habla por boca de ganso, porque estudia a fondo...

—Bueno —replicó Miguel Ángel—, ¿entonces por qué no se le coge de bandera si fue tan tremendo agitador?...

—¡Ah!... eso, vete tú a saber... Barbusse no dice nada de eso... Pero yo creo que debe ser porque fue un agitador de otro tiempo y de otra revolución. Algo así debe ser. Pero de todas maneras fue un revolucionario, un hombre de acción; un hombre que murió por la «causa de la justicia universal», como dijo no sé quién; por echar este mundo «a rodar hacia adelante», como dijo otro... Además, en todo caso, si no se hace agitación con su nombre, eso, en último caso, será culpa de los intelectuales del Partido que no aclaran bien lo que él fue... Pero yo te aseguro que es un tipo que me interesa. Es formidable, hombre, formidable. Debía ser un hombre fuerte como un toro, una especie de Julio Antonio Mella, de grande, con una voz poderosa como un tren, y un pecho como un tambor para darse trompadas en él con las palabras y las acusaciones violentas... Sí, porque esos cabrones lo han falsificado hasta tal punto, que hasta lo pintan como si fuera un pobrecito tuberculoso, flaco, con las costillas fuera y los músculos caídos... ¡Mentira, compañero!... Yo te aseguro que para haberse puesto frente a los romanos soberbios y, sobre todo, a aquella piara hipócrita de explotadores judíos, el hombre tenía que ser algo muy serio... Si no, fijate cómo no han podido quitar de su historia el incidente ese de cuando entró a fuetazos en el templo y botó de allí a los mercaderes... ¿Qué crees tú que fue eso en realidad?... Un mitin, hombre, una demostración de calle brutal, encabezada por él en Jerusalén, a pesar de los romanos y de su ejército insolente y cruel...

—Cálmate, Pedro, cálmate—le aconsejó el joven compañero, porque el militante rojo, vehemente y apasionado como siempre, en realidad estaba dando un mitin en mitad de la calle, y muchas de las mujeres y los hombres que pasaban para la iglesia se paraban a su lado, atraídos por el fuego de su personalidad.

Los dos compañeros cogieron entonces calle abajo y se perdieron.

—Mira—dijo Pedro, me has dado una idea. Voy a proponer en mi célula que se discutan estas cosas; que se aclaren y, si es posible, que se tome este día como de agitación... Tiene la ventaja de que no hay trabajo.

—Ten van a tomar por loco... ¿A quién se le ocurre eso?...

—No digas boberías. A nadie se le ocurre nada hasta que a alguien se le ocurre algo. Eso es todo...

—Sí, pero date cuenta de que ese Jesucristo es, después de todo, un tipo en que se apoya la burguesía para muchas de sus mentiras, según he oído...

—Pues, precisamente por eso. ¿Para qué estamos nosotros?... ¿Acaso nuestro fin no es destronar la burguesía, desenmascarar sus embustes y patrañas?... Además, es una injusticia que un hombre semejante a ese permanezca por más tiempo desconocido. Hay que arrebatárselo. Te lo digo. Mira, era un hombre tal, según he leído, que el mismo Lenin lo hubiera metido en el Partido... ¡Estáte seguro de eso!...

—Bueno, allá tú...

Y cuando el diálogo terminaba e iba a derivar hacia la organización de los sindicatos, los dos compañeros se encontraron en la plazoleta colonial, frente a la imponente, pétrea y centenaria Catedral.

El sol batía de frente y las piedras viejas se bañaban en el oro de la mañana. Los gorriones saltaban por las hiedras

verdecidas y los helechos que los siglos habían hecho brotar de entre los muros. De lo alto, como si fuera un símbolo, se lanzó un gorrión con una ramita en el pico, trazó un arco geométrico en el espacio azul y penetró por la puerta enorme, por donde la multitud entraba en silencio, sin duda en busca de su nido en el interior del «templo de Dios»...

Los dos compañeros se quedaron un rato callados. Había asombrosas mujeres. Pedro, por fin, dijo:

—Miguel Ángel, estoy pensando una cosa.

—¿Qué?...

—Mira, aunque falsamente, aquí es donde únicamente se rinde hoy homenaje a aquel luchador caído. Nosotros honramos la memoria de los mártires de Chicago, el primero de mayo; y la de Julio Antonio, el diez de enero, y veinte más, pero no tenemos ningún día para este... Y, total, este luchó contra el imperialismo romano y la alta burguesía hebrea y su casta sacerdotal que se aliaron para matarlo... Francamente, eso es una injusticia... Yo creo que debemos entrar, ¿qué te parece?...

—¡No, qué va!... ¿Cómo vamos a entrar, camarada?... Una cosa es hablar, pero otra es hacer. Estará bien eso en los libros, pero la verdad, yo no sé... Me parece que hasta nos pueden llevar hasta la Comisión de Control... Yo siempre he oído decir que la Iglesia es uno de los pilares de la burguesía... Acuérdate que Marx dijo que era «el opio de los pueblos»... ¿Cómo vamos a entrar, camarada?...

—Mira, muchacho, no me violentes. Todas esas son pendejadas, puras pendejadas... Pensando así no se va a ninguna parte. Una cosa es hablar y otra hacer. Nosotros estamos para hacer lo que hablamos. Y si no, el mundo queda parado. Eso es todo. Si Lenin no hace lo que piensa, todavía estaría el zar futeando mujiks... Esa que tú dices sí es una máxima burguesa, puramente burguesa: «Una cosa es hablar y otra hacer»... ¡Claro, como que es lo que les conviene a ellos!.. Por eso es que te dejan publicar tanto libro rojo; porque se encargan de regar antes «que una cosa

Y el sermón del Jueves Santo, sobre la palabra inmortal de Jesús al bajar de la montaña, dio comienzo.

El camarada Pedro se puso intranquilo.

El Arzobispo, con su voz gangosa, hablaba de la humildad cristiana; de la resignación de los espíritus valerosos; de la esperanza en Dios, siempre justiciero... Se refirió a las palabras del Maestro sublime, llenas de ternura y de amor hacia la humanidad entera. Y le dijo a los pobres: «¡Bienaventurados vosotros, porque serán saciados!... ¡Bienaventurados vosotros, porque vuestro será el reino de los cielos!»... Y luego se dirigió a los ricos, y con voz hipócrita tronó: «¡Ay de vosotros, ricos, porque ya tenéis recibido vuestro consuelo, porque ya tendréis hambre!»...

Como un trueno estalló bajo las bóvedas un grito furioso: «¡Mentira, mentira, bribón!»...

Y Pedro, sin poder contenerse, con el asombro de todos, hasta del mismo Miguel Ángel, subió al púlpito, le dio un violento empujón al Arzobispo, cubierto de palidez, y su voz poderosa, voz de torrente hirviendo, bulló como el agua de la catarata, bajos las bóvedas inmensas cubiertas de santos enmascarados como para un baile de carnaval.

Dominando los segundos de estupefacción general, por tanta audacia, Pedro gritó:

—¡Miente este viejo bribón!... Esas no son las palabras de Jesús. Jesús fue un hombre, un luchador. Un hombre entero, no un tipo castrado y miserable, arrastrado como una culebra, conforme con todo... Miente este viejo... ¿Cómo se atreve el hipócrita —y lo miró con sus ojos terribles y furiosos— a amenazar con cataclismos a los ricos, si él mismo es un rico, un hombre de tripa llena, que tiene automóvil y palacio donde vivir?... Y ustedes, hombres y mujeres pobres, gentes de mi clase, no se dejen dormir más por la mentira y la esperanza. No hay esperanza, hay lucha. Nada más que lucha hay en el mundo. Y no hay reino de los cielos. Eso es mentira. Hay reino de la tierra. Ese sí que lo hay, y para que no se lo arrebaten, la burguesía

ladrona, usurpadora de él, ha inventado el otro, el que no existe, para dormirnos a los pobres... ¡A conquistar el reino de la tierra, pobres del mundo, todos unidos, como lo pidió Carlos Marx y lo consiguió Lenin!...

El respeto sagrado y milenar que siempre inspiró el Jueves Santo, quedó roto al rodar por la nave románica el nombre, rojo como una bandera roja, de Lenin...

Pero Pedro, a pesar de sus brazos hercúleos, fue arrojado del púlpito, magullado, bastoneado y roto el cráneo de luchador...

En el calabozo de la estación de policía, a Miguel Ángel, que también había sido apaleado al dar un viva iracundo a Vladimir Ilich, entusiasmado por la fogosa y ardiente palabra de su compañero, le decía Pedro, cubierto de heridas y vendajes, y alegre como un muchacho...

—¡Oye, ese sí que fue un sermón de la montaña!... Te aseguro que el verdadero discurso de Jesucristo fue así más o menos... Así es como hay que empezar a reconquistar a ese compañero que se ha robado esa gente...

—Y que te tiraron del púlpito como si fuera a un barranco...

—No importa. Ya algún día lo tiraremos a ellos... Y, por lo pronto, mucha gente allí ya se enteró de quién fue de veras Jesús...

Y los dos camaradas, discípulos de Lenin, soltaron una carcajada sana, sin heridas, que pasó por entre los barrotes de la reja como un pájaro que fuera a hacer su nido al viento libre de la mañana...

El sargento de carpeta dijo, moviendo la cabeza con desaliento:

—¡Esa gente es terrible!... ¡No tienen remedio!...

Cuentos inconclusos

Vida del Caballero del Monte Cuervo

Mi experiencia me permite asegurar a priori que serán muy pocos los que le den a esta historia el crédito que se merece, y por lo tanto, sin entrar en más explicaciones que pudieran aparecer como ingeniosidades mías para hacer aparecer como ciertas cosas fantásticas, daré a los lectores amigos de investigar hasta el fondo las cosas, el siguiente dato: todo lo que aquí está relatado se encuentra en los Archivos de la Santa Inquisición de Burgos, bajo el legajo 14 518, del Año de Gracia del Señor de 1518, bajo el epígrafe siguiente: «Historia singular del Caballero don Alvaro de Torrenegra y Fernández de Padilla Conde de Almarén Río Lleno y Soto del Rey Barón de Codiño y de La Escosura Señor del Monte Cuervo Grande de España Caballero de la Orden de Calatrava de San Juan de Acre etc., etc., con las raras cosas que le acaecieron y el acabamiento que ellas le trujieron.»

Apuntado el anterior dato, el que me parece que he dado con toda la exactitud del más escrupuloso erudito, podré entrar en materia.

Siempre fui aficionado al estudio de la historia, pero a fuerza de encontrarme en todas ellas esta frase: «la tenebrosa Edad Media», me había acostumbrado a pensar en ella como en un período de la vida humana sumido por completo en las más impenetrables tinieblas, y por tanto de un interés muy relativo para el estudio. Así pues, de la brillantez guerrera, filosófica y artística del mundo antiguo grecorromano, yo había saltado, como desde un trampolín, hasta el Renacimiento, las luchas religiosas

y los descubrimientos y la conquista de América, dejando por el medio la charca negra y profunda de la Edad Media con su ferocidad individualista y feudal. Incidentalmente diré que apenas es posible encontrar período en la historia del mundo de tanta crueldad, tan sanguinario y rudo, como este del paso de la Edad Media a la Moderna, en el que hay que incluir las matanzas religiosas por una y otra parte, la época de los duelos caballerescos en Francia, los asesinatos por el veneno en Italia y, sobre todo, el exterminio en masa de toda la raza de un continente entero cuando la conquista de América por los españoles, sin embargo de todo lo cual suele tenerse a esta época como una de las más esplendorosas de que se pueda hablar.

Bien, pero sucedió que una vez, leyendo algo sobre Giordano Bruno me tropecé con esta frase: «la calumniada Edad Media». Era la primera vez que leía algo tan audaz y contradictorio con el juicio general y por lo mismo me hizo profunda impresión. Consecuencia de ello fue, dado mi carácter metódico y amigo de la investigación sólida, que me puse a estudiar con ahínco las luchas entre el Pontificado y el Imperio, la constitución feudal, las Cruzadas y el esplendor árabe. Y de investigación en investigación y de archivo en archivo, vine a parar a la Catedral de Burgos, fría ciudad castellana en la que un soplo helado que recuerda las estepas siberianas propicia el recogimiento y el estudio. Ante la imponente y maravillosa catedral gótica, bajo las ojivas espléndidas, frente al retablo maravilloso, a la increíble sillería del coro, la duda se me clavaba cada vez más fuerte: ¡la calumniada Edad Media!...

Pero bueno, este es otro problema. El caso es que allí, buscando otras cosas, vine a dar como por casualidad con el legajo anterior, que en un rato de descanso me puse a hojear, siendo absorbido al instante por su asombroso contenido.

Este legajo, en próximo viaje que dé a Burgos, he de copiarlo íntegro para darle publicidad, que bien lo merece, pero mientras tanto los lectores tendrán que conformarse con mi relato, al que mi buena memoria podrá muchas veces trasladar citas exactas del original, en el buen castellano de entonces.

Descendiente casi de reyes de los más antiguos de Castilla, feroz, altanero, audaz, poderoso y recio como las encinas de sus

montes, el Caballero del Monte Cuervo vivía en una áspera región del norte de Castilla, donde el frío es cruel, el viento hiela las rocas y las rocas son grises, gigantescas y de monstruosos contornos. Sus antepasados, desde lo alto de ellas, habían podido rechazar el fanático asalto de los árabes, defendiendo con rabia insólita sus rudos robledales y ariscas montañas. En esta épica lucha su raza había cobrado un valor de leyenda y prestigios inatacables. Apenas si había encina en sus bosques que no hubiera sustentado en sus ramajes el cuerpo de algún moro y era para estos nombre de terror y de espanto, el Monte Cuervo, de siniestros contornos.

Narra el legajo que habiéndose adiestrado el Caballero en las armas, matando al jabalí y al oso, y en duelos singulares y sangrientos, decidió, como correspondía a uno de su raza, acometer empresas mayores y allá se fue, en plena juventud, al lado del Gran Capitán, su amigo, a la conquista de Granada, en donde su brazo portentoso, su maestría sobre el caballo y su fiereza y su audacia realizaron prodigios.

Más tarde, siguiendo a su glorioso amigo, fue con Diego García de Paredes y otros a las guerras de Italia y en Barletta midió su lanza con la de Bayardo, el impecable caballero, sin que al rompersele el arma dejara también de romper la del contrario.

Pero en Italia, en los largos sitios, en las veladas de los campamentos, tomó el cristiano caballero la fatal costumbre de darse a la lectura de extraños libros en boga a la sazón -aunque tremendamente perseguidos-, sobre magias, encantamientos, sortilegios y hechicerías, y con todo esto en la cabeza, ya medio aturdida de tanto haber aplastado la de los enemigos, al volver a sus tierras después de una larga campaña, se cuenta que traía extraños caprichos, raras maneras y palabras singulares en la lengua, dándose por demás, a conjuros aterradores sobre las torres del castillo, en las lóbregas noches en que la tempestad bramaba por los montes. En medio de la tormenta, su voz salvaje saltaba desde las almenas, brincaba el foso, y cabalgaba tempestuosa también, en alaridos y blasfemias horribles, sobre el viento impetuoso que rebotaba en las montañas.

Empezó el pánico a apoderarse de sus más fieles y adictos servidores, que tomaron la costumbre de dejarlo solo, de manera

que el gigantesco castillo parecía sólo habitado por el silencio y por las sombras. Nada más aterrador que aquello. Sin embargo, esto complacía sobremanera al Caballero, el que sólo salía a bramar sobre las almenas cuando el viento recio desgajaba los encinares y retumbaba el trueno con ímpetu salvaje sobre la montaña. Entonces, cuando el rayo centelleaba sobre los montes, se iluminaban los horizontes distantes, y a veces los negros y fantásticos contornos del Monte Cuervo lucían toda su siniestra y majestuosa grandeza. Allá, sobre lo alto, resistía los siglos y las tempestades la Torre Negra en que habitaron y nacieron los primeros adalides de su raza.

Bajo el relámpago deslumbrador, desde lo alto del castillo, la torre, solitaria y enorme, parecía la tumba de algún guerrero muerto. Su figura, su aislamiento, su historia llena de tragedias, de sitios, de asaltos, y su colocación en la cima de un monte tan lóbrego, rodeado de bosques por los que por las noches el viento al pasar arrancaba lamentos que parecían escapados de los millares de moros y cristianos muertos en él, habían contribuido a que la ignorancia del tiempo y de las gentes forjaran las más extrañas leyendas, hasta el punto que sólo su nombre daba lugar, en las veladas junto al hogar, a que todo el mundo se santiguase tocado del terror.

Contábase que sobre ella el viento jamás dejaba de pasar en ronda fantástica, frenética, galopando sonidos extrahumanos, sinfonías monstruosas. Se decía que allí, en la soledad de las ruinas, en los plenilunios misteriosos, llenos de silencio, de repente el viento se detenía en los bordes mismos del foso, y a la torre iban entrando entonces, como lanzados por catapultas, los más raros seres, vestidos de extraños modos, con atavíos increíbles. Mientras tanto, en torbellino pánico, y en medio de un silencio mortal, un espectáculo inaudito tenía lugar. Se aseguraba que aunque el viento dejaba de soplar, tomando las más monstruosas figuraciones de trasgos gigantes, centauros, grifos, hipocampos, medusas y sátiros diabólicos, giraba alrededor de la torre, en un vértigo veloz, silencioso y terrible. Allí se estaba hasta que, al ocultarse la luna tras del Monte Angustia, de repente el conjunto soplaba de nuevo con ira violenta y las rachas del viento arrasaban la torre y arrancaban sobre las montañas arrastrando a los extraños

personajes que en ella había dejado, como si los trajera a una cita ultraterrena. A veces, según se aseguraba, dejaba muertos sobre las ruinas, que los cuervos, tan numerosos en el monte, se encargaban de devorar.

Esta conseja, medrosa y desconcertante, había dado lugar a que se pensase con espanto que la Torre Negra del Monte Cuervo no era otra cosa que el cruce del Camino del Infierno, a donde todas las lunaciones acudía a hacer un descanso la cordillera de almas condenadas.

El Caballero de nuestro relato, que ya en su juventud había oído con zozobra disimulada la leyenda que se atribuía a la torre de sus antepasados, una noche de tempestad tuvo la audaz idea de ascender al monte en un próximo plenilunio para comprobar la verdad de lo que hubiera en la fantasía popular asustadiza. Y así fue que hizo llamar a su mayordomo para darle cuenta de su empeño y de que le preparase lo necesario para ascender a la montaña.

En vano fue que este, antiguo servidor de la familia y que lo había enseñado a usar el arco y la flecha, a adiestrar los jerifaltes y los lebreles y hasta a usar el cuchillo y la jabalina en las cazas del oso y el jabalí, tratara de disuadirlo. El Caballero se empeñó en su aventura, y entonces el antiguo servidor le contó cómo un montero del castillo, perdido en el monte, fue sorprendido en él una noche, casi en el límite de la árida explanada que rodeaba la Torre Negra, en donde que lo presencié le llenó de tal terror que no pudo apartarse del lugar hasta que, en llegando el día, desalado, bajó hasta el llano y, perdida el habla, con el sueño lleno de alaridos y de alucinaciones, así se estuvo hasta que el tiempo lo fue curando y le pidió que lo pusiera a cuidar los setos del foso, porque al monte no volvería como no fuera ahorcado.

Todo lo que el mayordomo consiguió con su relato fue que el Caballero exigiera que acudiera pronto a su lado ese montero, y presentado este como le fue, aquel le pidió que le contara su relato de aquella noche. Sin duda que a nadie más que al Conde le hubiera hecho el infeliz su relato, pero en la voz de aquel había tal imperio, tan sombrías y profundas sonoridades, que todos sus vasallos hubieran preferido habérselas con los espíritus infernales de la montaña antes que afrontarse con la cólera de su Señor.

Así, pues, comenzó el pobre hombre santiguándose y narró cómo, habiéndose perdido por la cima del monte sin dar con camino, la salida de la luna vino a sorprenderlo con que estaba casi al borde de la explanada de la Torre Negra. Iba a alejarse lo más rápido que le permitieran sus piernas, cuando un espectáculo le heló la sangre paralizándolo por completo. Su perro, olfateando y aullando, se había ido acercando a la torre sin que hiciera caso a sus llamadas, y allí sobre la explanada vio cómo el viento, con horrible silbido, comenzó a soplar doblando los pinos, las encinas y los robles. El perro, aterrorizado, se echó al suelo, pero el viento redobló su furia y fue arrancado de allí y lanzado por el aire hasta el interior de la torre. Poco después, hombres y mujeres, y hasta algunos caballos y perros también, y otros escasos animales, eran lanzados a la torre. El viento mugía aterrador, girando en un vórtice devastador alrededor de las ruinas, pero sucedió que de pronto se hizo un silencio más espantable que la muerte, porque el viento seguía doblando los árboles y arrancando los gajos, pero en silencio. A la vez, por un milagro del demonio, el viento cobró formas, las formas más espeluznantes, esas que sólo se ven en los sueños, o en las piedras de las catedrales góticas: caballos galopantes, con serenas cabezas de hombre, cabezas de mujeres con cabelleras de serpientes, hombres de patas de cabra y testas córneas, caballos de extremidades marinas, y otros animales de configuración monstruosa.

El terror no le había permitido al pobre cazador ni huir ni cerrar los ojos. Y así fue cómo, de pronto, al ir cayendo la luna detrás del Monte Angustia, el viento fue aumentando el rumor impetuoso de su crescendo y los trasgos se disolvieron y el torbellino se dividió en dos ramas que penetraron por las puertas norte y sur de la torre y pasó sobre los árboles entonces la más desaforada y atormentada cabalgata que se pudiera presenciar ni soñar. En una de ellas, el perro del montero pasó despavorido, lanzando temerosos aullidos, arrebatado por las ráfagas. Y concluyó el vasallo su relato, contando cómo a la luz del día, enfermo de terror, pudo bajar de la montaña y volver al castillo, de donde esperaba que la bondad del Caballero no lo hiciera salir.

El Conde escuchó la narración con un profundo interés, y en gracia al pánico sincero de su servidor le concedió, con una

sonrisa, que no lo llevaría allá. Y antes de despedirlo le hizo una serie de preguntas sobre la indumentaria de los individuos que había visto, asintiendo con la cabeza ante algunas descripciones, como si conociera a esos raros personajes, y quedándose perplejo ante otras de las que el mismo servidor confesaba que no se las podía explicar de increíbles que eran.

Se encuentra en este punto en el legajo, un añadido que es una declaración del mayordomo del castillo, por la cual se hace constar que el Conde, después de haber oído el relato de su sirvo, lo había llamado para decirle que se había afianzado aún más en su idea de subir al monte para desentrañar su hechicería. Que por el relato de su vasallo había colegido, que de ser cierto todo -y debía serlo- aquel no era el cruce del Camino del Infierno, sino algo mucho más notable, pues que parecía ser nada menos que el cruce del Camino de las Edades, y que esto se lo decía porque a muchos de los personajes descritos por su montero, el que era lego en cuestiones de historia, los conocía él bien. Uno, por ejemplo, no podía dejar de ser Sócrates, hablando con sus discípulos a pesar de la tormenta; aquel que había pintado con el perfil arrogante, con casco de crines, sobre un caballo soberbio, no era otro, sin duda, que Alejandro el Magno; el monstruoso y acobardado poeta coronado, sería Nerón; y aquella bandada de moros que huían en sus veloces corceles hacían esto aterrorizados por la espada del Cid, que centelleaba bajo el relámpago de la noche... Así fue el fiel mayordomo relatando las visiones que su amo y señor había interpretado de las descripciones de su montero. Pero dice que lo que más le preocupaba era ciertamente el que figuraran, en la descripción de su montero, incomprensibles seres humanos que por toda indumentaria llevaban unas vistosas plumas sobre la cabeza, seguidas de una cascada de ellas cayendo por las espaldas hercúleas, de un color rojizo desconocido entre los hombres; otros había también que, aunque seres blancos o negros, o amarillos, llevaban vestiduras estrafalarias: tales portaban sobre la cabeza ridículos tubos negros, que brillaban como el azabache más pulido; otros, en vez de la recia armadura de acero y del yelmo macizo, y del espadón gigantesco, iban

vestidos como mamarrachos, de colorines, con sombreros plumados y espaditas de juguete al cinto; otros más, lucían blancos pantalones ceñidos hasta el punto del impudor... Cien más extraños tipos habían preocupado hondamente al señor Conde, el que, tocado ya de la locura del maleficio -según su mayordomo-, le había asegurado que no quedaba más remedio que suponer que toda aquella gente no eran sino representantes de los siglos futuros, que el torbellino de las edades iría arrojando por el camino a su tiempo, en los cruces, uno de los cuales, según parecía, era el de su Torre Negra, sobre el Monte Cuervo, a cuya cima subiría él para comprobar tan peregrina hipótesis.

En este punto comienza lo más interesante de esta narración, porque en el legajo de la Catedral de Burgos, sigue a la declaración del mayordomo un relato de su aventura, escrito en forma de diario por el propio señor del Monte Cuervo, y su contenido es tan extraordinario que escapa a toda comparación con nada de lo por mí leído en el curso de mi vida. Repito aquí, que todo ese diario, así como el resto del legado lo copiaré en mi próximo viaje a Burgos, a donde tengo que ir comisionado para ciertas investigaciones. Permítaseme, pues, por lo pronto, que sea mi memoria la encargada de dar cuenta de lo que más impresión me hizo.

Comienza el relato del Caballero. Poco más o menos de este modo comienza: «En el Nmbre de Dios, Caballeros: Amén. En este año del Señor, y encontrándome en mi castillo y tierras de Almarén, he decidido dar cima a una empresa para la mayor gloria de mi Dios y de mi Rey. Y es ella la de descubrir el maleficio o hechicería sobre la mi Torrenegra del Monte Cuervo, en la que diz que ocurren extraordinarios fechos fuera de la realidad. Y es así como he decidido subir a ella, y descubrir lo que oviere y facer lo que fuere menester para que la tal hechicería desaparezca, o bien probar un milagro más de los muchos que sobre la tierra ha derramado nuestro Señor.» Y así es cómo, más o menos, con la ortografía de aquel tiempo, aparece el encabezamiento, que en el

pie tiene una fecha casi ilegible en la que sólo se leen las dos primeras cifras: 14...

Pero el relato de cómo el Caballero llegó al monte y de lo que vio allí es lo que importa.

Con la armadura resplandeciente de un cruzado, y después de haber escuchado de rodillas una misa mayor en la capilla del castillo, partió hacia el monte, despedido por todos sus vasallos, sobre un soberbio potro y seguido de su lebrél favorito, la mañana de la séptima luna, con tiempo suficiente para escalar el monte hasta la cúspide y llegar a ella la noche del plenilunio, que habría de ser espléndido, a juzgar por el anterior.

Cuenta así el Caballero su aventura. Se adentró por los caminos pedregosos de la montaña, cuando aún el sol doraba la llanura y caía con fuerza sobre su castillo distante. El caballo al paso y el lebrél a la cola, de atardecido llegó hasta una cabaña de las faldas, la más remota habitación hasta donde se habían atrevido a llegar sus vasallos; y allí desmontó y le fue servida una hirviente sopa de jabalí y algunas frescas legumbres por su solícito siervo el guardabosque, que cuidó también del caballo y del lebrél, pero que al enterarse de los propósitos de su Señor, humildemente trató de disuadirlo de su empeño, no logrando con ello sino aumentar los deseos del Caballero, que, no obstante, decidió pasar la noche en la cabaña, durmiendo a pierna suelta en la recia cama del montañés.

Por la mañana su guardabosque lo acompañó indicándole los mejores caminos, y ya al mediodía se atrevió a pedirle permiso para retornar a su comarca, cosa que le fue concedida, cerciorándose antes de si estaba en el buen camino.

Siempre ascendiendo la montaña, pasó esa noche a la intemperie, durmiendo bajo las estrellas y la luna creciente, bajo la fiel vigilancia del perro y teniendo por almohadas el duro yelmo, la impenetrable rodela y a las manos la pesada tizona de los combates y la lanza invencible. El viento soplaba suave, y aunque el bosque se fue llenando de rumores que a veces hacían gruñir sordamente al perro y espantar al potro, el Caballero tenía el corazón de hierro, y las medrosas imágenes de las gigantescas encinas moviéndose no lograron amenguar su ánimo ni quitarle el sueño bajo la plácida noche.

Así fue como un atardecer, lleno de júbilo y cansancio, vino a dar de pronto en la empinada meseta del Monte Cuervo, a pocos pasos de la Torre Negra en donde habían nacido y guerreado sus bravíos antepasados y la que él no conocía más que por las sombrías leyendas que sobre ella se contaban.

Aunque el ánimo del Caballero era grande, no dejó de sentirse extrañamente conmovido. La torre, que desde las empinadas almenas de su castillo se veía entera y gallarda, mostraba de cerca la injuria de los siglos y las tempestades. Hecha de piedra negra, desmantelada por algunos sitios, presentaba boquetes y hendiduras, y subían por los cuarteados muros atrevidas enredaderas de pálidas hojas amarillentas, y fúnebres y enormes flores lilas. Un silencio infinito dominaba la altura. Las nubes, de deformes figuras, pasaban lentas, rodando de montaña en montaña. A lo lejos, disminuida en la distancia, se vislumbraba la mole del castillo de Almarén, en donde sin duda estarían rezando por el retorno de su Señor.

El Caballero, dominando sus emociones, y aun el temblor espantadizo de su caballo, penetró valerosamente en la torre, pasando por el puente echado, casi por completo podrido por la lluvia de los siglos. Pronto llamó su atención el que sus pasos no despertaran los ecos, como si allí estuviera muerto hasta el sonido. Recorriendo la torre, vino a dar con algunos muebles antiquísimos pero aún fuertes, y ello le hizo pensar que debía pasar la noche en la torre y no fuera. Así lo dispuso, pero antes recorrió toda la fortificación, convenciéndose de su mal estado. A cada momento más y más le llamaba la atención el hecho extraordinario de que la torre careciera de ecos; los cascos ferrados de su corcel parecían de seda; notaba que el perro ladraba, pero sus ladridos no se oían. Los dos inteligentes animales también habían notado esto y un temblor recorría sus músculos como las ondas agitadas de una charca. El Caballero, armado de su invulnerable firmeza de ánimo, se puso a meditar con reposo sobre este hecho y después de mucho cavilar, llegó a la sorprendente conclusión de que, «dado que según las narraciones de la comarca y el testimonio de su vasallo, se podía colegir que la Torre Negra era, no el cruce del camino del Infierno, sino el cruzamiento de las edades, sentado lo cual, bien podía admitirse que el silencio absoluto, la mortecinidad

de los sonidos era debida a la circunstancia de que, tal vez, eran estos cruces puntos muertos del Tiempo, en los cuales se detenía para descansar. Y se puso a pensar en el hecho de que la leyenda afirmaba que el viento giraba en torbellino, pero en silencio, mientras permanecían en la torre los inauditos seres que a ella había lanzado.

En estas cavilaciones la noche se fue acercando al monte, y cuando por el este, sobre la cresta imponente del Monte Sacrificio, apareció el redondo y gigantesco disco lunar, un viento se fue levantando, que pronto fue acentuando su poder y su estruendo con un rumor gigantesco, de mar, de tempestad infinita. La torre oscilaba como un látigo furioso, y el Caballero, tendido en el suelo al pie del muro, igual sus animales, apenas si podía creer que todo aquello no se derribara con estruendo horrible.

El cielo, mientras tanto, mostrando el esplendor de un plenilunio incomparable, llenaba de plateada claridad los ámbitos ilimitados, y caía sobre la torre, filtrándose por las murallas hendidas y por las portalonas desvencijadas. A los hilos de la luz huyeron en bandadas densas millares de singulares aves nocturnas, cuyos aleteos tuvieron la virtud de animar los sonidos en el interior áfono de la fortaleza. A lo lejos, arrebatados por la furia del viento, se escuchaban sus quejumbrosos chirridos.

El Caballero cuenta en su narración que se puso a atisbar los alrededores de la torre a través de una hendidura del muro y pudo darse cuenta cómo no sólo la torre era juguete del viento, sino que todo el monte se conmovía, lleno de aterradores lamentos; y por el cielo pasaban a galope, desbocadas, negras nubes apelonadas, que, al cruzar por delante de la luna, se volvían de una transparencia milagrosa para volver a cobrar tenebrosos tintes tan pronto se alejaban de los alrededores de la torre.

Tuvo entonces una rara intuición el Caballero del Monte Cuervo, y se puso a examinar algunos de los inexplicables objetos que había encontrado por la torre. Por sobre todos había llamado su atención un empolvado tubo de metal sustentado sobre un trípode burdo, que se encontraba enfrente de una ventana, al lado de un redingote gris que colgaba de la pared y de una espada de tan imponentes dimensiones y anticuada figura, que no podía ser otra que la inmortal Tizona, cuyo manejo sólo era posible al

brazo incomparable de Rodrigo de Vivar. El tubo en cuestión tenía una inscripción en latín en la que se decía que aquello pertenecía a Galileo Galilei, personaje desconocido para el Caballero, así como el chabacano abrigo de la N con abejas de oro alrededor. Su extraña figura de insecto en posición de combate, levantado sobre los tres pies, llamó la atención del Caballero y se puso a examinarlo. Uno de sus extremos pasaba por una abertura de la muralla por la que se filtraba un rayo lunar y en un movimiento del Caballero sintió que a sus ojos llegaba extraño y desordenado espectáculo. El puro y transparente rayo lunar se transformaba en una máscara grotesca, en una faz llena de monstruosas protuberancias, de espantables hendiduras, y la luna, que desde las almenas de su castillo era un disco de plata sin mancha, a través del incomprensible aparato cobraba deformes apariencias. Era cierto, pues, que el mundo tenía una sombría guarida de misterio en su torre, y que acaso él se vería envuelto en horrendas y espeluznantes aventuras de las que acaso ni su indomable valor fuera suficiente a sacarlo.

El estruendo insólito de la tempestad se agigantaba hasta un tono inconcebible. En el exterior, la velocidad fantástica del vendaval modulaba alaridos inenarrables, de notas hondas y lóbregas y silbidos de una agudeza que escapaban al oído humano, aunque lo herían. Los rayos de la luna fueron cayendo más verticalmente sobre el piso y, de pronto, el portalón de la torre sufrió una salvaje embestida y fueron cayendo en el interior de la misma desaforados individuos, tocados de una insanía peculiar y estafalaria, que asombraron al Caballero, a quien, por lo demás, no se extrañaron de encontrar allí. Uno -un imponente guerrero bizco con armadura cartaginesa- se limitó a decir: «Un viajero más. Tiene perfil de numantino.»

Un caballo de impetuoso ardor vino a hacer insolente reto de relinchos con Ami[ilegible], el brioso alazán del Caballero, pero un arrogante jinete, en un griego bastante defectuoso le gritó: «Bucéfalo, aquí», y el caballo acudió mansamente a la llamada de su amo, que escuchaba atento una explicación que le daba sobre algo un sujeto en extremo parecido al Aristóteles del retrato que poseía el Caballero. En esto, acudió presuroso al instrumento-insecto un tipo venerable de hombre, que, apasionadamente atraía

a otro de vestiduras antiquísimas, a quien llamaba Tales, para que se pusiese a contemplar la monstruosa luna que se observaba por el tubo. Este, después de observar un rato, sin mostrar asombro ninguno, lo que extrañó sobremanera al Conde, le dijo: «Si, está bien, pero creo que hasta que no se instale el del Monte Lynck las observaciones han de ser muy defectuosas.»

Tuvo la suerte el Caballero de tener un encuentro inesperado y que vino a sacarlo de su asombro, a fuer de hombre cortés, aunque el hecho era más bien para aumentarlo. Un finísimo caballero francés se acercó a él, y levantándose la visera le dijo: «¡Cómo! ¿Está aquí el señor Conde de Almarén?» Este no pudo dejar de reconocer enseguida a Pedro, señor de Bayardo, con quien había justado noble y lealmente en Barletta, y para cuyo valor no guardaba más que admiración, así como para su gentileza el más vivo rendimiento, y así, pues, dominando todo gesto de asombro, se apresuró a saludar a su adversario.

Por la conversación de este, pudo notar que el francés se figuraba que era un compañero de viaje a quien aún no había tenido tiempo de ver, pues desde hacía muy poco se había incorporado a la ululante caravana. Por este motivo se apresuró a explicarle, con breves palabras, el porqué de su estancia en la Torre Negra, de la que era Señor, y los propósitos que a ella lo había conducido. Oyólo el francés con profunda atención, y después de pensar brevemente, le dijo que, a lo que parecía, algo extraordinaria era sin duda su aventura, ya que a la caravana de los Tiempos pocos eran incorporados de aquella manera, y que no sabía de nadie que fuera recogido en la Torre del Descanso, nombre que en realidad tenían aquellas ruinas.

En sus memorias cuenta el Caballero, cómo, al llegar a este punto, el silencio vacío que se había forjado en los alrededores de la cima del monte fue trocándose en un creciente retumbar, por lo que Bayardo se apresuró a despedirse de su amigo y adversario, pero en el momento de darle la mano, ráfaga brutal los arrebató a los dos por los aires, sintiéndose seguido por su caballo y su perro.

A esto sigue una especie de relación de lo que llamó el Caballero, «Ronda etérea», en la que cuenta peregrinas cosas, pues asegura que tuvo la profunda satisfacción de oír a Sócrates,

quien enmarañó de tal manera un problema propuesto por Platón, haciéndole a este pregunta tras pregunta, sin acabar de contestar la que le hacían a él, que llegó a sospechar que era incapaz de contestar a nada. Vio también pasar a Arquímedes de Siracusa, divagando un monólogo en pi; a Moisés, conversando con un tipo vestido de incomprensible manera y a quien nombraba Houdini, y soltando montañas, cataráticas carcajadas, al explicarle el paso del Mar Rojo y el maná y el agua del desierto, como descomunales «suertes» que había realizado. Cuenta también -y acaso esto influyera decisivamente en su suerte final- cómo, lleno de asombro sin límites, verdaderamente paralizador, vio a Nuestro Señor Jesucristo conversando con Mahoma, quien le elogiaba lo bien que había estado en El Calvario, le aseguraba que la representación de Oberamergau era una burla y mala copia... Nuestro Señor, modestamente, afirmaba que Buda y Confucio, que también estaban presentes, y su mismo interlocutor, Mahoma, habían representado incomparablemente sus papeles, cada uno de acuerdo con la psicología de sus pueblos, y que, a su juicio, eran excesivas las famas que como actores habían conquistado Chaplin, Chevalier, Barrymore y Lon Chaney y que, en cuanto a las mujeres, al lado de María de Magdala y de María, Joan Crawford, la Duse y Greta, carecían de personalidad.

En realidad es tan larga la narración de sucesos inverosímiles relatados por el Caballero que ocuparía largas páginas sólo el dar cuenta de ellos. Así, pues, podemos pasar a la parte que él llama «El Cruce de las Despedidas».

Cuenta aquí cómo, al llegar a un monte todo cubierto de nieve, sobre el que el plenilunio dibujaba fantasmagóricas visiones, hizo alto la ululante y aérea caravana en un lugar que pudo saber se le nombraba la Encrucijada de las Despedidas, pues, por allí era que, cada siglo, se desprendía parte de la cabalgata inenarrable. Allí, en efecto vio cómo un pobre gentilhomme, manco, a quien le había tomado cierta lástima en el trayecto, lo que había disimulado gracias a la espada que llevaba al cinto que daba a entender que era un hombre de armas que había tenido la desgracia de perder el brazo en combate, vio, repito, cómo este pobre gentilhomme comenzó a descender el sendero junto con otros, llevando unas cuantas novelas bajo el brazo, algunos de cuyos títulos alcanzó

a leer: *La Galatea*, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, *Diálogo de los perros*,* etc. Se acuerda particularmente de este tipo el Caballero, porque sucedió que estando a punto ya de perderse en el sendero, tiró todos los libros sobre la nieve y emprendió desahogada carrera cuesta arriba, con tiempo apenas para agarrar un deforme libracó manuscrito en cuya carátula se podía leer en grandes letras: *Don Quixote de la Mancha*, con el cual bajó la montaña, tan contento, que silbaba un aire italiano, aprendido en la marcha de un viejo músico a quien le decían otros Giuseppe Verdi, y que comenzaba: «*La donna e móbile...*», tan pegajoso, por cierto, que todo el mundo lo coreaba a veces, lo que llegaba a irritar al músico, que, en tal trance, se iba a consolar hablando, con singular respeto, con un tipo melencólico, sucio y malhumorado que por mucho que hacía por escuchar a su devoto colega, no hacía más que preguntarle a gritos: «¿Qué dice usted?» Bien, pues en esta Encrucijada de las Despedidas, también se alejaron, montaña abajo, un singular caballero inglés, amigo de los disfraces, pues a veces se le veía, vestido ceremoniosamente, asistir a conversaciones con una reina, en otras se hacía llamar Lord Bacón y en otras, las más, andaba de trotamundo con una compañía de cómicos presentando dramones truculentos; cuando este caballero se alejó, lo acompañaba un español, medio calvo como él, vestido de sotana, y que tenía aire de sonámbulo y hasta se había dado a conocer, en unas conversaciones con Platón, por un ritornello cansón, decía: «Todo es sueño, todo es sueño»... Y uno de los últimos en salir, llevándose el instrumento-arácnido que el Caballero había encontrado en su Torre Negra, fue el italiano Galileo, acompañado del polaco Copérnico, y a quienes, con grandes muestras de estimación, despidieron en la Encrucijada el griego Tales y los ingleses Newton y Herschel. Es innumerable la lista dada por el manuscrito, pero aún más interesante es la narración siguiente, en la que se refiere a lo que llama la Estación del Regreso y de la que hablaré enseguida.

«El Hondón de los Retornos» es sin duda una de las páginas más extraordinarias de este relato del Caballero del Monte Cuervo. Sucede que este punto lo describe él como un valle

* *Coloquio de los perros*. (N. del E.)

profundo y sombrío, de paredones imponentes, poblado de desconocidas alimañas, de noches heladas y mediodías de hirviente calidez, gigantesco y silencioso. Allí la caravana se demoró un cierto tiempo en espera de los lejanos tornantes, y pudo, en unión de varios tipos estafalarios, conocer peculiarísimas cosas, que hacen suponer que aquel lugar no es otro que las Tierras Malditas -las *Bad Lands* del pequeño Missouri. Entre otras cosas, examinando con varios individuos sabios huellas de pisadas, abalorios, flechas y morteros, pudo enterarse de los orígenes del hombre en América, continente, isla o tierra gigantesca al parecer, que le era totalmente desconocida. Cuenta el Caballero que estando enredado en esta discusión un Doctor de nacionalidad argentina -nación que también le era desconocida-, a quien nombraban Ameghino, un alemán llamado Haeckel, otro Emilio Schmidt, el dinamarqués Lund y varios más que hablaban en un inglés que había hecho escupir varias veces a Shakespeare, cuenta, digo, cómo en medio de esta polémica, salió un velludo y tosco sujeto, de poderosas y toscas proporciones, brazos enormes, hombros amplios e insoportable hedor, de una gruta cercana, y le dijo en descompuestas palabras que le habían despertado el rebaño que tenía cuidando y que pronto armaría tremendo estruendo. Y les dijo más, pues como había oído de lo que hablaban, en chabacanas palabras les aseguró: «¡Compadres, busquen trabajo en otra cosa. No se preocupen más de mí, que nunca van a saber nada. Yo soy una charada hasta para mí mismo. Y si quieren ver mi rebaño, vengan, entren en la cueva.» Y los sabios y el Caballero lo siguieron. La cueva era profunda, y una vez en ella comenzó a sentirse el rumor creciente de una catarata. Pero era un rumor detonante. Pronto se llegó a un claro. Allí, sobre un alto farallón, se divisaba un turbulento lago a los pies, y en él mugían y bramaban con salvajes resoplidos, espeluznantes monstruos que al pronto aterrorizaron al Caballero a pesar de la inaccesible altura a que estaba, razón por la cual no emprendió vergonzosa huida, avergonzándole el que los dichos ancianos sabios, a pesar de no ser hombres de armas, se quedaran allí, maravillados, pero alegres como muchachos con juguetes. Uno se puso a gritar: «He allí el Atlantosaurio.» Y señalaba para un casi islote vivo, a cuyo derredor hacían el vacío otros gigantes que fueron nombrados como brontosaurios, diplodocos, ceratosaurios, etc. Cuando empezaban a

sucederse una serie de explicaciones que el «hombre terciario», como el dicho Ameghino llamó al cavernícola, escuchaba con rostro burlón, un ruido estrepitoso llegó del exterior y todos corrieron allá afuera, dispersándose el grupo. Era que comenzaban a llegar los que rendían allí su jornada. En verdad que era extraordinario el espectáculo. La trompetería que se había escuchado provenía del acompañamiento que precedía a los Reyes Católicos, que llegaban acompañando a Boabdil el Chico -a pesar de su magnífica estatura-, y que se pusieron enseguida a contar sus peripecias de la guerra frente a Granada. Dos norteamericanos, Prescott y Washington Irving, se pusieron a tomar notas. Con estruendo peculiar descendió al valle también el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, que charlaba amigablemente con Gastón de Foix y Bayaceto II, riendo desca-radamente sobre sus famosas cuentas, de las que ni él mismo sabía la verdad. Bayaceto, recordando su serrallo incomparable, venía dispuesto a tropezar pronto con Safo o Thais. Pero pronto todo convergió a la llegada, por un arroyuelo, de Cristóbal Colón, que al pronto nadie lo reconoció, porque aún le duraba la careta con que se había presentado en el escenario. Pero riéndose, púsose a relatar, cuidando de que ningún historiador lo oyera, el involucro que había dejado en la tierra sobre su origen, falsificando partidas de nacimiento y trazando falsas pistas, para ver si de ese modo desfiguraba su origen judío, lo que era peligroso entonces por allá. Comentó: «Formidable escándalo van a armar los gallegos e italianos con todo esto. Pero cuidado, que no se enteren esos bárbaros de Cortés y Pizarro, que llegarán ahorita, porque pueden darme un susto.» En efecto, muy poco después llegaron estos, tirando bravuconadas y mandobles, preguntando por el Cid, como si fuera Dios. El pobre Cuauhtémoc, al paso, fue a consultarle a un médico algo para sus quemaduras. Pasteur -un francés de amable cara-, se acercó solícito para recomendar vendaje, antisepsia y cuidado. El Papa Julio II y Miguel Angel Buonarroti descendieron al valle, como desprendidos de un andamio, ensarzados en épica discusión, no parando todo sino cuando Miguel agarró por el pescuezo al Papa (luego Lutero)*

* Aquí se interrumpe el texto del original mecanografiado que se ha conservado. (N. del E.)

Biografía de *Billy* Smith

Introducción

Billy Smith nació en Escocia, un país que yo no conozco, pero que en las postales que yo he visto, es siempre de unas cuantas colinas y valles de un verde uniforme, y peinados los campos, con un lago de espejos en el centro... Al fondo, entre árboles, aparece un castillo feudal...

En este país nació *Billy*, y precisamente en uno de estos castillos. Fue el 14 de abril de 1912... Ahora tendría ya diez y ocho años...

Aunque nació en la aristocracia y la opulencia, el destino quiso que su vida fuese una vida decente y que hubiese generosidad y valor en su espíritu y una pura emoción en su recuerdo...

Por eso yo escribo ahora su historia honda y sencilla, porque la biografía de *Billy* Smith, como la de tantas cosas bellas del mundo no está en la *Enciclopedia Británica*...

Infancia de *Billy*

Billy, y sus cuatro hermanitos gemelos, negros todos, tomaron de la misma leche blanca que les daba en un platillo de plata la mano fina de marfil de Mary Ana Loose, rubia como un rayo de sol más sol que el de Escocia y de ojos tan azules como el cielo de un cromó de Trípoli...

Billy pronto ladró «¡mamá!» y «¡papá!»: y en el *court* de tenis del castillo y por el jardín florecido, juguetó con Mary Ana, la muchacha como de novela de amor, que era alegre y bandolera, y le daba vueltas por el rabo retorcido, y se reía como una loca cuando él se ponía bravo de dolor...

Jugó en la pradera a ser torero con los terneros de ojos negros y redondos, y le ladró todos los días, larga e inútilmente, al tremendo mastín de bronce cerca de la puerta del jardín...

Por la orilla del lago, cuando Mary Ana paseaba en bote y no lo llevaba, él la seguía ladrando como con pena, y se tiraba al agua por fin, nadando aprisa con el hocico fuera...

Así fue la infancia de *Billy* Smith... Luego su vida cambió.

prisionero de la fina mano de Mary Ana que no lo dejaba ir más allá de su sombra...

Así fue cómo perdió *Billy* su libertad el día que el castillo se fue quedando detrás de los árboles... detrás de las colinas... en los ojos llorosos de Mary Ana que lo acariciaba y miraba hacia atrás...

Primera hazaña de *Billy* y segunda prisión

Una noche Mary Ana lo entró en un bote enorme, interminable... con botes mucho más grandes que el del lago dentro de él...

Enseguida lo separaron y él se pasó toda la noche inquieto, oyendo un ruido igual bajo el piso que trepidaba...

Por la mañana vino Mary Ana con un hombre muy alto vestido de azul con cosas doradas y lo sacaron fuera, donde daba el sol y el bote echaba humo por dos chimeneas muy altas...

Había agua verde y azul desde el cielo hasta el cielo... Y no había nada más. Los niños jugaban. Un hombre fumaba con los ojos cerrados... Una muchacha distinta de Mary Ana leía con los ojos cerrados... Había mucho sol, mucha luz...

Los niños jugaban... Uno le tiró una pelota que saltaba como la de Mary Ana, pero como no era la de ella, la mordió con fuerza y la pelota se quedó muerta en el suelo, quieta... El chiquito lloró y Mary Ana le dio dos golpecitos con la sombrilla y le dijo fuerte: «¡*Billy!*»...

Pero él no hacía más que mirar una muñeca de trapo, como las odiosas que tenía Mary Ana en el castillo, de esas que no hacen nada, que se pasan la vida sin jugar, sin ladrar, siempre con la misma cara y que ahora tenía una niña pequeña... y en un descuido de Mary Ana, se soltó y se fue corriendo hasta la niña, que asustada dejó caer la muñeca y se puso a llorar... *Billy* le clavó los dientes y se puso a hacer furiosos remolinos con ella... Después... *Billy* sólo recuerda que Mary Ana le habló y le dio muchas veces con la manito enguantada en el hocico y se lo llevó arrastrando hasta que lo metieron otra vez allá abajo, donde sonaba el ruido igual y el piso trepidaba...

Así estuvo muchos días hasta que llegaron a una ciudad llena de castillos muy altos todos agujereados...

Billy en Virginia. Libertad por las colinas

A *Billy* le quitaron la cadena y lo soltaron en un jardín lleno de grandes árboles*

Abnegación

Creo que hasta el ayuntamiento acordó concederle, públicamente, una medalla del valor cívico. Y de veras que fue sorprendente su acto. Como lo conozco todo lo voy a contar.

Él estaba preso, pendiente de una acusación de atentado a la autoridad. (Cosa ya sabida: el policía que se arranca los botones y las hombreras y alega desacato y violencia cuando se encuentra con un hombre cívico que no consiente el atropello.) Estaba, pues, de paso por la cárcel, como una peripecia más, cuando le cogió en ella la conmoción brutal y terrible del terremoto.

Yo recuerdo -y lo recuerdo con una fuerza que llega casi hasta el pavor de entonces- aquel intenso temblor de tierra que estropeó una Nochebuena de mi infancia, allá en Santiago. Un trozo de pared cayó al lado de la cuna de mi hermanita, que siguió durmiendo; por Santa Rita, por Nepomuceno y Padre Pico, las mujeres se arrodillaban en las calles rezando plegarias a la Virgen de la Caridad del Cobre; lloraban los niños; los caballos del cuartel de bomberos, espantados, huyeron de las cuadras y correteaban, locos, por las calles... Todo lo recuerdo con miedo. Pero con un miedo grávido, lento, que no se va con la palabra, que deja prendido el temor del futuro...

Por eso, cada vez que oigo cuentos de terremotos y temblores, me hago el escenario y siento la secreta alegría de «no haber estado allí».

Sin embargo, nunca había pensado nada semejante: ¡un terremoto en la cárcel, en la madrugada silenciosa, dentro de la galera cerrada por los barrotes de hierro, negros e inmovibles!... Dentro, el pánico incomparable, la oscuridad alumbrada por el relámpago de los gritos, las piedras que caen, las paredes que se balancean, las vigas que crujen, el polvo que

* Aquí se interrumpe del texto del original mecanografiado que se conserva.
(N. del E.)

asfixia y, de pronto, el techo que se abre y el cielo imperturbable y silencioso...

Benito Fernández, el joven estudiante compañero de prisiones políticas, estuvo allí y me lo contó todo. Yo lo oí con el sobrecogimiento del que sabe que hubiera temblado de haber estado allí. ¡Qué suerte tuve!

Fue como siempre un rumor sordo, prolongado y potente, como si fuera que a algún gigante desmesurado lo estuvieran torturando en el centro de la tierra, o como si esta bramara convertida de pronto en un toro en la agonía recorrió el recinto amurallado despertando los celos. Poco después, con la salvaje brutalidad de un hombre que le pega a un niño, la tierra agitó sus brazos con violencia iracunda. La cárcel era viejísima, uno de los más antiguos edificios de Cuba. La última vez que la vi estaba pintada de verde y conservaba su aspecto recio y sus murallones densos de piedra. Y a la entrada su doble dentadura de hierro: era el perro de la ciudad. Pero todo fue nada ante la cólera subterránea, y cuando los presos, despertados con el estruendo de las piedras y vigas que se desprendían se dieron cuenta de su impotencia, dentro de cada galera ocurrió una tempestad. El miedo y la rabia se aliaron contra las rejas triplemente guardadas por las barras, cadenas y candados y se arrojaron contra ellas furiosos y temblando... Las vigas se abrían sobre el techo, el polvo lo inundaba todo, los muros se desplomaban... ¡Y los escoltas y rejeros habían huido! Eran setecientos hombres y un grupo de mujeres abandonados al terremoto como presa segura.

La cobardía y el terror eran unánimes, con las tres excepciones necesarias para que se siga hablando del heroísmo y el corazón magnánimo de los hombres.

Un muchacho joven, Puig Pullé, al ser despertado por el estruendo de la caja de caudales que vino a derribarse al pie de su cama, domina el propio espanto y corriendo por el escenario vanguardista de una cárcel que oscila, llega hasta el cuerpo de guardia con tiempo de alcanzar al rejero que huía llevándose las llaves. Se las arrebató y sube a saltos las escaleras para llegar a la galera de los presos políticos. Prueba, en la oscuridad y el polvo, todas las llaves y ninguna sirve. Desesperados, los presos quieren romper la reja para salir, y él, junto con Horacio Escalona, que también ha llegado, los ayudan hasta que salta la reja y todos se precipitan al corredor.

El tumulto de presos, como una recua de potros asustados quiere bajar al patio, pero un hombre a grandes voces los contiene recordándoles que bajo el piso del patio está el aljibe profundo, con su negra trampa de agua. Si el patio se abriera... Y los presos vagan nerviosos por los corredores, se amontonan bajo los arcos, se arriman a las rejas desde las que se ve la calle...

Cuando de las setecientas voces de hombre sólo se escucha el lamento de los heridos, los ayes de los hombres aplastados por las piedras y las vigas, entonces se escucha la voz de «La Campana», el refugio de las mujeres condenadas, que chillan espantadas... Tres hombres derriban la puerta. Unas gritan histéricas, otras lloran silenciosamente, otras están desvanecidas... Una madre, como si estuviera muerto, lloraba frente a Mario, su hijito de dos años, alegría de la cárcel, que dormía el terremoto...

Pero ante los heridos es que el cuadro se volvía más tremendo. La sangre brotaba de algunos montones de escombros, como si hubiera manantiales de rubíes bajo las piedras. Benito Fernández pudo huir con otros compañeros, pero vieron a los presos heridos y escucharon los gritos y prefirieron quedarse para curar a tanto desamparado.

Y ahora es que tengo que hablar de un hombre, del hombre de la cárcel de Santiago... Pero para que se vea el personaje mejor, voy a contar este breve episodio.

Cuando los compañeros entraron en la galera destechada de los presos políticos, buscando los heridos, el cuerpo de un hombre que se movía entre los montones de piedra y los tramos de vigas les hizo encaminarse allá para ayudarlo a salir de los escombros. Pero no estaba herido. Cuando Benito le preguntó si lo estaba, sólo le dijo, sin volver la cabeza: «No, estoy buscando un dinero que tenía escondido aquí»... En la oscuridad de la noche, tirado sobre las piedras escarbándolas, parecía un coyote sobre ruinas abandonadas...

Pero Araujo no era así. Su gallarda apariencia física, correspondía a una completa varonía interior y a un generoso sentido de la humanidad. Era un tipo aventurero que había encontrado en la cárcel una aventura más. Una mujer joven y bonita siempre preguntaba por él y recibía largas cartas que leía con el prolongado placer de quien fuma un cigarrillo extranjero. Realmente, fumaba sus cartas. A lo mejor era hasta poeta.

Cuando el terremoto hizo estremecer en su primer ataque la cárcel y comenzó a derribar los muros, la galera en que él estaba, como todas, enloqueció por el terror. Algunos hombres sintieron el peso de las piedras. Los gritos iban de la furia al lamento. Araujo, pasado el estupor de la arremetida, con su enorme voz, cuando los presos gimoteaban, los insultó: «¡Cobardes, y ustedes son los que matan, y tiemblan! ¡En vez de llorar como las mujeres vamos a romper las rejas y salir de aquí, antes de morir como sapos!» Y los hombres se sintieron hombres electrizados por su desprecio a la muerte y doblaron con increíble fuerza la barra del cierre hasta lograr salir a los corredores.

Se iban a precipitar todos hacia el patio, cuando otra vez su voz, como si fuera un brazo poderoso, los contuvo, insultándolos: «¡Imbéciles! ¡Qué carajo van a hacer! ¿No ven que el patio está sobre el aljibe y si el piso se hunde todos van a morir ahogados? ¡Además, no podemos salir de aquí hasta haber sacado a todos los compañeros heridos y aplastados!» Y, dando el ejemplo, entró el primero en la galera... El primero y el único, porque un nuevo temblor espantó a los hombres como venados, y estuvo trabajando sin ayuda de nadie hasta lograr sacar de debajo de los escombros a los compañeros rotos [sic] por el desplome... La tierra temblaba a ratos, débilmente, ¡cómo si tuviera miedo!

Pero era necesario hacer más, acudir a todas las galeras, romper todas*

* Aquí se interrumpe el original mecanografiado que se conserva.
(N. del E.)

Trabajos para ir haciendo

El cuento de «La vida del Caballero de Monte Cuervo»

El cuento del periodista encargado de terminar una serie policíaca y que no encuentra solución al problema y es despedido. Al siguiente número aparece la solución por el antiguo redactor, haciendo aparecer al detective héroe como el responsable del crimen, pero justificándolo por haberlo cometido para salvar el honor o la vida o no sé de una muchacha.

La segunda lección de Historia de Cuba, sobre la América precolombina.

Escenas para el libro sobre los campos de Cuba: El embarque de los haitianos; la insubordinación de los jamaquinos en la trocha; la viruela; el paludismo; los bayús; los funerales de los jamaquinos.

14-11-932

Final para el cuento del asunto policíaco: Decir que el capítulo anterior ha sido suplantado para evitar que las investigaciones lleguen al dominio público, porque era un asunto de interés para el Estado, pero que ahora, el detective, además, de descubrir la clave del enigma roba los documentos que tenía ya perdidos, etc.

Cuento del soldado desconocido francés, que es alemán disfrazado huido de los campos de prisioneros y que piensa, enternecido, al recibir ofrendas que le depositan los nacionalistas franceses, después de un furioso mitin ante alemán, en que la fraternidad impera sobre la tierra.

15-932

Prólogo del autor

Antes que nada, permítaseme negar rotundamente esto mismo, es decir, que yo sea el autor del cuento absurdo que a continuación se inserta y cuya paternidad se me imputa. Y voy a probarlo.

En primer lugar, obsérvese la diferencia en el estilo de esto que yo escribo y de esto otro que dicen que es mío. Note el lector, además, esta concatenación rigurosa de motivos excluyentes, llena de juicios, ponderada, como se dice hoy con tanta frecuencia y compárela con la absurda lucubración enfermiza que le sigue.

Por poco despierto que se halle el espíritu crítico del lector no dejará de comprobar la verdad de cuanto dejo dicho, y aquí terminaría mi defensa si no comprendiese que aún hay seres, cuyo furor investigativo es tal que no respetan la santidad de los zapateros, ni los fallos de la His[toria].

Concluir mañana

Cuento del entomólogo, asesino de mariposas, que una noche [descu]bre, en la penumbra de un sueño, que él es un cobarde pues su afición a clavar las mariposas no es más que una escapada a su falta de arrojo y varonía para matar hombres. Ve, en un semisueño, cómo a un enemigo, su subconsciente lo va transformando en una maravillosa especie y entonces, con placer, le clava el alfiler... Su enemigo es su ayudante. Y se decide y le clava el puñal en el pecho dormido. Y se queda en la muerte con un aletear de mariposa (una muchacha, mejor).

El veterano oscuro de la línea ha soñado siempre con anotar alguna vez un touchdown. Para «retirarse», los jugadores de foot ball desean una tarde de triunfo. Pero a «los hombres oscuros de la línea» estas tardes no se les propician. Ellos abren los huecos y tacklean a los backs contrarios muchas veces, pero los harán los hombres del back field. Sin embargo, una tarde, cuando el juego está perdido 23 por 18, con solo un minuto para el silbato, el veterano, que ha entrado hace solo dos jugadas a sustituir un guard herido; intercepta un largo pase de los contrarios y,

corriendo como un Red ¿Grang? a través del campo enemigo avanza hasta la línea del touchdown evadiendo los tackles; ya, al llegar, veloz y furioso como un perro se le tira de fly tackle al famoso quarterback; pero él se decide y de un salto de acróbata lo evade, cae, se parte un brazo, se levanta, corre 2 pasos, y como dos tigres, le caen encima 2 contrarios, su cara choca duro contra la tierra. Siente, en su cerebro, apagarse la luz, al impacto salvaje. Lo último que recuerda es que tiene la pelota rabiosamente apretada, por delante de su cabeza y que se la quieren arrebatar manos como alacranes. El referee [lle]ga y va despartando la colina de hombres. Allá al fondo, empieza a mover[se el] veterano. Se levanta, tiene la cara llena de cal de la l[ínea] de touchdown. El referee alza los brazos y toca el silbato de anotación. L[as gra]das tiemblan frenéticas. El oscuro jugador, en la ambulancia, dice: Ya [me] puedo retirar. Ya yo también tengo un touchdown que contar cuando sea viejo.

En la sombra...

(Versión)

Siempre tiene algo uno que conviene dejar en la sombra... Además, en la sombra ocurrió todo; por eso no es extraño que esto quede oscuro, en la sombra también, sin nombres, sin lugar...

Ya yo estaba oculto entre el tupido follaje del mamoncillo, cuando el hombre salió por la puerta del fondo, como de costumbre, y a la hora de siempre. Yo había empezado a perder el miedo. Todas las noches era lo mismo: a las doce se abría la puerta del fondo y salía el hombre. Al poco rato, el ruido de sus pasos se escuchaba lejos, por la carretera, camino del pueblo... Los perros ladraban por fórmula. Todo era sencillo pero, sin embargo, era emocionante. Sobre todo ahora. Hoy. Y mañana... Y siempre!

Aquella día, desde las once yo estaba en el árbol, bien alto, donde nadie me hubiera visto. Pero esta vez el hombre al salir, en vez de coger la carretera y el camino del pueblo, vino derecho hacia el mamoncillo, como si yo lo hubiera citado en él. Un espanto desconocido se apoderó de mí. Un espanto solo comparable por lo inmovilizador al que tuve de niño, cuando un ladrón nocturno llegó hasta el pie de mi cama, y lo sentí mirarme a los ojos cerrados, y el miedo inexpresable me produjo una parálisis de la lengua que me impidió hablar por mucho tiempo...

¡Y el hombre vino hacia el mamoncillo como si yo le hubiera dado una cita en él. Se detuvo a unos pasos del árbol y allí se estuvo un tiempo interminable. Ahora recuerdo bien que lo que más me aterrorizaba era su silencio, su silencio absoluto. ¡Y su

cabeza que miraba alternativamente para el cielo y para la tierra!
Eso es lo que más recuerdo todavía.

Pero al fin dio unos pasos y llegó hasta el pie del mismo tronco viejo y amplio del mamoncillo. Miró hacia arriba... Ya entonces no me cupo la menor duda de que alguien me había traicionado. Y una fuerza torturadora mantenía mis ojos abiertos hasta el límite, penetrando, alumbrando la noche. Hubiera querido poder cerrar los ojos para apagar las sombras, pero era imposible. Mis ojos veían los suyos, tan claros, tan sencillos —humildes ojos de hombre cordial— como si aún durara la tarde plena en que había estado hablando con él. Mis ojos iluminaban todo el árbol... Y, sin embargo, los suyos no parecían verme aunque miraban hacia arriba y parecían descansar la vista entre el ramaje en sombras... ¿Sonreían?...

¿Quién sabrá el tiempo que estuvo al pie del árbol? Al cabo se alejó. Automáticamente mis ojos lo siguieron. Fue hasta la cerca próxima y desató un ternero de respiración ancha y cálida, que estremeció como una caricia la noche... Tenía algo de suspiro y de pena la amplia respiración del ternero, tirado sobre la yerba húmeda del rocío de la noche.

Y el hombre vino con la soga hacia el árbol... Recuerdo que hice un esfuerzo inaudito para pensar algo, para hacer algo. Pero no pude. Yo era una estatua hecha de espantos. Ya sabía que iba a morir. Y esto es algo terrible, algo que nadie podrá decir jamás...

Llegó de nuevo hasta el pie del mamoncillo y miró otra vez hacia arriba, hacia donde yo estaba. Un aire estúpido apartaba las hojas de mi cara... Pero la rama más baja estaba alta para él y entonces cogió la soga, la boleó dos veces con un silbar maligno y la arrojó por encima del gajo. Luego le fue fácil unir los extremos de la soga: ¡Ya tenía la escalera para subir a buscarme! Pero antes de subir escribió algo en un papel que se guardó. Yo oí al lápiz

caminar como un tren rápido de pasaje por el papel. ¡Yo lo oí! Y su voz era tranquila y llena cuando dijo unas palabras que no pondré aquí, pero que estremecieron [sic] mi corazón torturado, que volaron en el silencio de la noche como lechuzas... ¡Y nunca olvidaré aquello. En el silencio, su voz y el alentar del ternero, me parecieron cosas vivas, alas lentas que giraban sobre mí! Y nunca lo olvidaré porque fue en aquel momento en que lo adiviné todo. Y lo más terrible: ¡Que yo ni podía ni debía gritar!... Esta impotencia de mi situación en aquella hora es la [que] aún hoy torna sombríos y enfermos mis recuerdos!...

Y estuvo un rato de pie y mudo, sobre la piedra grande. Miró luego hacia la casa y comenzó a trepar por las sogas, sin esfuerzo, pero con lentitud... Ascendía yo creo... Yo comencé a sentir al tiempo algo como la agonía y el consuelo de terminar la vida, de que acabase de una vez aquella crueldad incomparable... Y cerré por fin los ojos y sentí una asfixia de garfio brutal que rompía mi garganta, muda... negra... muerta!...

La sacudida violenta me hizo abrir de nuevo los ojos. Pero no me atreví a mirar. El árbol, tan grande, temblaba como un niño con fiebre de tifus... Luego no se movió más... Solo el aire de la noche y unas hojas que me arañaron la cara... El, abajo, pendía inmóvil!...

Hubo un momento en que pude descolgarme y huir... Y hubo también un día de angustia eterna en que supe que él lo había escrito: «Lo sé todo. Y hay un solo testigo de mi muerte... Pero ese no podrá hablar nunca!»...

Contenido

Papeles de Pablo / 7

Prólogo

Pablo de la Torriente y el inicio de la narrativa vanguardista cubana. Denia García Ronda / 9

Cuentos de *Batey*

N². Pablo de la Torriente Brau / 37

El héroe / 43

Una aventura de Salgari / 46

¡Nosotros solos! / 64

C2D. Caballo Dos Dama / 70

Una tragedia en el mar / 84

¡Fiebre! / 91

¡Por este argumento sólo me dieron cien pesos...! / 94

Asesinato en una casa de huéspedes / 109

A fojas 72 / 116

El viento sobre las tumbas / 124

Páginas de la alegre juventud / 134

Cuentos del presidio

La noche de los muertos / 155

El cofre de granadillo / 163

Luna del Presidio / 170

El Tiempo / 175

El Guanche / 183

Una «fuga» / 188

Las pupilas / 198

¡El grito! / 201

Un antropófago / 203

El negro Arroz Amarillo / 205
La mordaza / 208

Otros cuentos

La única hazaña del médico rural / 215
Diálogo en el mesón / 221
Casi una novelita / 224
¡Muchachos! / 329
El buey de oro / 259
Último acto / 263
En la sombra / 266
El sermón de la montaña / 270

Apéndices

Cuentos inconclusos

Vida del Caballero del Monte Cuervo / 279
Biografía de *Billy* Smith / 296
Abnegación / 299
Trabajos para ir haciendo / 303
En la sombra (*versión*) / 306